

ACCESO GRATIS a la Lectura en la Nube

Para visualizar el libro electrónico en la nube de lectura envíe junto a su nombre y apellidos una fotografía del código de barras situado en la contraportada del libro y otra del ticket de compra a la dirección:

ebooktirant@tirant.com

En un máximo de 72 horas laborables le enviaremos el código de acceso con sus instrucciones.

La visualización del libro en **NUBE DE LECTURA** excluye los usos bibliotecarios y públicos que puedan poner el archivo electrónico a disposición de una comunidad de lectores. Se permite tan solo un uso individual y privado

HISTORIA(S), RELATOS Y MEMORIAS

COMITÉ CIENTÍFICO DE LA EDITORIAL TIRANT HUMANIDADES

MANUEL ASENSI PÉREZ

*Catedrático de Teoría de la Literatura y de la Literatura Comparada
Universitat de València*

RAMÓN COTARELO

*Catedrático de Ciencia Política y de la Administración de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
de la Universidad Nacional de Educación a Distancia*

M.^a TERESA ECHENIQUE ELIZONDO

*Catedrática de Lengua Española
Universitat de València*

JUAN MANUEL FERNÁNDEZ SORIA

*Catedrático de Teoría e Historia de la Educación
Universitat de València*

PABLO OÑATE RUBALCABA

*Catedrático de Ciencia Política y de la Administración
Universitat de València*

JOAN ROMERO

*Catedrático de Geografía Humana
Universitat de València*

JUAN JOSÉ TAMAYO

*Director de la Cátedra de Teología y Ciencias de las Religiones
Universidad Carlos III de Madrid*

HISTORIA(S), RELATOS Y MEMORIAS

Luis Fernando Barón

Adolfo A. Abadía

(Editores académicos)



Editorial
Universidad
Icesi



tirant lo blanch

Bogotá, 2021

Copyright © 2021

Todos los derechos reservados. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética, o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación sin permiso escrito del autor y del editor.

La publicación de este libro se aprobó luego de superar un proceso de evaluación doble ciego por dos pares expertos.

En caso de erratas y actualizaciones, la Editorial Tirant lo Blanch publicará la pertinente corrección en la página web www.tirant.com

© Luis Fernando Barón
Adolfo A. Abadía
(Editores académicos)

© TIRANT LO BLANCH
EDITA: TIRANT LO BLANCH
Calle 11 # 2-16 (Bogotá D.C.)
Telf.: 4660171
Email: tlb@tirant.com
Librería virtual: www.tirant.com/co/
ISBN: 978-84-18802-04-1

© EDITORIAL UNIVERSIDAD ICESI
COEDITA: UNIVERSIDAD ICESI
Calle 18 No. 122-135 (Pance), Cali-Colombia
Telf. + 57(2) 5552334
Email: editorial@icesi.edu.co
www.icesi.edu.co/editorial
DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/tirant.2021.1>

Si tiene alguna queja o sugerencia, envíenos un mail a: atencioncliente@tirant.com. En caso de no ser atendida su sugerencia, por favor, lea en www.tirant.net/index.php/empresa/politicas-de-empresa nuestro procedimiento de quejas.

Responsabilidad Social Corporativa: <http://www.tirant.net/Docs/RSC/Tirant.pdf>

Índice

Presentación	
<i>Luis Fernando Barón y Adolfo A. Abadía</i>	9
A manera de introducción: Memorias desde lo local	
<i>Freddy Alfonso Guerrero</i>	13
Capítulo 1. NEGOCIACIONES IMPLAUSIBLES: CHIQUITA BRANDS Y LA VIOLENCIA ANTISINDICAL EN EL URABÁ COLOMBIANO	
<i>Juan Gabriel Gómez Albarello</i>	27
Capítulo 2. ODIOS Y VENGANZA EN LA GUERRA CIVIL COLOMBIANA. PATRONES EN LOS ASESINATOS A EXCOMBATIENTES DE LAS FARC	
<i>Gloria María Gallego García</i>	63
Capítulo 3. LA MEMORIA Y LAS FACULTADES DE LA IMAGINACIÓN: USOS DEL PASADO Y PRODUCCIÓN DEL FUTURO EN EL NORTE DEL CAUCA	
<i>Enrique Jaramillo Buenaventura</i>	115

Capítulo 4. INFRAESTRUCTURA PARA EL NACIENTE CAPITALISMO LOCAL. RELACIONES ENTRE ÉLITES POLÍTICAS Y ECONÓMICAS, CALI 1910-1940	
<i>Guido Germán Hurtado Vera</i>	163
Capítulo 5. CUERPO Y MEMORIA EN EL PROCESO HISTÓRICO KANKUAMO	
<i>Daniel Mateus Arciniegas</i>	221
Capítulo 6. “UNA MACHETE”: MAPAS PARLANTES, LUCHAS INDÍGENAS, HISTORIAS Y MEMORIAS EMBLEMÁTICAS	
<i>Jaime E. Londoño M.</i>	285
Capítulo 7. FOTOHISTORIA: MÉTODO PARA INVESTIGAR MEMORIAS USANDO FOTOGRAFÍA PARTICIPATIVA	
<i>Ricardo Gómez</i>	327
Capítulo 8. MIGRACIONES, COMUNICACIÓN Y TECNOLOGÍAS. HISTORIAS EN EL PACÍFICO COLOMBIANO	
<i>Luis Fernando Barón</i>	367
Sobre los autores	429

Presentación

Luis Fernando Barón y Adolfo A. Abadía

Universidad Icesi, Cali-Colombia

Mayo de 2021

Este libro empezó a gestarse en el XVII Congreso de Antropología en Colombia, realizado en la Universidad Icesi de Cali entre el 11 y el 14 de junio de 2019. Reúne textos que hicieron parte de paneles y talleres sobre asuntos del pasado, narrativas y fenómenos locales, acompañados por otros que fueron enviados como parte de una invitación posterior a estudiosos de las ciencias sociales y humanas del país y el continente.

El libro reúne un sugestivo y juicioso grupo de estudios sobre memorias, narrativas e historias realizados con marcos teóricos y metodologías bien diversas, vinculados por el interés y preocupación de sus autores en historias y relatos frente fenómenos tan complejos como los procesos de poder territorial, el conflicto armado colombiano, las dinámicas de migración nacional y transnacional, y las interacciones de comunidades indígenas y negras con procesos culturales y políticos contemporáneos, que incluyen sus relaciones con conocimientos provenientes de las prácticas académicas.

En esta línea, los lectores van a encontrar resultados parciales y finales de investigaciones innovadoras con prácticas y reflexiones que prueban y desafían marcos teóricos y metodologías provenientes de la antropología, la historia, la sociología, la filosofía y el derecho, e incluyen prácticas y estrategias muy diferentes como los trabajos etnográficos en campo, la recolección y análisis de archivos, el análisis de relatos y discursos, y el uso de tecnologías de comunicación, entre las más destacadas.

Merece una mención especial el proceso mismo de evaluación que adoptamos en esta publicación, que apostó por el trabajo colaborativo y de fortalecimiento de redes académicas. En este sentido, los capítulos fueron revisados no solo por los editores, sino por personas expertas y conocedoras de cada uno de los temas centrales de los capítulos, haciendo anotaciones y sugerencias previas, que fueron trabajadas por los autores antes del envío a los pares evaluadores que revisaron el libro en su conjunto.

Por lo anterior, nuestro agradecimiento grande a los pares ciegos que se hicieron cargo de la evaluación del libro, así como a los pares voluntarios que hicieron juiciosas y diligentes miradas a los capítulos. De manera particular queremos reconocer los aportes de Freddy Alfonso Guerrero, Vladimir Rouvinski, Enrique Jaramillo y Diana María Castro Arroyave.

Como los lectores podrán comprobar, todos estos aportes nos ayudaron a hacer de este, una obra con mayor calidad académica, ética y comunicativa. Agradecemos

también la labor comprometida de las personas y organismos encargados de los procesos editoriales en Icesi y del Congreso XVII de Antropología.

A manera de introducción: Memorias desde lo local

Freddy Alfonso Guerrero

Pontificia Universidad Javeriana Cali

En el Morro del Tulcán, un emblemático lugar de la ciudad de Popayán, al suroccidente de Colombia, se reúne un grupo de manifestantes indígenas de la etnia Misak. Junto a ellos se levanta imponente la imagen de Sebastián de Belalcázar, fundador de varias ciudades: Quito, Pasto, Cali y, por supuesto, Popayán; sin embargo, para los indígenas Misak, el lugar del emplazamiento de la estatua es un lugar ancestral y sagrado, y la figura del líder de las huestes españolas durante la Conquista es la de un genocida. Tal es el dictamen del juicio histórico que el Movimiento de Autoridades Indígenas del Su- roccidente publicó en un comunicado el 25 de junio de 2020.

La manifestación de los Misak en el Morro de Tulcán ocurre casi tres meses después del comunicado, el 16 de septiembre de 2020. Luego de llamar la atención sobre la violencia y el conflicto en la región del Cauca contra líderes sociales y comunidades indígenas, atan con sogas la escultura ecuestre del español y la derriban como un acto simbólico de vindicación de la historia y la memoria de los pueblos sometidos bajo el dominio español.

Las posiciones en favor y en contra de este acto reverberan en los medios de comunicación y los medios sociales agitando conceptos como la memoria, la historia y el patrimonio, la justicia y la injusticia, el vandalismo y la reivindicación, entre otras, ubicándolo del lado de la (i)legalidad y la (i)legitimidad según la posición desde la que se dirigen las miradas al acontecimiento.

Esta es una de tantas escenas que se han producido en el mundo cuando esos símbolos y lugares de memoria plantean de fondo unas narrativas dominantes que se condensan en figuras como las del monumento en cuestión y que en momentos precisos iluminan la injusticia hermenéutica (Reyes Mate, 2006) y hacen visible sus dobles o múltiples significados, como la idea de “imagen dialéctica” de W. Benjamin, aquella que espera la reivindicación de las injusticias pasadas (Reyes Mate, 2006; Romero, 2012), o bien la noción del silencio que Pollak (2006) emplaza en esas memorias subterráneas frente a los encuadramientos dominantes, silencios que en determinados momentos buscan hacerse públicos y oponerse a las miradas hegemónicas.

Estas manifestaciones podrían interpretarse en lo que Enzo Traverso (2020), en un reciente artículo, denomina como la “iconoclastia racial”: actos de resistencia y crítica que intervienen de diversas formas sobre el significado formal de las imágenes y que revelan las tensiones que atribuyen a símbolos y sobre todo a personajes, el matiz racista, autoritario, deshumanizador y antiheroico frente a las apoloías dominantes de esas figuras y del pasado victorioso que representarían.

Si bien pueden matizarse estas experiencias como una forma global de aparición de deconstrucciones históricas discursivas y prácticas, puede también argumentarse más sólidamente que esas formas construyen, deconstruyen y recrean la memoria desde lo local y regional; lo cual, en todo caso, y a la usanza de ciertas antropologías, remite precisamente a los contextos que les dan sentido a las prácticas y narrativas simbólicas culturales (Geertz, 1989; Rosaldo, 2000).

En el caso señalado, la imputación popular de genocidio y los juicios a sus responsables quizás sean inicialmente vistos como incoherentes por su inaplicabilidad, si se observara desde el principio jurídico del *nullum crimen sine lege* (Huhle, 2005), retroactividad cuya discordancia temporal anula su legalidad mas no su legitimidad, considerada esta en un plano con tiempos diversos y actualizantes que permiten —desde los contextos de reivindicaciones históricas y movilizaciones regionales, con interpelaciones al conflicto armado y con una importante distancia ideológica y política con el Gobierno nacional— darle comprensión a los hechos y, cómo no, a las propias formas de iconoclastia como su síntoma.

Lo aquí considerado no es negación de procesos estructurales de amplio alcance que atraviesan las prácticas de memoria, sin duda presentes en los discursos que apelan a los derechos humanos, al derecho de saber o a las redes de movimientos y organizaciones que reivindican sus luchas a partir de ubicarse, precisamente, en la arena en que se disputan los sentidos del pasado. No es posible abstraerse de las dinámicas de la globalización y las nuevas formas de comunicación e información a través de las redes y su uso en las movilizaciones

sociales, allí seguramente habrá encuentros, coincidencias, flujos y redes que articulan las demandas y prácticas locales con escenarios y discursos afines que pueden ratificar la metáfora difusionista del boom de la memoria (Jelin, 2001, Huyssen, 2002). Sin embargo, es importante —como lo hace el presente libro— una mirada desde lo local, mirada que nos ubica sobre las experiencias concretas, que Stern (2000) denomina memorias sueltas, aquellas que se han mantenido en lo individual o en grupos primarios pero que no han logrado constituir una matriz comprensiva más general y amplia; o bien, aquellas memorias aseguradas en el silencio durante mucho tiempo, incluso por generaciones, que esperan el vínculo comprensivo con unas memorias emblemáticas, o que se superponen a la tiranía de las memorias hegemónicas (Pollak, 2006). En todo caso: una mirada contextual sobre la memoria, apelando a las condiciones materiales y simbólicas que constituyen el sentido atribuido al pasado y sus enlaces con el presente, uno que por supuesto se engrana —que no se determina— con otros escenarios y discursos que lo atraviesan.

Sobre la riqueza metodológica del libro

Mal haríamos en no destacar uno de los aportes que hace esta obra y sobre el cual vale la pena dedicar un par de líneas: la diversidad de las apuestas metodológicas que ponen en juego cada uno de los autores en sus capítulos. En este libro se desdibujan las fronteras entre las aproximaciones cualitativas y cuantitativas, quizás aludiendo inconscientemente a una idea que menciona Juan Gabriel Gómez en su capítulo: “La validez de los trabajos científicos no depende meramente del apego a un cierto ideal de lo que

debe hacer una persona de ciencia”. En este sentido, los autores apelan a su sensibilidad científica y experticia investigativa para ir resolviendo las vicisitudes del estudio de las dinámicas sociales y lograr desentrañar las narrativas y las “relaciones de sentido” (Valencia y Abadía, 2019) de una realidad que se encuentra difusa a primera vista y que se construye socialmente.

Por lo mencionado anteriormente, si el lector se atreve a abordar estas líneas en esta clave, en las siguientes páginas encontrará un insumo metodológico invaluable, sobre todo para aquellos que están iniciando su carrera académica. Aquí se encuentran ocho pistas que muestran cómo adelantar una agenda investigativa en temas que entrecruzan la memoria, el pasado reciente y la historia, resignificando su valor explicativo en la comprensión de los fenómenos sociales atravesados en algunos casos por las dinámicas de la violencia, el narcotráfico y las organizaciones armadas ilegalmente, y en otros por las lógicas del mercado e intereses económicos, por las redes de comunicación y las comunidades que configuran, y hasta por los profundos enfrentamientos arraigados en la diversidad multicultural del país y las pugnas entre comunidades que cristalizan, como menciona Enrique Jaramillo, “las transformaciones en las formas de gobernanza y en las estructuras de alteridad”. Particularmente, este libro enfoca las lógicas arraigadas en estructuras de significado del orden de lo local, ya sea que estas ocurran al interior de un gran centro urbano o en una comunidad rural, no por capricho del investigador sino porque a este nivel también se pueden encontrar evidencias de los grandes temas que han sido cubiertos de tal forma que han ganado el atributo de versión

oficial, en muchos casos en detrimento de las experiencias y vivencias localizadas en la periferia.

Sumado a esto, en los capítulos se encuentran las reflexiones de los autores en el proceso mismo de su apuesta metodológica, lo que nos permite identificar los retos a los que se vio enfrentado cada autor, las reflexiones que sostuvo en cada uno de estos momentos y las decisiones que fueron tomando a favor de atender mejor las complejidades de los fenómenos sociales e ir llenado el vacío metodológico entre lo que puede ser el diseño de un plan de trabajo ideal y las posibilidades reales del trabajo de campo, ya sea que involucre la inmersión en comunidades humanas, la pesquisa en escenarios virtuales o el aislamiento en sótanos con información archivada por años.

La etnografía, la revisión de prensa y de archivo, la investigación acción participante, el análisis estadístico de datos, la historiografía, la noción de historias conectadas, los mapas parlantes, la investigación visual y las fotohistorias, son recursos metodológicos que los autores en este libro pusieron en juego en sus capítulos para llenar de significado y validez científica su escrito. Su escogencia siempre es resultado de un proceso de reflexión que busca decantarse en una estrategia que articule armónicamente los objetivos propuestos, el trabajo de campo y los recursos disponibles para llevar a cabo la labor investigativa. No está de más mencionar que estas hacen parte del acervo de posibilidades del investigador en las ciencias sociales, de ellas podrán encontrar ejemplos en los capítulos que componen este libro.

Sobre la estructura del libro

Historia(s), relatos y memorias. Miradas desde lo local, recoge la investigación de diferentes autores cuyas temáticas, si bien basadas en procesos organizativos, comunitarios, étnicos y de cierta tradición historiográfica, además de diversos en sus aproximaciones e intereses, logran vincularse a través de la revisión e innovación de perspectivas que toman como base los estudios y metodologías aportadas en el campo de la memoria. Una memoria cuyas mediaciones para reconstruir o recrear la experiencia pretérita e identitaria asume el cuerpo, la imagen, la lengua y lo documental en la configuración o en la visibilidad de esos pasados que se muestran en continua creación, a su vez que, al igual que la memoria ejemplar definida por Todorov (2000), intenta no solo contemplar el pasado sino aprehender algunas lecciones para el presente.

El libro renueva la mirada sobre metodologías que marginadas tal vez de la investigación académica (los mapas parlantes, los textos para las comunidades caucanas de Mateo Mina o el uso del cuerpo en los kankuamos) son interpeladas en sus aportes y alcances en los procesos de construcción de imaginarios, procesos organizativos y sus interrelaciones con posturas académicas. Una mirada crítica e igualmente actualizante se desata sobre el papel de Chiquita Brands en la masacre de las bananeras, los patrones sobre los asesinatos de desmovilizados en los diversos acuerdos de paz en Colombia o, bien, el tema no pocas veces dramático de las migraciones; sin duda, traen al presente dramas y dinámicas que desafortunadamente, además de evocación sobre el pasado, muestran ciertas continuidades y ecos en el acontecer actual de Colombia.

Si pudieran agruparse los trabajos seguramente algunos estarán más vinculados a las dinámicas del conflicto y la violencia en Colombia, y otros a procesos organizativos históricos en las luchas o procesos organizativos étnicos y afrocolombianos. Sigue una descripción de cada uno de los capítulos.

El capítulo *Negaciones implausibles: Chiquita Brands y la violencia antisindical en el Urabá colombiano*, de Juan Gabriel Gómez Albarello, aborda algunos elementos indiciarios sobre los patrones de comportamiento de la empresa Chiquita Brands alrededor de “recurrir a la violencia, desconocer los derechos de terceros y soslayar el cumplimiento de la ley”. Basado en decisiones judiciales de varios organismos norteamericanos e indagando sobre la prensa tanto nacional como internacional, aporta a dilucidar el nivel de responsabilidad de Chiquita Brands y sus directivos en relación con el financiamiento del conflicto a través de pagos ilegales tanto a paramilitares como a guerrilla en una época convulsionada, tensionante y trágica para el sindicalismo, particularmente el asociado a las bananeras.

El capítulo de Gloria Gallego, *Odio y venganza en la guerra civil colombiana. Patrones en los asesinatos a excombatientes de las Farc*, identifica patrones en los asesinatos a miembros desmovilizados de la antigua guerrilla de las Farc, hoy partido político. Muestra aspectos como la venganza, el control territorial y de las economías ilícitas, entre otros elementos que configuran lo nacional con diferencias regionales; patrones que hacen posible y determinan este fenómeno de los asesinatos de población desmovilizada. Algunos relatos que soportan el enervamiento de las pasiones revanchis-

tas resultan estremecedores pero indicativos de las brechas entre una paz pactada entre combatientes y la necesidad de llevar estas aspiraciones de paz al conjunto de la sociedad y a los actores que aún permanecen con el espíritu guerrerrista enclavado en su piel.

En *La memoria y las facultades de la imaginación: usos del pasado y producción del futuro en el norte del Cauca*, capítulo de Enrique Jaramillo, se establecen conexiones y tensiones en la historiografía del Cauca, poniendo en discusión perspectivas esencialistas y matizando las formas de existencia económica y social de poblaciones campesinas y afrodescendientes, objeto de la historia y de la memoria, y que en su descripción y análisis presenta un espectro amplio de versiones. La memoria en esas tensiones es un lugar de recaudación de fuentes historiográficas que al mismo tiempo se interpelean y desafían. La excusa etnográfica de Severo y Aparicio, dos pobladores del Norte del Cauca, sus interpretaciones y evocaciones del pasado, permite observar la pluralidad de versiones sobre este, así como complementar esa mirada que lleva más allá de los esencialismos, hacia una que presenta las experiencias regionales, no aisladas ni romantizadas en muchas ocasiones bajo la noción de resistencia, y sí vinculadas a una sociedad y economía regional y global, que permite repensar las políticas de la identidad, los usos del pasado y las políticas del presente, como refiere el autor.

El capítulo *Infraestructura para el naciente capitalismo local. Relaciones entre élites políticas y económicas, Cali 1910-1940*, escrito por Guido Hurtado, desarrolla una hipótesis sobre la sinergia entre las élites políticas y económicas

para la consolidación de sus intereses, visibles a partir del abordaje documental de los archivos del Concejo Municipal de Cali y los Boletines de la Cámara de Comercio de Cali. En su descripción de las articulaciones entre las élites políticas y económicas y la circulación de personajes locales en estas esferas, delimita este proceso entre los años 1916-1940, a su vez compartimentado en tres fases: 1910-1920, de alianza entre el Concejo Municipal y la Cámara de Comercio de Cali; 1920-1930, período considerado de modernización económica, y finalmente de 1930-1940, de superación de la crisis económica y de tímidos procesos de democratización. Esto para conducir una reflexión sobre la identidad de las élites que en esos procesos de consolidación reducen la comunidad política a fines gregarios, por encima incluso de diferencias partidistas.

El capítulo de Daniel Mateus, *Cuerpo y memoria en el proceso histórico Kankuamo*, hace una lectura de los procesos del denominado Renacer Kankuamo que, a partir de observar la deculturación sufrida por la colonización, la evangelización y otros factores coercitivos sobre este pueblo, recurre a la memoria corporal, expresada en la disposición corporal para los bailes, el tejido de las mochilas y la recuperación del consumo del poporo, hace posible reconocer en los kankuamo unas continuidades culturales y unos esfuerzos socioculturales y políticos, simbólicos y materiales que hacen real su existencia y su manifestación en el cuerpo kankuamo, construido no como esencia sino como un hábitat articulado a un territorio y a unas relaciones constitutivas de su identidad, no lejos de contradicciones y tensiones en su reconocimiento y en el proceso de renacer.

Jaime Londoño, en su reflexión sobre la metodología de los mapas parlantes, recoge en *“Una machete”: mapas parlantes, luchas indígenas historias y memorias emblemáticas*, el proceso de apoyo a las luchas indígenas en el Cauca, las cuales contaron con la posibilidad de pensar alternativas de comunicación pedagógica, social, política, histórica y territorial, que articuladas en contextos nacionales y regionales lograron un esfuerzo importante entre actores del campo antropológico con las organizaciones indígenas del Cauca. El capítulo recoge uno de los hitos en el trabajo de la antropología en Colombia y de los esfuerzos éticos, políticos y sociales configurados desde el trasfondo de la Investigación Acción Participación. Para hacer hablar esta historia de los mapas parlantes, el autor recupera el material y testimonios producidos durante tres coyunturas: 1980-1982, cuando uno de sus gestores, el antropólogo Víctor Daniel Bonilla, divulgó este proceso; 1985-1986, cuando los mapas parlantes fueron repensados y complejizados, y 1991-2016, variaciones de los mapas y heredad de los mismos, por otros antropólogos en el Cauca.

En el capítulo *Fotohistorias: método para investigar memorias usando fotografía participativa*, Ricardo Gómez reflexiona sobre el uso del registro fotográfico como un elemento que permite la exploración de memorias, experiencias y significados sociales de una manera cooperativa y empoderadora, especialmente si se trabaja con comunidades marginadas y vulneradas. El autor propone la Fotohistoria como un método participativo de investigación visual que integra las bondades de dos métodos de investigación cualitativa: la Fotovoz, entendida como el empoderamiento de los participantes para la creación colectiva de imágenes, y la Foto Elici-

tación, que se caracteriza por el uso de imágenes como dispositivo que provoca una conversación durante las entrevistas.

Finalmente, el capítulo de Luis Fernando Barón titulado *Migraciones, comunicación y tecnologías. Historias desde el Pacífico colombiano*, analiza las relaciones entre comunicación, información y migración, apelando a diversas perspectivas que se acercan a las etnografías multilocales arraigadas en el mundo globalizado (Marcus, 2001). El autor aborda la migración como fenómeno histórico global y actualizante en sus motivaciones y sus dinámicas según los contextos mundiales y locales. Así, las relaciones establecidas por este fenómeno, si bien guardan unas tendencias (migraciones hacia EEUU y España) también permiten observar las transformaciones de los nuevos destinos (Perú, Chile, Argentina) y las nuevas formas de construir vínculos e imaginarios. Por ello, indagar por la relación con las TIC refresca la mirada sobre las movilidades humanas y sus recursos: la memoria que allí vincula con el pasado, aquí se convierte en una trama formada por múltiples trayectorias de migrantes que se recogen en más de cien historias de migración.

Este libro es, sin duda, un excelente trabajo de consulta que permite observar diversas aproximaciones a fenómenos y dinámicas sociales donde la memoria transita como metodología, fuente de disputas, dispositivo identitario y otras tantas plasticidades. Los estudios que lo componen abren un campo amplio e inagotable de reflexiones; proponen argumentos audaces y estimulantes desde lo local como contexto articulado a dinámicas globales y estructurales que dan sentido —como el monumento derribado del conquistador— a la

pluralidad de memorias que en sus tensiones y resoluciones aportan significados para la transformación de las identidades, para hacer visibles las agencias y las responsabilidades históricas, para reconocer absolutismos epistémicos y refrescar las miradas locales sin esencialismos que perpetúen las hegemonías de la(s) historia(s).

Referencias

- Geertz, C. (1989). La descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura. En *La interpretación de las culturas* (pp. 19-40). Gedisa.
- Huhle, R. (2005) De Nuremberg a La Haya: Los crímenes de derechos humanos ante la justicia. Problemas, avances y perspectivas a los 60 años del Tribunal Militar Internacional de Nuremberg. *Análisis Político*, (55), 20-38.
- Huysen, A. (2002). *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, México, FCE.
- Jelin, E. (2001). *Los trabajos de la memoria*. Siglo Veintiuno editores.
- Marcus, G. (2001). Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal. *Alteridades*, 11(22), 111-127.
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades en situaciones límites*. Ediciones Al Margen.

- Reyes Mate, M. (2006). *Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamin "Sobre el concepto de historia"*. Editorial Trotta.
- Romero, J. M. (2012). *Hacia una hermenéutica dialéctica. W. Benjamin, Th. Adorno y F. Jameson*. Editorial Síntesis.
- Rosaldo, R. (2000). *Cultura y verdad: nueva propuesta de análisis social*. Abya-Yala.
- Stern, S. (2000). De la memoria suelta a la memoria emblemática: hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico (Chile, 1973-1998, en Garcés, Mario et al. (editores), *Memoria para un nuevo siglo: Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*, Santiago, Editorial LOM.
- Todorov, T. (2000). *Los Abusos de la Memoria*. Paidós.
- Traverso, E. (2020). Derribar estatuas no borra la historia, nos hace verla con más claridad. *Viento Sur*, 28 de junio de 2020. <https://vientosur.info/derribar-estatuas-no-borra-la-historia-nos-hace-verla-con-mas-claridad/>
- Valencia G., V. H., y Abadía, A. A. (2019). Discursos musicales y mediaciones. Migración y asentamiento de comunidades afrodescendientes en Cali-Colombia. *Revista de Ciencias Sociales*, 25(4), 87-105. <https://doi.org/10.31876/racs.v25i4.30519>

Capítulo 1.

NEGACIONES IMPLAUSIBLES: Chiquita Brands y la violencia antisindical en el Urabá colombiano

Juan Gabriel Gómez Albarello¹

Universidad Nacional de Colombia

El 19 de marzo de 2007 el Departamento de Justicia de los Estados Unidos (DoJ) informó al público que la empresa Chiquita Brands se había declarado culpable de haber hecho pagos de manera repetida al grupo armado ilegal Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) y que esos pagos alcanzaron la suma de 1,7 millones de dólares. El DoJ eximió, sin embargo, de responsabilidad a las personas que tomaron la decisión de realizar esos pagos. Como resultado de acciones emprendidas por el National Security Archive de la George Washington University, el DoJ y la Comisión de Bolsa y

¹ Abogado y doctor en Ciencia Política. Profesor de la Universidad Nacional de Colombia. Quisiera expresar mi agradecimiento a Luis Fernando Barón por sus generosos comentarios pues ayudaron a mejorar la expresión de mis hallazgos y mis planteamientos.

Valores (Securities and Exchange Commission, SEC) de los Estados Unidos desclasificaron numerosos documentos con base en los cuales es posible determinar la responsabilidad que por acción y omisión tuvieron varios directivos y ejecutivos de Chiquita (National Security Archive, 2011). Junto con el análisis del contexto en el cual se insertó esta empresa, así como las declaraciones rendidas por varios líderes paramilitares ante la jurisdicción de Justicia y Paz, es posible descartar como contraevidentes las afirmaciones de la empresa de que los pagos que hizo a la guerrilla, primero, y a los paramilitares, después, fueron el resultado de la coacción ejercida por estas organizaciones ilegales. Antes bien, la evidencia mencionada, así como otras piezas de información, permiten inferir que la empresa hizo esos pagos con la convicción de que eran útiles al desarrollo de su actividad comercial y servían al propósito de mantener un orden en las relaciones obrero-patronales favorable a Chiquita.

Este capítulo está dividido en dos partes. En la primera, presentaré las principales piezas de evidencia con base en las cuales llegué a la anterior conclusión: los indicios de la responsabilidad de Chiquita provenientes de los antecedentes de la compañía de recurrir a la violencia, desconocer los derechos de terceros y soslayar el cumplimiento de la ley; el conocimiento de los directivos y ejecutivos de esta empresa sobre la crítica situación de violencia en las zonas donde operaba su filial en Colombia, así como su involucramiento en los procesos de toma de decisión de la empresa; las declaraciones de líderes paramilitares como Salvatore Mancuso, Raúl Hasbún y Hébert Veloza sobre sus vínculos con empresas bananeras en el Urabá y el contexto socio político, de orden

nacional y local, en el cual Chiquita hizo pagos a la guerrilla y a los paramilitares². En la segunda, presento la metodología empleada para recoger y analizar esta evidencia³.

1. El papel de Chiquita en la financiación de grupos ilegales y la represión de la actividad sindical

1.1. *Indicios de este papel*

La empresa Chiquita Brands es la sucesora de otras dos empresas: United Fruit Company y United Brands Company. En Colombia, el nombre de la United Fruit Company está inextricablemente asociado a la “Masacre de las Bananeras”. Este no es el único hecho de violencia en que aparece el nombre de esta compañía. La United Fruit Co. estuvo involucrada en el golpe de estado contra el gobierno de Jacobo Árbenz en Guatemala en 1954 y luego en el fallido intento de inva-

² Los hallazgos reportados en este capítulo hacen parte de una investigación más amplia que lleva por título “¿Por Coacción o por Convicción? Multinacionales y violencia antisindical letal: los casos de Chiquita Brands y de Drummond Company”. Será publicada por el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia.

³ Salvo el acceso al archivo de los periódicos locales estadounidenses que publicaron artículos acerca de la violencia desplegada por la guerrilla y los paramilitares en la zona bananera en los años 90, que requiere pago, todas las demás piezas de información son de acceso libre y están disponibles en Internet. La principal, como ya lo mencioné, son los documentos desclasificados de Chiquita, gracias a la iniciativa del National Security Archive. La segunda más importante son las sentencias condenatorias de los líderes paramilitares, que contienen las declaraciones acerca de su responsabilidad en la violencia ejercida contra los trabajadores sindicalizados y la función que tuvo esa violencia.

sión a Cuba en Bahía Cochinos en 1961. Cuando Eli Black se convirtió en el principal accionista de la compañía, esta cambió su nombre a United Brands. En 1975, Black sobornó al presidente de Honduras Orlando López Arellano para evadir impuestos, así como a funcionarios públicos en Italia para tener una mayor porción del mercado de ese país. Black se suicidó arrojándose desde su oficina, en el piso 44 del edificio Pan Am, luego de que la SEC descubriera los pagos y la falsificación de los libros de contabilidad.

En 1984, Carl Lindner, Jr. se convirtió en el accionista principal y en 1990 la empresa cambió su nombre a Chiquita Brands. En 1998, el diario *Cincinnati Enquirer* publicó una serie de artículos firmados por los periodistas Michael Gallagher y Cameron McWhirter que contenían numerosas revelaciones acerca de prácticas ilegales de Chiquita. Como parte de la información revelada fue obtenida ilegalmente, el *Cincinnati Enquirer* se vio obligado a retractarse y a ofrecer una disculpa pública a la compañía, así como a pagar una millonaria indemnización. Sin embargo, Bruce Shapiro, un periodista del sitio web *Salon*, al hacer un recuento de los hallazgos de Gallagher y McWhirter no basados en evidencia ilegal, encontró que Chiquita había sido responsable de violar las leyes de varios países relativas al límite de propiedad de empresas extranjeras, de utilizar pesticidas altamente tóxicos prohibidos en Estados Unidos y Europa y de recurrir a la fuerza para mantener el orden en las plantaciones.

Todos los hechos referidos hasta aquí pueden ser considerados como demostrativos de una disposición particular de los directivos y ejecutivos de la compañía, a lo largo de su

historia, de recurrir a la violencia, desconocer los derechos de terceros y soslayar el cumplimiento de la ley. Esa disposición, por sí sola, no prueba nada acerca del comportamiento de Chiquita en Colombia; lo decisivo es que, al juntarla con otras piezas de evidencia, sí configura un patrón. Una de esas piezas de evidencia es la oposición de Chiquita a permitir la desclasificación de documentos relativos a su responsabilidad en los pagos ilegales a las guerrillas y los paramilitares, la falsificación de los libros de contabilidad y la motivación que tuvo para realizar estas acciones. Esa oposición fue desestimada por los jueces, por lo cual Chiquita tuvo que revelar los documentos que le entregó al DoJ y la SEC.

Sin embargo, Chiquita entregó en desorden los documentos al DoJ, aproximadamente 5.000 folios, haciendo extremadamente difícil la comprensión de su contenido. A esto hay que agregar que la empresa gastó por lo menos 780.000 dólares en cabildeo, poco menos de la mitad de la multa que el DoJ le impuso por los pagos a los paramilitares, para evitar que el Congreso de los Estados Unidos aprobara la Ley de Justicia contra los Patrocinadores del Terrorismo (Justice Against Sponsors of Terrorism Act). Dado que la jurisprudencia sobre esta ley puede impactar las interpretaciones acerca de las reglas aplicables a Chiquita por su pago a organizaciones designadas como terroristas por el Departamento de Estado (DdE), el cabildeo de Chiquita es un indicio adicional del patrón aquí referido de recurrir a la violencia y a otras prácticas ilegales, y de evitar cualquier forma de control legal sobre sus acciones.

1.2. *El conocimiento de los directivos y ejecutivos de Chiquita respecto de la violencia en las zonas donde operaba su filial en Colombia*

En el caso de Chiquita, el DoJ realizó una interpretación bastante restrictiva de la legislación que sanciona como ilegales los pagos realizados a una organización terrorista por cualquier persona o empresa estadounidense. Esa interpretación restrictiva consistió en sancionar a la empresa por pagos a las AUC a partir del momento en el que esta organización ilegal fue incluida en la lista de organizaciones terroristas así designadas por el DdE, esto es, el 10 de septiembre de 2001. La legislación aplicable fue aprobada en 1996 y reformada en el 2004. De acuerdo con esa legislación, la prueba de que una persona o compañía tenía conocimiento de la actividad terrorista de la organización a la cual le daba dinero es suficiente para determinar su responsabilidad penal. Esto quiere decir que el DoJ debería haber investigado a Chiquita por pagos a la guerrilla y a los paramilitares desde la fecha de expedición de la legislación antiterrorista, esto es, el 24 de abril de 1996.

Chiquita alegó ante el DoJ que solo tuvo conocimiento de la designación de las AUC como organización terrorista el 20 de febrero de 2003. Esta afirmación es inadmisibles. Además de medios internacionales (*BBC, CNN, The Economist y The New York Times*), una pequeña muestra de periódicos de alcance puramente regional en los Estados Unidos (el *Greenville News*, de Carolina del Sur; el *News Star*, de Louisiana; el *Springfield News-Leader*, de Misuri y el *Statesman Journal*, de Oregón), revela que la noticia fue difundida ampliamente. Tampoco es plausible la afirmación de Chiquita

de que sus directivos y ejecutivos carecían de información acerca de la actividad violenta desplegada por el Ejército de Liberación Nacional (ELN), las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc), y las AUC.

En una muestra de 26 periódicos de circulación local en 20 estados distintos, en el período comprendido entre noviembre de 1993 y mayo de 1996, encontré reportadas 9 masacres cometidas por la guerrilla y los paramilitares en las plantaciones bananeras de Urabá. Así las cosas, es prácticamente imposible que los directivos y ejecutivos de Chiquita en los Estados Unidos no hubiesen tenido conocimiento de lo que ocurría en la zona en Colombia donde realizaban sus operaciones. Dicho de otro modo, si las masacres cometidas por la guerrilla y los paramilitares eran noticia en las más diversas regiones de Estados Unidos, regiones que no tenían ninguna conexión significativa con Colombia, los directivos y ejecutivos de Chiquita, que sí tenían inversiones en Colombia, tenían que estar al tanto de tales masacres. Es cierto que a partir de 1997 los medios estadounidenses no volvieron a reportar la ocurrencia de masacres en Urabá pues para ese entonces las AUC habían consolidado su control sobre la zona y no precisaban continuar realizando asesinatos colectivos sino asesinatos selectivos. Sin embargo, los medios estadounidenses continuaron publicando numerosos artículos acerca del carácter extremadamente violento de la estrategia contrainsurgente de las AUC y de su líder, Carlos Castaño.

Toda esta información debe ser evaluada, además, de acuerdo con la regla del juicio comercial establecida por la jurisprudencia estadounidense según la cual no hay protec-

ción para los directivos que han realizado “un juicio poco inteligente o poco informado”. En línea con esta doctrina, puede decirse que el deber que tienen los directivos de informarse hace parte del deber de cuidado. De manera general, en *Marsh vs. Alabama*, la Corte Suprema de los Estados Unidos estableció que, “Para actuar como buenos ciudadanos, las personas tienen que informarse.” Al partir del deber general de todo ciudadano de informarse y del deber específico de los directivos y ejecutivos de una empresa, la información disponible en los medios de comunicación estadounidense acerca de la violencia desplegada por la guerrilla y los paramilitares, permite descartar como no plausible la afirmación de los directivos y ejecutivos de Chiquita de que no sabían qué consecuencias tenía financiar la actividad de estos grupos.

1.3. Los procesos de toma de decisión que involucraban a directivos y ejecutivos

Desde su llegada a Colombia, Chiquita decidió realizar pagos a las organizaciones armadas ilegales presentes en el territorio donde realizaba sus actividades, en ese entonces, las organizaciones guerrilleras. El aspecto más importante para considerar a este respecto es que los ejecutivos de Chiquita admiten no haber considerado ninguna alternativa a realizar esos pagos. La doctrina sobre el estado de necesidad en Colombia y la doctrina sobre la coacción (*duress*) en Estados Unidos como eximentes de responsabilidad son muy claras en limitar su aplicación a los casos en los cuales las personas afectadas no tenían ninguna otra opción que la de cumplir los requerimientos de los agentes que los someten a una coerción ilegal. En Estados Unidos, esa doctrina no tiene aplicación, cuando las personas se ponen voluntariamente en

la situación de ser extorsionadas, que es precisamente el caso de Chiquita. En efecto, sus directivos y ejecutivos aprobaron la continuación de los pagos a la guerrilla a cambio de continuar sus operaciones comerciales, esto es, voluntariamente continuaron en la posición de realizar pagos extorsivos.

En Colombia, la doctrina sobre el estado de necesidad específica que quien se beneficie económicamente de esta causal eximente de responsabilidad penal no puede acogerse a ella. El énfasis es distinto, pero la conclusión es la misma: al rutinizar los pagos para continuar su actividad comercial, Chiquita entró en connivencia primero con la guerrilla y luego con los paramilitares. Chiquita puede alegar que hizo el primer pago bajo coerción o en estado de necesidad. Luego de continuar los pagos, esa justificación se desvaneció completamente pues los directivos y ejecutivos de la empresa nunca consideraron seriamente alternativas al no pago de los cobros extorsivos, tales como la adopción de medidas propias de protección, colaboración con las autoridades o irse del país, por ejemplo.

Hay evidencia concluyente de que los ejecutivos de la empresa sabían que los pagos eran ilegales. Si no tuvieran consciencia de ello, no habrían diseñado un esquema para ocultarlos y evitar la auditoría de los mismos. Antes bien, la conducta desplegada por los ejecutivos fue precisamente la de poner en marcha un procedimiento especial para ocultarlos. Simultáneamente, la empresa requirió a sus propios abogados, así como a otros asesores legales externos, para que elaboraran una justificación legal de lo que hacía. Si no hubiese dudas acerca de la legalidad de los pagos, ¿para qué pregun-

tar una y otra vez acerca del asunto? A este respecto, conviene tomar en cuenta que la agencia legal externa contratada por Chiquita para evaluar la situación en 1997, Baker & McKenzie, advirtió que la doctrina colombiana del estado de necesidad excluía los casos en los cuales la persona o empresa se beneficiaba económicamente de una situación de extorsión. A pesar de este consejo legal, Chiquita siguió realizando pagos a la guerrilla y luego a los paramilitares.

Entre los funcionarios contables persistían las dudas acerca del propósito de estos pagos. En efecto, como expresó uno de ellos, Jorge Forton, a la SEC: “Estamos financiando [las] actividades [de la guerrilla] o nos estamos protegiendo. Es cuestionable.” La preocupación principal de los ejecutivos, sin embargo, era sobre el destino final de los pagos, pues no tenían ningún medio de controlar que el dinero llegara finalmente a la guerrilla y no al bolsillo de personas interesadas en enriquecerse a costa de la empresa. La solución de uno de los funcionarios fue formular una implicación observable de la eficacia de los pagos: se podía inferir que el dinero sí llegaba a su destino en tanto la guerrilla había dejado de realizar ataques a las fincas, instalaciones o al personal de la empresa. En este contexto, los ejecutivos de Chiquita racionalizaron los pagos a organizaciones armadas ilegales como un costo operacional. Al responder preguntas sobre el tema de un investigador de la SEC que realizaba una investigación contra Chiquita por el pago de sobornos a funcionarios del puerto de Turbo, uno de los vicepresidentes de la compañía, Robert Kisting, dijo,

Usted tiene que ver esto como un gasto normal de realizar esta operación, OK? Así como usted sale y gasta dinero en fertilizantes y agroquímicos y transporte al muelle y en costos de embarque y cosas por el estilo, este es un costo continuo de este negocio en la forma en la cual es operado; por tanto, es incluido como un costo continuo, no como “pagos a las guerrillas” sino como un costo continuo.

En ese mismo interrogatorio, Kistingner quiso persuadir a la SEC de que los pagos eran necesarios para proteger la vida de los empleados de la compañía. Sin embargo, esta es una categoría cuyo contenido no parece incluir a los trabajadores rasos. En un informe preparado para responder a las demandas contra Chiquita, el Comité Especial de Litigio (Special Litigation Committee, SLC) refiere varios casos de ataques contra el personal de esa empresa cometidos por la guerrilla. Uno de esos casos es el asesinato de varios trabajadores rasos que fueron bajados de un bus y asesinados por las Farc en 1995. Es notable que ninguno de los directivos y ejecutivos de la compañía recuerde el nombre de la masacre en el cual fueron asesinados estos trabajadores. Si la preocupación por su vida hubiese sido una constante de la compañía, seguramente directivos y ejecutivos podrían identificar los hechos en los cuales sus trabajadores fueron victimizados. El vago recuerdo de ese hecho es indicativo, por el contrario, del poco valor que le daban a la vida de los trabajadores en sus plantaciones.

Los pagos a la guerrilla no tenían como único propósito evitar ataques contra los funcionarios de la empresa o sus instalaciones. Un propósito adicional, no menos impor-

tante, era controlar la actividad del sindicato. La transcripción de un mensaje de voz enviado el 20 de septiembre de 1992 por un empleado de Chiquita a otro empleado de la misma empresa acerca de pagos ilegales realizados por esa época indica que el primero le dijo, “Incluimos el nombre de la guerrilla destinataria. Esto es algo que tenemos que pagar para que la guerrilla nos permita trabajar.” El significado de esta expresión incluía la moderación de las demandas de los trabajadores sindicalizados. En un memorando escrito en el mismo período, el 4 de septiembre de ese año, dirigido al Departamento de Protección Industrial de Banadex, la filial de Chiquita en Colombia, el autor hace un análisis acerca de la influencia de las Farc en el sindicato de trabajadores, Sintrainagro, e indica que la falta de acuerdo con un sector de ese sindicato fue precisamente el resultado de esa influencia. En el mismo análisis destaca que el sector controlado por el partido Esperanza, Paz y Libertad, fundado luego de la desmovilización del grupo guerrillero Ejército Popular de Liberación, sí llegó a un acuerdo con Banadex.

Un memorando posterior, del 11 de mayo de 1993, especifica los términos de la negociación con las Farc, identificada como “R”, y refiere la cantidad pagada hasta entonces y el saldo pendiente. En un texto en inglés añadido posteriormente y escrito a mano se lee: “Deberíamos obtener de ellos un acuerdo para que no bloqueen cualquier cosa que hagamos con el sindicato.” En otro memorando de la misma fecha se encuentra también un texto añadido, en inglés y escrito a mano, que presuntamente reporta lo negociado con otro grupo guerrillero: “Como con R, no deberían bloquear cualquier cosa que hagamos con el sindicato.”

Si Chiquita recurrió a la guerrilla para limitar las demandas de los trabajadores sindicalizados, es razonable conjeturar que recurriera a los paramilitares con el mismo propósito. Las declaraciones de los comandantes de las AUC que cito en la siguiente sección corroboran esta conjetura y permiten descartar como contraevidente la afirmación del SLC acerca de que los pagos a los paramilitares no tenían como propósito “asegurar la paz laboral en sus fincas o para mejorar de forma general su posición relativa respecto de los sindicatos en Colombia.” Antes de ello, es preciso tomar nota de que Chiquita ha procurado que los jueces y la opinión crean a la vez dos hechos contradictorios: el primero, que cuando hizo los pagos a las Convivir la compañía ignoraba que el destino final de ese dinero era financiar las AUC; y, el segundo, que los pagos a las AUC los hizo bajo coacción. En efecto, si los pagos a las Convivir eran legales y no fueron hechos a petición de los paramilitares, entonces estos no podían ser responsables de extorsionar a la empresa. Por el contrario, si los pagos a las Convivir fueron el resultado de la coacción ejercida por las AUC, Chiquita sabía desde el principio que el destino de sus pagos era financiar una organización ilegal. En realidad, ninguna de estas dos proposiciones tiene fundamento en el conjunto de la evidencia. Lo que se puede inferir de diversas piezas de información es que los pagos a los paramilitares fueron voluntarios y que la filial de Chiquita en Colombia los hizo a través de las Convivir con la clara consciencia de que ese era el medio legal para realizarlos.

A comienzos de 1997, el más alto ejecutivo de la filial de Chiquita en Colombia, Charles Keiser, se reunió con Carlos Castaño en Medellín. En esa reunión, Chiquita acordó

pagar a las AUC 3 centavos de dólar por cada caja de banano producida y exportada en Urabá, y canalizar esos recursos a través de las Convivir. Ese acuerdo particular era en realidad parte de un acuerdo más amplio con todas las bananeras de la región, las cuales pagaban también la misma suma. En consideración a la información general acerca del funcionamiento de las multinacionales estadounidenses y de la observación de la conducta de funcionarios de la casa matriz y de la filial, es posible inferir que los directivos y ejecutivos de Chiquita estaban al tanto de ese acuerdo. No solo eso. Chiquita continuó la práctica de ocultar los pagos realizados a los paramilitares de la misma manera como ocultó los pagos a la guerrilla. Como parte de esa estrategia de ocultamiento, un abogado de la empresa procuró dejar constancia de que los pagos realizados a las Convivir no tenían nada que ver con los paramilitares en un memorando escrito luego de una visita a Colombia en agosto de 1997. En ese memorando no hizo ninguna referencia al acuerdo con Carlos Castaño.

Un año después, en el marco de la investigación iniciada por la SEC contra Chiquita por los sobornos en Turbo, una firma legal contratada por la empresa, Kirkland & Ellis, dijo que “Banadex también le paga al Ejército (por seguridad) y a los paramilitares, tales como las Convivir.” En septiembre del año 2000, un ejecutivo de la empresa redactó un nuevo memorando en el cual procuró presentar los pagos a las Convivir como resultado de la extorsión de los paramilitares, en particular, de una amenaza no explícita de Carlos Castaño al gerente de la filial en Colombia en la reunión que tuvieron a comienzos de 1997. Este cambio de actitud tiene que ver con la previsión de Chiquita de los problemas legales que podría

tener por hacer pagos a los paramilitares presentes en la zona bananera del Magdalena a través de una entidad que no era una Convivir y, probablemente, en respuesta a la investigación de la SEC y a la publicación de un informe de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, conocido por la empresa, que revelaba los lazos existentes entre las Convivir y los paramilitares.

El ocultamiento de los pagos a las AUC y su racionalización en términos del estado de necesidad en que se encontraba la filial de Chiquita en Colombia continuó hasta el año 2003, cuando Chiquita decidió revelarle al DoJ que le hacía pagos a una organización designada como terrorista por el DdE. Cabe destacar que en 2001 Chiquita le pidió asesoría a la firma legal colombiana Posse, Herrera & Ruiz sobre la legalidad de los pagos a las Convivir. Según el SLC, ese concepto ratificó que los pagos eran legales, siempre y cuando las Convivir tuvieran sus licencias al día y usaran el dinero para fines legales. En su informe, el SLC omitió este aparte muy importante del informe de Posse, Herrera & Ruiz:

(...) si los fondos se usan en conexión con actividades que están más allá del ámbito de las [Convivir], incluyendo la realización de actividades contrarias a la ley, el conocimiento real (o incluso presunto) de tales actividades por la parte contribuyente puede manchar los pagos como ilegales e incluso resultar en responsabilidad penal.

Las implicaciones del concepto legal de Posse, Herrera & Ruiz son bastante claras: si el memorando de septiembre del 2000 había establecido que el destino de los pagos a las

Convivir eran los paramilitares, entonces, al saberlo, Chiquita era responsable de estar violando la ley colombiana.

Vale la pena destacar que Chiquita realizó esta consulta legal luego del desembarque de 4.200 fusiles del buque Avra, que los paramilitares hicieron el 10 de abril de ese mismo año en el muelle de la empresa y que, como lo admite el propio SLC, el líder paramilitar Raúl Hasbún contactó previamente a los funcionarios de Banadex para pedirles su “cooperación”, consistente en permitir el descargue, sin tener que realizarlo ellos mismos. Luego de realizar la descarga del material bélico, Hasbún le exigió al jefe de seguridad de Banadex que le entregara la cinta de video de la operación. Chiquita nunca reportó este hecho a las autoridades colombianas. Una de las consecuencias de esta omisión fue que los paramilitares decidieron hacer otra operación de descarga de 3.000 fusiles y 5 millones de cartuchos, esta vez del buque Oterloo, el 5 de noviembre de 2001. Chiquita tampoco reportó este hecho a las autoridades.

1.4. Las declaraciones de los líderes paramilitares

Uno de los líderes paramilitares de más alto rango, Salvatore Mancuso, ha declarado en repetidas ocasiones que los pagos que Chiquita le hizo a las AUC fueron voluntarios. En una entrevista al programa estadounidense *60 Minutes*, realizada el 11 de mayo de 2008, Mancuso dijo que Chiquita dio dinero a las AUC para continuar haciendo sus inversiones y obtener ganancias, no para evitar que sus empleados fueran asesinados. También dijo que las AUC nunca se preocuparon de lo que harían si Chiquita se hubiese negado a realizar los pagos, pues siempre lo hizo voluntariamente. Las declaraciones del principal líder paramilitar en Urabá, Raúl Hasbún,

han sido en el mismo sentido. En una declaración rendida el 4 de diciembre de 2015, Hasbún sostiene que los pagos realizados por las empresas bananeras fueron siempre voluntarios y que por esa razón no fueron extorsionadas ni su personal secuestrado ni sus fincas invadidas. El principal líder paramilitar de la zona bananera del Magdalena, Gregorio Mangones Lugo, también ha dicho en repetidas ocasiones que los pagos realizados por las empresas bananeras fueron voluntarios.

Tan importantes como estas declaraciones acerca del carácter voluntario de los pagos son aquellas relativas a la función que cumplieron los paramilitares en favor de las empresas. La primera función era eliminar la amenaza de la guerrilla. Sin embargo, los paramilitares también cumplieron otra función que fue muy útil para las empresas bananeras: imponer un nuevo orden en las relaciones laborales. En las declaraciones que Raúl Hasbún y Salvatore Mancuso rindieron ante la Jurisdicción de Justicia y Paz en 2008 y 2009, ambos líderes paramilitares señalaron que las reuniones realizadas con empresarios bananeros en 1997 tuvieron como propósito “concertar los mecanismos de seguridad y ‘normalización o pacificación laboral’ en la región.”

El líder paramilitar Hébert Veloza, quien actuaba en Urabá bajo las órdenes de Hasbún, ha sido bastante explícito acerca de ese rol de ‘normalización o pacificación laboral’. En una entrevista a la revista *Semana* en 2007, dijo: “En esa época los sindicatos estaban muy fuertes y había mucha huelga. Lo que hacíamos, y era el compromiso, era obligar a los trabajadores a ir a trabajar a las plantaciones. El que desobedecía la orden y no iba a trabajar, ya sabía qué le pasaba.”

En la versión libre que dio ante la Jurisdicción de Justicia y Paz el 29 de octubre de 2009, el mismo Veloza declaró:

He dicho los bananeros son tan o más responsables que nosotros en todo lo que pasó en el Urabá. Porque fuimos de finca en finca prohibiéndoles a los trabajadores a hacer paros armados. Uno iba uniformado y con un cuchillo en la mano, diciéndoles que el que hiciera paro lo matábamos, ¿por qué?, por buscar los beneficios de los empresarios bananeros. Ellos fueron los que se beneficiaron de la guerra. Ellos ninguno está pagando, ninguno está detenido, ninguno está investigado, ninguno ha puesto un peso para la reparación y ellos fueron los que realmente se beneficiaron.

Otro tanto ha dicho el líder paramilitar Mangones Lugo. En una declaración extrajudicial rendida el 29 de octubre de 2009, admitió haber matado al líder sindical José Luis Güette Montero con el fin de beneficiar a Chiquita y a Dole, específicamente, ayudándoles a estas empresas “a pacificar el sindicato que representaba a los trabajadores bananeros de la región.”

1.5. El contexto socio político en el cual Chiquita hizo pagos a la guerrilla y a los paramilitares

Los pagos a la guerrilla y, sobre todo, a los paramilitares, son indisociables de un contexto socio político que favoreció que Chiquita recurriera al apoyo de esas organizaciones armadas ilegales. Cuando Chiquita inició sus operaciones en Colombia, en 1989, la región de Urabá se encontraba bastante convulsionada. Tanto las Farc como el EPL tenían una enorme influencia en el sindicato de los traba-

jadores bananeros. Mediante movilizaciones y huelgas, ese sindicato logró sustanciales mejoras de las condiciones laborales. Sin embargo, su experiencia en la negociación con las empresas productoras de banano le dio incentivos al EPL para participar en un proceso de paz con el Gobierno, que culminó exitosamente en 1991. Durante un breve período, Urabá conoció un clima de concertación y acuerdo que se deterioró rápidamente a medida que la disidencia del EPL, que continuó en armas, y las Farc realizaron ataques contra los guerrilleros desmovilizados. La entrada de los paramilitares a la región agravó aún más la situación pues, como la guerrilla, recurrió a asesinatos colectivos para aterrorizar a la población y obtener el control del territorio. La estrategia paramilitar recibió respaldo del gobierno del entonces Presidente de la República, Ernesto Samper Pizano. Sin las medidas que tomó este gobierno, esa estrategia no habría sido tan exitosa como lo fue.

La clave de ese éxito fue darle continuidad a la política, iniciada en el gobierno de Cesar Gaviria, de permitir la formación de cooperativas rurales de seguridad. No fue solamente un asunto de continuidad. El presidente Ernesto Samper puso al frente de esa política a una persona cuyos antecedentes familiares se alineaban con la idea de darle a los grupos paramilitares una fachada legal en todo el país. En efecto, Samper nombró a Hermann Arias Gaviria al frente de la Superintendencia de Seguridad Privada, la agencia estatal encargada de permitir la creación y funcionamiento de esas cooperativas de seguridad rural. Arias Gaviria es hijo del abogado José Manuel Arias Carrizosa, quien fuera Ministro de Justicia del gobierno del presidente Virgilio Barco entre

1986 y 1987. En ese cargo, Arias Carrizosa justificó la conformación de grupos de autodefensa o paramilitares con la cuestionable tesis de la ‘legítima defensa colectiva’. Por cuenta de esta posición, pero también por causa de un escándalo menor, Arias Carrizosa dejó su cargo. Dos años después, fue elegido presidente de la Asociación de Bananeros de Urabá (Augura), gremio afectado por las extorsiones de la guerrilla, posición en la que estuvo hasta noviembre de 1993.

A cualquier observador le resulta obvia la conexión entre intereses económicos locales, una ideología que favorece el uso de la violencia privada para restablecer el orden público y los lazos familiares del funcionario escogido por el entonces presidente Samper para autorizar la formación de las llamadas Convivir. Las acciones de Arias Gaviria confirmaron todas las suspicacias en su contra. Amparado en la ausencia de antecedentes legales, este funcionario nunca negó una licencia para crear una Convivir a personas acusadas de tener vínculos con grupos paramilitares. Junto con el entonces ministro de Defensa, Juan Carlos Esguerra, en septiembre de 1996, abogó en el Congreso para que los miembros de las Convivir pudieran portar armas de largo alcance. Hacia mediados de 1997, Arias suspendió la actividad de inspección y control sobre las Convivir y, de ahí en adelante, permitió que estas entidades renovaran sus licencias de funcionamiento automáticamente. La actitud laxa del gobierno de Samper, dio a los paramilitares y a las empresas bananeras como Chiquita la oportunidad de establecer una relación mutuamente beneficiosa.

Esta relación se vio favorecida, además, por la decisión del gobierno nacional de nombrar como comandante militar

en Urabá a un oficial como el general Rito Alejo del Río, que tenía antecedentes de nexos con grupos paramilitares. El nexo entre paramilitares y empresas bananeras también se vio favorecido por la política de las autoridades regionales, como la del entonces gobernador de Antioquia, Álvaro Uribe Vélez. Según declaraciones de varios líderes paramilitares que operaron en Antioquia, en acuerdo con ellos, el secretario de gobierno, Pedro Juan Moreno, promovió la conformación de las Convivir. Raul Hasbún afirma que le planteó a Moreno que los empresarios bananeros en Urabá querían conformar una Convivir y que la respuesta de este fue que tenían que crear una docena. Salvatore Mancuso ha dicho en varias ocasiones que, por iniciativa de Carlos Castaño, se reunió con Moreno con el fin de conformar 11 Convivir en Urabá, y en una ocasión ha dicho que Moreno era el intermediario entre Álvaro Uribe y los paramilitares. Por su parte, Fredy Rendón afirma haber visto a Moreno junto con Carlos Castaño en varias reuniones. Finalmente, Diego Fernando Murillo dijo que había un grupo de doce personas que participaban en la planeación de los asesinatos de las autodefensas y que de ese grupo hizo parte Pedro Juan Moreno. Todos estos testimonios coinciden en el papel que jugó Moreno; solo Mancuso nombra a Uribe. Sin embargo, no es creíble que el secretario de gobierno del departamento de Antioquia actuara a espaldas de su jefe inmediato, el gobernador Álvaro Uribe. Empero, como el expresidente Samper, uno puede afirmar que el expresidente Uribe se ha amparado siempre en la doctrina de la negación plausible⁴.

⁴ Como lo refero más adelante con más detalle, esta doctrina consiste en la evasión de responsabilidad por personas en cargos de autoridad, poder o influencia, mediante declaraciones formales en las que afirman no tener

2. La metodología que utilicé en mi investigación

2.1. *Una reflexión preliminar*

¿Qué pasó? ¿Cómo ocurrieron los hechos? ¿Por qué ocurrieron? Estas son preguntas que se hacen las personas afectadas por hechos de violencia, así como aquellos que se involucraron activamente en ellos, y también quienes procuramos comprender y explicar esos hechos. Reconstruir lo ocurrido y entenderlo presenta desafíos y obstáculos muy distintos para quien lo hace desde la perspectiva del participante y para quien lo hace desde la perspectiva del observador. Si bien estas dos perspectivas no son compartimentos estancos pues entre una y otra hay numerosos vasos comunicantes, la distinción conserva toda su relevancia. Es indudable que tanto el rol del participante como el del observador conllevan una serie de expectativas relativas a la manera en la cual cada uno ha de realizar la reconstrucción de los hechos, así como a la interpretación de su significado. En el caso del participante, esas expectativas conciernen a la sinceridad con la cual haga su recuento; en el caso del observador, a la independencia e imparcialidad con la cual debe llevar a cabo su tarea.

Sobre ambos recae la expectativa de actuar de modo diligente de cara a las negaciones de los hechos que cada uno enfrente. Esas negaciones pueden ser tanto internas como externas. El participante puede estar abrumado por las heridas físicas y psíquicas sufridas a tal punto que el recuento de lo

ningún involucramiento en hechos ilícitos cometidos por terceros, a pesar de que estos actuaron con su conocimiento e incluso bajo su dirección (Cfr. Dorn, 2010).

sucedido le cause un enorme sufrimiento, de ahí que tenga que luchar con los bloqueos mentales que impiden la realización de ese recuento. El participante puede estar, además, abrumado por el silencio impuesto en derredor suyo o por la negación continua y deliberada de parte de los victimarios acerca de la ocurrencia de los hechos, de su significado o sus implicaciones. El observador también tiene que enfrentar este tipo de negaciones. No obstante, la carga psicológica que debe asumir es muy distinta de la del participante. Al no estar implicado directamente en los hechos, el observador debe aproximarse a los discursos que afirman o niegan hechos o procesos sin desesperar ni perder su sentido de balance. Empero, ese mismo observador tiene que abrirse paso muchas veces entre múltiples narraciones, que pueden divergir en muchos puntos sustanciales, haciendo extremadamente difícil la reconstrucción de los hechos y de su significado. Conviene agregar que las afirmaciones o negaciones con las cuales tiene que lidiar el observador también pueden ser internas. Conciernen a los prejuicios y sesgos que lo pueden llevar a rechazar piezas de información que dirigen su atención en una u otra dirección diferente; así como a lo contrario, esto es, a aceptar recuentos y explicaciones contraevidentes porque se ajustan a sus prejuicios y sesgos.

Comparar la perspectiva del participante con la perspectiva del observador en la reconstrucción de hechos de violencia excede el propósito de este escrito. No obstante, creo que esta reflexión preliminar contribuye a esclarecer la carga que asume el observador cuando se propone describir y explicar hechos violentos. Esta es la perspectiva que asumí en dos conjuntos de casos de violencia antisin-

dical que involucran a empresas multinacionales, mientras realizaban actividades económicas en zonas del país gravemente afectadas por el conflicto armado. Lo que presentaré a continuación es la metodología que utilicé para realizar mis indagaciones.

2.2. Metodología de la investigación

El punto de partida de mi investigación fue la pregunta acerca de si el asesinato de trabajadores sindicalizados en el enclave agrícola explotado por la empresa multinacional Chiquita Brands se encuadraba o no dentro de un patrón y, si así fuera, determinar los mecanismos que lo explicarían. Al momento de formular esa pregunta numerosas personas, tanto víctimas como victimarios, habían dado su testimonio a autoridades judiciales acerca de los asesinatos de trabajadores sindicalizados acusando a dicha empresa. Además, Chiquita Brands había admitido haber hecho pagos a grupos armados irregulares, pero reiteradamente había afirmado que lo había hecho por la coacción ejercida por esos grupos.

Desde la perspectiva del observador, consideré que la manera adecuada de abordar mi pregunta de investigación era tomar las afirmaciones en uno u otro sentido como hipótesis de trabajo. Asumí entonces que mi tarea consistía, en primer lugar, en recaudar información tanto a favor de la hipótesis de que Chiquita Brands no era responsable de los hechos de violencia que les imputaban como de la hipótesis contraria, esto es, que sí era responsable de tales hechos. En segundo lugar, sometí la información recaudada a un riguroso escrutinio para determinar su credibilidad. Esto significó

en la práctica que desagregara las hipótesis mencionadas en un conjunto de hipótesis específicas acerca de la secuencia en que habían ocurrido las cosas y de la posible motivación de los autores. En otras palabras, analicé la cadena de eventos en los cuales aparece involucrada la empresa Chiquita Brands, sometiendo a un cuidadoso análisis cada uno de los eslabones de esa cadena.

El primer grupo de hipótesis a considerar era si la empresa sabía o no qué hacían los grupos guerrilleros y los grupos paramilitares respecto de los trabajadores sindicalizados de las plantaciones bananeras. Si la hipótesis descartada era que no sabía, esto implicaba desechar la tesis de la compañía, reiterada en numerosas ocasiones, especialmente ante las autoridades judiciales estadounidenses, de que ignoraba lo que hacían esos grupos. El segundo grupo de hipótesis concernía al carácter voluntario o no de las contribuciones que hizo esa empresa a los grupos armados irregulares. La renuencia de los directivos y ejecutivos de Chiquita Brands a revelar de buena fe su responsabilidad ante la justicia estadounidense, los obstáculos puestos por la empresa al esclarecimiento de la verdad, así como la tendencia histórica de esta compañía a recurrir a la violencia, desconocer derechos de terceros y soslayar el cumplimiento de la ley, las tomé como indicios de que las contribuciones fueron voluntarias. El peso mayor de la evidencia, sin embargo, proviene del análisis del proceso de toma de decisiones de la empresa, realizado con base en los documentos desclasificados. Un aspecto central de ese análisis fue de tipo contrafactual. Lo que hice fue comparar lo observado con lo que podría haber ocurrido si la condición causal presupuesta en la hipótesis no hubiera estado

presente⁵. Por ejemplo, si los directivos y ejecutivos de Chiquita hubiesen obrado de acuerdo con sus deberes fiduciarios de cuidado, lealtad y buena fe, ¿habrían omitido hacer preguntas acerca del abultadísimo incremento en los pagos a una supuesta organización ciudadana de seguridad, muy por encima de las contribuciones hechas anteriormente a las Fuerzas Armadas colombianas?

Aquí quisiera resaltar que la renuencia de los directivos y ejecutivos de Chiquita involucrados en los hechos de violencia antisindical a aceptar su responsabilidad se inscribe en distintos patrones de negación (Cohen, 2001: 7 ss.). La negación puede ser “literal”: negar, por ejemplo, que esa empresa hubiera tenido vínculos con grupos paramilitares y, sobre todo, que hayan usado esos vínculos para eliminar letalmente la actividad reivindicativa de sus trabajadores sindicalizados. En el caso de los directivos y ejecutivos de Chiquita Brands, esa negación ha sido “interpretativa”: aunque han admitido haber tenido vínculos con grupos armados irregulares, tanto guerrilleros como paramilitares, siempre han dicho que lo hicieron bajo coacción. Empero, ambos patrones de negación pueden subsumirse en otro más general: la “negación plausible”, esto es, la evasión de responsabilidad que hacen personas en cargos de autoridad, poder o influencia, mediante

⁵ El uso del análisis contrafactual tiene una antigua y sólida acreditación en las ciencias sociales. Como señala Julien Freund (2003:56), analizar lo que *habría* ocurrido si la causa inferida hubiese estado ausente es uno de los elementos centrales del análisis histórico-sociológico realizado por Max Weber. Cabe agregar que recientemente el análisis contrafactual ha comenzado a jugar un papel importante en el estudio histórico de la política internacional (Tetlock y Belkin, 1996).

declaraciones formales, de no tener ningún involucramiento en hechos ilícitos cometidos por terceros respecto de los cuales no hay una relación de subordinación, cuando esos hechos ilícitos benefician a esas personas y/o a la organización a la que pertenecen⁶. Mi trabajo de investigación muestra que la negación de Chiquita Brands de haber hecho voluntariamente pagos a grupos armados irregulares para imponer un determinado orden en las relaciones laborales no es plausible pues, está en contradicción, como ya lo he dicho, con numerosísimas piezas de información provenientes de diversas fuentes.

Un aspecto central de todo el análisis que llevé a cabo fue someter a un riguroso escrutinio los posibles nexos causales existentes entre la probable motivación de los agentes, la acción observada y las consecuencias de los hechos. Para ello, eché mano de una evaluación similar a la que realiza quien recurre a una tabla de verdad para determinar si esos nexos son necesarios (i), suficientes (ii), necesarios y suficien-

⁶ La doctrina de la negación plausible (*plausible deniability*) adquirió prominencia con ocasión de las investigaciones realizadas por el comité del Senado de los Estados Unidos, presidido por Frank Church, acerca de la actividad ilegal de los organismos de inteligencia del Estado. Según ese comité, “La no atribución a los Estados Unidos de [responsabilidad] por operaciones encubiertas fue el propósito original y principal de la así llamada doctrina «negación plausible». La evidencia presentada al Comité demuestra claramente que este concepto, diseñado para proteger a los Estados Unidos y a sus operadores de las consecuencias de revelaciones públicas, ha sido expandido para enmascarar las decisiones del Presidente y de los miembros más importantes de su equipo.” (US Senate, 1975: 11). Sobre la doctrina de la negación plausible y la forma de ponerla en cuestión en casos que involucran violaciones a los derechos humanos que pueden ser de competencia de la Corte Penal Internacional, puede verse la presentación que hizo Walter Dorn (2010) ante la oficina del Fiscal de la Corte.

tes (iii), o ni suficientes ni necesarios (iv). Este tipo de análisis es común en áreas tan diversas como la epidemiología, las ciencias sociales y la práctica forense. Me serví además de la tabla de verdad elaborada por Collier (2011) para determinar qué consecuencias se siguen de este análisis para las hipótesis rivales⁷. Estos criterios de evaluación corresponden aproximadamente a los grados de certeza establecidos por la Comisión de la Verdad para El Salvador (1993) en su informe final *De la Locura a la Esperanza: La Guerra de 12 Años en El Salvador*⁸. Las conclusiones que reporté en mi trabajo acerca de la probable responsabilidad personal de los directivos y ejecutivos de la empresa Chiquita Brands las formulé con apego a estos criterios.

⁷ De acuerdo con los planteamientos de Collier: “si se prueba la ocurrencia de un evento que se considera necesario y suficiente para que otro ocurra, puede descartarse definitivamente la hipótesis alternativa; si se prueba la ocurrencia de un evento que se considera suficiente para que otro ocurra, la hipótesis alternativa quedará sustancialmente debilitada; si se prueba la ocurrencia de un evento que se considera necesario para que otro ocurra, la hipótesis alternativa quedará debilitada en cierto modo; finalmente, si se prueba la ocurrencia de un evento que no es ni necesario ni suficiente para que otro ocurra, la hipótesis alternativa no quedará debilitada sino un poco.” (2011: 825).

⁸ Según esa Comisión “las pruebas contundentes o altamente convincentes son las que le proporcionaron el más alto grado de certeza en sus conclusiones. A estas las llamó pruebas abrumadoras – corresponderían a las pruebas con las cuales se puede descartar definitivamente las hipótesis alternativas. A las pruebas muy sólidas en apoyo de sus conclusiones, la Comisión las llamó pruebas sustanciales – corresponderían a las pruebas con las cuales se podría considerar sustancialmente debilitadas las hipótesis alternativas. Finalmente, la Comisión llamó pruebas suficientes a aquellas que proporcionan más apoyo que contradicción a sus conclusiones – corresponderían a las pruebas con las cuales las hipótesis alternativas quedan debilitadas en cierto modo.” (Comisión de la Verdad para El Salvador, 1993: 14).

Al reflexionar acerca de la manera como realicé mi trabajo de investigación, podría decir que este fue hecho con apego a un ideal de autorregulación de las inferencias cognitivas propio del científico. Me explico. Los psicólogos Roy F. Baumeister y Leonard S. Newman (1994) elaboraron una tipología de los factores motivacionales que intervienen en los procesos de toma de decisión. Según estos autores, la mayoría de las personas oscilamos entre dos tipos: el científico intuitivo, que procura encontrar la solución correcta u óptima, y el abogado intuitivo, que procura organizar los mejores argumentos en favor de una conclusión predeterminada. De acuerdo con esta tipología, un amplio conjunto de investigadores sociales parece encuadrarse más en el tipo del abogado intuitivo que del científico. En efecto, Charles Ragin (2007: 146-147) plantea que uno de los propósitos de los estudios de caso puede ser el dar voz a grupos marginados con el fin de construir mejores representaciones de sus experiencias. Trabajos de este tipo se acercan más a la perspectiva del participante que a la del observador y, por esta razón, no es infrecuente encontrar contribuciones que parecen haber sido hechas bajo la perspectiva del abogado intuitivo.

Si bien mi trabajo es de caso, había fuertes razones para realizarlo bajo la perspectiva del observador y de acuerdo con el ideal del científico. La primera era de índole cognitiva y académica: dado que mi propósito era describir y también explicar los hechos de violencia en los que aparecen involucradas las empresas multinacionales, la única forma de lograrlo era con apego al mencionado ideal. Una segunda razón era de orden cívico: la forma más provechosa, socialmente, de contribuir a la discusión relativa a la posible responsabi-

lidad de las empresas multinacionales por violaciones a los derechos humanos era realizando un trabajo de investigación con apego a los principios de imparcialidad e independencia respecto de todas las partes.

Quisiera agregar que la validez de los trabajos científicos no depende meramente del apego a un cierto ideal de lo que debe hacer una persona de ciencia. No es suficiente que uno formule con claridad y precisión sus hipótesis de trabajo, y que haga públicos los criterios con base en los cuales realizó sus inferencias. Es necesario, además, poner a disposición de toda la comunidad de investigadores los datos con base en los cuales uno realizó esas inferencias, de modo que los miembros de esa comunidad puedan examinar su análisis y determinar si sus conclusiones son válidas o no⁹. Yo he hecho esto con mi trabajo. Una indicación de que mi análisis fue correcto y mis conclusiones acertadas radica en que será publicado luego de haber sido sometido al escrutinio de pares evaluadores.

Dado que individualicé la responsabilidad de varios directivos y ejecutivos de las empresas multinacionales que investigué, es preciso que haga la siguiente salvedad. Cabe la probabilidad de que yo esté equivocado. Esta indicación no es, en absoluto, inusual en el ámbito científico. Antes bien,

⁹ A juicio de Thomas Gilovich (1991, 57 ss.), procedimientos de este tipo son los que hacen la diferencia entre el mundo de la ciencia y la vida cotidiana, pues son los que protegen a los científicos de adoptar creencias infundadas, en contradicción con los hechos. Esto no significa que los científicos siempre profesen creencias validadas por la investigación científica. Antes bien, abundan los casos de personas de ciencia que se comportan incluso en su campo como los fervientes adherentes a una fe, no al método científico.

corresponde a la noción falibilista de verdad propia del ideal científico moderno. No obstante, esa probabilidad es bastante baja, pues los controles a los cuales aludí en el párrafo anterior tienen la función precisamente de reducirla.

En este aspecto hay una gran diferencia entre el discurso científico y el discurso judicial. En este, la noción de certeza juega un papel garantista fundamental. Esa certeza no existe en el ámbito científico donde, de acuerdo con el ideal falibilista mencionado anteriormente, todas las conclusiones no se consideran verdaderas sino apenas no falseadas. No obstante, hay un punto en el cual ambos discursos se intersecan: cuando el nivel de rechazo de la hipótesis nula es bastante alto, la conclusión científica se aproxima a la certeza judicial¹⁰. Como lo dije anteriormente, en mi trabajo ese

¹⁰ Un ejemplo de esa intersección es el de los test de ADN: ningún juez se abstendría de reconocer la paternidad de una persona simplemente porque el test en cuestión no le proporciona una fiabilidad en la que la probabilidad de que la hipótesis nula sea correcta sea igual a cero; como se dice coloquialmente, sería extraño que un juez se negara a declarar la paternidad de una persona porque la prueba de ADN no tiene la certeza del 100%, desde luego, siempre y cuando la muestra haya sido bien tomada y bien interpretada (Gascón, 2007). Antes bien, con una probabilidad del 0,99 un juez declara la paternidad de una persona. Aunque en un estudio cualitativo ese nivel de fiabilidad no se cuantifica, un equivalente de los niveles de rechazo de la hipótesis nula es la indicación del grado de solidez de los vínculos causales que el investigador reporta en su trabajo (Epstein y King, 2002: 50). La gran diferencia entre la práctica científica y la práctica judicial es que en ésta hay un momento en el cual se agotan las oportunidades para revisar la decisión final, así como la evidencia en la cual se fundamenta esa decisión. En la práctica científica, esas oportunidades nunca se acaban. En la práctica judicial, en el balance entre la necesidad de reducir la incertidumbre en las relaciones sociales por la vía de proporcionar seguridad jurídica y la búsqueda de la verdad, prevalece al final el primer interés. En la práctica científica, prevalece siempre la búsqueda de la verdad.

reporte corresponde aproximadamente a los grados de certeza con base en los cuales la Comisión de la Verdad para El Salvador formuló sus conclusiones.

En la línea de lo dicho anteriormente, quisiera resaltar que formulé mis conclusiones fuera del ámbito judicial. En ese ámbito, todas las personas tienen garantizado su derecho de defensa y debido proceso. El ámbito académico desde el cual hice mi contribución a la comprensión y explicación de los casos de violencia antisindical que involucran a empresas multinacionales me permite presentar mis conclusiones a la sociedad, incluso cuando ellas contradicen las decisiones de los órganos judiciales. Esta libertad no es, de ninguna manera, un pasaporte para realizar imputaciones infundadas. Todo lo contrario. Si bien no me correspondía observar las formalidades propias de un proceso judicial, decidí adherir rigurosamente a los estándares de una investigación académica para que los resultados de mi trabajo pudiesen ser aceptados como válidos.

Quisiera agregar que las conclusiones de mi trabajo son válidas hasta tanto surja evidencia que permita considerarlas infundadas. En el entretanto y en consideración a los altos niveles de impunidad que existen no solo en el país sino en otras latitudes, mi trabajo representa una modesta contribución contra los intentos de aquellos que, aprovechándose de su poder, procuran construir una narrativa sustentada en la falsificación y distorsión deliberada de la información disponible. Como lo observó el historiador Yosef Yerushalmi (2002:138-139) a propósito del trabajo historiográfico, este no puede ocupar el lugar de la memoria colectiva ni ha mos-

trado ser capaz de generar una tradición alternativa. Empero, como dice el mismo Yerushalmi, frente al agresivo saqueo de la memoria colectiva, de la distorsión deliberada del registro histórico y de la construcción de pasados mitológicos al servicio de los poderes de la oscuridad, “solo el historiador [y, yo agregaría, los científicos sociales], con su austera pasión por el hecho, la prueba, la evidencia, que son centrales para su vocación, puede montar guardia eficazmente.”

Referencias

- Baumeister, R. F. y Newman, L. S. (1994). “Self-regulation of cognitive inference and decision processes.” *Personality and Psychology Bulletin*, 20 (1), 3-19.
- Cohen, S. (2001). *States of Denial: Knowing about Atrocities and Suffering*. Cambridge: Polity Press.
- Collier, D. 2011. “Understanding Process Tracing.” *PS: Political Science and Politics*, 44 (4), 823-830.
- Comisión de la Verdad para El Salvador (1993). *De la Locura a la Esperanza: La Guerra de 12 Años en El Salvador*. San Salvador, Nueva York: Naciones Unidas.
- Dorn, W. (2010). “Plausible Deniability: or How Leaders May Try to Conceal Their Roles.” International Criminal Court, Office of the Prosecutor, Guest Lecture. Recuperado de: <https://walterdorn.org/presentations/onlinepresentations/>

- Epstein, L. y King, G. (2002). *The Rules of Inference*. *University of Chicago Law Review* 69 (1): 1-133.
- Freund, J. (2003). *Sociologia de Max Weber*. Rio de Janeiro: Editora Forense Universitária.
- Gilovich, T. (1991). *How We Know What Isn't So: The Fallibility of Human Reason in Everyday Life*. New York: The Free Press.
- Gascón, M. (2007). "Validez y valor de las pruebas científicas: la prueba del ADN". *Cuadernos Electrónicos de Filosofía del Derecho*, 15, 1-12.
- National Security Archive. (7/04/2011). *The Chiquita Papers*. Recuperado de: <https://nsarchive2.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB340/>
- Ragin, C. (2007). *La Construcción de la Investigación Social: Introducción a los Métodos y su Diversidad*. Bogotá: Sage-Universidad de los Andes.
- Tetlock P. y Belkin, A. (1996). *Counterfactual Thought Experiments in World Politics: Logical, Methodological, and Psychological Perspectives*. Princeton: Princeton University Press.
- US Senate. (1975). *Alleged Assassination Plots Involving Foreign Leaders: An Interim Report of the Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities*. Washington: U.S. Government Printing Office.

Yerushalmi, Y. (2002). *Zajor: La Historia Judía y la Memoria Judía*. México: Editorial Anthropos.

Capítulo 2.

ODIO Y VENGANZA EN LA GUERRA CIVIL COLOMBIANA.

Patrones en los asesinatos a excombatientes de las FARC¹

Gloria María Gallego García

Universidad EAFIT

“Nuestro presente es una versión actualizada de lo mismo de siempre. Y habría que escribirlo para que no se nos olvide el carácter atroz de las atrocidades”. Rivas (2015: 75).

Introducción

En las guerras civiles la venganza opera en muchas dimensiones: como motivación directa para la acción violenta, para enlistarse en las organizaciones armadas, para matar al enemigo en asesinatos rodeados de sevicia, ritos y estéticas

¹ Trabajo final resultado del Proyecto de investigación 974-000009, *Maestros en medio de la guerra. Fase II: magnitud y factores de victimización docente en Antioquia*, desarrollado en 2020 con el auspicio de la Universidad EAFIT.

del horror que generan nuevos ciclos de violencia en los que los enemigos se matan, rematan y contramatan acelerando el escalamiento de la confrontación (Kalyvas, 2010: 92-95; Roldán, 2003; Uribe, 1990). Las sociedades donde se producen las guerras quedan fraccionadas y llenas de rencor y, como sucede con las pasiones, que duran más que la guerra, las venganzas continúan.

Diversos estudios han mostrado que tanto las victorias militares como los acuerdos de paz que ponen fin a guerras civiles en diferentes partes del mundo, están sucedidos por sagas de venganzas y asesinatos de excombatientes con el interés de producir purgas de adversarios. Así sucedió en España con el ascenso al poder del dictador Franco, finalizada la guerra civil (1936-1939): vinieron asesinatos y represión contra los que defendieron el gobierno de la República (Casanova, 2002; Castroviejo, 1997: 405-426; Juliá, 1999). En El Salvador, Guatemala y Colombia, tras la firma de acuerdos de paz, se produjeron altos números de asesinatos de exguerrilleros y de quienes se oponían a los regímenes en el poder.

En Colombia, en particular, es una constante el asesinato de guerrilleros y paramilitares que abandonan las armas, y el proceso de paz entre el Estado colombiano y las FARC no es la excepción. De acuerdo con la Misión de Verificación de las Naciones Unidas en Colombia, desde la firma del Acuerdo Final de Paz el 24 de noviembre de 2016 hasta el 29 de diciembre de 2020, han sido asesinados 248 excombatientes (incluidas seis mujeres), ha habido 55 intentos de homicidio (incluidos los de tres mujeres) y 20 desapariciones (todas

ellas de hombres) (Organización de las Naciones Unidas y Consejo de Seguridad, 29 de diciembre de 2020: 3).

Para ser más exactos, deberíamos fijar la fecha en el 26 de septiembre de 2016, cuando se hizo la primera firma del Acuerdo de Paz entre el Estado colombiano y las FARC, antes de la victoria del No en el Plebiscito, para incluir a los dos primeros excombatientes asesinados, “Joaco” y ‘Mónica’, el 13 de noviembre de 2016 en Santa Rosa - Bolívar. Tres cuartas partes de todos estos homicidios, tentativas de homicidio y desapariciones se concentran en cinco departamentos: Nariño, Antioquia, Cauca, Caquetá y Norte de Santander.

A esto se añade el asesinato de familiares de exintegrantes de las FARC. Según la Policía Nacional, a julio de 2018 habían sido asesinados 20 familiares en los departamentos de Antioquia, Nariño, Chocó, Norte de Santander, Putumayo, Caquetá, Tolima, Meta, Arauca y Valle del Cauca (Ministerio de Defensa Nacional y Policía Nacional, 2018). Dos años después, según la última cifra suministrada por el Consejo de Seguridad sobre homicidios de familiares, habían sido asesinados 44 familiares de excombatientes (Organización de las Naciones Unidas y Consejo de Seguridad, 26 de junio de 2020: 9). Sin hablar de los daños que se escapan a nuestra observación pues, como advierte Jairo González Esguerra (entrevista personal con G. M. Gallego, 4 de octubre de 2018):

[...] No siempre es violencia letal, sino una violencia más difícil de identificar porque no tiene por resultado la muerte y, por tanto, no suscita escándalo como las amenazas de muerte y el desplazamiento for-

zado, lo que dificulta el seguimiento investigativo de la violencia contra esta población.

Como puede verse, el derramamiento de sangre comenzó recién acordada la paz, en noviembre de 2016, con los dos primeros excombatientes de las FARC asesinados en medio de una atmósfera pública infestada de odios, anuncios de muerte y de hacer trizas el Acuerdo de paz, y esa violencia ha ido en aumento de año en año (4 excombatientes asesinados en 2016, 31 en 2017 y 65 asesinados en 2018), alcanzando el nivel más alto en 2019 (77 asesinatos), pues en octubre se celebraron elecciones locales y regionales y, paralelamente a la campaña política, se desató una violencia dirigida a asfixiar iniciativas cívicas y políticas a concejos municipales, alcaldías, asambleas y gobernaciones alternativas a los partidos tradicionales.

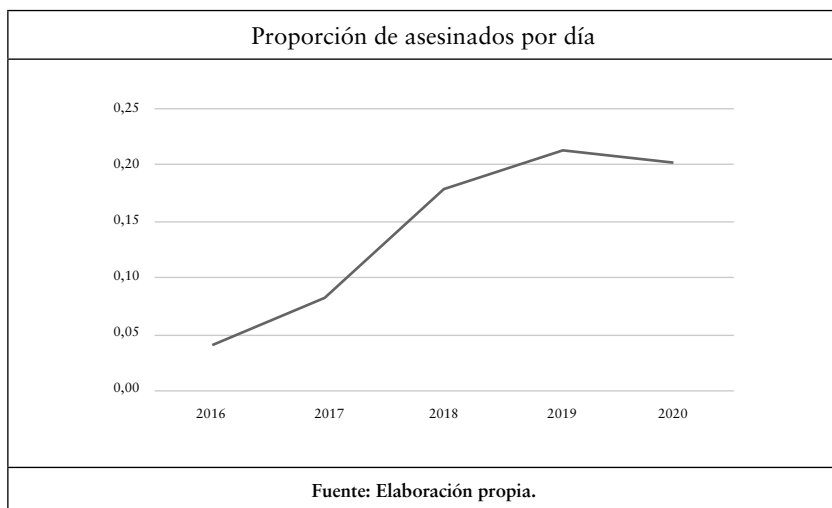
La tendencia continuó en 2020, año en el que fueron asesinados 73 exmiembros de las FARC. Sin duda, la pandemia de enfermedad por coronavirus (Covid-19) ha tenido graves efectos. Primero, porque el Gobierno —ya de por sí desafecto a los Acuerdos de Paz— ha concentrado su atención, recursos y esfuerzos en actuar frente a la pandemia descuidando aún más la implementación de los Acuerdos y la cobertura efectiva de garantías de la vida y la integridad de los exguerrilleros y sus familias. Segundo, porque las medidas de distanciamiento social y aislamiento han tenido consecuencias negativas considerables en las regiones con una precaria presencia del Estado y con comunidades vulnerables golpeadas por la pobreza histórica y por una guerra que no termina (Nariño, Cauca, Chocó, Putumayo, Ca-

quetá, Norte de Santander y tres subregiones de Antioquia), y distintos grupos armados ilegales (ELN, Clan del Golfo, Águilas Negras, Los Pelusos, disidencias de las FARC) han aprovechado la emergencia en veredas, caminos y pueblos solitarios para avanzar, imponer códigos de conducta a la población civil con la amenaza de las armas, hacer seguimiento y asesinar a exmiembros de las FARC. Mientras esta matanza se va consumando, la sociedad tiene concentrada su atención en la pandemia y no se percata ni de las tragedias de las familias ni de las funestas consecuencias para la consolidación de la paz.

La siguiente es la proporción de exmiembros de las FARC asesinados por día, desde el 13 de noviembre de 2016 al 29 de diciembre de 2020.

	Asesinados	Días del año	Proporción de asesinados por día
2016	4	96	0,04
2017	31	365	0,08
2018	65	365	0,18
2019	77	365	0,21
2020	73	365	0,20

Fuente: Elaboración propia



La perplejidad ante este fenómeno da paso a muchos interrogantes: ¿Por qué matan a los exguerrilleros y a sus familiares? ¿Qué papel cumple la venganza en una guerra civil como la colombiana? ¿Por qué las víctimas pueden convertirse en victimarios, y viceversa? ¿Qué relación hay entre estos asesinatos y el afán revanchista de algunos que han combatido contra la guerrilla y de algunas víctimas de las FARC?

Durante la guerra civil en Colombia los crímenes cometidos por grupos insurgentes, fuerzas armadas y grupos paramilitares dejaron un acumulado de sufrimiento, rabia, y compulsiones a la venganza que liquida amistades y divide familias, vecindarios y comunidades. Estas pasiones son intensas, se extienden más allá del fin de las hostilidades y dan lugar a nuevas y difusas violencias que ahora también se dirigen contra los exguerrilleros que decidieron regresar a la vida civil y piden nuevas oportunidades de vida.

La venganza es una fuerza poderosa que obstaculiza la consecución de la paz. Por ello, ni las autoridades ni los ciudadanos deberían ignorarla, pues pone en juego la vida de muchas personas, así como el cumplimiento de lo pactado en las negociaciones de paz y la reconciliación y convivencia en los territorios. Este texto analiza las circunstancias que han dado lugar al asesinato de excombatientes de las FARC y de sus familiares. Es resultado del trabajo constante de seguimiento a la implementación de los Acuerdos de Paz en el marco de varios proyectos de investigación cuya temática siempre es la realidad del conflicto armado y los esfuerzos pacíficos y civilizados por su finalización. Estos son: 828-000053, *Rehenes del conflicto. Fase II: Memorias, silencios y emociones de las víctimas del secuestro* (realizado en 2018 y parte de 2019, con el auspicio de la Universidad Eafit y del Museo Casa de la Memoria de Medellín); 881-000007, *Maestros en medio de la guerra. Persistiendo por la educación, la vida y la paz*, y 974-000009, *Maestros en medio de la guerra. Fase II: magnitud y factores de victimización docente en Antioquia* (estos dos últimos desarrollados en 2019 y 2020 con el respaldo de la Universidad Eafit). Las circunstancias de la emergencia generada por el Covid-19 hicieron imposibles las salidas a campo para documentar las victimizaciones de maestros en la guerra, por lo cual se tomó la decisión de hacer fructificar el tiempo disponible para sintetizar las indagaciones y hallazgos en torno a la violencia contra los excombatientes que apostaron por la paz y ensamblarlos en el presente capítulo de libro.

Para el análisis usamos todas las evidencias que tuvimos a nuestra disposición: fuentes primarias, como entrevistas a expertos analistas de la guerra colombiana, a miembros

de comunidades y representantes de organizaciones sociales de varias regiones del país, a funcionarios, a víctimas de las FARC (específicamente, de secuestro), y una visita al Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación “Héctor Ramírez” (La Montañita, Caquetá), donde también entrevistamos a excombatientes allí residentes. Además, recurrimos a fuentes secundarias: prensa, informes de organismos del Estado y de organismos internacionales, informes de organizaciones no gubernamentales, así como obras de expertos sobre la fenomenología de la violencia en las guerras civiles y sobre las líneas de desarrollo de la guerra en Colombia.

1. La guerra civil en Colombia²

La noción del Estado moderno formulada por Hobbes (2004), hace referencia a un proceso histórico de formación de una autoridad política central y de un aparato institucional público, lo cual implica disuadir a individuos y grupos de la violencia, privarles del acceso a las armas, de las prácticas de venganza y los recursos militares. Uno de los fines esenciales del Estado es monopolizar el poder y, con él, el uso de la violencia y de los recursos fiscales. El origen del Estado, según el autor, radica en la necesidad que experimentan los seres humanos de conseguir seguridad y protección para conservar su vida y librarse del miedo a una muerte violenta, necesidad que los impulsa a celebrar el pacto de mutua protección.

² Una sustentación sistemática y profunda de la existencia de una guerra civil en el país será publicada en un texto que tendrá por título *Ruptura de la civitas, la última guerra civil en Colombia*.

Weber define el Estado moderno como “aquella comunidad humana que en el interior de un determinado territorio [el ‘territorio’ es esencial a la definición] reclama para sí (con éxito) el monopolio de la coacción física legítima” (1993: 1056). El Estado es la organización de la fuerza monopolizada, “no es la eliminación de la violencia sino su institucionalización” (Bobbio, 2000: 199). Dicha institucionalización propone asegurar unas mínimas condiciones de orden, confianza y tranquilidad para todos los asociados, lo que se relaciona con asuntos centrales de la política y el derecho, como son la guerra y la creación de un orden social y político de paz.

Las guerras, siguiendo a Bobbio (2000: 162 y ss.), incluyen: 1) un conflicto, 2) entre grupos políticos respectivamente independientes o considerados como tales, 3) cuya solución se entrega a la violencia o decisión por las armas. La guerra es un conflicto entre dos o más grupos, en el que las necesidades, proyectos o intereses en juego son excluyentes, ya que estiman que no pueden satisfacerse sino en detrimento de otro grupo. El mecanismo característico de la guerra es la violencia, que se ejerce de manera colectiva y organizada con el objetivo de imponer la voluntad al adversario y resolver el conflicto por la fuerza de las armas.

La guerra civil es una guerra de ciudadanos contra ciudadanos de un mismo Estado. La violencia colectiva y organizada es ejercida por grupos de personas que comparten el hecho de ser miembros de una comunidad legalmente reconocida, con vínculos espaciales y de interacción social, tales como la ciudadanía común, la vecindad, la amistad, las

asociaciones cívicas, el parentesco e incluso la familia. Este es el rasgo definitorio de la guerra civil: ciudadanos de una misma comunidad política organizada (*civitas*) toman las armas para enfrentarse entre sí y con el Estado, y en enemistad divisiva y disputa armada se enfrentan para alcanzar el poder en el gobierno y en el Estado³.

A este rasgo fundamental, se suman otros dos. El primero, los grupos armados rivales luchan por el control sobre territorios. Ello conlleva una división territorial de facto y se da una quiebra del monopolio fiscal y de la violencia. La fragmentación del poder político y la contestación al monopolio de la violencia del Estado deviene una multiplicación de centros de poder enfrentados que dan la imagen de un “espejo trizado” (Uribe, 2005: 251). El segundo rasgo, corresponde con la atomización de la comunidad nacional. Así, sectores de la población civil toman partido a favor de las distintas partes en conflicto, de manera espontánea y voluntaria, o producto de la coacción ejercida por los armados.

Con los anteriores referentes académicos, se puede afirmar que el proceso de formación del Estado sigue inconcluso y que en Colombia ha acontecido una guerra civil. Esta guerra

³ Payne define la guerra civil como: “un conflicto armado que tiene lugar dentro de una misma unidad política y que no enfrenta a dos entes políticos diferenciados” (Payne, 2014: 9). Kalyvas señala que el elemento clave de la guerra civil es: “la violenta división física de la entidad soberana en campos rivales armados. Esto conlleva la división *territorial* de facto. Al comienzo de la guerra, los rivales estarán sujetos a una soberanía común o a una autoridad común” (2010: 35). Ver, además, la discusión del concepto de guerra civil de Giraldo Ramírez (2009).

depende en su origen, desarrollo y estructura de la configuración política de la comunidad en que transcurre; esto es, una comunidad política en cuyo interior se registran situaciones altamente conflictivas de precariedad y fragmentación del Estado y debilidad institucional, así como una profunda enemistad entre grupos políticos que enarbolan proyectos de orden social, político y económico, ideales y emociones antagónicas, ya que las partes disputan el orden social y político al interior de la comunidad política y tienen pretensiones soberanas en los territorios en confrontación y respecto de la población⁴.

Una guerra civil presupone una relación de hostilidad político-militar que se mantiene en el tiempo aunque los combates no sean constantes, tampoco requiere una colaboración espontánea y voluntaria. No precisa que la lucha armada tenga lugar en todo el territorio y con la misma intensidad. No todas las regiones tienen que ser afectadas por la guerra civil (o lo son de manera moderada, mientras otras son assoladas y la población civil es avasallada), ni todo el tiempo las partes en conflicto están en choques armados.

La guerra civil colombiana es además una “guerra irregular”, en cuyo punto de partida hay una “asimetría básica” del estatus político-jurídico y del poder militar de las partes del conflicto; esto deja al Estado en condición de superioridad y a los grupos armados insurgentes, en desventaja. La

⁴ Sostienen esta posición: Uribe (2005: 266-267), refiriéndose a una guerra “sobre el cuerpo de la sociedad civil”, al “carácter cada vez más opaco y civil de la confrontación”; Giraldo Ramírez (2009 y 2015) y Uribe López (2013: 57 y ss.).

irregularidad en el combate activa espirales de excesos violentos también de parte del Estado, que acude a estrategias de guerra irregular propios de la “guerra sucia” y del paramilitarismo (desaparición forzada, torturas, ejecuciones extrajudiciales, masacres), lo cual conlleva a que la población civil se convierta en la gran destinataria de las atrocidades, en abierta violación del Derecho Internacional Humanitario.

En estas situaciones, es común que cuando se logran pactos de paz y los combatientes se reintegran a la vida civil, el rencor de las víctimas se transforme “en la guerra sucia de los vengadores” (Orozco, 2005: 233). Es decir, la paz que se consigue suele ser frágil, pues irrumpen las fuerzas del odio y la venganza que causan centenares de muertes entre los desmovilizados, generando el riesgo del regreso a las armas y la violencia.

Las observaciones empíricas (Kalyvas, 2010: 92-94; Orozco, 2005: 251) sugieren que existen circunstancias sociales que pueden activar a una víctima para dar el paso del deseo a la venganza efectiva: 1) un marcado sentimiento retributivo según el cual es justo devolver el mal con mal; 2) la ausencia o debilidad del Estado, incapaz de indagar sobre los delitos y sus autores e imponer sanciones que satisfagan deseos de castigo o venganza; 3) un ambiente social donde priman juicios y creencias del estilo: “el fin justifica los medios”, “todo se vale para defender el honor personal y familiar”; y 4) la existencia de circunstancias y oportunidades que facilitan el acceso a la retaliación, como la presencia de grupos armados y la vía a mercados de armas. Estas circunstancias pueden combinarse de distintas maneras y conllevan a complejas actuaciones en las que algunas víctimas buscan reafir-

mar su dignidad y recuperarse del daño padecido a través de la aniquilación de su victimario, o de quien lo represente, por propia mano o sirviéndose de un tercero.

2. Los logros de la paz y... ¿los muertos de la paz?

En esta guerra civil el camino hacia la paz ha sido arduo, y ha tenido logros parciales. Primero con la disolución pactada entre el Estado y las guerrillas del Ejército Popular de Liberación, el Movimiento 19 de abril (M-19), el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y Quintín Lame, así como la disidencia del Ejército de Liberación Nacional (ELN) que se desarmó con el nombre de Corriente de Renovación Socialista (CRS) a comienzos de los años 90; y mucho después, con la disolución pactada de los grupos paramilitares de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) en los primeros años del siglo XXI.

En 2016 se alcanzó el pacto de la paz política entre el Estado colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Este fue un avance histórico importante, si se tiene en cuenta que el grupo insurgente —con 62 frentes rurales, tres urbanos y nueve unidades de élite— tenía un amplio dominio territorial en el suroriente del país, especialmente en los departamentos de Caquetá, Putumayo, Guaviare, Cauca, Tolima y Huila, así como en Chocó y Antioquia (Urabá, occidente, nordeste y oriente). También era el grupo más antiguo, numeroso y poderoso militarmente; desafió al Estado y durante décadas marcó los ritmos de la confrontación armada y de la vida política nacional.

La antigua fuerza armada rebelde se disolvió y se convirtió en organización política legal, el partido Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común (conservando la sigla FARC), que se ha presentado ya a dos citas electorales: las elecciones al Congreso de la República el 11 marzo de 2018 y las elecciones departamentales y municipales el 27 octubre de 2019.

Aunque los avances hacia la paz son significativos, esta es difícil y ha tenido tropiezos, uno de ellos es la violencia contra quienes abandonan las armas y se reintegran a la vida civil y democrática. Fuerzas poderosas que representan sectores antagónicos de la sociedad se resisten a la reconciliación y desafían la paz con violencia orientada a exterminar a los excombatientes, ya sea en actos de venganza y por los delitos cometidos en su pasado en armas, por su ideología política y su defensa de proyectos políticos contrarios a los intereses de las élites nacionales, regionales o locales, o para impedir que declaren verdades trascendentales sobre la guerra civil que afecten a dichas élites⁵.

Así sucedió a comienzos de los años 90 con los grupos armados insurgentes que firmaron acuerdos de paz con el Estado y se disolvieron. Los excombatientes fueron sometidos al exterminio por sectores de extrema derecha a través de asesinatos selectivos y masacres cometidas por grupos paramilitares con el apoyo tácito o explícito de agentes del Estado y de élites nacionales, regionales o locales.

⁵ Este es un fenómeno que para ver en su conjunto requiere fuentes dispersas: noticias de prensa, estudios de académicos y de ONG, e informes del Centro Nacional de Memoria Histórica, entre los más importantes.

De los 7.000 desmovilizados de la guerrilla del M-19, que firmó la paz el 9 de marzo de 1990, fueron asesinados 600 diez años después (Semana, 4 de octubre de 2000). En 2004, 61 excombatientes del PRT habían sido asesinados, después de que 200 volvieran a la vida civil el 25 de enero de 1991 (Mercado, 2018). Algo similar, sucedió con la CRS, disidencia del ELN, que firmó la paz con el gobierno de César Gaviria el 9 de abril de 1994: se desmovilizaron 850 combatientes, y diez años después habían sido asesinadas 79 personas (Corporación Nuevo Arco Iris, 2005: 6).

Un caso particular fue el de los exguerrilleros del Ejército Popular de Liberación (EPL), asesinados por sectores de la extrema derecha y la extrema izquierda después del acuerdo firmado con el gobierno de César Gaviria el 1º de marzo de 1991. Dos mil guerrilleros se desmovilizaron y ese mismo año se desataron los asesinatos selectivos y masacres perpetradas por grupos paramilitares y por la guerrilla de las FARC; en total, fueron asesinados 700 excombatientes. En 1997 fue cancelada la personería jurídica de su partido político (Martínez, 2016).

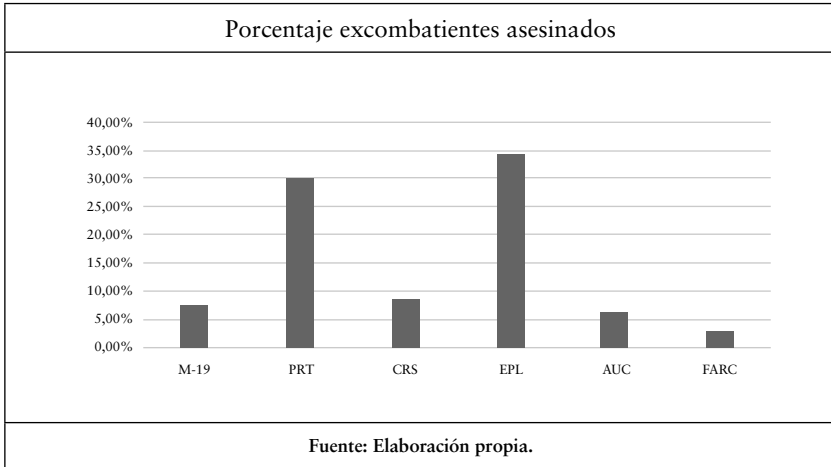
De otra parte, tras el acuerdo de desmovilización y sometimiento a la justicia pactado entre las AUC y el gobierno de Álvaro Uribe a partir de 2003, se desmovilizaron 31.671 paramilitares, de los cuales han sido asesinados 2.117 (CNMH, 2017: 40 y 143). Estos asesinatos tienen distintas explicaciones, como venganzas personales y colectivas de grupos insurgentes del ELN y las FARC, o de redes mafiosas y economías ilegales, así como de aquellos a los que estos grupos sirvieron para proteger sus intereses y que temían una posible delación ante las autoridades judiciales

de Justicia y Paz, entre ellos, ganaderos, empresarios, políticos, gobernantes (Cepeda, 2009).

Esta tendencia se ratifica actualmente con la matanza de excombatientes de las FARC, si se tiene en cuenta que de los 6.803 hombres y mujeres que abandonaron las armas, han sido asesinados 250, conforme con las cifras presentadas al comienzo. Este proceso de violencia está en marcha, no parece detenerse y podría durar varios años, con resultados fatales, similares a lo sucedido al EPL, que se convirtió en partido político y fue sometido en un período de tres años al exterminio del 35 % de los antiguos combatientes que habían apostado por la paz.

	Asesinados	Excombatientes	Porcentaje asesinados
M-19	600	7000	8,57%
PRT	61	200	30,50%
CRS	79	850	9,29%
EPL	700	2000	35,00%
AUC	2117	31671	6,68%
FARC	250	6803	3,67%
TOTAL	3.807	48.524	

Fuente: elaboración propia



Hasta ahora, ni los acuerdos de paz con los grupos insurgentes, ni los pactos de desmovilización con los paramilitares, garantizan la seguridad y la vida de quienes dejan las armas, muchos de los cuales se convierten en muertos de la paz. El final de la violencia no se consigue, y los avances hacia una paz estable y duradera quedan en entredicho en medio de tantas muertes. ¿Para cuándo va a aplazarse en nuestro país la ruptura de las cadenas de odios y violencias?

3. Violencia íntima y venganzas individuales contra excombatientes

La violencia colectiva y organizada en la guerra civil es ejercida por actores locales y supralocales, gente de adentro y de afuera, combatientes de las filas de la fuerza pública, de los grupos insurgentes y de los grupos paramilitares. Si hay un rasgo central de la guerra civil es la proximidad y conocimiento de quienes se enfrentan, lo que Kalyvas denomina “violen-

cia íntima”, la violencia entre personas que son miembros de una misma comunidad soberana y comparten “vínculos diarios de interacción social o espacial, tales como la vecindad, la amistad, el parentesco o incluso la familia” (2010: 457). El aprovechamiento de este conocimiento mutuo confiere a la guerra civil una característica especialmente despiadada.

La violencia íntima tiene una dimensión local que implica traición, aversión, lucha o delación entre viejos conocidos, compañeros de trabajo, amigos, vecinos, parientes, patronos y trabajadores, compadres y ahijados, otrora cercanos y después separados por “animosidades especialmente vehementes”, en lo que constituye la “discordia fraterna” propia de las guerras civiles (Waldmann, 1999: 31).

En la guerra colombiana la cercanía y los odios íntimos inclinaron a muchos combatientes, ya no al combate limpio, sino a ejercer la brutalidad en la conducción de las hostilidades, por cuanto no percibían al otro como rival objetivo, sino como enemigo personal. Fue una práctica común la violación de una de las más básicas normas sobre el combate limpio: la obligación de dar cuartel al adversario. Esta norma impone respetar la vida e integridad física de aquel que, en medio de operaciones militares, se rinde, es capturado o cae herido o enfermo; para no conducir las hostilidades en dirección al exterminio del adversario (artículo 4, numeral 1 del Protocolo adicional II a los Convenios de Ginebra de 1977).

Miembros de las FARC asesinaron a soldados y policías, a paramilitares rendidos, capturados o desarmados. También las fuerzas armadas estatales asesinaron a guerrilleros heri-

dos, rendidos a discreción o capturados, que suplicaban que se les respetara la vida. Un coronel en retiro del Ejército denunció que la práctica de matar a soldados heridos, con un tiro de gracia, y desaparecer sus cadáveres fue común en el ELN y las FARC y, también, admitió que miembros del Ejército incurrieron en actos parecidos:

[...] guerrilleros que levantaron las manos, que se rindieron a discreción, y fueron asesinados... sí se presentó. Cabe anotar que no fue una orden general, sino decisiones que soldados tomaron durante operaciones específicas. [...] Aquí no vamos a ser negacionistas; esos hechos se presentaron, pero no era una política del Estado. [C. A. Velásquez Peláez, comunicación personal con G. M. Gallego, 29 de octubre de 2015].

La cercanía también se da entre combatientes y personas civiles que, con frecuencia, eran de la misma localidad, tenían relaciones de vecindad, de paisanaje, de compadrazgo o de trabajo; en ocasiones aquellos usaron los conocimientos y vínculos fraternos para convertirlos en chantaje, amenaza, persecución o muerte. El problema de la desigualdad social, al que la guerrilla buscaba dar solución con la lucha armada revolucionaria, motivó a declarar “objetivos militares” a personas de clase alta y media a quienes conocían, y sobre quienes dieron información a sus superiores para que ordenaran llevar a cabo extorsiones, secuestros, daños a la propiedad, desplazamientos forzados o asesinatos. Eso ocurrió bajo el supuesto de que la revolución exigía cobrar exacciones a los más ricos u oligarcas para el sostenimiento de la organización armada y aplicar así la “justicia popular”; por ejemplo: contra líderes políticos conservadores, gamonales, terra-

tenientes, ganaderos que no remuneraban con justicia a los trabajadores, funcionarios públicos calificados de corruptos (Aguilera, 2000). En algunos casos, incluyeron en esas prácticas íntimas de violencia agravios privados como problemas de tierras y salarios, humillaciones y disputas vecinales, combinando ideología revolucionaria y asuntos privados.

Esta violencia íntima rompe los lazos fraternos, destruye familias, veredas, comunidades y poblaciones, que quedan separadas por decepciones y heridas donde anidan odios y resentimientos. Precisamente, una de las causas de los asesinatos de excombatientes de las FARC es el cobro de venganzas de combatientes enemigos (paramilitares o miembros de la fuerza pública) y de víctimas civiles. De los asesinatos reportados, algunos corresponderían a la modalidad de venganzas individuales, en las que la enemistad es personal antes que ideológica o política, porque proviene de la cercanía, de los lazos vecinales, laborales o comunitarios que quedaron rotos por la guerra. Estas venganzas individuales se llevan a cabo cuando los exguerrilleros retornan a sus vecindades, pueblos o ciudades de origen para reencontrarse con sus familiares y “emprender proyectos productivos individuales” (El Espectador, 13 de agosto de 2018).

Esto le sucedió a un exguerrillero reclutado siendo menor de edad, cuando regresó a Tumaco, según relata un líder social (Kerry P., comunicación personal con G. M. Gallego, 17 de octubre de 2018):

[...] Él estuvo muchos años en la guerrilla, anduvo por toda esta región, pero apostó a la paz porque

quería volver a su tierra, estar con su familia que no veía hace años y pasar la Navidad. Allá en su barrio celebró y se veía bien, contento de volver. Él pasó casi todo diciembre, ya había abandonado eso, pero la noticia corrió y alguien, se dice que amigo de Los Rastrojos, se enteró de que había vuelto y le cobró la deuda. Estaba marcado y lo mató.

De manera similar, la prensa registra casos de exguerrilleros o exmilitarios de las FARC que decidieron regresar a su pueblo natal tras ser indultados y “se encontraban ya con sus familias cuando se cometieron los crímenes” (Revista Semana, 26 de abril de 2017). El 17 de junio de 2019 fueron asesinados en Caloto (Cauca) y El Charco (Nariño) dos guerrilleros que “sin dejar las responsabilidades del partido, venían dedicados a recuperar el tiempo con sus familias”. Al primero, lo mataron en un balneario, y al segundo después de participar en varias reuniones y un taller de capacitación:

[...] La jornada alcanzó hasta para que les partieran una torta con motivo del día del padre. A las 5:00 p.m., cuando todo terminó, se fue a comprar un pollo para llevarle a su familia en Iscuandé y mientras esperaba la lancha en el muelle, 15 minutos después, dos sicarios lo sorprendieron por la espalda. (Revista Semana, 18 de junio de 2019).

En Ituango, municipio del Norte de Antioquia, abandonaron las armas **278 hombres y mujeres** del Frente 18 de las FARC. Este municipio, que por años fue escenario de guerra, se convirtió en uno de paz. En la vereda Santa Lucía se abrió un Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación

(ETCR), donde los excombatientes realizaban procesos productivos como la cría de cerdos y aves de corral, y el cultivo de café, que dio lugar a la denominación de origen Café Paramillo. Pero, en 2017, los empezaron a matar. Bastaba que salieran del ETCR a la carretera o se desplazaran a un lugar cercano y allí los aguardaban para asesinarlos. Señala un funcionario del municipio que:

[...] Muchos de ellos son de aquí de la zona, se entraron estando muy jóvenes para la guerrilla, hicieron cosas muy horribles en estos pueblos y veredas; salieron y entregaron sus armas y en los campos de Ituango los mataron. Yo creo que no les perdonaron lo que hicieron contra sus mismos paisanos. Y más claro queda cuando se tiene la información de que no los mataron únicamente, sino que les dieron la muerte más cruel que uno se pueda imaginar. Eso es ante todo un móvil de venganza. [A. C., comunicación personal con G. M. Gallego, 1 de agosto de 2019].

La competición de los grupos armados por alcanzar el control de veredas antes copadas por las FARC y la combinación de un odio y un anhelo de venganza feroces desató en Ituango un escarmiento terrible contra los que apostaron por la paz, siendo este el municipio con el mayor número de asesinados: once exguerrilleros y siete de sus familiares. Estas muertes los forzaron a desplazarse, poco a poco, hacia Medellín, Pereira y otros lugares para ponerse a salvo de una violencia incesante; luego, el 15 de julio de 2020, los pocos hombres y mujeres y sus hijos, que quedaban en el ETCR de Santa Lucía, salieron en caravana hacia Mutatá. Las casitas y la escuela, cultivos, gallineros y potreros quedaron

abandonados; los exguerrilleros y sus familias perdieron el esfuerzo y los sueños de cuatro años (Semana, 19 de julio de 2020). Las comunidades campesinas asentadas en la región temen la estigmatización y las represalias de los actores armados que están entrando a tomar el control. La mudanza forzada de los últimos exguerrilleros moradores del ETCR de Ituango es un implícito reconocimiento de la incapacidad del Estado de ejercer autoridad en este territorio, monopolizar el uso de la fuerza y garantizarles a las personas lo mínimo, que es su vida, integridad y seguridad.

En varios lugares los excombatientes encontraron “una cuenta de cobro” que les pasaron luego de ser indultados y salir de los ETCR (Verdad Abierta, 22 de diciembre de 2017). Muchos no cuentan con un esquema de seguridad por fuera de estas zonas, por lo que su suerte depende de las condiciones del territorio al que retornan y de la actitud de sus vecinos, que puede ser receptiva o de rechazo. Se trata de exmilitarios que seguían cumpliendo con las citas y capacitaciones en el Espacio Territorial, pero que vivían por fuera de él, cerca de su pueblo natal, y que fueron asesinados cuando iban a trabajar en tierras donde cultivaban productos, en ventorrillos en la plaza del pueblo o haciendo trasteos (Caracol Radio, 14 de agosto de 2017; 17 de agosto de 2018).

También se han presentado casos en los que exguerrilleros han sido abaleados en sus casas o en las calles aledañas desde motocicletas, o han recibido disparos de personas encapuchadas en las afueras de los pueblos donde se ganaban la vida (Caracol Radio, 17 de agosto de 2018). Hechos así se han registrado en Ituango, Cáceres, Tarazá, Remedios, Se-

govia, Carepa y Mutatá (Antioquia); Tibú, Tarra y Teorama (Norte de Santander); Tame, Cravo Norte y Puerto Jordán (Arauca); Riosucio y Quibdó (Chocó); Tumaco y El Charco (Nariño); Caldon y Suárez (Cauca); San Vicente del Caguán y Puerto Rico (Caquetá).

Probablemente la mayoría de estos homicidios no llegue a esclarecerse, pero haciendo una interpretación social e histórica, podríamos señalar que se trataría de venganzas individuales ligadas a la barbarie de proximidad escenificada en territorios donde la guerra civil alcanzó alta intensidad.

Estas venganzas tienen un sentido personal (antes que político o ideológico). En la mayoría de los casos, se cobran a través de actores armados (sicarios, bandas de delincuentes comunes), ya que muchas personas tienen inhibiciones morales para asesinar directamente o temen ser descubiertas por las autoridades. En muchos lugares, los exguerrilleros no solo son odiados “sino considerados como una amenaza para la convivencia, y son asesinados en un contexto de ‘limpieza social’, más asociado a la organización civil que coordina su homicidio en venganza, que a economías ilícitas” (González Esguerra, comunicación personal con G. M. Gallego, 4 de octubre de 2018). Esas son las “retaliaciones de una sociedad que no perdona a las personas que ya son desarmadas y salieron de la guerra” (D. Dussán Márquez, comunicación personal con G. M. Gallego, 13 de septiembre de 2018).

4. Venganzas colectivas contra excombatientes y sus familiares

Hay una modalidad de “retaliación colectiva” que une la pasión de la venganza a una motivación política antisubversiva. Se aplica el “ojo por ojo y diente por diente”, bajo la presunción de que los excombatientes deben responder con su vida por los crímenes cometidos por la organización armada a la que pertenecían y, de paso, cancelan cualquier oportunidad de que los exguerrilleros ejerzan liderazgo o se organicen colectivamente para alcanzar el poder social en los territorios. La actuación de los vengadores se integra a una identidad colectiva de clan, posición ideológica compartida con cofrades y copartidarios que compromete a varios grupos y generaciones y que concibe la revancha como destino.

Algunos exguerrilleros son asesinados lejos de sus lugares de origen, de su familia y de su vida pasada, en las cercanías de los ETCR donde son fácilmente identificables como excombatientes. Eso se pudo captar en la visita realizada el 17 de julio de 2018 al ETCR “Héctor Ramírez”, o Aguabonita, en el municipio de La Montañita (Caquetá)⁶. Allí 230 hombres y mujeres que formaron parte de las filas de las FARC se encontraban desarrollando proyectos productivos en agricultura, piscicultura y ganadería, además de

⁶ Esta visita fue organizada por la Universidad de la Amazonía y el Centro Nacional de Memoria Histórica dentro del VI Seminario de Grupos Regionales de Memoria Histórica realizado en Florencia, 16-18 julio de 2018, red de la que es miembro el Grupo Justicia & Conflicto de la Universidad Eafit.

obtener la cédula de ciudadanía, conocer medios de transporte (muchos de ellos no habían subido a un bus), y aprender a leer, escribir, hacer operaciones matemáticas y manejar una cuenta bancaria.

Con el miedo que manifestaron, insistieron en su voluntad de continuar en el proceso de paz, presentarse ante la JEP, persistir en la defensa de sus ideas dentro del régimen democrático e incorporarse al sistema agrícola y comercial. Su mayor empeño es reunir la suma que adeudan a quien les vendió el predio, y recoger los productos para ponerlos en el mercado sin que se pierdan, pues no tenían cómo refrigerar el pescado para llevarlo a Florencia, ni compradores para la cosecha de piña. Muchos de ellos manifestaron su incertidumbre y su miedo; de los 300 exguerrilleros que había cuando se abrió el ETCR, a la fecha de nuestra visita, 70 se habían marchado, unos por el deseo de volver con sus familias, otros con rumbos desconocidos, pero se sabe que algunos han sido asesinados después de marcharse. Temen por su vida y por no encontrar oportunidades afuera, en un mundo que les cierra las puertas o que los espera con furia homicida, como lo manifestó uno de ellos:

[...] Yo sé que al pueblo mío en Antioquia no puedo volver, porque allá comencé primero en el colegio hablando de justicia social y se me vino el mundo encima; y luego, después de pagar el servicio militar obligatorio, me entré al Frente 47. Hay hechos que desafortunadamente se tuvieron que dar en la guerra, porque no hay otra realidad en la guerra que la violencia, y yo sé que allá hay gente que no me quiere. Nosotros no perdimos los ideales; cometidos fallas, cometimos erro-

res, pero continuamos con nuestros ideales porque el proyecto para nosotros es mantenernos unidos [...]. El peligro es para los que se van y, también, para nosotros cuando salimos de aquí, del Espacio Territorial, y quedamos expuestos a que alguien allá afuera nos identifique. (David, comunicación personal con G.M. Gallego, 17 de julio de 2018).

Así como sucedió a exguerrilleros del ETCR de La Montañita, muchos otros han sido asesinados al salir de otros ETCR, aprovechando la oportunidad de que no están dentro del círculo de custodia de la Policía. Luego son encontrados atados con cadenas o sogas y con signos de tortura como fracturas en las extremidades, sin uñas, sin ojos, con heridas en el rostro. Los cuerpos torturados tienen inscrita la furia vengativa descargada contra ellos, y transmiten un mensaje de advertencia de lo que puede sucederles a las personas que intenten articular algún proyecto de acción política distinto al de los partidos tradicionales.

En algunos casos los autores parecen ser grupos paramilitares de segunda o tercera generación que actúan como vengadores de la violencia y el desorden causado por los subversivos, como las Autodefensas Gaitanistas de Colombia (AGC) y sus aliados, las Águilas Negras (Las Dos Orillas, 10 de septiembre de 2014), Los Rastrojos, Los Paisas, grupos paramilitares que se encuentran en al menos 22 de los 32 departamentos de Colombia, donde “las venganzas entre los enemigos que dejó una guerra de cinco décadas acechan a esas regiones, que siguen esperando una política de reincorporación más audaz y efectiva” (El Espectador, 13 de agosto de 2018).

En otros eventos, se trata de “retaliaciones de miembros de la Fuerza Pública por secuelas de la guerra” (Fundación Ideas para la Paz, 2018: 35). Es el caso del excombatiente Dimar Torres que después del Acuerdo había regresado a la vereda Sinaí, municipio de Convención, en la región de Catatumbo, para dedicarse a la agricultura y sostener a sus padres de avanzada edad. Soldados de la base Sinaí del Ejército le hicieron seguimiento durante semanas y fue asesinado por el cabo segundo Daniel Eduardo Gómez Robledo a sangre fría y en estado de indefensión. Según la Fiscalía, el coronel Jorge Armando Pérez Amézquita ordenó matar a Dimar: “A ese man no hay que capturarlo, hay es que matarlo porque no aguanta que se vaya de engorde a la cárcel”, dijo en un chat. El cabo Gómez fue condenado a veinte años de prisión como autor del homicidio, mientras otros militares son procesados por su participación en el crimen (Semana, 27 de octubre de 2019; Semana, 3 de marzo de 2020).

Las *retaliaciones colectivas* también se dirigen contra las familias, pues en la arbitrariedad violenta de una guerra tan larga, los familiares son en muchos casos designados como víctimas expiatorias que deben “responder” por los delitos de quienes fueran combatientes de las FARC, en consonancia con una moral arcaica según la cual al individuo se le imputa la conducta de la totalidad de su propia familia o comunidad. Como se vio, a 30 de junio de 2020, habían sido asesinados 44 familiares. Estos asesinatos han sido cometidos, casi siempre, por sicarios, lo que permite deducir que se trata de homicidios selectivos en los que alguien dio la orden o pagó para ejecutar el crimen (El Espectador, 23 de junio de 2019).

Así, por ejemplo, sucedió en el municipio de Tarazá, en el Bajo Cauca antioqueño, donde en abril del 2017 fueron asesinados con sevicia tres familiares de un exintegrante de las FARC, Kellys Henao, de 20 años, Alberto Osorio, de 33, y Marcela Osorio, de 14, en una vivienda del barrio María Gaín. Según el informe “fueron brutalmente masacrados”; los testigos señalaron como responsables a los grupos paramilitares que operan en el Bajo Cauca, los cuales dijeron que “hasta que no terminaran de matar a toda esa familia no paraban” (El Tiempo, 27 de enero de 2020).

La familia ocupa un lugar central en la vida de la mayoría de los seres humanos y es el lado más débil de quienes intervienen en una guerra, por los vínculos de afecto, por el sentimiento de culpa de no estar cumpliendo los deberes familiares y el miedo a que sean amenazados o atacados en represalia. La venganza, entonces, se ensaña en el lado afectivo, en los vínculos más profundos del enemigo para causarle daño.

En la venganza colectiva y oblicua, también hay implícito el mensaje de que se atentará contra los vínculos familiares y redes sociales de los exguerrilleros para evitar que fortalezcan su organización política y participen en los comicios para obtener poder social y político en los municipios y en los departamentos. Ello explica que 2019 haya sido un año particularmente violento para los excombatientes desde la firma del Acuerdo de Paz, con 77 asesinatos (Organización de las Naciones Unidas y Consejo de Seguridad, 26 de diciembre de 2019: 8-9), ya que se celebraban en el mes de octubre las elecciones de alcaldes, concejales, diputados y go-

bernadores, en las que cobran protagonismo esos nuevos y pequeños liderazgos y alianzas con movimientos cívicos de carácter local o regional. En este sentido, Dussán explica:

Los que salen de la guerra a estrenar democracia, ya desarmados e indefensos son asesinados en retaliación y para no permitir el nacimiento de la oposición, de movimientos políticos nuevos, son sacados de la escena política por cualquiera, llámese paramilitares, Estado, Ejército, familiares de víctimas, que no permiten la insubordinación ni siquiera como concepto [...]. ¿Cuál es el fatal destino del inconforme desarmado en Colombia? ¿Sigue siendo un enemigo de la democracia?” [Comunicación personal con G. M. Gallego, 13 de septiembre de 2018].

En algunos casos, parece haber personas civiles que instigan a la realización de estos actos de violencia. Se trata de víctimas que tienen poder económico y social y que, aunque no lograron identificar a los autores y partícipes del acto delictivo cometido en su contra, piden cobrar venganza contra cualquier exguerrillero. Este fue un hallazgo imprevisto dentro de la investigación *Rehenes del conflicto*, en sus dos fases: *Fase I: Memorias del secuestro en Antioquia* (realizado durante 2017-2018), *Fase II: Memorias, silencios y emociones de las víctimas del secuestro* (2018-2020), investigación de la que ya ha sido publicado el libro *Después vino el silencio. Memorias del secuestro en Antioquia* (Gallego, 2019). Aunque entre la mayoría de las personas y familias con las que se entró en contacto (60 casos), fue evidente una actitud de tranquilidad, ajena a cualquier inclinación al

desquite⁷, algunas de las personas con las que se dialogó expresaron su voluntad de no testimoniar porque encontraban estéril hablar de lo que les sucedió, equiparaban los trabajos de la memoria con el apoyo al proceso de paz entre el Estado colombiano y las FARC, y expresaban su furia y deseo de venganza contra los guerrilleros, de manera que solo esta acallaría su dolor.

Yo mismo, después de lo que vi dentro de la guerrilla y después de lo que me hicieron... yo digo que maten a esos hijos de puta, una alimaña de esas qué va a hacer.

Las personas tenemos unas opciones frente a la extorsión y el secuestro, las opciones son: te vas y dejás tu tierra tirada, o estás de buenas y alguien te la compra por cualquier cosa, o nos quedamos y cobramos venganza. Cuando no hay justicia que castigue, existe la venganza, la ley del talión. Hay gente que simplemente se arma para matar los asesinos de sus hijos, de sus esposas. Simplemente es, como me mataste, yo te mato [...]. Así nos tocó, eso no lo queríamos, pero tocó así. (Ganadero secuestrado por las FARC en Urabá, y padre de una joven secuestrada por la misma guerrilla, conversación personal con G. M. Gallego, 25 de julio de 2019).

No estamos pa' entrevistas, ni pa' terapias. No me vale de nada hablar, yo quiero es hechos... Es mucha la gente que se tiene que morir en Colombia pa' que podamos vivir en paz. Cuáles autoridades, lo que sirve

⁷ Las distintas motivaciones para mantener un comportamiento decente, no violento, respetuoso frente a los agresores y del Estado de Derecho se expresan en los siete relatos que forman parte del primer volumen de memorias del secuestro en Antioquia (Gallego, 2019).

es el que actúa de una, gente como los Castaño, como Ramón Isaza, como El Alemán; esos son los efectivos. (Comerciante secuestrado por el ELN en el suroeste antioqueño, comunicación personal con G. M. Gallego, 20 de septiembre de 2018).

Se percibió en las dos víctimas aquí mencionadas, que sus referentes de identidad individual y colectiva, y sus sentidos de pertenencia social estaban asociados más que a la familia de origen, a la localidad de nacimiento, a la pertenencia a asociaciones cívicas o a la comunidad política, sobre todo a la afrenta padecida: la historia personal y familiar truncada por el secuestro, al referente bélico y al odio indistinto y abstracto contra los grupos insurgentes como tales y a cada uno de los guerrilleros como miembros genéricos de dichos grupos, que se extiende incluso hacia los sectores de la izquierda pacifista y democrática del país.

El nexo entre víctimas, altas esferas del poder y cobro de venganzas a la guerrilla por sus crímenes e ideología comunista está establecido desde hace décadas y es un fenómeno paralelo a la fundación de los grupos paramilitares y sus métodos de violencia extrema. Estas personas parecen ajustarse a la figura de “los terceros civiles” del conflicto armado, que instigaron a la comisión de graves delitos y patrocinaron a los grupos paramilitares desde el anonimato y amparados por la falta de investigaciones judiciales eficaces que permitieran identificarlos. De manera que, cuando se señala la autoría de los homicidios por miembros de grupos paramilitares, la investigación no suele trascender a quienes los inducen o financian.

Hay un camino espinoso que pone de manifiesto cuán difícil es construir la paz, sobre todo cuando las bases del Acuerdo no se cumplen plenamente, esto es, garantizar la vida, la integridad y la seguridad a los que abandonan la lucha armada y se reincorporan a la vida civil y política del país. En palabras de una analista, este incumplimiento proviene de “un Estado, una sociedad y una oligarquía que no perdonan, que obligan a la reincidencia con sus retaliaciones y mezquindad, que no dan oportunidad al otro, al diferente, al que dejó atrás la guerra para entrar en el juego democrático desde la oposición” (Dussán Márquez, comunicación personal con G. M. Gallego, 13 de septiembre de 2018).

5. La lucha por los viejos territorios controlados por las FARC y la economía de la violencia

El Estado consiguió la disolución de las FARC por medio de un pacto, pero no ha podido mantener los logros de la paz de manera estratégica en todo el territorio nacional. Señala Amnistía Internacional (24 de septiembre de 2018: 1): “La escalada de esta situación es en gran medida resultado de los vacíos de poder dejados tras la desmovilización de la guerrilla de las FARC y la inacción del Estado para aumentar su presencia en territorios históricamente desatendidos que se vieron debilitados por el conflicto armado. Los mecanismos de protección del Estado, o bien no se han aplicado, o bien se han demostrado ineficaces”.

En territorios con presencia débil y fragmentaria del Estado, se da una mezcla de formas políticas y privadas de

violencia, y el ligamen entre guerra y economías ilegales es estrecho. La guerra civil ha bajado en su intensidad y presenta nuevas dinámicas vinculadas a los intereses de los actores que continúan en la contienda; la principal de las cuales es que, si bien se mantienen las motivaciones originales (insurgencia armada y toma revolucionaria del poder *vs.* contrainsurgencia armada y defensa violenta del orden imperante), se acentúa la racionalidad económica utilitaria, de manera que la violencia colectiva es un medio para conseguir recursos, alterar las condiciones de intercambio existentes en los territorios que controlan y “conectarse con los grandes negocios de la economía globalizada” (Münkler, 2005: 120).

Como consecuencia de la larga guerra, se ha producido cierta dinámica autónoma o una independización de la violencia (Waldmann, 1999: 95-96) en la que la justificación ideológica y política originaria desempeña un papel secundario, mientras que hay intereses de los grupos armados que ocupan gran parte de su atención, energía y medios disponibles, como el interés de autopreservarse y de obtener recursos financieros que hagan la guerra rentable al privatizar las ganancias y socializar las pérdidas (que son asumidas por el Estado y la sociedad en su conjunto).

Esta autonomización de la economía de la guerra y su conexión con la economía ilegal internacional en parte explica la continuidad de la confrontación en regiones distantes entre sí, que tienen en común ser de una riqueza y exuberancia únicas, con población muy diversa entre sí, que ha vivido en medio de un gran vacío de Estado: Catatumbo, Bajo Cauca, Norte y Nordeste de Antioquia, sur del Meta y nor-

te del Caquetá, y Costa Pacífica de Cauca y Nariño. Allí se presenta otra causa para los asesinatos de exguerrilleros: la disputa por los territorios otrora controlados por las FARC, que llevan a cabo el ELN y los grupos paramilitares, según la región, de Los Rastrojos y sus aliados, las Autodefensas Gaitanistas de Colombia y sus aliados, y La Gente de los Llanos Orientales, entre los más visibles.

En estas zonas han aumentado los homicidios y se ha deteriorado la seguridad de la población civil. Estos grupos armados mantienen la disputa por las organizaciones sociales y comunitarias y por los poderes intermediarios locales, pero ya no emprenden grandes campañas de ocupación del territorio con movilización de armamento pesado y gran potencia de fuerza dirigida contra poblaciones civiles, sino que se sirven de “pequeñas estructuras delincuenciales o grupos juveniles violentos” (Ávila, 2019: 475-476) que cometen desapariciones forzadas, asesinatos selectivos y fuerzan al desplazamiento a personas concretas. Más que la conquista plena de un territorio y la imposición de un orden contraestatal o paraestatal, estos grupos armados se mueven por el control de economías ilegales (las rutas del contrabando, de salida y comercialización de drogas, la maquinaria y explotación ilegal de minas y los expendios de droga barriales), y la fidelización de sectores sociales muy precarizados que sobreviven por medio de estas economías.

En estos territorios, los excombatientes son vulnerables ante todos los grupos armados que ejercen presión sobre ellos para que vuelvan a las armas y participen en circuitos económicos ilícitos. La negativa a participar tiene como res-

puesta el homicidio (El País, 4 de agosto de 2017). Así se ha vivido en el Bajo Cauca antioqueño, donde han sido asesinados nueve exintegrantes de las FARC. El siguiente testimonio retrata la complejidad de la situación:

Como la mayoría de los que nacimos allá, somos de familias que se dedican a la pesca y a la minería artesanal. Todos pobres, qué más puede haber para un hogar como el de nosotros que, salvo yo, todos mis hermanos son analfabetos y no saben ni firmar. Y ahí es cuando en nuestra región la gente se vuelve presa fácil de los distintos grupos armados, tanto cuando la guerrilla era la autoridad. Las FARC y el ELN mandaban, llegaban al pueblo, pasaban y la gente se iba con ellos. Después los paramilitares entran matando a determinadas personas en lo que dicen es una “limpieza social”, montaron sus negocios, y allá siguen, con otro nombre, porque muchos sí se desmovilizaron con Uribe de las filas de “Cuco Vanoy”, “Macaco”, “El Alemán”, “Don Mario”, pero otros siguieron. Las FARC se fueron con lo del proceso de paz, pero el ELN y los del Clan del Golfo, que ahora los llaman Autodefensas Gaitanistas, se metieron con más ganas y se pelean toda la región, porque hay oro, ganado, tierras fértiles, comercio y cultivos de coca. Bajo Cauca ha sido una región siempre muy rica, pero todo queda en unas pocas manos; para el campesinado falta todo, desde servicios de salud y recreación, a la educación y el empleo. Oportunidades para la juventud no hay; por eso, esos grupos engatusan a los niños con promesas de plata. Los ponen a llevar un paquete, que a guardar un fierro y, cuando abren los ojos, ya están metidos en la guerra. Esos muchachos no viven mucho tiempo, caen montones cada mes, luchando por mante-

ner un pedazo de territorio con dragas y minas ilegales, de rutas de armas y salidas de droga. De todos los lados caen muchachos nacidos y criados en el Bajo Cauca.

Allá también le han dado una matada muy tremenda a exguerrilleros farianos y a familiares suyos. Unos eran de allá, otros eran de lejos y bajaron de los lados del Nudo de Paramillo; se dice que algunos habían tenido rango en las FARC, que guardaban secretos sobre los impuestos a los cultivos y rutas de salida de las drogas hacia la costa. Que los mataron los paramilitares porque ellos tenían sus actividades económicas legales, habían montado billares y almacenes, y no quisieron contar ni colaborar con estos otros”. [O. J., comunicación personal con G. M. Gallego, 23 de febrero de 2020].

6. El dilema de seguridad: ¿incentivos para volver a las armas o para perseverar por la paz?

La implementación del Acuerdo de Paz se ve interferida porque, al abandonar las armas, disolver el ejército insurgente y dejar los dominios territoriales, los excombatientes se vuelven vulnerables a los ataques armados. Los asesinatos, desapariciones e intentos de homicidio contra sus excompañeros de filas y sus familiares los abocan a preguntarse qué estrategias adoptar, ahora desarmados, bajo el riesgo latente de persecución y muerte violenta: ¿persistir en la vida civil y la paz o tomar otros caminos como el regreso a las armas?

El regreso a las armas ha alimentado ciclos de violencias en Colombia, tal y como sucedió en anteriores procesos de paz, en los que muchos excombatientes terminaron por

enrolarse en otros grupos armados para buscar protección, aunque tuvieran otras ideologías. En Urabá, por ejemplo, centenares de desmovilizados del EPL se presentaron ante Carlos Castaño en las ACCU para huir del exterminio de las FARC, además de tener un mejor pago. Muchos de esos exguerrilleros cometieron atrocidades y siguieron en la guerra, como es el caso de Dairo Antonio Úsuga, alias “Otoniel”, jefe de las AGC. (Aranguren, 2002: 34).

Algunos exintegrantes de las FARC han retomado las armas y han reactivado las hostilidades, en respuesta al miedo y al peligro que les ronda. Así sucedió en el Norte de Antioquia donde un grupo de exguerrilleros se rearmó y se unió a los grupos de desertores que encabeza “Gentil Duarte”⁸: “Vi que estaban fusilando a muchos compañeros, entonces decidí otra vez meterme al monte”, dijo alias Maicol. “La idea es coger las comunicaciones, hacer reuniones, juntarnos y cuadrar para empezar a operar como antes”, “Unificar en todo el país” (New York Times, 18 de septiembre de 2018).

El 29 de agosto de 2019, “Iván Márquez”, negociador de las FARC en el proceso de paz, decidió retomar las armas, reagruparse e iniciar una “segunda Marquetalia”, aduciendo falta de garantías para la vida para de los exintegrantes de las

⁸ “Gentil Duarte” era comandante del Bloque Oriental y se declaró líder de los desertores de los Frentes 1, 7, 27, 16, 47 y 53. Lanzó desde Guaviare, en 2016, una ofensiva por el control de las rutas de salida de la cocaína para los carteles de Brasil y México. Esta acción se llevó a cabo para acopiar recursos que le permitieran unificar líneas y núcleos de desertores en procura de formar una disidencia llamada “las verdaderas FARC”. (El Tiempo, 19 de febrero de 2018).

FARC. Su decisión y la de varios de sus seguidores muestra la continuidad de la utopía armada y la lucha revolucionaria en contra del Estado, diferente a la opción de convertirse en una banda de bandoleros rurales o urbanos con funciones de protección y venganza, extorsión, y aprovechamiento de actividades ilícitas y dominios territoriales, como sucedió en la época de La Violencia (Sánchez y Meertens, 2006).

Este es un hecho trágico, sobre todo para la Colombia de la provincia que sufre el azote de diferentes tipos de violencia y ve truncados sus anhelos de encontrar tranquilidad y seguridad en la vida cotidiana. Los asesinatos de personas que apostaron por la paz comprometen los avances hacia la paz y reactivan focos de violencia; ante este hecho, es urgente más que nunca exigir el cumplimiento de los Acuerdos, que han salvado miles de vidas, y buscar salidas en las virtualidades del proceso de paz mismo.

Los asesinatos de excombatientes de las FARC y de sus familiares muestran que los documentos firmados por sí solos no alcanzan a transformar una sociedad para la transición de la guerra a la paz, y que “los acuerdos fracasan si no se crean procesos más profundos de compromiso genuino” (Lederach, 2007: 89-90). Es necesario responder a la dificultad con mayor compromiso. Todas las autoridades tienen el deber de cumplir el Acuerdo Final de Paz y ello empieza por el marco de garantías de seguridad, *conditio sine qua non* para la reincorporación y para evitar la reactivación de la violencia.

Además, es indispensable crear incentivos para que los excombatientes permanezcan en los ETCR, donde es más efec-

tiva la seguridad que les brindan la Policía y el Ejército, y diseñar esquemas para quienes han salido de dichos espacios, según los riesgos que corren en las regiones donde están asentados. Es un reto enorme, dado el número de excombatientes y su dispersión por el territorio nacional, y las respuestas reactivas de la Fuerza Pública hasta ahora se muestran insuficientes.

7. La oportunidad de cambiar las circunstancias

En escenarios de conflicto arraigado, la dificultad ha de tornarse en oportunidad a través del arte de la construcción de paz, que se basa en capacidad de usar la imaginación moral para dar a luz aquello que todavía no existe y que es una potencialidad inscrita en el noble esfuerzo de una sociedad por liberarse de las cadenas de la violencia.

Ante todo, se requiere comprender que el Acuerdo de Paz ha sido un acto creativo con potencial para el cambio constructivo. El Acuerdo, por ejemplo, establece un marco que apuesta al diálogo y la concertación entre los viejos enemigos para deliberar y definir conjuntamente políticas públicas de reincorporación a partir de las realidades en el terreno y las necesidades concretas de los excombatientes. Así, el Estado no es el actor que monopoliza las decisiones sobre la reinserción. Tiene como interlocutores al partido político FARC y al Consejo Nacional de Reincorporación (CNR), institución con representación del Gobierno y representantes de las antiguas FARC, mediante políticas públicas que incluyen garantías de seguridad, atención psicosocial, educación y formación para el trabajo, proyectos productivos y formación de capacidades individuales y colectivas que consoliden el proceso.

Así, los otrora alzados en armas reconocen la autoridad política, se incorporan de manera cada vez más profunda al marco institucional del estado de derecho, asumen derechos y obligaciones y contribuyen a profundizar la democracia. Estos mecanismos de poder compartido promueven la participación y la igualdad política en una sociedad con profundos desequilibrios y divisiones, e integran en el espacio público-político común a quienes fueron enemigos políticos y militares, ayudando a materializar mecanismos de protección y a desactivar el enfrentamiento civil.

Evidentemente, las tareas que competen al Estado son muy complejas y deben trascender el tema de la seguridad de los excombatientes y conducir a la implementación integral del Acuerdo de Paz como catalizador de un cambio en las condiciones de vida de la población en los territorios más azotados por la guerra, con inversión en infraestructura, provisión de bienes públicos y una reforma rural integral, articulando decisiones nacionales, departamentales y locales que ayuden a fortalecer las instituciones públicas y la capacidad regulatoria del Estado (Fundación Ideas para la Paz, 2018). Asimismo, es decisivo que el Estado, en cabeza del Ministerio de Justicia, diseñe políticas públicas que revitalicen y hagan operativo el sistema judicial como parte del monopolio legítimo de la violencia, en su tarea de dar solución a los conflictos y cerrar espacios de venganza. De esta manera se busca que un órgano independiente de las partes sea capaz de reemplazar a las pasiones de retaliación y así impedir la escalada de amenazas, abusos y agresiones que vuelve cíclicas las violencias. Un sistema judicial operativo es el subrogado de la venganza y la guerra, y un modo de domesticarlas.

Por último, la paz es obra de todos y requiere una sociedad civil activa y vigilante de la implementación del Acuerdo. Hay un amplio sector de la sociedad civil que desde la década de los 90 se manifiesta por la no violencia y “se define por la defensa de los derechos ciudadanos, de la dimensión de lo público y de la construcción de procesos de democratización progresiva” (Uribe, 2005: 291). Este reúne profesionales, mujeres, campesinos, indígenas, afrodescendientes, estudiantes, científicos, sindicalistas, organizaciones populares y organizaciones de víctimas que se movilizan en procura de la superación de la guerra como estrategia de acción política.

Estos sectores de la sociedad civil han dejado huella en las sociabilidades al dejar de alinderarse por intereses de clase, ideología o de clientela política, y al movilizarse alrededor de asuntos públicos como la paz, la convivencia civil, los derechos humanos y la vigencia del orden constitucional democrático. Entre las opciones éticas y políticas que este sector defiende está dejar de hacerle el juego a la violencia, y no avivar aborrecimientos y desquites, dejar de ser indiferentes a los actos de venganza, no justificar ningún asesinato, ninguna desaparición, ningún secuestro, ningún desplazamiento forzado, para así ayudar a que germinen nuevas formas de convivencia.

Pero la sociedad civil actuante por la paz y la reconciliación tiene cerca la incivilidad como energía primaria en un país donde se ha roto la *civitas* con la disputa de la soberanía entre conciudadanos, cuyo resultado es la permanencia de sectores que justifican o refuerzan las expresiones violentas. Ello pone en evidencia la extraordinaria dificultad de terminar una guerra civil que se fraguó en rupturas sociales y políticas muy

profundas, dejando tras de sí amplios sectores de la sociedad que no se rigen por normas de civilidad y representan “la sociedad incivil”, para usar la expresión de Keane (2000: 91).

El afianzamiento de la paz requiere cambios en las disposiciones culturales basados en la visión creativa del conflicto y el control de las pasiones que ayuden a cimentar un régimen de convivencia en lo profundo de la sociedad, y a hacer más eficaz el derecho fundamental a la vida, que debe ser respetado a todas las personas, independiente de los actos realizados, trascendiendo la clasificación entre buenas personas que tienen derecho a vivir y malas personas que merecen ser asesinadas. Ese cambio cultural no puede crearse de la noche a la mañana por medio de pactos o leyes, sino que tiene que resultar de la praxis ética y política de esa misma sociedad. Por tanto, es necesario un trabajo en aspectos subjetivos, con una educación basada en la ética cívica, formal e informal, dirigida a niños, jóvenes y adultos que contribuya a desalojar de las mentes y los espíritus la ley del más fuerte y la creencia de que la violencia y la guerra son métodos correctos a los que acudir en situaciones de conflicto. Es menester generar un clima cultural en el que se tome consciencia de los motivos que condujeron a la guerra civil y en el que no se consienta la repetición de las atrocidades. Esta tarea pedagógica, lejos de ser utópica, es realista en vista de la experiencia histórica de Colombia.

Referencias bibliográficas

- Aguilera, M. (2000). Justicia guerrillera y población civil. En Santos, B. y García, M. (Edit.), *El caleidoscopio de las justicias en Colombia*, tomo II. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Amnistía Internacional. (24 de septiembre de 2018). Graves violaciones a los derechos humanos continúan en el marco de la implementación del Acuerdo de Paz en Colombia. *Amnistía Internacional*. Recuperado de: <https://www.amnesty.org/download/Documents/AMR2391542018SPANISH.pdf>
- Aranguren Molina, M. (2002). *Mi confesión. Carlos Castaño revela sus secretos*. Bogotá: Editorial Oveja Negra.
- Ávila, A. (2019). *Detrás de la guerra en Colombia*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Bobbio, N. (2000). *El problema de la guerra y las vías de la paz*. Barcelona: Gedisa.
- Caracol Radio. (17 de agosto de 2018). Asesinan a desmovilizado de las FARC en Puerto Jordán, Tame. *Caracol Radio*. Recuperado de: http://caracol.com.co/radio/2017/08/17/regional/1502983956_405750.html.
- _____. (14 de agosto de 2017). FARC denuncian asesinato de integrante del Frente 18 en Antioquia. *Caracol Radio*. Recuperado de: <http://caracol.com.co/emiso>

ra/2017/08/14/medellin/1502734100_898370.html.

Casanova, J. (coord.) (2002). *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*. Barcelona: Crítica.

Castroviejo, J. A. (1997). Venganza y represión durante el franquismo. *Brocar* (21), 405-426.

Centro Nacional de Memoria Histórica. (2017). *Hacia el fin del conflicto: Experiencias de desarme, desmovilización y paso de excombatientes a la vida civil en Colombia*, Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.

Cepeda Castro, I. (8 de agosto de 2009). Los asesinatos de desmovilizados. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/los-asesinatos-de-desmovilizados-columna-155166>.

Corporación Nuevo Arco Iris. (2005). *Diez años después... Un balance del Proceso de paz con la CRS*. Bogotá: Corporación Nuevo Arco Iris. Recuperado de: [http://www.cedema.org/uploads/CRS\(10\).pdf](http://www.cedema.org/uploads/CRS(10).pdf).

El Espectador. (23 de junio de 2019). El sicariato está acabando con la vida de los exguerrilleros, *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/colombia2020/pais/el-sicariato-esta-acabando-con-la-vida-de-los-exguerrilleros-articulo-867320>.

_____. (13 de agosto de 2018). Así están asesinando a los exguerrilleros de las FARC, *El Espectador*. Recuperado

de: <https://colombia2020.elespectador.com/pais/asi-estan-asesinando-los-exguerrilleros-de-las-farc>.

El País. (4 de agosto de 2017). Preocupación por violencia contra miembros de Farc, *El país*. Recuperado de: <https://www.elpais.com.co/proceso-de-paz/preocupacion-por-violencia-contra-miembros-de-farc.html>.

El Tiempo. (19 de febrero de 2018). Un disidente de las Farc, el hombre más buscado de Colombia. *El Tiempo*. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/justicia/delitos/el-hombre-mas-buscado-de-colombia-alias-gentilduarte-disidente-de-las-farc-184076>

_____. (27 de enero de 2020). Homicidios de familiares de exfarc, otra amenaza al proceso de paz. *El Tiempo*. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/politica/proceso-de-paz/fiscalia-dice-41-familiares-de-exguerrilleros-de-farc-han-sido-asesinados-454502>

Fundación Ideas para la Paz. (2018). *Las Garantías de Seguridad: una mirada desde lo local. Desafíos para la protección de las comunidades, los líderes sociales y los excombatientes*. Bogotá: Fundación Ideas para la Paz. Recuperado de: <http://ideaspaz.org/especiales/garantias-seguridad/>.

Gallego García, G. M. (Relatora principal). (2019). *Después vino el silencio. Memorias del secuestro en Antioquia*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad EAFIT y Museo Casa de la Memoria de Medellín.

- Giraldo Ramírez, J. (2015). *La tercera realidad. Escritos sobre paz, reconciliación y derecho*. Medellín: Sílabo Editores.
- _____. (2009). *Guerra civil posmoderna*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia y Universidad EAFIT.
- Hobbes, T. (2004). *Leviatán o la materia, forma y poder de un Estado eclesiástico y civil*. Madrid: Alianza.
- Juliá, S. (ed.) (1999). *Víctimas de la guerra civil*. Madrid: Temas de Hoy.
- Kalyvas, S. N. (2010). *La lógica de la violencia en la guerra civil*. Madrid: Akal.
- Keane, J. (2000). *Ensayo sobre la violencia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Las Dos Orillas. (10 de septiembre de 2014). ¿Quiénes son las Águilas Negras? *Las Dos Orillas*. Recuperado de <https://www.las2orillas.co/quienes-son-las-aguilas-negras/>.
- Lederach, J. P. (2007). *La imaginación moral. El arte y el alma de la construcción de la paz*. Bilbao: Bakeaz-Gernika Gogoratuz.
- Martínez Ipuz, A. (2016). Del proceso con el EPL a La Habana: 25 años después, ¡Pacifista! Recuperado de: <http://pacifista.co/del-proceso-con-el-epl-a-la-habana-25-anos-despues/>.

Mercado Vega, A. J. (2018). Politicidido de baja intensidad: el caso del exterminio del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) en el caribe colombiano. Trabajo de investigación presentado en el V Congreso Nacional de Ciencia Política, Medellín, Universidad EAFIT y Asociación Colombiana de Ciencia Política (ACCPOL).

Ministerio de Defensa Nacional y Policía Nacional. (10 de agosto de 2018). Boletín, Comisión Nacional de Garantías de Seguridad en el Marco del Acuerdo Final.

Münkler, H. (2005). *Viejas y nuevas guerras. Asimetría y privatización de la violencia*. Madrid: Siglo XXI Editores.

New York Times. (18 de septiembre de 2018). Colombia Struck a Peace Deal with Guerrillas, but Many Return to Arms, *New York Times*. Recuperado de: <https://www.nytimes.com/2018/09/18/world/americas/colombia-farc-peace.html?ref=nyt-es&mcid=nyt-es&subid=article>.

Organización de las Naciones Unidas y Consejo de Seguridad. (29 de diciembre de 2020). Misión de verificación de las Naciones Unidas en Colombia, informe del Secretario General, S/2020/1301. Recuperado de: <https://undocs.org/es/S/2020/1301>

_____. (26 de junio de 2020). Misión de verificación de las Naciones Unidas en Colombia, informe del Secretario General, S/2020/603. Recuperado de: <https://colombia.unmissions.org/sites/default/files/n2015185.pdf>

- _____. (26 de diciembre de 2019). Misión de verificación de las Naciones Unidas en Colombia, informe del Secretario General, S/2019/988. Recuperado de: <https://colombia.unmissions.org/sites/default/files/n1942150.pdf>
- Orozco Abad, I. (2005). *Sobre los límites de la conciencia humanitaria. Dilemas de la paz y la justicia en América Latina*. Bogotá: Temis y Universidad de los Andes.
- Payne, S. G. (2014). *La Europa revolucionaria. Las guerras civiles que marcaron el siglo XX*. 2^{da}. ed. [Traducido al español por J. Cuéllar]. Barcelona: Planeta.
- Revista Semana. (19 de julio de 2020). Reincorporación bajo fuego, *Revista Semana*, (1994), 18-20.
- _____. (3 de marzo de 2020). Formulan cargo a 2 comandantes y 3 soldados por caso Dimar Torres, *Revista Semana*. Recuperado de: <https://www.semana.com/nacion/articulo/procuraduria-formulo-cargos-a-dos-comandantes-y-tres-soldados-por-el-asesinato-de-dimar-torres/654736>
- _____. (27 de octubre de 2019). “Mi coronel, ya lo maté”: el grupo de WhatsApp que crearon para asesinar a Dimar. *Revista Semana*. Recuperado de: <https://www.semana.com/nacion/articulo/mi-coronel-ya-lo-mate-el-grupo-de-whatsapp-que-crearon-para-asesinar-a-dimar/637988>

_____. (18 de junio de 2019). Los crímenes simultáneos de dos excombatientes que enlutan a las FARC, *Revista Semana*. Recuperado de: <https://www.semana.com/nacion/articulo/excombatientes-de-farc-asesinados-anderson-perez-y-daniel-esterilla-son-los-ultimos-muertos/620181>.

_____. (26 de abril de 2017). Asesinan a otro guerrillero de las FARC, *Revista Semana*. Recuperado de: <https://www.semana.com/nacion/articulo/asesinan-a-jose-huber-yatacue-otro-miliciano-desmovilizado-de-las-farc/523287>.

_____. (4 de octubre de 2000). Adiós a las armas, *Revista Semana*. Recuperado de: <https://www.semana.com/nacion/articulo/adios-armas/41578-3>

Rivas, L. M. (2015). *Tareas no hechas*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.

Roldán, M. (2003). *A sangre y fuego. La Violencia en Antioquia, Colombia 1946-1953*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

Sánchez, G.; y Meertens, D. (2006). *Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de la Violencia en Colombia*. Bogotá: El Áncora Editores.

Uribe, M. V. (1990). *Matar, rematar y contramatar: las masacres de la Violencia en el Tolima 1948-1964*. Bogotá: CINEP.

Uribe, M. T. (2005). *Nación, ciudadano y soberano*. Medellín: Corporación Región.

Uribe López, M. (2013). *La nación vetada: Estado, desarrollo y guerra civil en Colombia*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.

Verdad Abierta. (22 de diciembre de 2017). Muerte de excombatientes de las FARC empañan seguridad en Ituango. *Verdad Abierta*. Recuperado de: <https://verdadabierta.com/muerte-de-excombatientes-de-las-farc-empañan-seguridad-en-ituango/>.

Waldmann, P. (1999). Guerra civil: aproximación a un concepto difícil de formular” y “Dinámicas inherentes de la violencia política desatada. *Sociedades en guerra civil. Conflictos violentos de Europa y América Latina* (pp. 27-44 y pp. 87-129). Barcelona: Paidós.

Weber, M. (1993). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Zamudio Palma, M. (18 de noviembre de 2016). Los dos guerrilleros fueron “asesinados”: comunidad del sur de Bolívar, Pacifista. Recuperado de: <https://pacifista.tv/notas/los-dos-guerrilleros-fueron-asesinados-comunidad-del-sur-de-bolivar/>

Capítulo 3.

LA MEMORIA Y LAS FACULTADES DE LA IMAGINACIÓN:

Usos del pasado y producción del
futuro en el norte del Cauca¹

Enrique Jaramillo Buenaventura

Universidad Icesi

En la *Etnografía y la imaginación histórica* (1992), Jean y John Comaroff recogen imágenes de la prensa norteamericana de 1990 de ciertos guerreros Naparama en el norte

¹ Este trabajo constituye el primer intento de traducir y adaptar un fragmento del segundo capítulo de mi tesis doctoral “Landscapes of Extraction: Labor, Belonging, And Social Policy In Northern Cauca, Colombia” (2018). De la versión en inglés, agradezco a Axel Rojas por su constante interlocución y compañía en terreno, a mi tutora Ulla D. Berg por su generosa orientación etnográfica y a Parvis Ghassem-Fachandi por sus iluminadoras preguntas e insistencia en las facultades imaginativas y miméticas del fenómeno. La primera versión en castellano fue presentada en el simposio “La etnografía y el tiempo: usos del pasado, políticas del presente e incertidumbres del futuro” del XVII Congreso de Antropología celebrado en Colombia en junio de 2019. Agradezco a los asistentes al simposio y en especial al coordinador Diego Cagüenas y al comentarista Esteban Rozo por su atenta lectura y críticas contribuciones. Agradezco igualmente a los editores y pares evaluadores de este libro por sus comentarios y corrección de estilo.

de Mozambique que con ayuda de “espíritus sobrenaturales” y “posiciones mágicas” ganan terreno en la región de Zambesia. Aunque la pareja de antropólogos reconoce que el conflicto es en esencia fruto de las modernas interconexiones globales, la prensa y el sentido común siguen refiriéndose a estos hechos como si se tratase de una “guerra primitiva” consignada en el diario de cualquier viajero del siglo XIX. A estos “otros” no solo les es negada su coetaneidad (Fabian, 1983), sino también su racionalidad política. Para el imaginario popular, nos dicen los Comaroff, no son más que guerreros místicos que con ayuda de supersticiones y armas culturales creen que son capaces de volverse “a prueba de balas”. De manera similar, en *Esclavitud y libertad en el Valle del río Cauca* (1975), al igual que en el *Diablo y fetichismo de la mercancía* (1980), Michael Taussig recoge algunas historias de un héroe local llamado José Cenecio Mina, un poderoso bandido y hechicero negro que “podía transformarse en animal o planta cuando lo perseguían” los hacendados del Valle (Taussig, 1980: 65). Al igual que los guerreros Naparاما, Cenecio Mina o Cinecio como me corregirían pronto en el norte del Cauca, también podía hacerse inmune a la balas, e incluso “abrir las montañas e ir donde quisiera” (Taussig, 1980: 76). Según relataba la memoria, había sido comandante o coronel en la Guerra de los Mil Días (1899-1902), pero luego con su conocimiento de leyes y otros recursos sobrenaturales se había dedicado a luchar por los derechos de los campesinos ante el avance de las haciendas y los procesos de desalojo y proletarización.

Traigo aquí estos dos momentos e imágenes para preguntarnos: ¿A qué dimensión pertenecen estos guerreros

a prueba de balas? ¿Hacen parte de las pruebas ‘duras’ de alguna ciencia, pertenecen acaso a las lógicas fabulativas y miméticas, pertenecen a la *historia* o a la *memoria*, o será precisamente en estas dualidades, como indican los Comaroff (1992: 32), donde la antropología estaría demostrando una seria crisis en su imaginación histórica?

Desde la década de 1980 la antropología comenzó a incorporar de manera rutinaria la perspectiva histórica en la etnografía. Atrás parecían haber quedado las oscilaciones entre los análisis sincrónicos y diacrónicos defendidos o atacados en el auge del particularismo, el funcionalismo o el estructuralismo (Boas, 1932; Evans-Pritchard, 1961; Lévi-Strauss, 1958). En ocasiones las aproximaciones más evolucionistas que históricas, o los énfasis comparativos difusionistas y naturalistas antes que contextuales, habían dado lugar a estudios que desatendían la articulación con los procesos, las escalas y las particularidades históricas (Thomas, 1989; Wolf, 1982). Lo mismo podía decirse de posteriores enfoques culturalistas que dieron la espalda a los procesos a través de los cuales tanto la cultura como la historia se coproducían mutuamente; resultando en una desconexión de las relaciones de poder y dominación (Roseberry, 1989: 24-25). Por su parte, también hay que insistir en que la historia como disciplina no siempre entendió los procesos o las fuentes de formas muy antropológicas. El *boom* de los estudios de memoria en los años 1980 (Berliner, 2005; Huyssen, 1995; Klein, 2000; Winter, 2000), dio cuenta de los retos que la ‘nueva’ historia venía afrontando desde que los relatos orales, la etnohistoria y las miradas desde abajo habían comenzado a colarse desde mediados del siglo XX. Sin embargo, y a pesar de estos

vasos comunicantes, muchas veces ambas disciplinas asumieron sus respectivos ‘giros’ sin cuestionar sistemáticamente la aplicabilidad de las ideas de sentido común de la ‘historia’ por un lado, y del sentido común de la ‘cultura’ por el otro (Cohn, 1981; Faubion, 1993; Thompson, 1972).

De hecho, aunque la aspiración universal de la historiografía fue aparentemente abandonada con la aparición de la nueva historia, que cuestionó la teleología e introdujo la necesidad de una problemática en la investigación del pasado (Febvre, 1953), la idea permaneció viva como marco conceptual *a priori* en la mayoría de las representaciones historiográficas (Mink, 1978: 140-141). La consecuencia de este hábito inconsciente en muchos estudios, fue la presuposición de que el ‘pasado’ es una historia no contada que solo necesita ser comunicada de una manera inteligible. Por ello, como historia, se suponía que tenía una serie de ‘eventos’ o ‘actos’ que requerían ser organizados por el trabajo de la periodización histórica. Los historiadores de hoy, así como los antropólogos después de la crisis de la representación, son muy conscientes no solo de las limitaciones impuestas a la comprensión por la escritura de la historia o la cultura, sino también del hecho de que en la división del pasado en ‘eventos’ y ‘períodos’ históricos ya está en acción la obra narrativa con un proyecto moralizador (Mink, 1978; White, 1987: 21). El poder en el relato, como diría Trouillot (1995), comienza con la relación desigual en la producción de hechos y de fuentes, pero también con la creación de múltiples y diversos silencios.

Fue después de este reconocimiento de la forma narrativa como un tipo de práctica material y cultural intrínseca-

mente incrustada en las relaciones de poder, que tanto historiadores como antropólogos se enfrentaron a la aparición de problemas insospechados. Por ejemplo, “el problema de explicar cómo una estructura narrativa determina lo que es o no relevante para ella,” o “el criterio por el cual de hecho reconocemos una narrativa como coherente o incoherente” (Mink, 1978: 133-134). Pero, como debería estar claro a estas alturas, el problema no era una cuestión de examinar los criterios para seleccionar ‘eventos,’ era en general una cuestión sobre la distinción entre ‘historia’ y ‘memoria’, y cómo los límites de esta división estaban políticamente marcados (Yelvington, 2002). Como hizo evidente Joanne Rappaport para el caso Nasa, lo que cuenta como ‘memoria’ o ‘historia’ y, por ende, como ‘cultura’ depende de interpretaciones y contextos político-culturales siempre en disputa (Rappaport, 1998[1990]: 11-17, 188-9).

La misma distinción entre eventos reales e imaginarios puede presuponer, por un lado, una noción de realidad en la que “lo verdadero” o “lo real” se presenta como autónomo de la narratividad; o, por el otro, puede llegar a sobrevalorar a la memoria como un proceso más auténtico y más íntimo que hay que rescatar. Además, podría llegar también a reducir toda narrativa, dominante o subalterna, en términos de sus aspiraciones de legitimidad o resistencia. A la postre, sería igualmente ingenuo tomar su carácter de constructo como un efecto negativo inmanente, o como un acto de impostura por defecto. Por un lado, historiadores como Mink también han reconocido que las facultades imaginativas y narrativas son “un instrumento cognitivo primario, un instrumento que, de hecho, solo rivaliza con la teoría y la metáfora

como formas irreductibles de hacer comprensible el flujo de experiencias (Mink, 1978: 131). Por otro lado, antropólogos como John Borneman, entre otros, han reconocido que “al hacer historias a partir de los datos del trabajo de campo, no estamos, entonces, involucrados en el engaño o la distorsión, sino aprovechando los únicos medios que tenemos para hacer comprensible el hecho” (Borneman, 1998: 125-126).

Al poner a dialogar etnográficamente archivos históricos y documentos académicos, con historias orales² de pobladores del norte del Cauca, este capítulo se pregunta: ¿Hasta qué punto podemos juzgar el trabajo de la memoria desde las expectativas habituales del historicismo? O mejor aún: ¿Cómo podemos comprender las imágenes de pasados ro-

² Si bien la historia oral, como metodología, a menudo se usa para documentar historias de vida o un ciclo de vida completo (cuando es posible), en este trabajo las he abordado como vehículos de conocimiento de cualquier tipo de memoria del pasado. La mayoría de las veces, dependiendo del contexto y las preguntas, me enfoqué solo en un tema o un evento en la vida; como es el caso del presente capítulo. En otros, siguiendo más una tradición latinoamericana, los utilicé como un puente para conectar recuerdos tanto colectivos como individuales, especialmente en la lucha por fundamentar los derechos a la tierra o los reclamos de victimización. Hasta cierto punto, esto es parte de una tradición política, no exenta de críticas, conocida como testimoniar o testimonio. Sin embargo, cuestiones de larga data en el trabajo de campo antropológico, como el reconocimiento de la importancia de las relaciones intersubjetivas, o el papel del conocimiento experto en la validación o construcción de ciertas experiencias, no estuvieron ausentes en este proceso. La realización de historias orales me enfrentó especialmente con las formas en que se establecieron los diálogos y se construyeron narrativas como parte de la interacción de la investigación. Como vallecaucano, la relación establecida a través de historias orales me permitió abordar en mi propia visión de la región y el contexto, al igual que en el papel que como antropólogo jugaba en esa misma construcción.

mánticos, no solo como proyectos relevantes en las políticas del presente sino también como detalles etnográficos que nos permitan resaltar, por un lado, las facultades de la imaginación y, por el otro, relativizar el funcionamiento de lo que el antropólogo haitiano Michel-Rolph Trouillot llamó nuestra “historicidad” académica?

En primer lugar, me referiré a ciertas formas en las que los términos y las historicidades con que los antropólogos hemos descrito algunos grupos humanos (términos y representaciones que ahora son reconocidas como inadecuados y limitados analíticamente), no han pasado por completo desapercibidos por las poblaciones con las que habitualmente hemos trabajado. Por el contrario, en lugares como el norte del Cauca, estos términos y temporalidades, ahora esencializados e incluso mercantilizados por discursos multiculturales y ambientalistas, reemergen en las facultades imaginativas de los habitantes locales y de los académicos contemporáneos. Como mostraré en este capítulo, asumir, por ejemplo, que el período de “campesinado libre”³ significó un romántico “retorno a la naturaleza” o una supuesta desviación de la historia, los mercados y el capitalismo (Mina, 2011 [1975]; Tausig, 1980), fue y sigue siendo un referente fuerte y poderoso para el movimiento cultural negro⁴. Especialmente, cuando

³ Me refiero al lapso de casi cincuenta años después de la abolición de la esclavitud, donde las recurrentes guerras civiles dificultaron que los propietarios restablecieran el control sobre la fuerza laboral y afirmaran la propiedad sobre las haciendas.

⁴ Aunque hubo esfuerzos para promover la cultura y la historia negra en la década de 1940, como el Club Negro de Colombia fundado por estudiantes en Bogotá, entre los cuales Zapata Olivella tuvo un papel importante,

tras la revolución cubana la industria de la caña de azúcar local se expandió poderosamente y restringió el acceso a la tierra, conminando y confinando a muchas personas a las dinámicas del trabajo asalariado y a los emergentes núcleos urbanos; o en el presente, cuando el despojo y el asesinato de líderes sociales fruto del conflicto por la tierra y los recursos amenaza la vida en los territorios. Como anotara Néstor García Canclini, hablando de las culturales populares en el capitalismo, este proceso de “sobrestimación de la propia cultura” no debe ser entendida como una mera “parcialidad o un error a lamentar, sino [como] un momento necesario de negación de la cultura dominante y de la afirmación de la propia” (1982: 31). En todo caso, como insistiré al final del documento, tampoco podríamos negar que estas posturas pueden hoy por hoy estar excluyendo importantes debates sobre las repercusiones de las políticas multiculturales en el país, así como posibles repertorios para la acción social y política de estas mismas poblaciones.

fue en 1970 cuando varios grupos, organizaciones y revistas comenzaron a hablar públicamente sobre las condiciones y desafíos de las personas de ascendencia africana en Colombia. Prominentes intelectuales afrocolombianos conformaron grupos como el Centro de Estudios Afrocolombianos, la Fundación Colombiana de Investigaciones Folclóricas, la Fundación Palenque, el Centro para la Investigación y el Desarrollo de la Cultura Negra (1975), que publicó la revista *Presencia Negra*, y el Círculo de Estudios de la Problemática de las Comunidades Afrocolombianas – SOWETO (1976). Este último grupo sería más tarde un jugador clave en el desarrollo en la región costera del Pacífico de la organización conocida como CIMARRON (1982), un movimiento enmarcado en la defensa de los derechos humanos de las comunidades afrocolombianas. Para más detalles sobre estas plataformas y los procesos ver Wade (1995) y Ratcliff (2008), entre otros.

Finalmente, en las conclusiones me pregunto si las imágenes e historias idealizadas del pasado podrían también ofrecernos una ventana para comprender el ambivalente trabajo de la memoria. Aunque parezcan ponernos en la difícil encrucijada de entenderlas como parte del mundo “real”, tomarlas como herramientas de un “esencialismo estratégico” (Spivak, 1987) o descartarlas como mera fantasía y ensoñación, estas imágenes e historias contienen otras posibilidades menos exploradas. Por ejemplo, podríamos entenderlas como imágenes sagradas o como frutos de las facultades de la imaginación que en sus excesos y distorsiones permiten fugas y reflexiones sobre un presente opresivo y un pasado apenas comprendido.

* * *

Hace algunos años, caminando a orillas del río Palo a su paso por el caserío del Guabal en el norte del Cauca, tuve una conversación que me gustaría compartir para ilustrar este problema. Me encontraba a mediados de mi temporada de trabajo de campo, en junio de 2015.⁵ Venía de realizar visitas cortas a las minas y asentamientos junto a la represa de la Salvajina,

⁵ En las partes iniciales del diseño de la investigación conté con el apoyo de la beca/crédito de Colfuturo y la beca Fullbright para Desarrollo Universitario. El trabajo de campo posterior fue posible gracias a la beca Bigel de dotación para la Investigación de Posgrado en Antropología, y a la beca especial Predisertación, ambas de la Universidad de Rutgers en EE.UU. En Colombia, la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales y el Centro de Estudios Interdisciplinarios, Jurídicos, Sociales y Humanistas (CIES) de la Universidad de Icesi, hicieron posible el resto del trabajo de campo y la escritura final del documento.

entre los corregimientos de Mesetas, Mindala y la Toma, y desde allí, en el piedemonte de la cordillera occidental, me había propuesto trazar un recorrido hasta la zona plana en la esquina sur del Valle geográfico del Cauca, que reconstruyera las interconexiones del antiguo complejo hacienda-mina, descrito por el historiador German Colmenares (1973)⁶.

En la vereda el Guabal, en lo que hasta hace dos siglos había sido el extremo norte de los vastos terrenos de la hacienda colonial de Japio, había dado con Severo, un hombre esbelto, de voz ronca y apagada, especialmente fanático de la historia oral de las haciendas⁷. Desde la implementación de la Cátedra de Estudios Afrocolombianos en las instituciones educativas locales, a principios de la década del 2000, muchos maestros de escuela, como él, habían renovado su interés en investigar las historias locales que a manera de retazos habían ido armando entre testimonios, anécdotas, libros, recortes, encuentros y relatos⁸.

⁶ Especialmente durante el segundo ciclo del oro (1680-1820) este complejo conformó perdurables procesos sociales y políticos interconectando las haciendas de los valles interandinos con las fronteras mineras del Chocó, Raposo, Barbaças y otras localidades a lo largo y ancho de la Gobernación de Popayán. Fue fundamental no solo como mecanismo de rotación de mano de obra, así como de transferencia de recursos agrícolas, suministro de alimentos y animales, sino también como una pieza importante del circuito mercantil.

⁷ A lo largo de este trabajo he usado seudónimos y he cambiado algunos detalles personales para proteger la confidencialidad de los participantes en la investigación.

⁸ En el marco de la Ley 70 de 1993, particularmente con el artículo 39, se reconoce la necesidad de promover un proyecto educativo de inclusión y visibilización de la contribución y las demandas históricas de la gente afrocolombiana, negra, raizal o palenquera en la vida política, social y cultu-

Dirigiéndose hacia la sombra de un viejo cachimbo, Severo me señaló la casa de Don Aparicio, un hombre mayor que habíamos concertado visitar ese día para conversar sobre la historia del lugar. Desde que la vía pavimentada que une a Guachené con Puerto Tejada había cambiado el polo de atracción del pueblo, estas zonas inundables junto al río Palo le recordaban a Severo los tiempos en que las aguas que recorren el valle geográfico del río Cauca eran el “eje de la vida”. Su abuela, según me contaba, había alcanzado a trabajar estas tierras bajo el sistema de terrajes que se había impuesto estratégicamente en las antiguas haciendas esclavistas después de la abolición. Hoy, alternando el trabajo en la parcela con el alquiler de terrenos al ingenio de caña cercano y con la participación intermitente en el servicio doméstico en Cali, los padres de Severo habían logrado equilibrar sus ingresos para hacer que sus tres hijos estudiaran en lo que ellos consideraban una mejor escuela en Puerto Tejada. Sin embargo, Severo fue el único al que “eso del estudio” le terminó gustando. Su hermano mayor, Jairo, por el contrario, se involucró desde muy temprano en la extracción de arena y grava del río, y abandonó la escuela. Ahora intentaba reunir

ral del país. Sin embargo, no fue sino hasta finales del siglo XX, y con la implementación del Decreto 1122 de 1998, que ciertos establecimientos y proyectos educativos institucionales comenzaron a incluir la Cátedra Estudios Afrocolombianos (CEA) atendiendo lo dispuesto en la Ley 70. Para un acercamiento a las percepciones que tienen las y los directivos, docentes, estudiantes y padres de familia sobre el autorreconocimiento étnico y el estado actual de conocimiento, implementación y valoración de la CEA en las instituciones educativas oficiales de Cali, ver Recomendaciones de Política CIES No. 1 Enero 2017, Centro de Estudios Afrodiaspóricos (CEAF) de la Universidad Icesi. si no onocé. 1 Enero 2017, Unincipiosde los anoftware libre y bajos recur

dinero para reparar un vehículo con el que pretendía convertirse en “pirata”, como él mismo decía, riéndose del nombre con el que se conoce en el país a los vehículos de transporte colectivo que operan sin licencia. Por su parte, Yolanda, la menor de los tres, había logrado capacitarse técnicamente en el manejo de alimentos para optar por un puesto en una de las empresas del parque industrial y comercial del Cauca, no muy lejos de allí.

“Aquí, en La Cachimbada, había muchos árboles de cachimbo, ahora solo queda este,” notó Severo al intentar abrir la discusión con su amigo Aparicio que nos esperaba en la entrada de su casa. En una suerte de murmullo incomprensible, el viejo Aparicio contestó que eso había sido hace mucho tiempo, “cuando el tabaco y el cacao eran un verdadero negocio”. Los cachimbos son conocidos en la zona por ser árboles altos y leñosos que florecen con abundantes pétalos rojizos o lilas. Su madera se usa en la construcción y también servía, en otro tiempo, para hacer pequeñas canoas, como recordaría más tarde Aparicio, pero su sombra también acompañaba tradicionalmente el crecimiento de plantas más pequeñas como el tabaco. Para Severo, la estrecha relación entre ambas especies ha dado lugar a que al Cachimbo se le conozca también en algunas regiones de Venezuela como “capa de tabaco”.

Aparicio, de ojos encapuchados y de pocos dientes, tenía más de setenta años cuando lo visitamos. El hombre recordaba que sus padres habían logrado mantener en el área una pequeña arboleda donde cultivaban su propio tabaco: “era un muy buen negocio,” pero también era una planta

“muy celosa”. Aparicio recordaba, comparándola con la coca o con la marihuana de hoy, que era una planta que también tenía que ser cultivada en secreto. Como si la situación demandase de un traductor, Severo interrumpió al mayor alegando que el punto es que en ese entonces no se plantaba por dinero: “Era fácil vivir de la tierra en esa época”, insistió Severo refiriéndose a lo que los historiadores regionales conocen como la edad de oro del campesinado afronortecaucano. “En unas pocas horas se podía obtener tu oro y también cuidar de los cultivos”, decía dirigiendo su mirada esta vez hacia mí. Recuperando su palabra, el viejo Aparicio lo contradujo reclamando que, aún así, el tabaco era sobre todo “un buen negocio”. Miré a los dos hombres en silencio por un tiempo, hasta que reuní la confianza para interpelarlos: “Pero, al fin y al cabo, era un buen negocio o no lo era?”.

Severo, en su tono de profesor, se apresuró a contestar de nuevo: “La cosa es que en esa época éramos campesinos libres”, dijo dirigiéndose a mí. “Nuestra cultura ancestral — continuó Severo— eran las fincas tradicionales que estaban organizadas de tal manera que se requería muy poco trabajo para mantener los cultivos. Y además, estábamos preservando el bosque, las riberas de los ríos e incluso los animales salvajes”. Agregó antes de aclarar que por lo menos eso era lo que él había aprendido leyendo un librito que guardaba celosamente en su biblioteca.

Severo se refería al libro *Esclavitud y libertad en el Valle del río Cauca* escrito bajo el seudónimo de Mateo Mina (1975). Este pequeño libro era el resultado de quince meses de investigación de Michael Taussig y Ana Rubbo en la

ciudad de Puerto Tejada entre 1960 y 1970 (1975: xvii). Acompañado por un prefacio de Orlando Fals-Borda, quien alentó a Taussig a elegir el Valle del Cauca como sitio para su disertación doctoral, el texto replicaba la estructura y los contenidos de esta: “Proletarización rural: una investigación social e histórica sobre la comercialización del Valle del Cauca” (Taussig, 1974). Sin embargo, la narrativa del pequeño libro había estado destinada a un público muy diferente al académico. Escrito en un lenguaje accesible y destinado quizás a ser más bien material de las escuelas locales o de los movimientos cívicos del momento, el texto había llegado a manos de Severo en versión fotocopiada y argollada.

Pero, ¿cómo eran exactamente esas fincas tradicionales?, les pregunté a los dos hombres tratando de no asumir o de suponer sobre qué era que estaban hablando. En antropología se suele decir que esto es lo difícil de hacer trabajo de campo muy cerca a casa. Es fácil presuponer que sabemos de qué es lo que la gente habla, o a qué se refieren cuando mencionan cosas que creemos conocer de cerca. Afortunadamente, Severo contestó con paciencia a mi demanda: “Bueno, como le dije, las fincas tradicionales son parte de nuestra cultura. Era un modo de producción diferente, o lo siguen siendo allí donde sobreviven”. “Vea —me dijo, esta vez mirando mi cuaderno de notas, como sugiriendo la importancia de tomar registro de las palabras que estaba por decir—: eran, como se dice hoy, ecológicamente sostenibles, un sistema que combinaba diferentes plantas y árboles en el mismo lugar. Allí las mujeres también tenían sus hierbas medicinales, los animales y las plantas comestibles”. Severo concluyó sus palabras señalando los escasos puntos densos de vegetación que

quedaban en el paisaje, como si fueran un recuerdo palpable de esos tiempos.

Según se puede leer en los diferentes trabajos que reconstruyen este sistema agroforestal que describía Severo, el café y los árboles cítricos, así como los cacao y los plátanos, florecían bajo los árboles altos como el cachimbo. La sombra de estos protegía a las plantas inferiores y preservaba la humedad en las estaciones secas; al mismo tiempo que evitaba que las malezas indeseables se arraigaran y prosperaran. Además, las hojas caídas de los árboles y las plantas no se recolectaban ni se rastrillaban, como se hace hoy en los jardines de las casas de la ciudad donde había trabajado la madre de Severo. Por el contrario, el suelo se mantenía e incluso se mejoraba por la humedad y el compost que producían las hojas caídas, y por los nutrientes que agregaban los animales de corral que hurgaban el suelo. Taussig añadiría a la descripción que “los ciclos del cacao y el café son tales que se complementan perfectamente entre sí; cuando el cacao prospera, el café se desvanece y viceversa de tal manera que se mantiene un goteo bastante constante de ingresos y mano de obra durante todo el año” (Taussig 1978: 22).

“No, no... vea, mire, desde hace algunos años —dijo ahora el viejo Aparicio que había permanecido en silencio—, desde hace algunos años, he estado observando a personas que vienen con proyectos sobre la recuperación de la ‘finca tradicional’. Yo no sabía que eso era una cosa tan especial, pero había asociaciones que lo promovían, e incluso el Ministerio de Agricultura también vino por acá con eso. Decían que debíamos plantar hierbas aromáticas y volver a plantar

cacao. A mí me parecía todo muy raro, incluso intentaron reactivar la fábrica de cacao para ayudar a los pequeños productores. Y algunos terminaron hasta exportando cosas, algunos, en La Caponera, incluso colocaron sus productos en supermercados de Cali”. Relató Aparicio con algo de entusiasmo y sospecha a la vez.

Como observó Taussig, al estudiar la región a principios de la década de 1970, este conocimiento agroforestal parece haber sido de gran ventaja para los campesinos negros. Tanto así que en *El diablo y el fetichismo de la mercancía* (1980), su libro posterior a la disertación, Taussig describe estas fincas tradicionales como el emblema de una economía casi “natural”, completamente apartada del valor de cambio, y casi históricamente desconectada de las relaciones particulares con la producción material y del mercantilismo desatado por más de tres siglos de colonialismo (Taussig, 1980[2010]: 130).

Tal como se esperaba, los académicos del momento no tardaron demasiado en criticar estas ideas desde varios ángulos. Entre los autores más conciliadores, algunos intentaron disminuir su radical énfasis en una “economía natural” o contrapuesta al mercado (da Matta, 1986), mientras otros criticaron su visión idealizada de los tiempos precapitalistas (Marcus, 1986; Roseberry, 1989). Pero otros comentarios fueron más incisivos y agudos, atacando los supuestos detrás de la idea de una “economía dual” (natural / no natural) que, al final del día, estaba tristemente relacionada con las teorías de la modernización que acechaban a América Latina desde mediados del siglo XX (Trouillot, 1986).

Conversando sobre la continuidad de esta forma relativamente regenerativa y autosuficiente de agricultura a pequeña escala, interrumpí a los dos hombres en su remembranza con una anécdota que en el momento me pareció pertinente: “El otro día —les dije levantando mi cabeza del cuaderno de notas—, hablando con un joven en la cancha de fútbol, me dijo que las nuevas generaciones ya no quieren cultivar, que ya no quieren trabajar bajo el sol, que ellos tienen derecho a otros trabajos, a otra vida. ¿Cómo ven ustedes esta situación?”, les pregunte intentando propiciar conexiones.

La severidad de Severo no se hizo esperar: “Vea, eche un vistazo y dígame dónde es que van a cultivar los muchachos hoy? Y, además, si por alguna razón usted logra tener la fortuna de poder dividir su tierra entre los hijos, imagínese qué es lo que podrían hacer ellos con esas fincas tan pequeñas?”, dijo con un tono de comprensible molestia en su voz. Me quedé en silencio de nuevo y miré a Aparicio como una forma de darle la oportunidad de replicar: “Vea, también está el tema de que la gente piensa que nosotros los negritos, estamos destinados a trabajar bajo el sol, para trabajar la tierra. Y que las personas como usted —refiriéndose a mí—, son para las oficinas, para los grandes negocios. Pero yo me pregunto —dijo Aparicio mirando fijamente a las gallinas que escarbaban el suelo junto a nosotros—, ¿por qué no pueden esos jóvenes soñar con otra cosa, cuál es el problema?”

Aunque estaba bastante conforme con la forma en que se desarrollaba la conversación, no estaba del todo seguro de que los dos hombres se estuvieran escuchando el uno al otro. “Si me permiten —interrumpí cambiando mi estrate-

gia—, Severo, usted está hablando casi como de una cultura diferente o aislada, y Aparicio, en cambio, está hablando de interconexiones, de relaciones más ambivalentes, ¿cómo negociarían ustedes dos eso?” En otras palabras, en mi opinión uno apelaba a una diferencia radical, y el otro intentaba afirmar la posibilidad de pertenecer a una sociedad más amplia o, al menos, de no distanciarse de una nación cuya riqueza al fin al cabo habían ayudado a construir. Uno había defendido el tabaco como parte de una “economía natural” de autosubsistencia, y el otro había insistido en que era un “negocio” como cualquier otro, al igual que lo es hoy la coca o la marihuana. Uno reclamaba una vuelta a la finca tradicional como una forma de “rescatar” una cultura y una ecología en vías de desaparición, y el otro reclamaba el derecho a soñar con otra vida lejos del sol y del rebusque.

Desde la ventana de la casa de la casa de Aparicio, una joven mujer interrumpió a los mayores dirigiéndose a mí: “Perdón, yo quiero decir algo para que lo apunte ahí... el problema es que no hay apoyo del Gobierno, por eso las personas han terminado vendiendo sus parcelas por acá. Además, hoy los jóvenes queremos es capacitación para trabajar, en cambio hay muy poca motivación para la agricultura. Al menos, si me preguntan, ¡a mí lo que me gustaría es tener mi propio negocio!” dijo la joven enfáticamente.

Casi desatendiendo el punto de vista de la joven, Severo comentó: “Sí, como cultura hemos avanzado en muchos aspectos, pero estamos perdiendo en otros. Y de eso se trataba el pequeño libro del que estábamos hablando”, concluyó refiriéndose nuevamente al libro de Mateo Mina. “Yo leí el

libro de manera diferente”, protesté en tono amistoso e invocando tanta simpatía con la perspectiva de la joven como mi lenguaje corporal me lo permitía. En mi lectura, continúe argumentando, el librito mostraba cómo los campesinos en el Valle del Cauca, antes que los portadores de una economía o ecología natural, eran la descendencia de un largo proceso de colonialismo, esclavitud y participación en el sistema de mercado. Pero, claro, ver las cosas de esa manera significaba que estas “fincas tradicionales”, e incluso la misma “minería tradicional”, también habían coproducido el capitalismo tanto como las haciendas o los parques industriales y las zonas francas que hoy pueblan el norte del Cauca. Traté de contarles que, para mí, lo que estaba en juego en el libro no era una noción de “cultura” radicalmente diferente, sino la idea de impulsar una verdadera reforma agraria que le otorgase a la gente la posibilidad de vivir mejor.

Severo, que sabía de mi escepticismo hacia las nociones comúnmente utilizadas de “autonomía” y “resistencia”, y que en más de una ocasión me había hecho notar que no todos podían darse el privilegio de ver las cosas así, permaneció callado y en cierta forma yo diría que hasta avergonzado de mis palabras. Aparicio, para mi fortuna, encontró algo que decir: “A mí todo esto —dijo en voz baja pero clara—, todo esto me recuerda las discusiones que teníamos cuando existían los sindicatos o cuando participábamos en los paros de antes.” Luego agregó con ánimo reconciliatorio: “Yo creo que el librito ese del que tanto hablan, fue escrito justamente para que tuviéramos estas discusiones”, concluyó con una gran sonrisa desdentada. De esta manera, en sus propias palabras Aparicio parecía estar reconociendo en el

librito uno de los principios de la investigación acción participativa (IAP) que Orlando Fals Borda, en colaboración con la fundación del Caribe y la asociación nacional de usuarios campesinos (ANUC), habían lanzado a principios de la década de 1970: “investigar no era ‘devolver’ a los campesinos los datos coleccionados por investigadores externos, sino el mismo proceso de recordar el pasado y analizarlo conjuntamente” (Rappaport, 2018: 140).

Después de aquella conversación con Severo y Aparicio junto al río Palo, fui directamente esa noche a buscar mi copia del libro de Taussig y Rubbo. Desde la página inicial, los autores revelan explícitamente su proyecto:

A la memoria de los campesinos que murieron en las sangrientas luchas de clases que ocurrieron en el valle del río Cauca durante la segunda mitad del siglo XIX. En aquellos tiempos, los antiguos esclavos del Valle casi conquistaron un Nuevo Mundo para el pequeño agricultor: un mundo sin terratenientes, sin mercados extranjeros, donde los campesinos vivían en armonía fructífera entre sí y con la naturaleza (Mina [seudónimo de Taussig y Rubbo] 2011 [1975], el subrayado es mío).

En efecto, Taussig identificó en su trabajo etnográfico y de archivo, un lapso de casi cincuenta años después de la abolición de la esclavitud, donde las recurrentes guerras civiles dificultaron que los propietarios restablecieran el control sobre la fuerza laboral y afirmaran la propiedad sobre las haciendas. Para Taussig, ese periodo constituyó una desarticulación regional del complejo mina-hacienda y una profun-

da perturbación económica y social para los grandes terratenientes que intentaron continuamente, pero a menudo con un éxito limitado o temporal, reafirmar sus privilegios.

La historiografía local y regional ha enmarcado este periodo como un momento de crisis económica donde la disciplina y la articulación de las haciendas disminuyó y, desde luego, donde las antiguas poblaciones esclavizadas debieron haber aprovechado a su favor la ausencia de los propietarios y el surgimiento de las revueltas liberales (Díaz de Zuluaga, 1986; Escorcia, 1986). Pero Taussig fue aún más lejos. De acuerdo con los nacientes enfoques sobre la “resistencia” característicos de las etnografías norteamericanas de la década de 1980, Taussig describió cómo, bajo estas circunstancias, los antiguos esclavizados desarrollaron una especie de “campesino negro proscrito”, que a veces referenció en sus escritos como una “nueva clase social que estaba fuera de la sociedad” (Taussig, 2008 [1977]: 102).

Sin embargo, como intentaré discutir en la siguiente sección, un “nuevo mundo sin propietarios, sin mercados extranjeros, donde las personas vivían en armonía con la naturaleza” difícilmente existió en el norte del Cauca. Aunque la tierra en las llanuras era abundante, el acceso a ella estaba condicionado a su vinculación como fuerza de trabajo en las haciendas y los ranchos de ganado. Además, en el mismo momento en que los terratenientes fueron desafiados por estas condiciones cambiantes, las estratégicas alianzas de los otros esclavizados con el naciente liberalismo popular (Sanders, 2000), el número de ciclos de auge y caída en diferentes tipos de productos (por ejemplo, cacao, arroz, tabaco, café) a fines

del siglo XIX y principios del siglo XX (Andrews, 1997), debería recordarnos las persistentes interconexiones globales entre las historias locales y los procesos más amplios de colonialismo, formación de estado y desarrollo capitalista.

* * *

A principios de la década del noventa, los fenómenos de la llamada globalización demandaron a muchos científicos sociales desarrollar teorías para comprender las transformaciones en las estructuras de las relaciones sociales locales. Los innumerables estudios que han aparecido desde entonces parecieron darles la razón de la singularidad del momento. Sin embargo, al menos en nuestros contextos latinoamericanos, resulta necesario primero cuestionar la sabiduría convencional acerca de lo que se había dado en llamar la “globalización”.

Primero, resulta útil reconocer la fuerte crítica de Michel Rolph Trouillot (2001) sobre las afirmaciones apresuradas de muchos análisis que parecían indicar que la globalización hacía que el Estado se volviera “irrelevante no como actor económico, sino también como contenedor social y cultural” (2001: 125)⁹. Trouillot había dejado también en evidencia que el primer momento de la globalidad se podía rastrear desde el siglo XVI. La insistencia de Trouillot, siguiendo la

⁹ Trouillot mostró, en cambio, cómo el poder estatal se estaba desplegando de maneras diferentes, y cómo los procesos previamente asociados con los estados se llevaban a cabo en conjunto con otros organismos de la “sociedad civil”, principalmente a través de procesos infraestatales, supraestatales y transnacionales.

tradición de Erick Wolf y Sidney Mintz, radicaba en mostrar que la internacionalización del capital no era nueva. Bajo esta óptica, lugares como las plantaciones del Caribe colonial ya eran modernos desde el día cero y, si se quiere, lugares globales por lo menos en lo que a sus estructuras de explotación y orden racial se refiere. La modernidad que experimentaba un café londinense en el siglo XVIII, no podía ser negada a las plantaciones y los trabajadores de la caña y del café del Caribe que la hacían materialmente posible. Para bien o para mal, dirá Trouillot, “un *striker* de azúcar fue una identidad moderna, tanto como el esclavo violinista, el esclavo panadero o la esclava comadrona” (Trouillot, 2002: 851)¹⁰. Por ello, Trouillot argumentaba que lo que estábamos presenciando —y lo que deberíamos investigar etnográficamente— era más bien una “globalidad fragmentada” (Trouillot, 2001: 129). Con esto se refería a una flexibilidad de capital aumentada pero selectiva, y una diferenciación intensificada simultánea de los mercados laborales dentro y a través de las fronteras nacionales, así como la integración desigual de los mercados de consumo en todo el mundo.

Por su parte, el historiador Frederick Cooper argumentó de manera similar que el uso común del término globalización no explicaba suficientemente los límites de las interconexiones, ni las estructuras necesarias para hacer que estas conexiones funcionaran. Para Cooper, la globalización era

¹⁰ Un esclavo *striker* tenía la experticia para identificar el tipo de caña, la intensidad de fuego y la temperatura necesaria para que en la cocción se alcanzara el punto ideal de viscosidad que permitiera pasar el jugo de un recipiente al siguiente.

más bien un discurso que “enfatisa el cambio a lo largo del tiempo pero que permanecía ahistórico en su análisis, y que parecía incorporar una dimensión del espacio, pero que terminaba pasando por alto los mecanismos y limitaciones de las relaciones espaciales” (Cooper, 2001: 190).

Ambas críticas nos sugirieron que la tarea, para entrar en diálogo, por ejemplo, con los usos del pasado y la producción del futuro de Severo y Aparicio, es explorar dichas transformaciones económicas, políticas y socioculturales a través de un trabajo etnográfico e histórico a profundidad que permita abrir nuevas formas de entender las tradicionales periodizaciones históricas y antropológicas sobre el norte del Cauca. No solo para examinar hasta qué punto algunas formas de narrar el pasado han excluido importantes interconexiones globales, al igual que debates sobre las políticas de la identidad en un país como Colombia, sino también para preguntarse cómo sus significados han sido renegociados e imaginados por los mismos nortecaucanos como parte de las formas de entender e imaginar las vidas pasadas y las luchas presentes o futuras en la región.

Esto significa centrar la atención en las sedimentaciones históricas y regionales y, en particular, en las transformaciones en las formas de gobernanza y en las estructuras de alteridad, a la par de las redes comerciales y los cambios en el acceso y el control de los recursos. Cada uno de estos asuntos acusa, si se los atiende de forma adecuada, distintos tipos de retos para pensar los reclamos afrortecaucanos.

Primero, y para ser justos, los análisis de Taussig no siempre fueron tan polarizantes. Hay varios casos en su larga y detallada monografía en la que reconoce que incluso los esclavos que escaparon y que se acomodaron en las profundidades de los bosques a lo largo del río Palo, no estaban completamente aislados ni vivían estrictamente en una “economía natural” ajena al mercado. De hecho, algunos de estos pobladores, como rememoraban Severo y Aparicio, cultivaban tabaco de alta calidad desde el último cuarto del siglo XVIII y producían clandestinamente una doceava parte de toda la cosecha del Valle (Taussig, 1980: 72). Más tarde, al describir la cosmogonía de los descendientes de estos pobladores, convertidos a mediados del siglo XX en trabajadores de la caña, Taussig lucha por encontrar un punto medio donde los presenta como seres liminales o transicionales: “ni lo que fueron, ni lo que serán”, en otras palabras: “ni campesinos ni enteramente proletarios” (Taussig, 1980: 103). Al igual que los sujetos de los ritos de paso de Víctor Turner (1999), la posición de estos mitad-campesinos / mitad-proletarios, fue para Taussig “la de negar y afirmar al mismo tiempo todas las posiciones estructurales” (Taussig, 1980: 142).

Como espacio liminal, la llamada “finca tradicional” también combinó entonces una variedad de cultivos para la venta en los mercados locales. Desde maíz, arroz, plátanos, yuca y frijoles, hasta cacao, tabaco y caña de azúcar. Sin embargo, apenas pasados unos años después de la abolición, pueden encontrarse en la *Gaceta Oficial del Cauca* una percepción compartida entre los terratenientes. Desesperados por capturar mano de obra y consumidores insisten en que los pequeños agricultores siembran y cultivan “lo que nece-

sitan para consumir en sus casas” (Gaceta Oficial del Cauca, 27 April 1867). Quizás lo que les dificultó a algunos terratenientes de entonces, y a algunos científicos sociales de hoy, reconocer estos compromisos activos con el mercado fue que, en ese momento, la mayoría de estas actividades eran clandestinas, como sucedió con el tabaco o el aguardiente. En el último caso, la obtención de una licencia para la destilación y venta a pequeña escala no solo estaba gravada sino que, hasta cierto punto, estaba prohibida debido al monopolio conformado por hacendados conservadores aliados con la Iglesia católica (Sanders, 2004: 182). En cuanto al tabaco, antes de 1850, el gobierno también exigió permisos y, en ocasiones, impuso controles para procesar a los agricultores de Quilichao que no pagaban los tributos correspondientes (Díaz Casas, 2015: 155-162).

A pesar de estas restricciones, los inquilinos y aparceros utilizaron al menos dos estrategias para asegurar su propia producción y medios de vida. Por un lado, como han dejado claro los trabajos históricos de James Sanders, al utilizar las sociedades democráticas y los nacientes ideales liberales de “libertad de industria”, muchos residentes afronortecaucanos se quejaron no del monopolio y de los perjuicios que los impuestos causaban a sus medios de sustento, sino que también lograron impugnar los estatutos que obligaban a los hombres recién liberados a trabajar para sus antiguas haciendas (Sanders, 2004: 288). Aunque estos discursos liberales, intrincadamente vinculados con la nueva matriz de ciudadanía y derechos, incubarían en cierta medida los mitos de la “democracia racial” que conformarían más tarde la ideología de construcción de nación del mestizaje, los afronortecauca-

nos también se involucraron en ellos como un medio para entrar en la vida pública y política de la nación, aspirando a mejorar así sus condiciones sociales y materiales.

Por otro lado, los afronortecaucanos no pusieron todas sus apuestas en los cambios legislativos del liberalismo popular del siglo XIX, también diseñaron, como el hermano “pirata” de Severo, sus propias técnicas clandestinas para comercializar sus productos. Por ejemplo, como Aparicio me contaría días después de nuestro encuentro en La Cachimbada, la gente de antes se las arreglaba muy a menudo para transportar en los *champán* o en las “balsadas”, construidas de guadua, bienes (legales e ilegales) que se comercializaban en las ciudades y en los puertos a lo largo del río Cauca.

“A lo largo de estas aguas —contaba Aparicio—, la gente solía contrabandear tabaco y aguardiente. Por ejemplo, usando los compartimentos huecos en la guadua, se podían esconder botellas de aguardiente y hasta tabaco. Todo lo que estaba en esas balsadas estaba a la venta. Entonces cuando las desmantelaban, digamos en Juanchito o en Puerto Tejada, no estaban vendiendo la guadua, sino también el aguardiente. Y nadie, excepto los involucrados en el trato, tenía por qué saberlo”. El viaje por los meandros del Cauca, aún no represado, era además un negocio arriesgado a luz de las leyes del momento. A veces, incluso la venta misma de la guadua era considerada ilegal (como sucede hoy con las restricciones impuestas por la CVC). Las haciendas usaban a menudo la guadua para cercar y construir, por ello los mayordomos estaban en guardia constante, en caso de que apareciera re-

pentinamente en los mercados locales para la venta (Archivo Central del Cauca).

Aparicio también recordaba con orgullo la bonanza del tabaco. En otra ocasión me explicó cómo su padre solía decirle que creció durmiendo bajo hojas de tabaco que se secaban en largas cuerdas: “¡Oh, santo bendito!, decía mi padre, ¡gracias a los cielos por esta planta que huele grandioso y vale como la plata!”. Según su relato, con la venta de tabaco en el mercado del río Palo, su padre había logrado comprar su primera yegua. De hecho, durante el auge de la exportación de tabaco, alrededor de la década de 1850, Julio Arboleda (dueño de la hacienda Japio) envió una carta al presidente de la república, Tomás Cipriano de Mosquera, quien también era su tío, expresando su preocupación por este mercado clandestino de los asentamientos de libres:

Las siembras clandestinas de tabaco (decía la carta) son inmensas allí [refiriéndose a las zonas del río Palo]. Puede calcularse que hay más de 1.000 personas dedicadas exclusivamente a aquella ilícita industria. El resguardo (Los funcionarios) tala apenas las pocas plantas que pueden hallar cerca de las orillas de los montes, puestas algunas veces de propósito por los contrabandistas para distraerlos de los mejores y más extensos cultivos que seguramente tendrán en lo más oscuro de la selva. Tan pronto como comienzan a disfrutar de su libertad, los manumitidos se están reuniendo y están formando parte de esa horda de criminales que roban 10 o 20 reses, como siembran 10 o 20.000 plantas de tabaco en la tierra ajena. Este mal se está extendiendo mucho (...) En nueve o diez

años, el demonio nos va a llevar a los que tenemos propiedades en este maldito lado de Caloto. Los nuevos libertos serán dueños de todas nuestras tierras, no habrá inquilinos ni jornaleros porque es mejor ser un contrabandista (Arboleda, como se cita en Díaz Casas, 2015: 158-159).

De la carta anterior, y a partir de otros registros de haciendas como La Manuelita, que informaron de un aumento en la exportación de tabaco producido por pequeños arrendatarios en la década de 1870 (Eder, 1981: 338-400), es posible observar que estas economías no fueron exclusivamente de una agricultura de subsistencia como la que ha imaginado la “finca tradicional”. Por el contrario, estas pequeñas parcelas, interconectadas con mercados globales, estaban produciendo y vendiendo bienes en cantidades significativas.

Estos registros y recuerdos, y las estrategias o negociaciones que requirieron de cada individuo, son bien dicientes para nuestro caso. Así como a través de los terrenos de provisión los esclavizados aprendieron la administración del capital y la planificación de la producción familiar para adquirir bienes individuales que no eran parte de su racionamiento (Mintz, 1978), las fincas tradicionales también sirvieron tiempo después para ensayar formas de subjetividad económicas muy lejanas de la simple subsistencia: ¿Cuánto plantar para consumo y cuánto separar para los mercados locales? ¿Qué cultivar, cómo, cuánto y dónde? ¿Cómo contrabandear bienes considerados ilegales? ¿Qué hacer con las ganancias? Todas

estas decisiones requirieron una evaluación meticulosa y un sentido que iba más allá de la pretendida “economía natural”.

Como demuestra el trabajo de Marta Herrera Ángel, apoyándose en las quejas de los hacendados y dueños de minas al Gobernador a mediados de siglo XVIII, fueron de hecho estos florecientes intercambios y cálculos económicos los que catapultaron a Quilichao de un simple sitio (según la nomenclatura colonial) a un efervescente pueblo donde *regattones*, *mindaleros*, tratantes, montañeses, pardos, esclavizados y hombres libres comerciaban aguardiente y otros productos (Herrera, 2009).

Por lo tanto, propongo aquí que la “finca tradicional” y la misma “minería ancestral” no sean interpretadas solo para evocar imágenes de resistencia sublime. Ignorando o no a los propietarios de las minas, pagando los alquileres de la tierra o negándose a hacerlo, a través de estas pequeñas parcelas y de sus intercambios legales y clandestinos, los pobladores afronortecaucanos aprendieron la planificación de la producción agrícola, el sentido de la propiedad privada y la administración del capital y los mercados. Algunos ejemplos, registrados por el historiador Francisco Zuluaga, a finales del siglo XIX y principios del XX, ilustran bien esta situación donde las pequeñas parcelas de campesinos comenzaron a verse como productos básicos que podían disfrutarse durante muchos años, pero que podían también ser objeto también de transacciones económicas (Zuluaga, 2010: 106).

Ni siquiera podría decirse que los palenques constituyeron una ruptura completa con las haciendas y su sistema de

exportación incipiente y emergente. Por el contrario, en muchos casos constituyeron un posicionamiento estratégico en los intersticios del mismo sistema. Una estrategia conocida en el caribe como *petite marronage*. Aunque algunos hombres y mujeres rechazaron el trabajo asalariado y prefirieron alternar la pequeña explotación independiente y la minería de oro, después de la abolición un buen número permaneció vinculado a la economía de mercado a través de estrategias como los concertados y los terrajes o mediante intercambios clandestinos. A pesar de su participación parcial en los mercados, estas interconexiones hicieron de los terrenos de las haciendas (al menos en el área de Caloto) un “verdadero arreglo social” incluso capaz de ofrecer, en palabras de German Colmenares, formas incipientes de vida urbana (Colmenares, 1992: 38; 1990: 22). De hecho, las ciudades principales del área, como Caloto, eran en su mayoría centros administrativos con relativamente poco comercio. Sin embargo, las áreas que bordeaban las vastas fincas y centros mineros, desde Santander de Quilichao hasta los ríos Palo y La Paila, estaban en cambio dando vida a diversas actividades de subsistencia y relaciones comerciales con comerciantes, manumitados, fugitivos y nacidos libres.

Según la investigación de archivo de Taussig, al final de la esclavitud, el cuarenta por ciento de la fuerza laboral de Arboleda ya estaba vinculada como concertados (1975: 68). Además, aparentemente, la “anarquía” mencionada en cartas como la citada más arriba, no prohibió a Japio producir “alrededor de 90.000 lb. de melaza al año, en comparación con 2.500 lb. en 1789 y 78.000 en 1838” (Taussig, 1980: 59). Por lo tanto, estos reclamos y quejas por parte de los

hacendados, también consistían una forma de atraer la atención del gobierno, y hasta cierto punto funcionó. Los hacendados y sus aliados recibieron en ese momento, junto con las fuerzas policiales, amplios poderes para forzar el trabajo en las haciendas. La constante ofensiva contra la guerrilla liberal rural (fuertemente extraída del campesinado negro) permitió a los terratenientes volver a la posición de ejercer presión sobre los trabajadores.

Al mismo tiempo, las economías legales y clandestinas se impulsaron con nuevas interconexiones regionales que exigían a los comerciantes y propietarios de tierras otras formas de recuperar la influencia sobre los campesinos y ocupantes. Desde la segunda mitad del siglo XIX, la llegada de colonos de diferentes partes del país a los límites del norte del Gran Cauca (principalmente migrantes antioqueños) abrieron un nuevo mercado para las haciendas y los pequeños agricultores en el Valle del Cauca, aumentando la demanda de cacao, tabaco y carne (Londoño, 2013: 168-169). Además, a fines de la década de 1860, la ruta hacia el océano Pacífico a través de la cordillera occidental se había mejorado al nivel de un camino de rueda, lo que permitió un aumento significativo en las exportaciones y el comercio. Entre 1869 y 1874, el puerto de Buenaventura recibió 378 buques mercantes que conectaban constantemente la región con el centro internacional en Panamá (Sanders, 2000: 43). Para 1876, el valor del comercio alcanzó la cantidad de dos millones de pesos en comparación con los 85.000 pesos a mediados del siglo XIX (Eder, como se cita en Taussig, 1974: 59). Si bien el caso del Valle del Cauca en Colombia no se puede comparar con las zonas centrales de producción de exportación (por ejemplo,

Cuba, Puerto Rico y la República Dominicana), principalmente debido a los conflictos civiles y la falta de corredores de exportación y capital adecuados para reconstruir las haciendas, esto no significó para los campesinos negros un romántico “retorno a la naturaleza” o una supuesta desviación de la historia, mercados y el capitalismo.

He tratado de desarrollar en este capítulo una contextualización historiográfica y etnográfica no con el propósito de construir una imagen de resistencia y alteridad, sino como un intento de explorar los paisajes sedimentados bajo su configuración actual. Los estudios sociales sobre el norte del Cauca, en el suroccidente colombiano, han oscilado predominantemente entre secuencias de proletarización, mercantilización y transición urbana, e imágenes esencializadas de resistencia y autonomía algunas veces problemáticamente asociadas con ideas de alteridades radicales. Más allá de la posición en este amplio espectro, ambas tendencias han contribuido a reproducir la idea de sujetos preconstituidos con atributos y teleologías fijas.

Por un lado, la reconstrucción del período posterior a la emancipación, donde las poblaciones fueron descritas como portadoras de una “economía natural” y separadas de los mercados, oculta formas de larga duración que los han atado y hecho parte activa en diferentes momentos del colonialismo, el capitalismo y la formación del Estado. Pero también subestima las formas en que estas poblaciones han logrado moldear y transformar las instituciones y representa-

ciones que los oprimen formando alianzas, violando la ley o estableciendo relaciones con otros miembros de la sociedad. Siguiendo el trabajo de Mintz, Wolf y Trouillot, he argumentado que estas poblaciones podrían ser mejor descritas como “modernas desde el día cero”.

Por otro lado, he tratado de insinuar cómo estas narraciones también pueden estar estableciendo una especie de bloqueo analítico donde todas las experiencias de alteridad terminan traducándose en términos de las “políticas de identidad”. O, peor aún, en posturas que presuponen que esas categorías no son en sí mismas parte del problema. Por ello, he propuesto hacer de las narraciones un objeto de investigación en sí mismo y preguntar qué políticas o posibles bases para la acción son habilitadas, reproducidas o excluidas por tales articulaciones. Esto me condujo a involucrarme en un diálogo con los registros de archivo y con la imaginación histórica de Severo y Aparicio para exponer áreas grises y posiciones múltiples en temas contradictorios. Aquí es donde las historias orales resultan importantes, no para llenar los supuestos vacíos del registro, sino principalmente como una forma de retornar a la pregunta por la dimensión temporal, los usos del pasado y las políticas del presente en el ejercicio etnográfico.

En una entrevista reciente, Michael Taussig admitió que su visión inicial de la región quizás estuvo marcada por “todo tipo de delirios”. Aun así, como lo demuestran los diálogos con Severo, Aparicio y su hija, entre otros recogidos durante mi trabajo de campo, las esperanzas políticas detrás de un libro como el de Mateo Mina reaparecen constantemente en la memoria afronortecaucana. Frente a un pasado que se está

desvaneciendo del recuerdo, y un futuro aún incierto, estas imágenes emergen hoy de formas que merecen ser comprendidas antes que deconstruidas o atacadas con el registro de los archivos, como lo he hecho hasta aquí.

Una clase desarraigada de su propia historia es mucho menos capaz de actuar como clase, a diferencia de otra, que sí logra situarse en ella, escribiría Taussig, mirando por encima del hombro de Walter Benjamin. El punto es que “articular históricamente el pasado”, como decía este último, “no significa conocerlo tal y como verdaderamente ha sido, sino adueñarse de un recuerdo tal y como relampaguea o relumbra en un instante de peligro” (Benjamin, 1968: 257). Al reconstruir las viñetas etnográficas del encuentro con Severo y Aparicio, este texto debería haber intentado ese camino. En cambio, al tratar de resistir la tendencia de leer en la memoria procesos más auténticos o sin mediaciones, terminé cediendo ante las disposiciones e inclinaciones de un historiador más bien ortodoxo. En otras palabras, terminé subyugando a la memoria con la historia o, peor aun, presuponiendo que el proceso histórico puede tener cierta autonomía frente a la narrativa y la imaginación misma. Pero ¿cómo podríamos entonces rememorar dicho encuentro a orillas del río Palo? En la imaginación, Severo me contestaría en su tono de profesor: “Interrumpiendo el presente con un recuerdo, imaginando una memoria que invoque un futuro y produzca un lugar para nosotros”.

En *Cultura e Imperialismo* (2018 [1993]) Edward Said argumenta que los procesos de colonización son precedidos por un proyecto imaginativo. Tzvetan Todorov (1984) argu-

menta de manera similar que en el “descubrimiento” de América los conquistadores practicaron una estrategia finalista de interpretación. Antes que un empirista moderno, Colón sabía de antemano qué iba a encontrar, sus argumentos decisivos fueron de autoridad, no de experiencia (Todorov, 1984). En este sentido, para ambos autores, antes de su encuentro (o precisamente como condición para que exista un encuentro) Europa primero imaginó, en sus expresiones culturales y libros sagrados, las tierras que conquistaría y los sujetos que sometería. Lo interesante de estas posturas para nuestro argumento es que, como hemos visto hasta aquí, hay formas de esa imaginación, entremezcladas con otras fuentes y voces, que hoy reaparecen en versiones idealizadas o a veces condenadas, en reclamos de identidades étnicas, ecológicas o de llamados por ancestralidades, pero también en los sueños y expectativas de modernidad o desarrollo en la región.

Pero si Said y Todorov están en lo correcto, otros mundos e historias solo son posibles cuando la imaginación excede aquello que creemos “real” o damos por sentado. Ante un paisaje físicamente erradicado de la geografía y un tiempo que se diluye de la memoria de los campesinos y mineros negros del norte del Cauca, ante un futuro cuya realización es incierta y está amenazado de muerte, no parece justo entonces tratar estas imágenes de pasados románticos como simples narrativas históricas. En otras palabras, nuestra necesidad por historizar puede hacernos perder de vista las formas en que las memorias del pasado y las incertidumbres del futuro moldean el sentido y la posibilidad de vivir el presente. Al examinar la materialidad de la memoria en el Chaco argentino, Gastón Gordillo (2004: 4) insiste en que

cada memoria es fundamentalmente la memoria de un lugar. Los encuentros, las luchas colectivas, no son recordados en el vacío, sino en una localidad que les da sentido y significado. De allí que, la memoria se desarrolla también en el dinámico proceso de la producción del lugar.

Pienso aquí más en el carácter mimético de la memoria, antes que en su precisión como representación de lo que sucedió o no. En primer lugar, a diferencia de Halbwachs (1980 [1950]: 50-87) me refiero a los aspectos colectivos de la memoria más allá de sus expresiones cotidianas. Pensando con Assmann y Czaplicka (1995), la historia oral como práctica a través de la cual las personas comparten una imagen común del pasado puede estar limitada a un cierto horizonte temporal (80 a 100 años en el pasado). En cambio, la “memoria cultural” puede lograr cierta trascendencia y vínculos identitarios al establecer puntos fijos o figuras, como la economía natural de las fincas tradicionales. Aun más, la invocación de estas figuras en el pasado rural de las comunidades es tan común y recurrente transculturalmente que incluso nos obliga a pensar que no se trata de un fenómeno autocontenido y discreto, sino de un “instante crítico” capaz de establecer una semejanza entre un pasado incomprensible y un presente ajeno. Aquí la facultad de la imaginación permite establecer una relación con un pasado que ha quedado interrumpido o con una utopía que ha sido frustrada.

Cuando Walter Benjamin (1968) sugiere “adueñarse de un recuerdo tal y como relampaguea o relumbra en un instante de peligro”, se refiere a efectuar un corto circuito en el trabajo teleológico que refuerza a los que están en el poder

en el presente. Este trabajo teleológico es un peligro, dice Benjamin, que afecta tanto al contenido de la tradición como a sus receptores. La historia como texto construye un tiempo homogéneo de continuidad, pero con la intrusión radical de la imaginación es posible perturbar el texto y romper la continuidad en favor de tiempos ‘otros’ (Zizek, 1989: 143). El presente deja de ser aquí una mera transición y se convierte entonces en la posibilidad de una práctica que integre tiempos fallidos, abortados o soñados en el pasado.

En semejanza con esta actitud, Andreas Huyssen sugiere, que la modalidad de la memoria se asemeja más a la actitud de un investigador que a la idea de recuperación (Huyssen, 1995: 3). Empujando aún más la analogía, podríamos pensar con Lévi-Strauss (1962) que el trabajo de la memoria se acerca más a la labor del *bricoleur*. En lugar de suplantarse el “objeto perdido” con una réplica benévola, las capacidades rememorativas pueden desafiar y perturbar a las partes dando origen a nuevas formas. Estos productos no están destinados a consolar sino a provocar; hoy nos parecen fijos pero están destinados a cambiar; no permanecen prístinos sino que se reinventan de formas profanas.

El campo de los estudios de memoria social es claramente vasto, y está lejos de poder ser reseñado aquí, pero sin duda las formas de rememorar son mucho más diversas. Comencé sugiriendo que el auge de la memoria fue en parte el resultado de la crisis de la identidad de la Historia, y esta idea me llevó a valorar las facultades de la imaginación capaz de subvertir esos poderes. Poderes que, al fin y al cabo, pueden lograr equipararse a la “memoria colectiva” con representacio-

nes de la historia nacional y los discursos oficiales, donde la pluralidad y las facultades de la imaginación vuelven a quedar limitadas. La alternativa es mantener presente la pluralidad y el carácter ambiguo y ambivalente de la memoria, no distinguiendo entre memoria individual y colectiva, o dominación y resistencia, sino reconociendo que su contradicción y fragmentación en la sociedad contemporánea es lo que ha ayudado a dignificar y generar los derechos de diferentes experiencias y relaciones con el pasado.

Un objetivo importante en el desarrollo de un enfoque antropológico como el que sugiero, es comprender y participar en el conjunto de fuerzas que vinculan significado, tiempo y forma. Este objetivo sugiere nuevas preguntas para los antropólogos interesados en el estudio de la memoria. ¿Cómo nos situamos en los circuitos de poder-conocimiento (digamos, en el aparato de producción de ‘significado’ y ‘verdad’) que buscamos entender? ¿Qué tipo de elementos podemos contribuir a la articulación de las políticas de producción de la memoria por parte de grupos subalternos u otros y, dependiendo de nuestra experiencia, a la escucha y elaboración de memorias alternativas y prácticas rememorativas en nuestras etnografías? ¿Cómo podemos capturar la especificidad de la producción del tiempo y la cultura, manteniendo al mismo tiempo el valor de ser “reflectivos y reflexivos, imaginativos y empíricos?” (Comaroff y Comarrof, 2003: 156).

Estas preguntas requieren que hagamos explícitos los apegos teleológicos que se intensifican por nuestra propia participación en recuerdos y memorias colectivas particulares, incluida la relación muy peculiar en antropología entre el tiem-

po y el otro (Fabian, 1983). Para ser más precisos, no debemos perder de vista los criterios para seleccionar eventos y aún más para construirlos como eventos en primer lugar. Debemos posicionarnos dentro de la imagen y reflexionar críticamente sobre los elementos materiales poéticos y retóricos que desarrollamos para establecer conexiones e interpretaciones.

Referencias

- Andrews, G. R. (1997). Black Workers in the Export Years: Latin America, 1880-1930. *International Labor and Working-Class History*, (51, Workers in Racially-Stratified Societies), 7-29.
- Archivo Central del Cauca. Popayán-Colombia. Colonia, Fondo Arboleda, Signatura 447.
- Assmann, Jan and Czaplicka, John. (1995). Collective Memory and Cultural Identity. *New German Critique*, No. 65 (Spring - Summer), pp. 125-133.
- Benjamin, W. (1968). *Illuminations*. New York: Harcourt.
- Berliner, D. (2005). The Abuses of Memory: Reflections on the Memory Boom in Anthropology. *Anthropological Quarterly*, 78 (1), 197-211.
- Boas, F. (1932). The Aims of Anthropological Research. *Science*, 76 (1983), 605-613.

- Borneman, J. (1998). *Subversions of international order: studies in the political anthropology of culture*. New York: SUNY Press.
- Cohn, B. (1981). Anthropology and History in the 1980s. *Visual Studies* (12), 227-252.
- Colmenares, G. (1973). *Popayán: una sociedad esclavista, 1680-1800*. Cali: Universidad del Valle, División de Humanidades.
- _____. (1990). El transito a sociedades campesinas de dos sociedades esclavistas en la Nueva Granada Cartagena y Popayan, 1780- 1850. *Huellas* (29), 8-24.
- _____. (1992). La hacienda en la sierra norte del ecuador: Fundamentos económicos y sociales de una diferenciación nacional (1800-1870). *Procesos, Revista Ecuatoriana de Historia* (2), 3-44.
- Comaroff, John y Jean Comaroff. (1992). *Ethnography and the historical imagination*. Oxford: Westview Press. pp. 3-49.
- _____. (2003). Ethnography on an awkward scale Post-colonial anthropology and the violence of abstraction. *Ethnography*, 4 (2), 147-179.
- Cooper, F. (2001). What is the concept of globalization good for? An African historian's perspective. *African Affairs*, 100 (399), 189-213.

- da Matta, R. (1986). Review of Chevalier and Taussig. *Social Analysis* (19), 57-61.
- Díaz Casas, M. C. (2015). *Salteadores y cuadrillas de malhechores: Una aproximación a la acción colectiva de la 'población negra' en el suroccidente de la Nueva Granada, 1840-1851*. Popayán: Universidad del Cauca
- Díaz de Zuluaga, Z. (1986). La fuerza de trabajo en el Cauca Grande, 1810-1830. La *Independencia: Ensayos de Historia Social*. G. Colmenares, Z. Díaz de Zuluaga, J. Escorcia and F. Zuluaga. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura.
- Eder, P. J. (1981). *El fundador Santiago M. Eder: recuerdos de su vida y acotaciones para la historia económica del Valle del Cauca*. Bogotá: Montoya y Araújo.
- Escorcia, J. (1986). La formación de las clases sociales en el período de la Independencia. *La Independencia: ensayos de historia social*. G. Colmenares, Z. Díaz de Zuluaga, J. Escorcia and F. Zuluaga. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura.
- Evans-Pritchard, E. E. (1961). *Anthropology and History*: Manchester University Press.
- Fabian, J. (1983). *Time and the other : how anthropology makes its object*. New York: Columbia University Press.
- Faubion, J. D. (1993). History in Anthropology. *Annual Review of Anthropology* (22), 35-54.

- Febvre, L. (1953). *Combats pour l'histoire, Collection écono-
mies, sociétés civilisations*. París: A. Colin.
- Gaceta Oficial del Cauca. (27 de Abril, 1867).
- García Canclini, N. (1982). *Las culturas populares en el ca-
pitalismo*. México D.F.: Nueva Imagen.
- Gordillo, G. (2004). *Landscape of Devils. Tensions of place
and memory*. Durham: Duke University Press.
- Halbwachs, M. (1980 [1950]). *The Collective Memory*. New
York: Harper and Row.
- Herrera Angel, M. (2009). *Popayán: La unidad de lo diver-
so. Territorio, población y poblamiento en la provincia
de Popayán, siglo XVIII*. Bogotá: Universidad de los
Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de
Historia, CESO, Ediciones Uniandes.
- Huyssen, A. (1995). *Twilight Memories: Marking Time in a
Culture of Amnesia*. New York: Routledge.
- Klein, L. (2000). On the Emergence of Memory in Historical
Discourse. *Representations* (69), 127-150.
- Lévi-Strauss, C. (1958). *Anthropologie structurale*. París:
Plon.
- _____. (1962). *La pensée sauvage*. París: Plon.

- Londoño, Motta, J. E. (2013). Vapores y ferrocarril en la configuración de una región económica, 1874-1974. En *Formas De Modernización Regional En El Suroccidente Colombiano*. Cali: Universidad Icesi.
- Marcus, G. E. (1986). Contemporary Problems of Ethnography in the Modern World System. In *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*, edited by J. Clifford and G. E. Marcus. Berkeley: University of California Press.
- Mina, M. (Pseudonym of Michael Taussig and Anna Rubbo). (2011 [1975]). *Esclavitud y Libertad en el Valle del Río Cauca*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Mink, L. O. (1978). Narrative Form as Cognitive Instrument. In *The Writing of History. Literary Form and Historical Understanding*, edited by R. H. C. a. H. Kozicki. Madison: U of Wisconsin Press.
- Mintz, S. W. (1978). Was the Plantation Slave a Proletarian? *Review* (2), 81-98.
- Rappaport, J. (1998[1990]). *The politics of memory: native historical interpretation in the Colombian Andes, Latin America otherwise*. Durham: Duke University Press.
- _____. (2018). Visualidad y escritura como acción: investigación acción participativa en la costa Caribe colombiana. *Revista Colombiana de Sociología*, 41(1), 133-156.

- Roseberry, W. (1989). *Anthropologies and histories : essays in culture, history, and political economy*. New Brunswick: Rutgers University Press.
- Ratcliff, Anthony (2008). Black Writers Of The World, Unite! Negotiating Pan-African Politics of Cultural Struggle in Afro-Latin America, *The Black Scholar* 37, no. 4, (Winter).
- 27-38; 28.Said, E. (2018 [1993]). *Cultura e imperialismo*. Barcelona: Debate.
- Sanders, J. E. (2000). *Contentious Republicans: Popular Politics, Race, And Class In Nineteenth-Century Southwestern Colombia*. Pittsburgh: University of Pittsburgh.
- _____. (2004). *Contentious republicans: Popular Politics, Race, And Class In Nineteenth-Century Colombia*. Durham: Duke University Press.
- Spivak, G. (1987). *In Other Worlds: Essays in Cultural Politics*. Taylor and Francis. London: Taylor and Francis.
- Taussig, M. (1974). *Rural Proletarianization: A Social and Historical Enquiry into the Commercialization of the Southern Cauca Valley, Colombia*. University of London, Unpublished.
- _____. (1978). Peasant Economics and the Development of Capitalist Agriculture in the Cauca Valley, Colombia. *Latin American Perspectives* (3), 62-91.

- _____. (1980). *The Devil and Commodity Fetishism in South America*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- _____. (2008 [1977]). The evolution of rural wage labour in the Cauca Valley of Colombia, 1700-1970. In *Land and labour in Latin America*, edited by K. Duncan and I. Rutledge. New York: Cambridge University Press.
- Thomas, N. (1989). *Out of time : history and evolution in anthropological discourse, Cambridge Studies in social anthropology*. Cambridge, England; New York: Cambridge University Press.
- Thompson, E. P. (1972). Anthropology and the discipline of historical context. *Midland History*, 1 (3), 41-55.
- Todorov, T. (1984). *The conquest of America: the question of the other*. New York: Harper & Row.
- Trouillot, M. R. (1986). The Price of Indulgence. *Social Analysis* (19), 85-90.
- _____. (1995). *Silencing the past : Power and the Production of History*. Boston, Massachusetts: Beacon Press.
- _____. (2001). The Anthropology of the State in the Age of Globalization: Close Encounters of the Deceptive Kin. *Current Anthropology*, 42 (1), 125-138.

- _____. (2002). North Atlantic Universals: Analytical Fictions, 1492-1945. *The South Atlantic Quarterly*, 101 (4), 839-858
- Turner, V. (1999). Entre lo uno y lo otro: el periodo liminar en los *rites de passage*, en *La selva de los símbolos*, Siglo Veintiuno de España, (pp. 103-123)
- Wade, P. (1995). The Cultural Politics of Blackness in Colombia. *American Ethnologist* 22(2): 341-357.
- White, H. (1987). The Value of Narrativity in the Representation of Reality. In *The Content of the Form*. Baltimore: Johns Hopkins UP.
- Winter, J. (2000). The Generation of Memory: Reflections on the Memory Boom in Contemporary Historical Studies. *GHI Bulletin* 27.
- Wolf, E. R. (1982). *Europe and the People Without History*. Oakland: University of California Press.
- Yelvington, K. A. (2002). History, Memory and Identity: A programmatic prolegomenon. *Critique of Anthropology*, 22 (3), 227-256.
- Zizek, S. (1989). *The Sublime Object of Ideology*. New York: Verso.
- Zuluaga, F. (2010). La resistencia afrodescendiente en la Gobernación de Popayán. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* (15), 91-112.

Capítulo 4.

INFRAESTRUCTURA PARA EL NACIENTE CAPITALISMO LOCAL.

Relaciones entre élites políticas y
económicas, Cali 1910-1940

Guido Germán Hurtado Vera

Universidad Autónoma de Occidente

Introducción¹

A través de un caso local este estudio asume esta pregunta: ¿Por qué el Estado es el Estado de la clase dominante? Para responderla recupera versiones de la sociología histórica que se concentran en el modo en que las sociedades se desarrollan a través de la historia y cómo las estructuras sociales son formadas a través de procesos complejos. En esta perspectiva se inscriben los trabajos de autores como Karl Marx, Karl Polanyi, Theda Skocpol y Charles Tilly.

¹ Agradezco a los profesores José Darío Sáenz y Álvaro Guzmán Barney las recomendaciones y diálogos que guiaron cada día de este ejercicio investigativo; y a Luis Fernando Barón Porras, por el incansable ejercicio de edición para que este documento fuese menos impreciso del texto original que conoció.

El propósito es identificar la(s) élite(s) que dominaron en Cali durante la primera mitad del siglo XX, reconociendo los actores destacados, tanto en la economía como en el campo político, y observando sus relaciones y las formas que utilizaron para configurar su dominación. De manera particular, la investigación se concentra en asuntos relacionados con el desarrollo histórico de la ciudad entre 1910 y 1940 mediante fuentes primarias de los archivos del Concejo Municipal y la Cámara de Comercio de Cali.

A decir de Mills (1993), a las élites las distingue su localización estratégica en las organizaciones o en la sociedad para la toma de decisiones. Los grupos dirigentes no ejercen el poder ni en el vacío ni desde la nada, se amparan en las organizaciones mediante las que el Estado y la sociedad se articulan. Este estudio se sustenta en la idea general de un Estado nación en construcción; y se recogen ideas expuestas por Fernán González sobre los procesos de configuración del Estado colombiano, destacando las características de los territorios, sus aspectos sociales, económicos y del proceso político, incluyendo la importancia de las violencias (González, 2014: 28-32).

Existen distintas perspectivas para hacer exámenes históricos que relacionen las estructuras sociales y las elites. Para esto es preciso tener presente que las rutas de las sociedades tradicionales a la modernidad son diversas. Este trabajo recoge elaboraciones teóricas del sociólogo Barrington Moore, quien ha registrado tres caminos revolucionarios conducentes a la modernidad y cuyas particularidades son definidas por el modelo de revolución de las sociedades tradicionales: las

revoluciones democrático-burguesas, las revoluciones desde arriba y las revoluciones campesinas. Las primeras conllevan a un capitalismo democrático; las segundas confluyen en el fascismo; y las terceras desembocan en el comunismo. Las maneras como los terratenientes y los campesinos resistieron al desafío de la agricultura especulativa los convirtió en promotores de determinados valores políticos (Moore, 1973).

La investigación se enfoca en la segunda vía, señalada como la “revolución desde arriba” (Moore: 351-366). Los países que adoptaron este camino (Japón, Italia y Alemania) terminaron en el nazismo o el fascismo. En ellos el esfuerzo burgués fue frágil y cuando asumió una representación revolucionaria, fue rápidamente arrasada. Según Moore, aunque este camino conduce a la sociedad moderna, frena el proceso democrático; pues el tránsito es capitalista y violento, evoluciona hacia la industrialización sin producir una catástrofe revolucionaria.

Metodológicamente el estudio procedió de la siguiente manera. En primer lugar, se apuntaló en una literatura sobre élites para elaborar el marco hipotético; y en segundo lugar, el trabajo se concentró en una revisión minuciosa de alrededor de 80 tomos, cada uno con cerca de 12 actas, del archivo del Concejo Municipal y de 364 boletines de la Cámara de Comercio de Cali, entre los años 1916-1940. Este capítulo se fundamenta en el informe de investigación “Cali: economía y política, 1910- 1940. Una cuestión de élites”, texto en borrador presentado al interior del Centro Interdisciplinario de Estudios de la Región Pacífica Colombiana (CIER).

Los estudios de elite se han centrado en el análisis de las formas de las redes de relaciones existentes y entre las posiciones sociales ocupadas por los miembros de una élite, más que en las características individuales de sus ocupantes. Además, se orientan a la forma en que se intercambian los recursos de poder en una determinada sociedad. En este sentido, esta investigación tiene como base dos estudios que indagaron sobre el tema: por una parte, el de Paul Sweezy, *Elite y clase dominante* (1964), que muestra la organización y funcionamiento de la clase dominante en Estados Unidos y su relación con los medios de producción. De otra parte, el trabajo de José Darío Sáenz, *Élite política y construcciones de ciudad, Cali 1958-1998* (2010), que evidencia el cambio de los miembros de la élite política en Cali en esos años, y muestra la circulación de miembros de élite de poder económico, que se autorrepresentaban en las instancias de decisión política local y que transitaron a una élite política profesional que vive de la política y para la política, delineando una forma moderna de dominación.

Aunque este trabajo no hace un análisis exhaustivo de las características individuales de cada integrante de las redes identificadas, los archivos consultados sí permiten identificar nombres y relaciones entre los miembros y las redes económicas y políticas de Cali; así como reconocer los asuntos principales que tejen sus relaciones, haciendo posible entrever sus estructuras y, a través de ellas, comprender cómo se cumplen distintas funciones de dominación, integración y representación de sus intereses sociales. Además, es posible identificar tres asuntos transversales que oscilan en las décadas analizadas y que son de vital importancia para la organización

de la ciudad y la consolidación de las elites: el desarrollo de instituciones, las obras de infraestructura local y regional, y los negocios. Sin embargo, estos son asuntos que emergen de una lectura crítica² de las fuentes, y no alcanzan a ser profundizados en este capítulo por dos razones: una, la información no fue recogida y analizada con estos lentes; y dos, los énfasis que tienen los archivos mismos corresponden con oscilaciones alrededor de los asuntos que resultaban prioritarios en diferentes momentos para la ciudad y la región.

El análisis de la información recogida también ayuda a mostrar las dificultades que enfrentaron las elites para hacer compatible un proyecto de modernización que comportaba cambios en la organización social de la producción y en las expectativas y valores de la población, pero con un proyecto político fundado en la exclusión e inmovilidad social. Sin embargo, es necesario tener en cuenta la tradición terrateniente de la región y el posterior camino hacia la industrialización y urbanización de la misma, con cambios en un sistema político inacabado que no lograba institucionalizarse.

La información examinada permite confirmar que el proceso de modernización de Cali y la región se hizo sobre valores de dominación y rechazo heredados de la sociedad colonial y terrateniente de los siglos XVIII y XIX (Guzmán, 2010), en un proceso social “desde arriba”, en el que los ha-

² Estos asuntos emergieron en la revisión y discusión de las fuentes y análisis primarios registrados en el informe de investigación que precede este texto. A Luis Fernando Barón, mi agradecimiento por contribuir a una mirada fina de estas fuentes que abre caminos de profundización para futuros estudios.

cendados no vincularon a los campesinos en la transformación socioeconómica regional (Moore, 1973). Al tiempo, en la ciudad se evidencia la existencia de un modelo integrador de intereses de las élites dominantes, pero profundamente desintegrador de los intereses sociales (Corredor, 1992).

Se deduce cómo se fue conformando una élite económica fuerte cuya riqueza provenía de los contratos de obras públicas ejecutados al interior del Concejo Municipal. Al menos dos evidencias respaldan esta conclusión: entre 1910 y 1911, los acuerdos del Concejo Municipal de Cali proyectaban la mejora de una parte del acueducto y aumento de agua del mismo, lo particular es que la Junta constructora que se conformó estaba integrada por Ricardo Price G., Alejandro Garcés Patiño y Mario de Caicedo L., quienes luego fueron miembros de la Cámara de Comercio de Cali y del Concejo Municipal.

En noviembre de 1917, el Concejo Municipal solicitó a la Junta administradora del Ferrocarril del Pacífico exonerar a la Junta administradora del acueducto metálico del pago de fletes férreos por el transporte de materiales destinados al acueducto, cuyos miembros eran los anteriormente mencionados. Así, los dirigentes de la ciudad apostaron por controlar no solo la economía local, sino también la regional y la nacional. Un memorándum de la Cámara de Comercio de Cali para la representación vallecaucana al Congreso de la República de 1916, trató asuntos de suma importancia, como el del Ferrocarril del Pacífico. Los grandes negocios de los empresarios se hicieron, pues, al interior del Concejo Municipal.

El texto está organizando en dos capítulos. El primero muestra cómo se fue configurando la dominación política y económica en tres periodos históricos: 1910-1920, mediante una alianza del Concejo Municipal y la Cámara de Comercio de Cali; 1920-1930, modernización económica; y 1930-1940, superación de la crisis económica e intentos de democratización. El segundo capítulo se centra en la identidad de las elites de poder y permite entender las afirmaciones de Mills, Miliband y Moore, quienes coinciden en que, en las nacientes democracias occidentales, existe una reducida clase dominante que gobierna a través de las instituciones democráticas.

1. Cómo se configura la dominación política y económica

La economía de la Gobernación de Popayán estuvo centrada en la hacienda y la esclavitud; pero a partir de las guerras de independencia hubo un cambio notable: las formas tradicionales de hacienda disminuyeron y brotaron otras con mayor disposición al mercado, a las ganancias y a la inversión. Los atributos de la economía de la hacienda tradicional permanecen en medio de las transformaciones y la modernización del siglo XX. La sociedad que domina es entonces muy pequeña, escasas familias controlan el poder económico y, a partir de allí, la política y las sociedades locales (Colmenares, 1983: 19-60).

El siglo XX trae cambios políticos de gran importancia para la región y la ciudad. A partir de 1904 hace camino la idea de reformar la Constitución de 1886 para adaptarla a los nuevos requerimientos de la República y corregir algu-

nos de sus defectos. Uno de los partidarios fue el presidente Rafael Reyes; la Asamblea Nacional Constituyente lo dotó de mecanismos económicos y jurídicos, y permitió una profunda reforma en materia de descentralización administrativa y creación de nuevos departamentos. En 1910 se creó el departamento del Valle de Cauca (Decreto 340 de 16 de abril) y se designó a Cali como su capital; de este modo los ejes del desarrollo regional, ubicados en Popayán y Buga, fueron desplazados.

1.1. Una alianza: Concejo Municipal y Cámara de Comercio, 1910-1920

La Constitución de 1986, en su título XVIII³, artículos 61, 62 y 65, establece:

[...] que en cada Distrito Municipal habrá una corporación de elección popular, que se designa con el nombre del Consejo (sic.) Municipal... Corresponde a los Consejos (sic.) Municipales ordenar lo conveniente por medio de acuerdos o reglamentos interiores para la administración del Distrito; votar en conformidad con la Constitución, la ley y las ordenanzas expedidas por las Asambleas, las contribuciones y gastos locales; llevar el movimiento anual de la población; formar el censo civil cuando lo determine la ley; nombrar Jueces, Personeros y Tesoreros municipales y ejercer las demás funciones que le serán señaladas... En todo municipio habrá un Alcalde que ejercerá las funciones de agente

³ Acto Legislativo n.º 3 de octubre de 1910, reformativo de la Constitución de 1986.

del Gobernador y que será jefe de la administración municipal. (Gaceta Municipal n.º 86-87, 1910).

A partir de 1910, Cali se convirtió en capital del Valle del Cauca, y vivió un lento proceso de modernización económica. Ese año se inauguró la primera planta eléctrica y el tranvía para el transporte de carga y pasajeros por el casco urbano y sus alrededores hasta Puerto Mallarino. En 1913 llegó el primer automóvil; en 1914 se instaló una planta de teléfonos y entró en funcionamiento el canal de Panamá; y en 1915 llegó el Ferrocarril del Pacífico, procedente de Buenaventura, suceso que rompió el aislamiento de la ciudad y permitió que esta se convirtiera en un centro de comercialización y trilla de café. La comunicación del interior del país con Buenaventura y desde allí con Panamá y Nueva York, fue creando ventajas importantes para la inversión industrial en el marco de la sustitución de importaciones de bienes de consumo (Ordóñez, 2003: 186).

Las discusiones en el seno del Concejo Municipal de Cali entre 1910 y 1911 se centraron en: las mejoras al acueducto, la implementación del servicio de recolección y destino de basuras, la contribución para el sostenimiento del alumbrado eléctrico y la división de los ejidos. De igual manera, se concentró en la creación de un cuerpo de policías, de impuestos a los agentes viajeros, y de la oficina de Catastro de la propiedad raíz y de la estadística, que para 1910 calculaba la deuda del Distrito en \$11.401,71 y que fue reducida a \$4.564,52. También se trabajó en el reglamento de la condición y funciones del médico legista, y en la creación del asilo de mendigos en la ciudad (Gaceta Municipal, 1910-1911).

Entre 1912 y 1913 (Gaceta Municipal), las discusiones fueron: el fomento de la agricultura en los terrenos de ejidos del Distrito, la división política del territorio municipal de Cali, la hacienda municipal, el presupuesto de rentas y gastos 1913-1914, calculado en \$48.410,96 (Gaceta Municipal n.º 86-87, 1913), el ornato de la ciudad, la construcción del acueducto público, el alcantarillado y la pavimentación de las calles. En los años siguientes los debates giraron sobre el personal y las asignaciones de los empleados del Distrito, el presupuesto de rentas y gastos para la vigencia 1914-1915, calculado en \$58.745,60 (Gaceta Municipal n.º 108-109, 1915), la formación de una compañía anónima para llevar a efecto la construcción del acueducto metálico a presión, la creación del cargo del inspector de obras públicas y su funciones, se organiza una comisión sanitaria permanente en la ciudad de Cali, se establece el impuesto de peaje y se destina su producto a la reparación de las calles y vías públicas, la fundación del asilo de mendigos y la reglamentación del servicio de aseo⁴.

Entre 1916 y 1917 (Gaceta Municipal), se reglamenta el impuesto del peaje y su inversión, se crea la Oficina de Estadística e Información, la construcción de un barrio obrero llamado “Sucre”, se reglamenta el catastro de propiedad raíz, un proyecto de reformas del interior y exterior del Palacio Municipal, sobre los bienes, rentas y contribuciones al municipio, sobre el personal de las oficinas municipales y sus asignaciones y gastos en los demás servicios municipales, un

⁴ El 7 de marzo de 1916 el Concejo Municipal autorizó la compra de dos carros por \$400 para el aseo a Alejandro Garcés Patiño.

impuesto a la pisadura sobre las mercancías de importación y productos de exportación y su inversión, se establece el presupuesto de Rentas y Gastos de Cali vigencia 1917-1918, calculado en \$163.906 (Gaceta Municipal n.º 160-161, 1917), se abre un concurso para el levantamiento del plano de “Cali del futuro” y se reglamentan las construcciones futuras, se reorganiza el servicio de veterinaria municipal e inspección sanitaria de carnes y víveres y se establece un impuesto, la organización de la hacienda municipal, se organiza el cuerpo de serenos del municipio, se provee un presupuesto para la construcción de un teatro municipal⁵ y el levantamiento del censo civil del municipio.

Finalmente, entre 1917 y 1919 (Gaceta Municipal) se reglamenta la prostitución, se dictan disposiciones sobre espectáculos públicos, se prohíbe la tala de bosques alledaños a las riberas de los ríos del municipio y se vigila la salubridad de las aguas; también se organiza la oficina de obras públicas municipales, se crea una sala de maternidad en la ciudad y se establece la vigilancia de las pesas y medidas en el municipio. Al mismo tiempo, se reglamentan las construcciones urbanas y el matadero público, se dictan disposiciones para los empréstitos municipales y se fija la tarifa del servicio de acueducto a presión; el presupuesto del municipio se calcula en \$229.627,50 (Gaceta Municipal n.º 212-213, 1919).

⁵ Este Acuerdo corresponde al n.º 1 del nuevo Concejo Municipal elegido para el período 1917-1918. En esa sesión se elige a los miembros de la Junta Constructora del Teatro Municipal, principales: Ignacio A. Guerrero, Manuel María Buenaventura y Juan de Dios Restrepo. Suplentes: Joaquín Borrero Sinisterra, Isaías Mercado y Joaquín Correa. (Gaceta Municipal n.º 172, 1917).

El interés general de los comerciantes se institucionaliza en las cámaras de comercio. En Colombia, la Asamblea de Cundinamarca, mediante la Ley 27 de 1877, a iniciativa de los comerciantes de Bogotá creó la primera cámara de comercio. Durante esta primera etapa, las cámaras de comercio se caracterizaron por ser instituciones gremiales de afiliación voluntaria, llamadas a vincular la clase social de los comerciantes con el propósito de aunar sus esfuerzos en procura del desarrollo regional y su bienestar particular.

La Cámara de Comercio de Cali —CCC— se creó por el Decreto Ejecutivo n.º 1807 del 29 de octubre de 1915 y se constituyó el 26 de febrero de 1916, en reunión en el salón de la Gobernación del Valle de Cauca con la asistencia de 31 comerciantes. Se eligieron los miembros principales y suplentes. El 15 de marzo de 1916 se inauguró y se eligieron los dignatarios⁶.

Al conocer los nombres y apellidos de los miembros fundadores de la Cámara de Comercio de Cali, se puede inferir, si se quiere de manera precaria, que en su seno se estaba constituyendo una especie de clase económica dominante

⁶ Los miembros fundadores fueron: Emilio Sardi G., Rafael Barberi, Alfonso Vallejo, Alfredo Müllges (representante de Böhmer y Linzen), Bernardo González, Luis Fischer, E. Miurler (representante de Eder y Cía.), Manuel Botero; Ignacio Palau, Ernesto Lora, Manuel María Buenaventura, Heliodoro Rodríguez, Juan Nader, Alejandro Garcés Patiño, Alfonso Giraldo, Jorge Rivera, Alfonso Rivera, Julio Giraldo, Jorge Garcés B., Ismael Hormaza, Gonzalo Lourido, Rodolfo de Roux, José Miguel Guerrero, Eloy L. Bolaños, Ricardo Price G., Joaquin Llano G., Mateo Gamboa, Marceliano Calero S., Evaristo García, Isaías Mercado Q. y Pedro Pablo Caicedo. (Boletín Cámara de Comercio. Año 1 n.º 1. Cali, septiembre de 1916).

cuyo objetivo es el ejercicio del poder en torno a la apropiación o al control de recursos principalmente económicos (Miliband, 1980). En una década, entre 1911 y 1919, el presupuesto de Cali crece de \$48.410,96 a \$229.627,50 (Gaceta Municipal, 1917-1919). Este incremento en las rentas municipales va a proveer a la ciudad de la capacidad financiera para atender necesidades tanto de organización institucional como en la construcción de una serie de obras de infraestructura necesaria para seguir su proceso de modernización.

En 1916 en un memorándum de la CCC para la representación vallecaucana al Congreso de la República de 1916⁷, trató los siguientes asuntos: un auxilio para el acueducto metálico a presión; la construcción de un edificio para correos y telégrafos; una ley sobre marina mercante; el Ferrocarril del Pacífico; la sal peruana en manos de dos compañías que ejercen su monopolio y, por consiguiente, el precio es alto; un código de comercio y la apertura de un camino que ponga en comunicación a los habitantes de la intendencia del Chocó con el departamento del Valle. (Boletín CCC n.º 2, 1916).

El 29 de septiembre de 1916, la CCC hace una serie de solicitudes a instituciones estatales con el fin de preservar sus intereses gremiales: al gobernador, Vicente García Córdoba, se le solicitó la adquisición de un veterinario para el departa-

⁷ Eran senadores: Jorge Roa y Pedro Antonio Molina. Representantes a la Cámara: Carlos Holguín Lloreda, Demetrio García Vásquez, Domingo Iru-rita, Hernán Copete, Jaime Delgado, José Ignacio Ospina, José Ignacio Ver-naza, José Manuel Saavedra Galindo, Manuel Antonio Carvajal, Mariano Montoya y Tulio Enrique Tascón.

mento⁸. Al ministro de Hacienda se solicitaron timbres para los giros de aduana; al ministro de Gobierno, la exoneración del impuesto que se cobra sobre las encomiendas de dinero en las oficinas de correos; al ministro del Tesoro, reorganizar impuestos al consumo. (Boletín CCC n.º 2, 1916).

En junio de 1917 se preparó un documento que contenía los temas recomendados por el comité directivo del Congreso de las cámaras de comercio del país que se reunió en Bogotá el 20 de agosto del mismo año. Pedía, de manera respetuosa y encarecida, a entidades y personas comerciales e industriales del departamento del Valle, colaborar directa o indirectamente por el conducto de la Cámara de Comercio enviando estudios o sugerencias (sic) en relación con el programa adoptado (Boletín CCC n.º 4, 1917).

Hay una carta enviada el 25 de abril de 1917 por Pedro Pablo Caicedo, ante una comisión que le otorgó la Cámara de Comercio para que suministrara datos relativos al posible intercambio comercial con los países de América del Sur, especialmente Perú y Chile (Boletín CCC n.º 4). El 22 de mayo de 1917, en un informe a la CCC sobre la valorización del café colombiano y la estabilidad en su precio (Boletín CCC n.º 5 y 6, 1917). El 14 de julio de 1917, la CCC aprobó una proposición en la que solicita al presidente de la República,

⁸ Eran miembros principales de la Asamblea Departamental para el periodo 1917-1818: César Franco, Andrés J. Lenis, Aquilino Soto, Pablo Borrero A., Isaías Mercado Q., Francisco Rivera E., Julio César Arce, Cayetano Rengifo, Jaime Delgado, Justiniano Durán, Pedro A. Molina, Ramón Vélez P., Mariano Argüelles, Salvador Iglesias y José M. Saavedra G.

José Vicente Concha, por intermedio del ministro de Obras Públicas, que decreta el proyecto para unir la ciudad de Santander de Quilichao con el río Cauca en puerto de San Julián, y que el departamento del Valle construya la carretera entre la estación del Ferrocarril del Pacífico en Guachinte y el puerto de San Julián.

El 25 de julio la CCC aprobó las siguientes proposiciones al ministro de Agricultura y Comercio, Luis Montoya Sotomayor, para que presentara en las próximas sesiones del Congreso de la República un proyecto de ley que reforme la Ley 33 de 1915, adscribiendo a la Gobernación del Valle las funciones que correspondan al gobierno nacional en lo que se refiera al Alto Cauca, y que se ceda al departamento del Valle la draga, enseres y elementos que tiene la nación en el río Cauca (Boletín CCC n.º 7 y 8, 1917).

El 3 de enero de 1918, el gobernador del Valle de Cauca, Vicente García Córdoba, envió al presidente de la CCC, Juan de Dios Restrepo, un telegrama en el cual el gobierno de Chile desea saber si el comercio de esa región se interesaría por comprar harina, trigo y avena de ese país (Boletín CCC n.º 17, 1918). El 29 de febrero de 1918, el presidente de la CCC envió al gobernador una carta en la cual le expone la apremiante necesidad de fomentar el cultivo de algodón (Boletín CCC n.º 18, 1918).

Lo anterior muestra, rápidamente, cómo en el periodo 1910-1920 comienzan a darse las condiciones para una ciudad moderna y Cali hace su tránsito de lo rural a lo urbano, de pueblo a ciudad. Evidentemente, en el examen de los acuerdos

presentados por el Concejo municipal se alcanza a percibir un plan modernizador para Cali. El inventario de acuerdos que he relacionado arriba apuntaban esencialmente a la construcción de una red de servicios públicos, la construcción de una virtud cívica, dotar al municipio de rentas necesarias para su progreso y a la organización territorial del municipio.

El crecimiento de Cali es, pues, consecuencia de la transición entre el orden patriarcal de hacendados y otro que se funda sobre la propiedad terrateniente pero con trabajo asalariado y empresarios capitalistas. El eje de la modernización muta de hacendados tradicionales a hacendados empresarios. Ese camino revela a un grupo de empresarios pioneros en el despegue industrial durante la primera mitad del siglo XX⁹. Nombres como: Manuel Carvajal Valencia, Hernando Caicedo Caicedo, Jorge Garcés Borrero, Ulpiano Lloreda González, Luis Carlos Varela Lourido y Antonio Dishington Olsen, constituyen una primera elite empresarial dominante; aparecerán posteriormente otros personajes venidos de diferentes sectores de la economía.

Un problema que resolver por parte de esta naciente elite económica era cómo relacionar una producción capitalista, a lo sumo avanzada para la época, en un contexto sociopolítico tradicional. De la misma manera era necesaria la constitu-

⁹ Al respecto se pueden ver excelentes trabajos como los de Jairo Henry Arroyo R. *Historia de las prácticas empresariales en el Valle del Cauca. Cali 1900-1940* (2006). El de Jaime Eduardo Londoño *Lisandro Caicedo: un empresario territorial caucano* (2003). El libro de Luis Aurelio Ordóñez Burbano *Industria y empresarios pioneros, Cali, 1910-1945* (2003).

ción de una elite política para la apropiación y control de las formas de capital político y de esta forma adelantar la intensa lucha por el dominio y el mantenimiento de las posiciones dominantes. La protección y el avance de los intereses económicos requerían de un poder político que proporcionara el acceso a las instituciones de decisión del Estado. Por ello es también importante conocer los nombres de la elite política. En suma, las elites política y económica se necesitaban mutuamente, en algunos casos resultaban ser una mezcla de ambas. Esta hipótesis es el foco central de este texto.

1.2. *La modernización económica, 1920-1930*

Hacia 1920 un clima de modernización brotó en la sociedad colombiana tras el imprevisto aumento de los precios del café en el mercado internacional. Esta firme monetización de la economía se apoyaba en los progresivos ingresos cafeteros, en los 24 millones de dólares producto del desagravio norteamericano por la separación de Panamá y en los 280 millones de dólares provenientes de préstamos de la banca mundial, vinculados a las esperanzas de la explotación petrolera. Ello facilitó cierto avance en la organización institucional de un Estado débil y de esta manera se convirtió en un escenario relevante de poder digno de ser influenciado. Las nacientes elites políticas se transformaron en los intermediarios privilegiados de sus clientes y regiones frente a las instituciones estatales.

Cali y el Departamento del Valle no fueron ajenos al auge. Las exportaciones de café aumentaron y la expansión y modernización de la industria azucarera tomó un nuevo impulso. De esta manera se fue configurando la modernización

económica de Cali y la consolidación de una elite económica en esa ciudad moderna y pujante. Una suerte de relación más cercana y fuerte entre el Concejo Municipal y los empresarios, congregados en la CCC.

Durante esta década el Concejo Municipal se concentró fundamentalmente en una serie de empréstitos y contratos conducentes al desarrollo de obras públicas. El 6 de abril de 1920¹⁰ se aprobó un préstamo por \$1.500, que se incluyó en el presupuesto de Obras Públicas cuyo destino era la compra de lotes en la Carrera 2^a (Gaceta Municipal, 1920). Para la misma fecha¹¹ se celebró un contrato para comprar en el exterior 60 balanzas, una báscula, 9.000 pesas, 1.500 medidas lineales, 60 poleas y alambre, elementos necesarios para el Matadero Municipal. El 30 de abril de 1920, autorizó a Adolfo Castro Borrero, personero municipal, para contactar en los Estados Unidos un empréstito a favor del municipio hasta por un millón de dólares¹². El 15 de octubre de 1920 aprobó las bases de un contrato que ha de celebrarse con la Compañía Constructora de Obras Públicas del Cauca para la ampliación de la Plaza de Mercado¹³.

El Acuerdo n.º 23 del 28 de octubre de 1921, autorizó un empréstito de \$1.000.000 que se destinó a la conversión de los anteriormente emitidos y a la ejecución de obras municipales, como la terminación del acueducto metálico a

¹⁰ Acuerdo n.º 11 del 6 de abril de 1920.

¹¹ Acuerdo n.º 12 del 6 de abril de 1920.

¹² Acuerdo n.º 16 del 30 de abril de 1920.

¹³ Acuerdo n.º 35 del 15 de octubre de 1920.

presión y del Teatro Municipal, y a la ejecución de las demás obras públicas importantes del Municipio, entre ellas el alcantarillado y la pavimentación de las calles de la ciudad (Gaceta Municipal n.º 259, 1921). El Acuerdo 2 de enero de 1922 acordó la construcción de viviendas para la clase obrera de la ciudad. El Acuerdo N.º 6 del 30 de enero de 1922 creó un Cuerpo de Bomberos. El Acuerdo n.º 12 del 15 de mayo de 1922 creó el Hospital Municipal. Mediante el Acuerdo 15 del 23 de julio de 1923, el Concejo Municipal aprobó un contrato entre Gilberto Garrido, personero municipal, y Alfonso Vallejo G., para la construcción del alcantarillado y pavimentación de las calles de la ciudad por un valor de \$216.300. El Acuerdo 23 de junio 20 de 1924 aprueba el contrato con Manuel María Garcés, representante del Banco Hipotecario del Pacífico, para la emisión de bonos que pagarán la obra.

Entre 1924 y 1926 el Concejo Municipal legisló sobre un contrato para pavimentación y alcantarillado de las calles de la ciudad. El Acuerdo 20 del 30 de mayo de 1924 declaró legalmente establecida la Junta de Ornato y Mejoras Públicas. El Acuerdo 45 del 21 de noviembre de 1924, aprobó un contrato sobre teléfonos. Y el Acuerdo n.º 35 del 25 de noviembre de 1925 creó la Junta Municipal de Catastro (Gaceta Municipal n.º 350, 1925). El Acuerdo 25 del 13 de abril de 1926, autorizó a la Junta del Acueducto¹⁴ para consecución de un empréstito por valor de \$1.000.000. En el Acuerdo 40

¹⁴ En un informe rendido en 1924, al Concejo Municipal por el presidente de la Junta del Acueducto, Mario Caicedo L., calculó el costo total de la obra en \$487.787,47.

del 1 de julio de 1926 el municipio de Cali hace un arreglo con la Compañía de Luz Eléctrica de Cali, cuyo propietario es Henry J. Eder¹⁵. El Acuerdo n.º 100 del 3 de diciembre de 1926 autoriza contratar un empréstito hasta por \$500.000. Para la terminación del Acueducto: \$160.000; para alcantarillado: \$120.000; edificios para escuelas y cuartel de la Policía: \$110.000; para aumentar apropiaciones insuficientes en el presupuesto de la vigencia próxima: \$30.000; para los interés del empréstito: \$60.000; para auxiliar la obra del Teatro Municipal: \$20.000.

En 1927 se autorizó la consecución de un empréstito hasta por la suma de \$2.000.000 que se invertiría en la ejecución de las siguientes obras: terminación del acueducto: \$250.000; alcantarillado y pavimentación: \$500.000; construcción de locales para escuelas: \$250.000; cancelación de la deuda actual del Distrito: \$1.000.000 (Gaceta Municipal n.º 394, 1927). El Acuerdo 70 del 12 de octubre de 1927, por el cual el Concejo Municipal aprobó un contrato con la casa Baker, Kellogg & Cía. Inc. de New York¹⁶, cuyo objeto fue urbanizar terrenos en el distrito de Cali. Las partes contratantes se comprometieron a organizar una compañía colombiana¹⁷ con un capital de \$3.000.000 (Gaceta Municipal n.º 422, 1927).

¹⁵ Parte de arreglo es que la compañía continuara exenta de toda clase de contribuciones e impuestos municipales durante el periodo de su privilegio. No se le impondrán multas o apremios por razón de su negocio diferente a los que figuran en el mismo contrato. El Distrito continúa de acuerdo con el contrato de privilegio vigente (Gaceta Municipal n.º 364, 1926).

¹⁶ Ver contrato de urbanización n.º 1514 (Gaceta Municipal n.º 428, 1928).

¹⁷ Todos los datos sobre la Compañía Constructora Colombiana están contenidos en la Gacetera Municipal n.º 449 del 15 de mayo de 1929.

En 1923 se eligió la Junta Directiva de la CCC para el periodo 1923-1925. Durante este periodo la inversión en obras públicas ascendió, logrando la prolongación del Ferrocarril del Pacífico, que jugó un importante papel en ese clima de modernización. Durante los meses de enero, febrero y marzo de 1918 transportó un total de 9.276.117 kilos de productos nacionales. Algunos fueron: azúcar 645.210; aguardiente 45.095; carne 41.765; Cacao 157.022; café 3.703.983; leña 1.305.181; materiales de construcción 212.274; maíz 402.542; madera 494.532; plátano 291.632; panela 356.038 (Boletín CCC n.º 20-21, 1918).

En marzo de 1924 movilizó en carga 13.480.872 kilos, de los cuales 2.984.502 kilos correspondieron a artículos de exportación y 1.854.833 a productos importados, el resto corresponde a artículos de consumo interno. El café fue el producto más exportado con 5.850.356 kilos. Los productos importados fueron: trigo 316.356; arroz 97.389; telas y vestidos 85.381; gasolina y petróleo 61.024 galones; harina 55.263; maquinaria para agricultura e industria 45.310; maquinaria y accesorios para alumbrado y energía eléctrica 24.964. Todo lo anterior produjo \$107.642,10. Al mismo tiempo, movilizó 60.737 pasajeros que produjeron \$39.493,32 (Boletín CCC n.º 43, 1924).

Según datos de la CCC, en 1916 se exportaron 72.654.457 kilos de café, por un valor de \$15.996.031. En 1917 la cifra descendió a 62.831.249 kilos, por un valor de \$12.651.569,83. En un solo mes, marzo de 1924, el Ferrocarril de Pacífico había transportado 5.850.356 kilos. Lo anterior muestra la importancia tanto del café como del Ferrocarril en ese proceso de modernización económica.

En septiembre de 1924, el superintendente bancario, desde Bogotá, solicitó a la CCC un informe acerca de la conveniencia de fundar en Pereira una sucursal del Banco Hipotecario del Pacífico, con capital inicial de \$100.000. Lo anterior debido a la solicitud de varios comerciantes e industriales de Pereira. Se lograría así el empalme de los Ferrocarriles del Pacífico y Caldas, el fortalecimiento de las relaciones comerciales entre Cali y Pereira, y un gran impulso para el fomento de la industria cafetera.

En la sesión de la CCC el 21 de enero de 1925, Mariano Ramos, vocal de la Cámara y exinterventor fiscal de Ferrocarril, lamentó la separación del General Alfredo Vásquez Cobo, vallecaucano, de la gerencia del Ferrocarril del Pacífico. Vásquez Cobo estuvo dedicado a incrementar la obra del ferrocarril y durante su gestión construyó 200 km de carrilera, uniendo el mar con el departamento de Caldas y avanzando al sur.

El 9 de marzo de 1925, Manuel S. Caicedo, Presidente de la Asamblea Departamental del Valle del Cauca¹⁸, le envió al presidente de la Cámara de Comercio, Isaías Mercado, una copia de la proposición aprobada por la Asamblea en la sesión del 7 de marzo:

¹⁸ La Asamblea Departamental para el periodo 1925-1926 estuvo compuesta por los siguientes miembros principales: Carlos Holguín Lloreda, Joaquín Borrero S., Manuel S. Caicedo C., Jorge Zawadzky, Sofonías Yacup, Julio C. Arce, Apolinar Lince, Tulio Raffo, Mario Carvajal B., Daniel Rivera S., Aquileo Cruz B., Joaquín E. Botero, Alejandro Cabal Pombo, Diógenes Piedrahita y Tulio Quintero D.

Con el fin de fomentar la agricultura, de facilitar los medios de locomoción y de transporte de las personas y de la carga en las diversas secciones del Departamento, y de propender al embellecimiento y confort de las ciudades, mediante la pavimentación de sus calles, construcción de casas higiénicas y de toda clase de definidos solicítese al Gobierno y a la Junta Directiva del Ferrocarril del Pacífico, la rebaja en los siguientes fletes: maquinaria para la agricultura, que es de tres centavos por kilómetro más el 25 % de recargo, se cobre al peso y no al volumen; que se rebaje la tarifa para el cemento, el cual paga 49 centavos por saco; que se rebaje igualmente la tarifa para la gasolina nacional, el carbón, para los materiales de construcción y para las maderas regionales; que los camiones, tractores se aforen al peso y no al volumen. Diríjase al Gobierno y a la Junta que esta reforma se traduce en riqueza pública, y que, por consiguiente, lejos de perjudicar a la nación o a la empresa del Ferrocarril, las beneficiarán considerablemente. Trascríbase esta proposición por telégrafo a la entidades expresadas, a los Senadores¹⁹ y Representantes por el Valle²⁰, y a la Cámara de Comercio de Cali a fin de que estos sirvan coadyuvar a la iniciativa de la Asamblea. (Boletín CCC n.º 55, 1925).

¹⁹ En 1925, por el Valle del Cauca, eran senadores: Enrique Palacios M., Ignacio Rengifo B., José Manuel Saavedra Galindo.

²⁰ En 1925, por el Valle del Cauca, eran representantes a la Cámara Alejandro Cabal Pombo, Carlos Holguín Lloreda, Daniel Rivera Sanclemente, Demetrio García Vásquez y Domingo Irurita. Senadores, Enrique Palacios M., Ignacio Rengifo B. y José Manuel Saavedra Galindo.

El 22 de abril de 1926, el ministro de Industrias, Carlos Bravo, envía un telegrama al presidente de la Cámara de Comercio de Cali, Isaías Mercado, en el cual le solicita que para efectos del artículo 4 de la Ley 47 de 1917, informe a ese ministerio sobre la abundancia o escasez de víveres en Cali y haga la petición al ministro de Hacienda, Jesús María Marulanda, sobre la introducción de esos artículos (Boletín CCC n.º 79-80, 1926). El 24 de abril de 1926, Delgado respondió al ministro diciéndole que no existe en el departamento del Valle abundancia o escasez de víveres y productos alimenticios y que una baja considerable o supresión de los derechos de aduana perjudicaría a comerciantes, industriales, agricultores y causaría congestión en las aduanas y ferrocarriles, al mismo tiempo que consideraría ruinoso para la agricultura y para la industria la libre introducción de azúcar, panela, arroz, pasta alimenticias y galletas (Boletín CCC n.º 79-80).

En julio de 1926 hay congestión de carga en el puerto de Buenaventura. Ricardo Velásquez, primer vicepresidente de la CCC, escribió un telegrama a los ministros de Hacienda y Obras Públicas, a quienes reitera súplica para que empleen sus valiosas y decisivas influencias con el fin de descongestionar el puerto. El 3 de agosto de 1926, Velásquez, enviaba otra misiva a los ministros de Hacienda y Obras Públicas y a los presidentes del Senado y la Cámara de Representantes. Daba cuenta de un informe dado por una comisión de la Cámara de Comercio que visitó el puerto de Buenaventura y que conceptualizaba la situación como gravísima. El 10 de agosto, el ministro de Obras Públicas, Mariano Ospina Pérez, respondió a la carta expresándole a Velásquez su apoyo para la solución del problema. El 17 de agosto, el senador

Demetrio García Vásquez informó a la Cámara de Comercio que se aprobó un proyecto para la provisión de maquinaria y prolongación del Ferrocarril del Pacífico entre Ibagué y Pasto. El 23 de agosto, el secretario del Senado, Antonio Orduz Espinosa, comunica que se aprobó en segundo debate \$1.200.000 para las obras más urgentes. El 10 de septiembre, Mariano Ospina Pérez comunica a la Cámara de Comercio que se introdujo (sic.) en el Consejo de Estado un contrato para el muelle de Buenaventura (Boletín CCC n.º 85-86, 1926).

En septiembre de 1926 el Ferrocarril del Pacífico transportó 8.029.333 kilos de productos, 5.451.539 kilos menos que en marzo de 1924. Por esta razón la preocupación de industriales y comerciantes se tradujo en otra carta, el 16 de octubre de 1926, que envió el presidente de la Cámara, Isaías Mercado, a la gerencia del ferrocarril donde le manifestaba que sin demora se gestione la compra urgente de 30 locomotoras alemanas y proveer al muelle de las grúas y lanchones necesario para la operación, pues los intereses de los asociados a la Cámara estaban en peligro por la congestión de los productos en Buenaventura y Cali.

Lo anterior permite colegir cómo Cali y el departamento de Valle se mueven claramente en un escenario de concentración, los recursos económicos le permiten convertirse en un centro hacia el cual tienden las relaciones políticas: esto transforma en intermediarios a los políticos que desean entablar vínculos entre esos recursos y sus regiones y sus clientelas.

1.3. *Superando la crisis económica e intentos de democratización, 1930-1940*

A partir de 1930, como resultado de la crisis mundial y ante el déficit fiscal, se limitaron las inversiones en la infraestructura necesaria para el desarrollo del país. En el Valle del Cauca se paralizaron las obras del Ferrocarril del Pacifico. Durante la década de los 20, Cali experimentó un desarrollo comercial e industrial. El sector de la construcción, que había mostrado un gran crecimiento en la anterior década, se desplomó. Aun así, se inició un periodo de modernización de la vida urbana mediante la creación de una burocracia administrativa.

En marzo de 1930 se reglamentaron las Empresas Municipales²¹. En diciembre de 1932 se estableció el presupuesto de rentas y gastos de Cali para 1932 por un valor de \$752.460²². Es de anotar que entre los años 1926 y 1930 el presupuesto crece por el flujo de dinero venido de empréstitos con la banca internacional, pero a partir de 1930 los efectos de la crisis mundial se comienzan a sentir. El Acuerdo n.º 19 de junio 24 de 1932, autoriza cubrir la deuda faltante en el presupuesto de rentas y gastos de 1932, una emisión de pagarés de la Tesorería Municipal por valor de \$800.000, que una vez emitidos serían entregados a la Junta de las Empresas Municipales, entidad que se encargaría del servicio y la amortización de los pagarés (Gaceta Municipal n.º493, 1932). Para 1933, el presupuesto de Cali fue de \$4712.600,

²¹ Acuerdo 9 del 11 de marzo de 1930.

²² Acuerdo n.º 43 de diciembre 18 de 1932.

más bajo que el del año anterior. Para 1938, el prepuesto fue de \$1.222.975,08. La crisis fiscal comenzaba a superarse.

En septiembre de 1932 se funda el Conservatorio de Música²³ y el Acuerdo n.º 25, ordena la construcción de un edificio para la Escuela de Artes y Oficios (Gaceta Municipal n.º496, 1932). El Acuerdo n.º 26 de octubre 10 de 1933, organiza la Escuela. Se trata, en resumen, de formar obreros cultos, expertos en su ramo y capaces de ser jefes de taller. Las especialidades son: albañilería y construcción, carpintería y ebanistería, herrería y fundición, mecánica y electromecánica, cerámica y decoración industrial (Gaceta Municipal n.º500, 1933). El Acuerdo 25 de octubre 7 de 1933, aprueba la póliza del contrato sobre el Aeródromo de “El Guabito”. El Distrito Municipal traspasa a favor de la nación, a título oneroso, el lote de 110 fanegadas que constituye el campo de aviación dentro de las haciendas “El Guabito” y “Salomia”. Terreno que vendió Abraham Domínguez Vásquez, por un valor de \$50.000. En 1960, en parte de esos terrenos se construirá el Barrio Alfonso Lopez I Etapa.

El Acuerdo 14 de mayo 21 de 1934 dispone la construcción de un edificio con destino al Hospital Quirúrgico Municipal “Evaristo García”, ubicado en el Barrio de “San Fernando” (Gaceta Municipal n.º505, 1934). El Acuerdo 16 de mayo 26 del mismo año, dispone la construcción del campo Intermunicipal de Deportes en una cesión de un lote de terreno en pasoancho, por la Constructora San Fernando.

²³ Acuerdo n.º 24 de septiembre 27 de 1932

El Acuerdo 17 de abril 26 de 1935, por el cual se provee a la construcción de casas para obreros (Gaceta Municipal n.º513, 1935). El Acuerdo N.º 20 del 5 de julio del mismo año, condona deudas a favor del Tesoro Municipal.

Por el Acuerdo 36 de agosto de 1939, el Concejo Municipal acuerda la construcción de casas para empleados y obreros a cargo del Instituto de Acción Social de Cali, integrado por el presidente del Concejo, el alcalde, el gerente de las empresas municipales y dos miembros privados²⁴. Las casas para los obreros se iniciarán en el barrio El Cascajero por un valor de \$1.200. Las casas de los empleados en el barrio San Fernando por un valor de \$2.500, en un convenio celebrado con la Colombian Holding Corporation (Presidente, James C. Lutwailer), las edificaciones que trata el Acuerdo serán estilo Casa Quintas.

En 1931 se eligió la Junta Directiva de la CCC para el periodo 1931-1933. A partir de 1932, se comienza a evidenciar una paulatina recuperación económica, debido a ciertas políticas proteccionistas. El 1 de julio de 1932, L. Tafur Gar-

²⁴ La Junta del Instituto celebra con la nación y el departamento los contratos a que haya lugar, encaminados a obtener de dichas entidades los recursos para su estabilidad y solidez económica. Dispondrá de las siguientes rentas: \$23.000 apropiados en el presupuesto de 1939, \$25.000 apropiados por Empresas Municipales y de 22.000 m² de propiedad del Municipio en el barrio San Fernando, de 21.249 m² en el barrio El Cascajero, comprados al Banco de Colombia, del 40 % de las sumas que el Municipio y las Empresas Municipales apropien en sus presupuestos anuales, de los auxilios nacionales, departamentales que se destinen para tal fin, y del 50 % del producto de la venta y arrendamiento de los terrenos ejidos. (Gaceta Municipal n.º 544, 1939).

cés, vocal de la Cámara de Comercio, presenta una proposición en la cual solicita al ministro de Industrias, Francisco José Cháux, información sobre el Consorcio de Productores de Dulce que centralizará el comercio de azúcar y derivados. El 23 de febrero de 1933 la Junta Directiva de la CCC, presentó una propuesta de fomento de habitaciones urbanas²⁵ en los barrios obreros de la ciudad. En el Acuerdo N.º 23 del 30 octubre de 1935 del Concejo Municipal, se reglamentan las construcciones urbanas y se dictan nuevas disposiciones sobre la urbanización del municipio de Cali (Gaceta Municipal n.º 516, 1935). El 16 de noviembre de 1933, en la inauguración de las sesiones de la CCC, se leyó un comunicación de Ernesto A. De Lima dirigida a Hernando Carvajal B., vocal, sobre la construcción de la carretera al mar.

El 16 de febrero de 1935 el Presidente de la CCC, Mariano Ramos R., envió una carta al presidente de la República, Alfonso López Pumarejo, en la cual manifiesta que ante la gravísima situación económica del occidente colombiano, ocasionada por la crisis comercial e industrial, solicita cooperación de su gobierno para que se sirva considerar algunas de las causas del marasmo general. El 12 de marzo de 1935, Alberto Lleras Camargo, secretario general de la Presidencia, responde la misiva comunicando que el Presidente ha pedido al Consejo Administrativo de Ferrocarriles Nacionales un informe respecto de las medidas tomadas por dicha entidad acerca de las tarifas mencionadas para el cemento, trigo y

²⁵ Todas las disposiciones sobre urbanización, construcciones e higiene de los edificios emitidas por el Concejo Municipal entre 1919 y 1925 están en la Gaceta Municipal n.º 432, 1928.

harina (Revista CCC n.º 156, 1935). Es tal la importancia que en la sesión del 5 de mayo de 1936 el Concejo Municipal de Puerto Tejada envía una resolución en la cual solicita a la Cámara su cooperación para obtener del Gobierno nacional una partida destinada para la construcción de un puente rígido sobre el río Palo.

En la sesión del 30 de junio de 1936, el presidente de la Cámara, Rodolfo de Roux, atiende las solicitudes formuladas por comerciantes de Cali que pedían intervención de la corporación en lo referente al impuesto de industria y comercio, asfixiados con tantos impuestos y gravámenes (Revista CCC n.º 237, 1937).

La Carretera al Mar era una obra muy importante para el desarrollo comercial de la región. En la sesión del 21 de julio de 1936 se lee una carta de Adolfo Aristizabal, enviada desde Nueva York el 25 de junio, donde notifica que recibió la comunicación que la Cámara le había enviado comisionándolo para tratar con la casa Ford lo relativo a la posibilidad de que dicha firma tome a su cargo la construcción y terminación de la carretera a Buenaventura (Revista CCC n.º 246, 1937).

En la sesión del 27 de julio de 1936 se discutió el tema del aumento en las tarifas férreas (Revista CCC n.º 247, 1937). El tema de las alzas en las tarifas férreas conformó un grupo regional que se sumó a las críticas de la CCC. El 25 de agosto de 1936, el presidente Alfonso López Pumarejo encomendó al ministro de Obras Públicas, César García Álvarez, y al de Hacienda, Gonzalo Restrepo, un estudio sobre tal asunto. El 15 de septiembre el consejo administrativo de los

Ferrocarriles Nacionales, en oficio n.º 16842-9, refiriéndose a la solicitud hecha por la CCC sobre rebajar las tarifas para el café de exportación, el flete entre Cartago y Buenaventura será de \$13,88 tonelada, más \$0,46 por cargue y descargue los ferrocarriles de Caldas o en Cartago, nivelando los fletes en todo el país.

El 6 de febrero de 1937, en un informe general sobre las labores de la Cámara en 1936, el presidente, Rodolfo de Roux, escribió que la situación general de la industria era positiva. Muchas progresaron y obtuvieron nuevos mercados de consumo. Por las facilidades de medios de transporte era de esperar que las industrias de Cali incrementaran la producción para abarcar nuevos mercados. El 18 de enero de 1939, el ministro de Obras Públicas, Abel Cruz Santos, envió una carta al presidente de la Cámara, Mariano Ramos R., en la cual le informaba que el gobierno del Presidente Eduardo Santos firmó una resolución ejecutiva que modificó 142 numerales de las tarifas férreas (Revista CCC n.º 309, 1939).

El Ferrocarril del Pacífico se convirtió en un eje fundamental de la vida económica de la región. El 22 de febrero de 1939, la CCC envió una carta —el Concejo Municipal envió otra— a los ministros de Obras Públicas y Hacienda, Abel Cruz Santos y Carlos Lleras Restrepo, en la cual manifestaban su preocupación por la petrolización del Ferrocarril del Pacífico, ya que ponía en peligro la industria del carbón, quizás de las pocas no intervenidas por capital extranjero.

En cumplimiento del artículo 21 del Decreto 1890 de 1931, les correspondía a las cámaras de comercio enviar un

informe sobre la situación económica general (Revista CCC n.º 323-324, 1939). El 30 de mayo de 1939 en un informe enviado por la CCC al ministro de Economía Nacional, Jorge Gartner, se ponían de manifiesto las siguientes cuestiones. Respecto de la situación económica general es un asunto complejo afirmar si es buena o mala. Comerciantes de telas, cacharros, ferretería y artículos de lujo consideran que sus negocios están en crisis a causa de la excesiva protección a la industria nacional. Los comerciantes de víveres y comestibles aseguran que sus actividades son absolutamente normales. Sobre la agricultura, exponía el informe, los precios de los víveres han sido elevados en forma desproporcionada por la carestía y como consecuencia del invierno; también se observaba que antes los dueños de tierras facilitaban pequeños terrenos en arrendamiento o para participar en el producido por las cosechas; ahora esos propietarios se niegan a continuar tales sistemas, prescindiendo de cultivarlas por el temor de perderlas ante la amenaza de los colonos, quienes se apoderarían de ellas y optan por parcelarlas y, si es el caso, destinarlas a la ganadería.

Ya el Acuerdo n.º 32 de octubre 16 de 1931, estableció una Junta de Fomento de la Agricultura del Municipio de Cali. Entre sus funciones estaba la de servir de intermediaria entre colonos cultivadores y los dueños de tierras ocupadas con mejoras, a fin de armonizar por vía amistosa los derechos que las leyes confieren al propietario de tierras; ayudar a los colonos y cultivadores y en general a personas pobres que deseen dedicarse a la agricultura a obtener la adjudicación de baldíos. De los tres miembros de la Junta, dos serían nombrados por el Concejo Municipal y uno por el Comité de Cafeteros del Valle (Gaceta Municipal n.º 486, 1931).

Sobre las rentas municipales de los meses de enero a mayo de 1939²⁶, el informe presentó los siguientes rubros y valores: servicio de alumbrado \$17.526,41; servicio público de aseo \$14.104,14; arrendamiento de ejidos \$1.320,92; remate de ventas de ejidos \$4.617,86.; teléfonos - participación \$5.150,92 (no hay datos de enero); avisos y tableros \$1.205,52 (no hay datos de enero); Beneficencia \$6916,12; consumo \$35.881,39; predial \$13.657,58.; industria y comercio \$48.947,50; registro de marcas \$155; vendedores ambulantes \$652,75.

Este informe destacaba que aunque algunos comerciantes consideraban que los impuestos de industria y comercio eran excesivos, no podía perderse de vista que el municipio de Cali necesitaba fondos para atender la red de alcantarillado, la conservación y pavimentación de calles, el servicio de vigilancia y de policía. Y que los valores recaudados por impuestos a vendedores ambulantes eran exiguos en relación al número de estos. Se solicitó al Concejo Municipal exonerar del impuesto de industria y comercio a las fábricas que se establecieran en la ciudad con industrias nuevas, a fin de incrementar el desarrollo industrial.

Lo descrito anteriormente muestra cómo las elites económicas, agroexportadores e industriales emergentes, fueron copando los espacios económicos y políticos e hicieron del principio liberal del respeto a la iniciativa privada un ba-

²⁶ Valores en pesos consolidados de los meses de enero a mayo. Cálculos del autor.

luarte utilizado para afianzar su hegemonía y dominación. (Corredor. 1992). Los numerosos poderes regionales y locales fueron desde entonces un impedimento central para la formación de un Estado con capacidad para promover la ordenación de una comunidad política, la cual requiere una subordinación relativa de los intereses y decisiones privadas a los intereses y decisiones públicas. De tal forma se explica cómo se fue perfilando un modelo liberal de desarrollo que no se opone a la intervención del Estado, pero que sí define una orientación y unos límites.

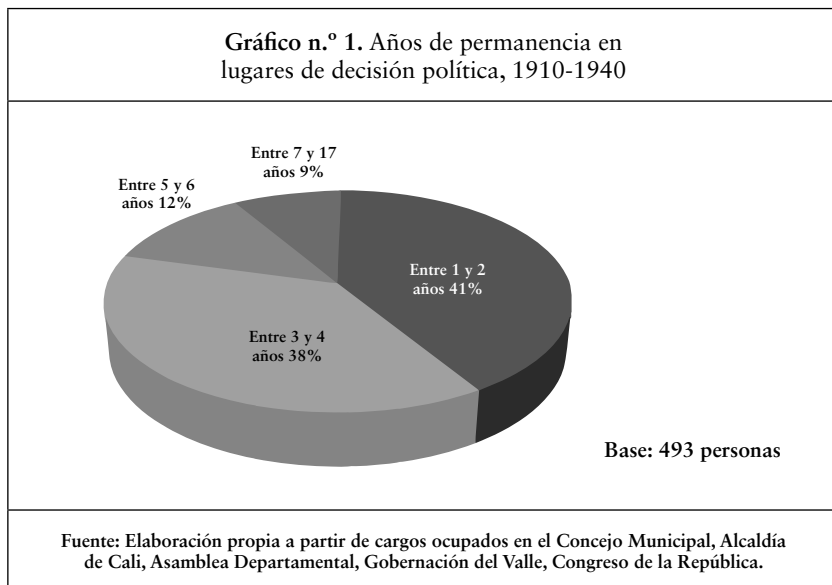
2. La identidad de las elites de poder

La identidad de las elites de poder permite entender las afirmaciones de teóricos como W. Mills, Miliband y Moore, quienes coinciden en que en las nacientes democracias occidentales existe una reducida clase dominante que es la que gobierna a través de sus instituciones democráticas. Así, por ejemplo, Mills, en su libro *La elite del poder* (1993), logró establecer la identidad de los que realmente mueven los hilos del poder y las características de la autoridad que los rodea, y obtuvo así una amplia visión de la realidad norteamericana. Por su parte Miliband, en *El Estado en la sociedad capitalista* (1980), esbozó que en las democracias occidentales gobierna una clase económicamente dominante. Y finalmente, Moore, en *Los orígenes sociales de la democracia y de la dictadura. El señor y el campesino en la formación del mundo moderno* (1973), en la vía que conduce a la modernización por la ruta capitalista, planteó el dominio de un grupo reducido de terratenientes que se vincula al mercado externo, bajo una fuerte coacción a sus asociados.

En el capítulo anterior, de manera muy general, se intentó mostrar la relación entre las decisiones políticas tomadas desde el Concejo Municipal y la CCC: la gran mayoría de los acuerdos del Concejo Municipal apuntaron a la construcción y desarrollo económico de Cali; y, por su parte, la CCC exigía las reformas que juzgaba conveniente introducir en la legislación civil, comercial, industrial y fiscal de la ciudad y de la nación, por medio de memorandos que beneficiaban sus intereses. Lo interesante está en revelar que muchos de los miembros del concejo municipal y alcaldes de Cali o diputados, congresistas o gobernadores del Valle fueron, en tiempos diferentes, miembros de la CCC y dueños de empresas comerciales.

Este capítulo intenta demostrarlo. Los años de permanencia en lugares de decisión política y económica pueden resultar importantes para identificar a quienes mueven los hilos del poder. Pero más allá también se puede trazar la creación de empresas, la actividad económica y la distribución de los sectores que estas elites iban estableciendo. Hay, finalmente, un aspecto interesante en todo esto: las condiciones económicas están determinadas por la herencia familiar; estas se mantienen en el tiempo de tal forma que el legado económico permanezca entre sus miembros el resto de sus vidas.

El capítulo se extiende con una serie de anexos que vale la pena mirar en su detalle. Allí se logra evidenciar mejor la hipótesis enunciada.



La base fue la sistematización del tiempo de permanencia en lugares de decisión política de 493 personas. El gráfico n.º 1 muestra que un 9 %, ocupó cargos entre 7 y 17 años; el 12 %, entre 5 y 6 años; el 38 %, entre 3 y 4 años; y el 41 %, entre 1 y 2 años²⁷.

²⁷ Vale la pena aclarar que aunque el objetivo de la investigación es identificar la elite política de Cali entre 1910 y 1940, se han considerado todos los cargos políticos desde concejal hasta senador; por ello, muchos nombres de personas reconocidas no son de Cali pero sí de otros municipios del Valle del Cauca.

En la franja de tiempo entre 7 y 17 años aparecen 81 nombres de personas (9 %); de los anteriores sobresalen:

- Andrés J. Lenis: concejal 1909-1913; diputado 1917-1918; alcalde 1938.
- Carlos Holguín Lloreda: concejal 1913-1915; diputado 1917-1922, 1925-1926; representante a Cámara 1911-1918, 1925-1926; gobernador 1927-1929.
- Demetrio García Vásquez: concejal 1921-1923; diputado 1913-1914; representante a la Cámara 1915-1916, 1925-1926; senador 1930-1933; gobernador 1938-1940.
- Ignacio Rengifo Borrero: representante a la Cámara 1913; senador 1924-1926; gobernador 1918-1922; ministro de Guerra 1926-1929.
- Isaías Mercado: concejal 1911-1913, 1915-1917, 1925-1927; diputado 1917-1918.
- Ignacio A. Guerrero: concejal 1915-1917; representante a la Cámara 1911; senador 1927-1930.
- Jorge Zawadzky: concejal 1909-1913, 1919-1921, 1929-1931; diputado 1923-1926, 1933-1934.
- José María Saavedra Galindo: concejal 1913-1915; diputado 1913-1914, 1921-1922; representante a la Cámara 1913-1918, 1929-1930; senador 1924-26.
- José Ignacio Vernaza: concejal 1917-1919; representante a la Cámara 1915-1918; gobernador 1922-1924.
- Mariano Ramos: concejal 1925-1929, 1933-1935.

- Manuel Antonio Carvajal: concejal 1913-1915; diputado 1913-1914; representante a la Cámara 1915-1916; gobernador 1924-27.
- Pedro Antonio Molina: diputado 1913-1918; senador 1913-1917; gobernador 1924.
- Primitivo Crespo Guzmán: representante 1931-1935; senador 1939-1940.
- Domingo Irurita: representante a la Cámara 1916-1925, 1935-1937; senador 1927-1930.
- Salvador Iglesias: concejal y diputado 1915-1917; senador 1923; gobernador 1930-1932.
- Tulio Enrique Tascón: diputado 1911-1912; representante a la Cámara 1914-1916; senador 1919-1922; gobernador 1935-1938.
- Vicente García Córdoba: diputado 1913-1914, 1919-1920; senador 1919-1923; gobernador 1915-1918.
- En este mismo rango se encuentran los nombres de Carlos Puente y Marceliano Calero, quienes se desempeñaron como concejales de Cali.

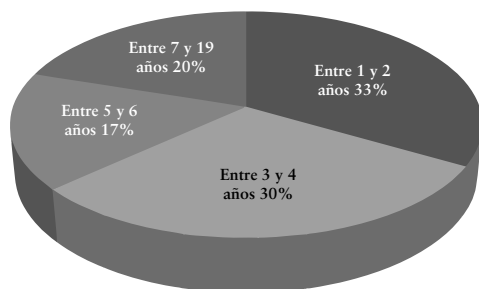
Enza franja de tiempo entre 5 y 6 años aparecen 84 nombres (12 %); entre los que sobresalen: Alberto Palau, Alfonso Barberena, Bernardo González G., Francisco H. Lenis., Gonzalo Lourido, Hernando Zawadzky, Joaquín Navia C., Juan de Dios Restrepo Plata., Luis Emilio Sardi Garcés, Manuel María Buenaventura, Mario Carvajal, Pablo E. Borrero A. y Rafael Navia Barón.

En la franja entre 3 y 4 años aparecen 251 nombres (38 %); sobresalen: Alfonso Martínez Velasco, Alfonso Palau, Carlos A. Sardi Garcés, Tomas Rengifo, Tulio C. Garcés, Abel Jaramillo, Abraham Domínguez, Alberto Holguín Lloreda, Alberto Lenis, Alfredo Vásquez Cobo, Francisco A. Palau, Gustavo Holguín Lloreda, Harold Böhmer, Ignacio Palau, Manuel Carvajal Sinisterra, Pedro Pablo Caicedo, Rafael Barberi, Ramón Carvajal Sinisterra, Ulpiano Lloreda.

En palabras de Weber, los anteriores personajes hacían dos cosas al mismo tiempo: vivían para la política y vivían de la política. Pero muchos de ellos, antes de vivir para la política, representaron sus propios intereses o los de hacendados, comerciantes e industriales; y desde las instancias de poder político impusieron una dinámica en los procesos de modernización de infraestructura de servicios públicos, en la construcción del transporte y en la creación de ambientes materiales para el desarrollo de un comercio interno y externo.

Esta llamada “elite política” pudo decretar proyectos dirigidos a modernizar económicamente a la ciudad y a la región. Así se fue configurando una red de dirigentes con poder político que permitieron la toma de posición, fundamentalmente, del interés privado.

Gráfico n.º 2. Años de permanencia en lugares de decisión económica, 1910-1940. Cámara de Comercio de Cali.



Base: 52 personas

Fuente: Elaboración propia a partir de la Revista de la Cámara de Comercio de Cali.

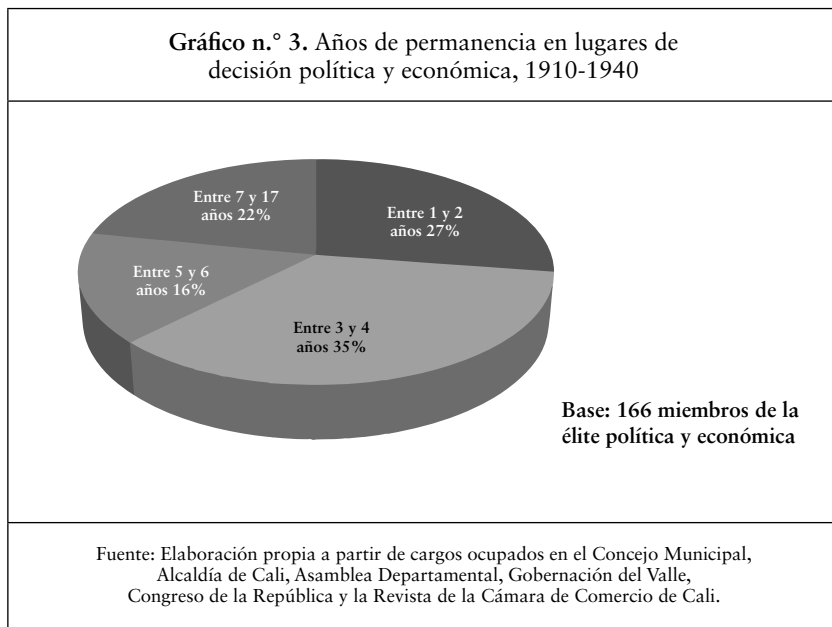
La base fue la sistematización del tiempo de permanencia en la Junta directiva de la CCC de 52 personas²⁸. El gráfico n.º 2 muestra que el 20 % ocupó cargos entre 7 y 17 años; el 17 %, entre 5 y 6 años; el 30 %, entre 3 y 4 años; y el 33 %, entre 1 y 2 años.

²⁸ Los miembros fundadores de la Cámara de Comercio de Cali fueron: Emilio Sardi G., Rafael Barberi, Alfonso Vallejo, Alfredo Müllges (representante de Böhmer y Linzen), Bernardo González, Luis Fischer, E. Miurler (representante de Eder y Cia.), Manuel Botero; Ignacio Palau, Ernesto Lora, Manuel María Buenaventura, Heliodoro Rodríguez, Juan Nader, Alejandro Garcés Patiño, Alfonso Giraldo, Jorge Rivera, Alfonso Rivera, Julio Giraldo, Jorge Garcés B., Ismael Hormaza, Gonzalo Lourido, Rodolfo de Roux, José Miguel Guerrero, Eloy L. Bolaños, Ricardo Price G., Joaquín Llano G., Mateo Gamboa, Marceliano Calero S., Evaristo García, Isaías Mercado Q. y Pedro Pablo Caicedo. Algunos de estos nombres no aparecen en el anexo n.º 2 porque aunque pertenecieron a la CCC no estuvieron en cargos directivos, y otros porque en el transcurso del periodo investigado murieron.

En el rango entre 7 y 17 años se destacan los nombres de: Gonzalo Ocampo, Hernando Carvajal B., Ignacio A. Guerrero, Isaías Mercado, Mariano Ramos R., Pedro Pablo Caicedo, Ricardo Velásquez y Rodolfo de Roux, quienes se desempeñaron como presidentes. Otros nombres a resaltar este rango son: Alejandro Garcés Patiño, Alfonso de Francisco B. (secretario), Carlos Puente, Gonzalo Lourido, Henry J. Eder, Marceliano Calero y Valentín Burrowes.

En el rango entre 1 y 2 años aparecen los nombres de Alfonso Palau y Alberto Palau; Ignacio Rengifo B. no aparece en la lista, pero los tres se desempeñaron como abogados consultores. Dídimo Reyes y Ernesto Zawadzky se desempeñaron como revisores fiscales.

Algunos nombres son de hacendados que desarrollaron actividades comerciales de exportación e importación de productos agrícolas; otros se desempeñaron como negociantes que, habiendo acumulado capitales suficientes, promovieron el modelo importador de la región, trajeron toda clase de mercancías para el mercado local y regional, y combinaron negocios de café (exportación y trillado). Otros representan las casas comerciales que, después de 1930, acapararon el mercado internacional de exportación de café. Interesa en esta investigación identificar a quienes dominaron la economía en Cali en los primeros cuarenta años del siglo XX; es decir, la elite económica.



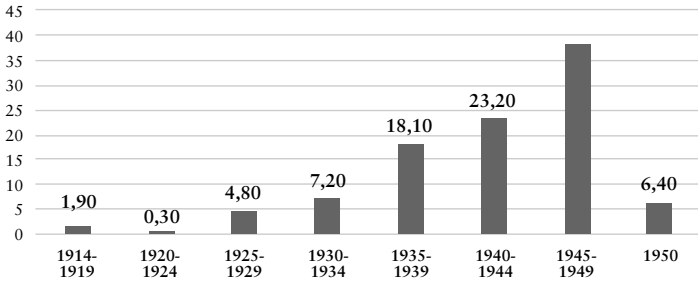
La base fue la sistematización del tiempo de permanencia en los cargos políticos y en la Junta directiva de la CCC de 166 personas. La participación en espacios de decisión política generó el 22% de personas dueñas de empresas o participantes en la toma de decisiones económicas, que asumieron posiciones de poder político entre 3 y 17 años.

Al cruzar los nombres de las gráficas 1 y 2 (Años de permanencia en lugares de decisión política y económica, 1910-1940), se encuentra que Isaías Mercado, Ignacio A. Guerrero, Mariano Ramos, Carlos Puente y Gonzalo Lourido estuvieron entre 7 y 17 años en cargos políticos y como miembros de la CCC. Otros, como Juan de Dios Restrepo

Plata, Luis Emilio Sardi Garcés, Manuel Maria Buenaventura y Mario Carvajal, estuvieron menos tiempo, pero, igual que los anteriores, hacían parte de la elite política y económica al mismo tiempo.

Lo anterior se puede considerar como que la garantía y el desarrollo de los intereses de empresarios, comerciantes y hacendados asociados en la CCC, necesitaba de un poder político que les diera acceso a los centros del aparato estatal desde donde defender sus intereses de grupo económico en la medida en que modernizaban la ciudad.

Gráfico n.º 4. Trayectoria de la creación de empresas en la primera mitad del siglo XX en Cali



Base: 375 empresas

Fuente: Elaboración propia a partir de la Revista de la Cámara de Comercio de Cali.

El Gráfico n.º 4 muestra la trayectoria de la creación de empresas entre 1914 y 1950. La base fue la sistematización de 375 empresas que se crearon en Cali durante ese periodo de tiempo. Vale la pena aclarar que este dato es parcial, ya que no fue posible consultar algunos números de la Revista CCC.

A partir de 1910, la expansión de una economía cafetera, sostenida en la pequeña producción parcelaria, va ser muy importante para el desarrollo económico de la región occidental. Los ingresos provenientes de las exportaciones de café modificaron las condiciones de la acumulación de capital, haciéndola circular hacia otros sectores. Con el café se expande el mercado interno. Se crea una red de consumidores y al mismo tiempo la composición de una red de transportes, especialmente el ferrocarril. En Cali, el origen del capital de los industriales está ligado directamente a la propiedad de las haciendas.

El desarrollo económico colombiano de la primera mitad del siglo XX es muy pausado. A partir de 1925, el desarrollo económico de Cali —y del país— comienza a modificarse por la coincidencia de un conjunto de elementos que modernizaron la situación externa y las finanzas gubernamentales, dando lugar a lo que se ha llamado “la prosperidad al debe”.

El gráfico n.º 4 muestra un rápido crecimiento que se va a mantener hasta 1949. Entre 1925 y 1929 las empresas creadas ascienden un 4,8 %, respecto al 2,2 % del decenio 1914-1924: en solo cinco años se duplicó el número de empresas creadas. Entre 1930 y 1950, la creación de empresas fue del 79,4 %. Se advierten diez sectores en los cuales se

desenvuelve la economía de la ciudad de Cali: agropecuario, servicios, industrial, transporte, comercio, financiero, construcción, minero energético, solidarios y comunicaciones (Ver gráfico n.º 5).

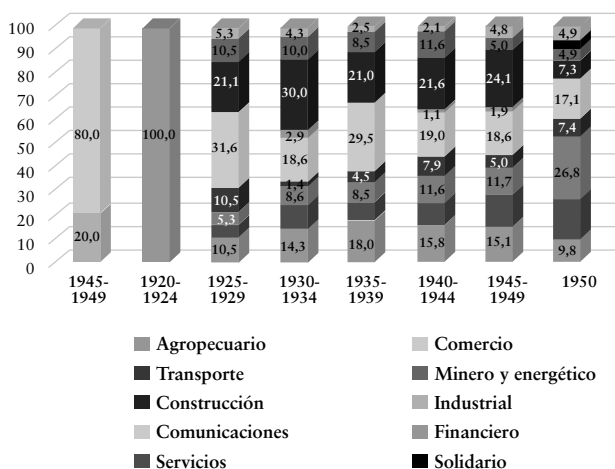
Aunque esta investigación no diferencia grandes periodos de crecimiento industrial, lo que se puede inferir para el periodo 1914-1950 para Cali es que la industria se fue abriendo paso, en forma lenta y gradual, encaminada primordialmente hacia la producción de bienes de consumo no durables, textiles, alimentos, bebidas y tabaco, entre otros. Las condiciones propicias externas, el apoyo a este tipo de bienes y el desarrollo de obras públicas fueron dispositivos que contribuyeron a la ampliación de la demanda y a los cambios que ya se advertían en el sector agropecuario. En este periodo la inversión extranjera directa fue muy poca en la manufactura, no así en las actividades extractivas o de exportación agrícola, como, la comercialización del café.

En este proceso de crecimiento de empresas se anota que este no obedeció a una maniobra pensada por las elites económicas sino que resultó de circunstancias externas y del tipo del crecimiento industrial mantenido, lo cual explica la prerrogativa que se le concedió a la agricultura comercial organizada especialmente hacia la exportación y al abastecimiento de materias primas industriales.

Es importante resaltar el papel de los capitales procedentes de la actividad exportadora que efectuaron las nacientes fusiones entre capital industrial y bancario industrial, dando origen al capital financiero. La importancia que tuvo

el café en la acumulación de capital y la temprana tendencia de la concentración industrial (ver gráficos n.º 5 y 6) ayudan a apreciar la formación prematura de la alianza entre los sectores agroexportadores e industriales. Esta coalición explica en parte por qué las elites políticas no lideraron alternativas de política económica. En el primer capítulo se intentó señalar como las decisiones económicas o de política económica se tomaban en la Cámara de Comercio de Cali y se decretaban en los órganos políticos, pues allí estaban sus representantes.

Gráfico n.º 5. Conformación de empresas de la élite caleña en la primera mitad del siglo XX de acuerdo a su actividad económica



Base: 375 empresas

Fuente: Elaboración propia a partir de la Revista de la Cámara de Comercio de Cali.

En la misma línea, la acumulación capitalista se basa, en palabras de Marx, en la acumulación primitiva, la cual produce dos fenómenos principales: la acumulación y la centralización del capital. Las condiciones específicas bajo las cuales se ha llevado a cabo la acumulación de capital han respondido, ya se dijo arriba, a la dependencia de la exportación de productos agropecuarios, en particular el café.

Varios de los sectores presentan nombres de empresarios que tienen empresas o son socios de estas en uno o en varios sectores económicos. La siguiente es una lista por sectores de los que podrían considerarse como elites económicas en el período investigado.

En el sector agropecuario sobresalen los nombres de: Adolfo Córdoba, Alfonso Garcés Valencia, Alfonso Vallejo G., Carlos A. Sardi Garcés, Carlos Borrero Sinisterra, Carlos Escobar Palacios, Carlos Rebolledo C., Francisco Restrepo Lloreda, Germán Tafur T., Guillermo A. Garrido T., Henry J. Eder, Hernando Llorente, Hernando Rebolledo, Higinio Escobar R., Isaías Mercado Q., Jaime Escobar Gómez, Joaquín Borrero Sinisterra, Jorge Garcés Borrero, José Ocampo, Juan Antonio Bonilla, Julio Fajardo H., Leonardo Tafur Garcés, Mariano Córdoba, Mario Scarpetta, Rafael Borrero Vergara, Roberto Arboleda R., Venancio Solórzano y Víctor Manuel Hoyos T.

En el sector de Servicios: Alfonso Caicedo Herrera, Antonio José Restrepo E., Carlos A. Sardi Garcés, Enrique Holguín Garcés, Ernesto Gonzáles P., Ernesto Zawadzky, Eulogio Echeverry V., Francisco Daza, Gonzalo Ocampo, Guillermo A. Lemos Guzmán, Hernando Rebolledo, Jesús Gaviria A., Jorge

Rivera Cabal, José Ocampo, José Miguel Guerrero G., Juan Antonio Bonilla, Luis E. Palacios, Luis M. Otoyá, Manuel Carvajal Sinisterra, Mario Scarpetta, Miguel Ángel Escobar Castro, Rubén Orozco Micolta, Saúl Saavedra Lozano, Venancio Solórzano y Virgilio González R.

En el sector industrial, Alberto Quijano, Antonio José Castro Borrero, Antonio José Olano Barona, Carlos Puente, Carlos A. Sardi Garcés, Carlos Salcedo Cabal, Eduardo N. Moreno, Enrique Micolta Caicedo, Federico Guillermo Burckhardt, Gonzalo Ocampo, Guillermo Borrero Olano, Hernando Llorente, Ignacio Rengifo G., Joaquín Díaz M., Jorge Garcés Borrero, Manuel Carvajal Sinisterra, Manuel María Buenaventura, Marcial Lemos N., Mario Carvajal, Mario Scarpetta, Nicolás Borrero Olano, Pablo E. Borrero A., Rafael Borrero Vergara, Rodolfo de Roux y Vicente Aragón.

En el sector transporte: Alfonso Aragón, Alfonso Garrido Tobar, Alfonso Vallejo G., Arcesio Perlaza C., Carlos Navia Balcázar, Enrique Holguín Garcés, Eulogio Echeverry V., Guillermo Potes Lozano, Gustavo Holguín Lloreda, Jorge Jaramillo, José Antonio González U., Julio Fajardo H., Marco Tulio Herrera M., Mario Correa Rengifo, Miguel Ángel Escobar Castro y Roberto Arboleda R.

En el sector comercio: Adolfo Hormaza, Alejandro Garcés Patiño, Alfonso Caicedo Roa, Alfonso de Francisco, Alfonso Garrido Tobar, Alvaro Calero Tejada, Carlos A. Sardi Garcés, Carlos Escobar Palacios, Carlos Garcés Córdoba, Eloy L. Bolaños, Enrique Holguín Garcés, Ernesto Lora, Eugenio Castro Borrero, Evaristo García, Ezequiel Gamboa, Federico

Von Nuys, Gonzalo Echeverri L., Guillermo A. Garrido T., Guillermo Velasco Borrero, Henry J. Eder, Higinio Escobar R., Ismael Hormaza Córdoba, Jaime Lozano Henao, Joaquín Borrero Sinisterra, Jorge E. Quesada, Jorge Garcés Borrero, José Botero Salazar, José Gómez Montoya, José Ignacio Ospina, José Teodomiro Calderón Núñez, Lázaro Patiño, Luis E. Palacios, Manuel Carvajal Sinisterra, Marceliano Calero S., Mario Correa Rengifo, Mario Scarpetta, Miguel Ángel Escobar Castro, Pascual Guerrero, Pedro Pablo Caicedo Borrero, Roberto Salazar J., Tulio Ramírez R., Vicente Aragón y Víctor Manuel Hoyos T.

En el sector financiero: Antonio José Castro Borrero, Carlos Puente, Eugenio Castro Borrero, Germán Tafur T. y Juan N. Triana G.

En el sector de la construcción: Alejandro Garcés Patiño, Alfonso Garrido Tobar, Alfonso Riascos P., Alfonso Vallejo G., Alvaro Calero Tejada, Alvaro José Lloreda, Arcesio Penagos R., Bernardo Carvajal B., Carlos A. Sardi Garcés, Enrique Holguín Garcés, Guillermo A. Garrido T., Guillermo A. Lemos Guzmán, Guillermo Borrero Olano, Henry J. Eder, Hernando Rebolledo, Higinio Escobar R., Joaquín Correa H., Jorge E. Cruz, Jorge Garcés Borrero, José Ocampo, José M. Otoyá R., José Mario Sarasti, Luis E. Palacios, Luis Emilio Sardi Garcés, Mario Scarpetta, Pablo E. Borrero A., Rafael Borrero Vergara, Ricardo Velásquez J., Tulio E. Tascón, Valentín Burrowes y Vicente Aragón.

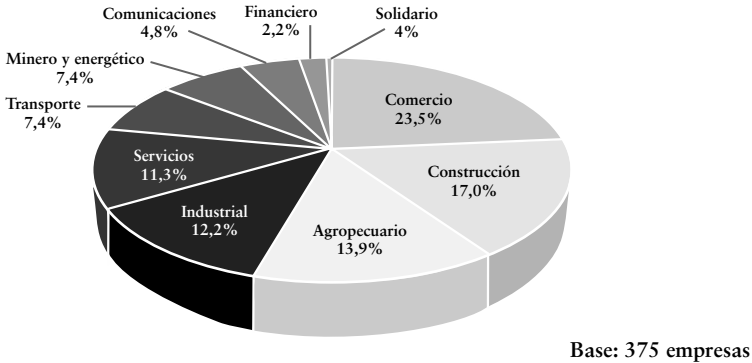
En el sector minero y energético, Alejandro Valencia C., Alfonso Barberena, Alfonso Garrido Tobar, Antonio Lizara-

zo, Carlos A. Sardi Garcés, Carlos Escobar Palacios, Daniel Rivera Sanclemente, Ernesto Lemos N., Guillermo A. Garrido T., José Gómez Montoya, Marcelino Valencia, Mariano Ramos R., Mario Carvajal, Primitivo Crespo y Rubén Orozco Micolta.

En el sector comunicaciones, Álvaro José Lloreda, Carlos Santander N., Eliseo Gómez Jurado, Ernesto Zawadzky, Federico Guillermo Burckhardt, Hernando Zawadzky, Jorge E. Cruz, Jorge Zawadzky, José Teodomiro Calderón Núñez, Miguel Ángel Torres Arroyo y Nicolás Borrero Olano. Y en el sector solidario, Alberto Quijano.

El comercio, la construcción y lo agropecuario representan el 54,4 % de los sectores económicos más desarrollados en la primera mitad de siglo en Cali. A partir de 1930, la industria manufacturera inicia su ascenso (12,2 %) esencialmente en la producción de bienes de consumo, dada la imposibilidad de asumir la producción de bienes intermedios y de capital. Los otros sectores representan el 33,5 %. (Ver gráfico n.º6).

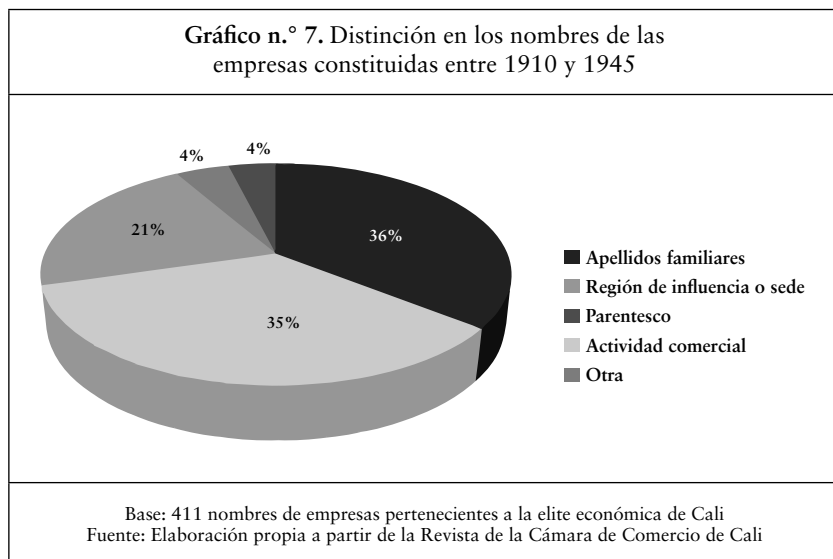
Gráfico n.º 6. Distribución de los sectores económicos de las empresas creadas en la primera mitad del siglo XX



Fuente: Elaboración propia a partir de la Revista de la Cámara de Comercio de Cali.

El gráfico n.º 7 muestra cómo las relaciones patriarcales del siglo XVII tienen continuidad en el proceso de modernización económica del inicio del siglo XX. La familia y su posición se legitiman a través de las sociedades empresariales. El 36 % de las empresas creadas entre 1914-1950 recurrían a un tipo de distinción social: los apellidos familiares. Las condiciones económicas están determinadas por la herencia familiar; el legado económico se mantiene entre los miembros de las familias a través del tiempo. Este examen se completa con las empresas creadas consanguíneamente (4 %). El poder económico se perpetúa cuando las familias extienden las empresas a sus hijos. La actividad comercial también es un signo de distinción, ya que concreta a qué se dedicará exclusivamente la empresa o negocio (35 %). La región de

influencia o sede del negocio también es importante en el tema de distinción de la empresa (21 %).



Conclusiones

En las primeras décadas del siglo XX, Cali hace el tránsito desde una sociedad rural-tradicional hacia una sociedad urbana-moderna. Fue importante la construcción de vías, particularmente el Ferrocarril del Pacífico, que logró vincular a los hacendados-comerciantes al mercado exterior. Al tiempo, se fue construyendo, hasta 1930, con la creación de las Empresas Municipales, una red de servicios públicos y una serie de obras públicas que complementaron el modelo de modernización. De otro lado, la creación del departamento del Valle, y Cali como capital, dio ori-

gen a una burocracia política encargada de administrar los recursos públicos.

En una perspectiva política, la modernización de Cali y la región se hizo sobre valores de dominación y rechazo heredados de la sociedad colonial y terrateniente de los siglos XVIII y XIX. La teoría de B. Moore advierte esta modernización desde arriba. Los hacendados no vincularon a los campesinos en la transformación socioeconómica. Cali vivirá, después de 1930, un proceso de urbanización e industrialización que no modificará tal dominación y rechazo.

Demostré, aunque de manera muy general, cómo se fue configurando ese tipo de dominación. Un indicador en el capítulo 2 expone cómo algunos empresarios se dedican a la política y ocupan cargos a nivel local, regional y nacional, y al mismo tiempo aupán proyectos de beneficio para la ciudad y la región. Se podría suponer que este tipo de orden social benefactor trae consigo una sociedad más próspera y digna para los ciudadanos, pero no es así; la consecuencia es una división sutil entre las elites y el resto de los habitantes.

Sobre esto último, me parece muy importante volver a la reflexión de Miliband, cuya tesis central, apoyada en toda una serie de apreciaciones teóricas y exámenes empíricos, es que en los regímenes de las democracias occidentales una clase económicamente dominante gobierna a través de instituciones democráticas. En este sentido, en Cali y en la región nos hallamos ante una clase dominante que, por su intervención sobre la vida económica de la sociedad, consigue afectar las decisiones políticas en defensa de sus intereses de clase.

Al mismo tiempo, para pensar las condiciones en que la sociedad colombiana delineaba al propósito modernizador, traigo la reflexión de Consuelo Corredor Martínez sobre que el modelo liberal de desarrollo ha sido el contexto que ha permitido el avance de la modernización económica y la contención de la modernidad. Para Corredor, es un modelo integrador de los intereses de las élites dominantes, pero profundamente desintegrador de los intereses sociales, que ha significado la subordinación del Estado, minimizando su función de interpretar, gestionar y regular los intereses colectivos. De esta forma, se comprenden las dificultades para configurar un espacio público en el que se puedan expresar, confrontar y resolver los conflictos sociales. Concluye que el Estado colombiano es un Estado privatizado, atrapado entre el liberalismo económico y el conservadurismo político.

Debo decir que, aunque no fue objeto de estudio en la investigación, se puede inferir, en el capítulo 2, que hay un gran pacto entre las elites económicas sin importar en cuál partido político se encuentren. Lo importante es que los hacendados hechos empresarios tienden, por un lado, a un proceso de acumulación y, por otro, a la centralización del capital. Muestro algunos casos de asociaciones de empresas agropecuarias con el sector industrial y financiero: el desarrollo capitalista de la región y del país se traduce en una mayor demanda de productos agrícolas que se constituyen en materias primas para la industria. Este asunto se traduce en una necesidad objetiva de coordinación de intereses que puede ser asumida directamente por el Estado a través de agremiaciones de cañeros, paneleros e industriales reunidos todos en la Cámara de Comercio de Cali.

Referencias

- Arroyo R., J. H. (2006). *Historia de las prácticas empresariales en el Valle del Cauca. Cali 1900-1940*. Cali: Univalle.
- Corredor, C. (1992). *Los límites de la modernización*. Bogotá: Cinep.
- Colmenares, G. (1983). *Cali: Terratenientes, Mineros y Comerciantes*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular.
- González, F. (2014). *Poder y Violencia en Colombia*. Bogotá: Odecofi-Cinep/PPP.
- Guzmán, A. (2010). *Ciudad y violencia: Cali en el siglo XX*. No publicado.
- Londoño, J. E. (2003). Lisandro Caicedo: un empresario territorial caucano. En: Dávila, C. (comp.). *Empresas y empresarios en la historia de Colombia. Siglos XIX-XX*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Miliband, R. (1980). *El Estado en la sociedad capitalista*. Bogotá: Siglo XIX.
- Mills, W. (1993). *La elite del poder*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Moore, B. (1973). *Los orígenes sociales de la democracia y de la dictadura. El señor y el campesino en la formación del mundo moderno*. Barcelona: Península.

Ordóñez Burbano, L. A. (2003). *Industria y empresarios pioneros, Cali, 1910-1945*. En: Dávila, C. (comp.). *Empresas y empresarios en la historia de Colombia. Siglos XIX-XX*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

Sáenz, J. D. (2010). *Élite política y construcciones de ciudad. Cali 1958-1998*. Cali: Icesi.

Sweezy, P. (1964). *Elite y clase dominante*. Buenos Aires: Jorge Álvarez ed.

Archivos consultados

Gaceta Municipal, Cali, 1910-1940.

Gaceta Municipal, 1 (12). Noviembre 30 de 1910.

Gaceta Municipal, (86-87). Octubre 13 de 1913.

Gaceta Municipal, 4 (108-109). Enero 12 de 1915.

Gaceta Municipal, 8 (160-161). Julio 31 de 1917.

Gaceta Municipal, 8 (172). Diciembre 31 de 1917.

Gaceta Municipal, 10 (212-213). Diciembre 31 de 1919.

Gaceta Municipal. Contrato n.º 12 de 1920.

Gaceta Municipal, 12 (259). Noviembre 30 de 1921.

Gaceta Municipal, 16 (350). Cali, diciembre 31 de 1925. n.º 350.

Gaceta Municipal, 16 (364). Julio 2 de 1926.

Gaceta Municipal, 16 (394). Marzo 17 de 1927.

Gaceta Municipal, 17 (422). Octubre 29 de 1927.

Gaceta Municipal, 17 (428). Febrero 15 de 1928.

Gaceta Municipal, 17 (432). Mayo 15 de 1928.
Gaceta Municipal, 18 (449). Mayo 15 de 1929.
Gaceta Municipal, 21 (486). Octubre 31 de 1931.
Gaceta Municipal, 22 (493). Junio 11 de 1932.
Gaceta Municipal, 22 (496). Diciembre 31 de 1932.
Gaceta Municipal, 22 (500). Octubre 25 de 1933.
Gaceta Municipal, 23 (505). Junio 16 de 1934.
Gaceta Municipal, 24 (513). Junio 10 de 1935.
Gaceta Municipal, 24 (516). Noviembre 21 de 1935.
Gaceta Municipal, 28 (544). Septiembre 26 de 1939.

Revista de la Cámara de Comercio de Cali, 1916-1940

Boletín Cámara de Comercio de Cali, 1. Septiembre de 1916.
Boletín Cámara de Comercio de Cali, 1 (2). Noviembre de 1916.
Boletín Cámara de Comercio de Cali, 1 (4). Junio de 1917.
Boletín Cámara de Comercio de Cali, 1 (5-6). Julio de 1917.
Boletín Cámara de Comercio de Cali, 1 (7-8). Agosto de 1917.
Boletín Cámara de Comercio de Cali, 2 (17). Enero de 1918.
Boletín Cámara de Comercio de Cali, 2 (18). Febrero de 1918.
Boletín Cámara de Comercio de Cali, 2 (20-21). Abril de 1918.
Boletín Cámara de Comercio de Cali, 5 (55). Mayo 15 de 1925.
Boletín Cámara de Comercio de Cali, 6 (79-80). Mayo 15 de 1926.

Boletín Cámara de Comercio de Cali, 6 (85-86). Agosto 20 de 1926.

Revista Cámara de Comercio de Cali, 4 (156). Febrero 20 de 1935.

Revista Cámara de Comercio de Cali, 5 (237). Enero 20 de 1937.

Revista Cámara de Comercio de Cali, 6 (246). Abril 20 de 1937.

Revista Cámara de Comercio de Cali, 6 (247). Abril 30 de 1937.

Revista Cámara de Comercio de Cali, 8 (323-324). Junio de 1939.

Capítulo 5.

CUERPO Y MEMORIA EN EL PROCESO HISTÓRICO KANKUAMO

Daniel Mateus Arciniegas

Universidad Nacional de Colombia

Introducción

La sociedad kankuama es una de las cuatro que habitan la Sierra Nevada de Santa Marta, un mosaico ecosistémico (Uribe, 1988) que se extiende desde las costas del caribe colombiano hasta las cumbres nevadas más altas del país (y de los sistemas montañosos litorales del mundo). Este particular macizo incorpora a su paso grandes fracciones desérticas, sabanas, selvas tropicales, bosques templados y páramos, contenedores de una gran biodiversidad animal. Junto con kogis, wiwas e ikɛ, los kankuamo, orientados por lo que Vasco (2002) llamaría “pensamiento telúrico”, entienden la Sierra como creadora natural de todas las formas vivientes, una gran “madre” de la cual humanos y no humanos dependen irrevocablemente.

Si bien estas sociedades se distinguen como poblaciones con idiomas, atuendos y prácticas propiamente diferentes, gracias a su residencia prolongada en el mismo medio natural

comparten historias y manifestaciones culturales que los hermanan. Algunos autores como Bischof (1983), Giraldo (2010), Mason (1938), Oyuela (1986; 2002) y Reichel-Dolmatoff (1953; 1997; 2011), sostienen la hipótesis que comprende a estos grupos humanos como clanes provenientes de un mismo complejo cultural —comúnmente denominado “Tairona”— que, tras las primeras invasiones españolas y las grandes rebeliones indias del siglo XVI, se desintegró en reductos supervivientes que se reorganizaron en linajes mixtos y ocuparon territorios apartados de refugio. La actual mitología serrana coincide con estas posturas y reafirma la existencia de un pasado compartido por las cuatro sociedades contemporáneas.

Por su parte, los kankuamo, propios de la Sierra suroccidental, se han visto envueltos en un intenso y prolongado proceso de transculturación que desembocó, a diferencia de los demás grupos, en el abandono de su idioma, de su ropaje tradicional y de la institución del *mamo*¹. Esta particularidad,

¹ Morales y Pumarejo (2003) sostienen la hipótesis de que, al momento de las primeras incursiones españolas en la Sierra meridional, el estado cultural en que se encontraban los kankuamo, permeado por un especial carácter de apertura al diálogo y al intercambio, fue una de las condiciones que catalizó las profundas transformaciones sufridas por esta sociedad (sedentarismo, castellanización, catequización), en contraste con las demás etnias serranas (sin negar los cambios acaecidos en estas). En un trabajo previo (Mateus, 2016) intento avanzar en la misma dirección y procuro demostrar que, efectivamente, en el momento primario de interacción con los europeos, los kankuamo del suroriente tenían cierta disposición e inclinación hacia el contacto cultural y, a diferencia de *kogi*, *wiwa* e *iku*, ya se encontraban familiarizados con algunos elementos del mundo español, como lo son el idioma y algunas herramientas. Esto sería producto de su entorno material y de su vínculo comercial preuropeo con las sociedades de las tierras bajas (a saber, los *Ette*, *Yuko Yukpa* y *Wayuu*) que, durante casi 200 años, ya venían siendo receptoras de influencias ibéricas.

producida en buena medida por las dinámicas de colonización europea y criolla, propició que algunos académicos y agentes estatales declararan inevitable su integración a la sociedad nacional colombiana. Sin embargo, en la última década del siglo XX, una fracción de los kankuamo apostó por la reorganización política a través de un movimiento identitario que sería conocido como el “Renacer Kankuamo”. Algunas posturas reduccionistas, tanto indígenas como no indígenas, entendieron este proceso como excepcionalidad histórica, vaticinio mítico, o bien como estrategia económica. Este trabajo busca interpretarlo en otros términos, de manera que acude a la comprensión del desarrollo histórico que lo posibilitó, considerando dos ejes analíticos centrales: el cuerpo y la memoria.

Desde la más temprana antropología ambos aspectos han sido ampliamente abordados, particularmente a través del método etnográfico. Tal vez el primer trabajo que posiciona al cuerpo y su memoria en el centro del análisis de las sociedades específicamente indígenas es el clásico de Maurice Leenhardt, *Do Kamo* ([1947] 1997). Junto a los de Heertz ([1907] 1990) y Mauss ([1936] 1979a); este tipo de exploraciones etnográficas promovidas por la *L'Année Sociologique*² funcionaron como los soportes iniciales de una nascente antropología que, poco a poco, se especializaría en lo corporal como cuestión cultural. Desde entonces, sus senderos responden, en su gran mayoría, a la influencia del perspectivismo y, en creciente medida, a las vagas propuestas del posestructuralismo. Con todo, las aproximaciones sociológicas y antro-

² Revista de sociología francesa, fundada en 1898 por Emile Durkheim.

pológicas al cuerpo humano apenas han rozado la realidad social de la Sierra Nevada. Aquellos estudios que profundizan en las formas de vida indígena del macizo poco acuden a la corporalidad como argumento analítico (Chaves y Zea, 1977; Ereira, 1992; Escobar, 2017; Figueroa, 2001; Mendoza, 1988; Mogollón, 2018; Morales, 2011; Ortiz, 1997; Rodríguez, 2010; Serje, 2008; Talco, 1995; Uribe, 1988). En los estudios que sí lo hacen (De Brettes, 1987; Ferro, 2012, 2015; Paterina, 1999; Reichel-Dolmatoff, 1991; Sievers, 1986; Vasco, 2006), esta aparece de manera subsidiaria, sin que se sobrepase la descripción esquematizada de sus aspectos, con lo cual se resta protagonismo a la basta complejidad de significados y prácticas que circundan al cuerpo en el marco de la tradición serrana. Mención aparte requiere el trabajo de José Arenas: *Sembrando vidas, la persona i'ku y su existencia entre lo visible y lo invisible* (2016), tal vez la única investigación que se ha preocupado por problematizar a fondo este asunto.

Imagen 1. Atánquez, el centro poblado más importante del Resguardo Kan-kuamo y de la Sierra Meridional. Archivo personal (2016)



Considerando este vacío de conocimiento, el presente capítulo busca poner en evidencia el cuerpo y la memoria como elementos interrelacionados, cuyo estudio, en este caso, posibilita la reconstrucción del desarrollo histórico kankuamo desde una arista novedosa y concreta. La apuesta es, entonces, comprender lo corporal como manifestación cultural de memoria indígena; aproximación que nutre los debates sobre los llamados procesos de “reetnización”. Para esto, se parte de una minuciosa exploración documental que luego se complementa con una investigación etnográfica desarrollada en Atánquez, capital del resguardo kankuamo³.

Así pues, se propone una discusión a partir de cuatro apartados. En el primero, se presentan algunas consideraciones conceptuales referentes al cuerpo humano y a la memoria; en el segundo, se plantea un recorrido por las condiciones históricas de contacto que posibilitaron cambios en los cuerpos kankuamo; en el tercero, se discuten ciertos elementos de la corporalidad en el marco de su reorganización política; y, por último, se exponen algunos resultados etnográficos vinculados a las técnicas corporales kankuamas desplegadas en tiempos recientes.

³ El grueso del trabajo en campo fue realizado entre junio y diciembre de 2015, mediante una estadía ininterrumpida en Atánquez, poblado ubicado a dos horas en automóvil desde la ciudad de Valledupar. Durante esos meses de trabajo se construyó un vínculo de especial cercanía con los indígenas serranos, lo que permitió una serie de visitas posteriores en las que se profundizaron las pesquisas etnográficas aquí planteadas. Los resultados generales de la investigación fueron presentados en la tesis de grado de sociología del autor (Mateus, 2016).

1. Cuerpo humano y memoria corporal

A pesar del sincretismo de algunos autores, las aproximaciones conceptuales al cuerpo que resultan útiles para la comprensión del proceso histórico kankuamo, de acuerdo con los términos propuestos, se pueden clasificar en tres grandes posturas: materialismo, constructivismo y holismo.

Para la perspectiva materialista la producción humana de conocimiento tiene un origen fundamentalmente orgánico (cerebral), por lo que el cuerpo resulta ser un pilar imprescindible en la comprensión de las sociedades. En términos muy generales, esta postura defiende empíricamente que la especie humana comparte una misma estructura material a partir de su formación anatómica como *Homo Sapiens* (Godelier, 2000). Desde entonces, el cuerpo ha sido esencialmente el mismo en su más básico funcionamiento y, gracias a la creciente capacidad humana de apropiación y transformación del medio natural, se ha constituido como constante orgánica en la historia de la especie (Darwin, 1982). Pero, mientras la humanidad obtenía cierto grado de autonomía respecto a las condiciones de su entorno, paralelamente, pasó a depender cada vez más de sus formas de organización social, lo que produjo en el largo plazo consecuencias en su desarrollo corpóreo (Turner, 1994). Al respecto, Günter Dux (2017) plantea que la progresiva soberanía frente al medio exterior posibilitó cierta independencia respecto al instinto interior, cuya decadencia como determinante genético de la acción generó, tras miles de años, seres humanos con una singular plasticidad al nacer. Así pues, cada nuevo organismo llega al mundo en situación cultural nula, dependiendo motriz y

cognitivamente de la interacción con la sociedad en que nace, específicamente con uno de sus miembros competentes⁴. Bajo estas condiciones, el neonato humano se encuentra con la resistencia de un mundo que lo obliga a aprender cultura. En otras palabras, dentro del contexto serrano, todo nuevo Kankuamo es un cuerpo que debe aprender a serlo, un organismo que en su existencia temprana cuenta con las mismas condiciones y capacidades corporales del resto de la especie, pero que para sobrevivir necesita aprender las competencias que le permitan desenvolverse (movimientos, gestos, técnicas) y significarse (sensibilidades, representaciones, estéticas) corporalmente como kankuamo. Esta cualidad flexible del cuerpo, configurada a lo largo del desarrollo humano, es lo que aquí se define como proceso de ontogénesis corporal (Dux, 2017). Es decir, la humanidad comparte la misma base material de un cuerpo que, con cada nacimiento, adquiere una condición maleable en su devenir cultural (y en pequeñas dimensiones incluso también material)⁵.

⁴ Como lo demuestran los reveladores casos de los niños ferales, quienes adoptan la motricidad y el comportamiento de otras especies animales, la sociedad y el formador competente no necesariamente debe ser humano. Esto brinda pistas sobre la verdadera envergadura plástica de los neonatos humanos.

⁵ Son innegables los cambios materiales que la condición de clase, la geografía, las cirugías estéticas, las modificaciones artísticas, los hábitos alimenticios, la higiene, entre otras variables culturales, pueden generar en los cuerpos humanos durante su periodo vital. Sin embargo, para la perspectiva materialista estos cambios, en tanto formales, no determinan el devenir orgánico de la especie en nuevas formas no humanas.

Situada en otras latitudes, la postura constructivista entiende al cuerpo ya no solo como productor sino como producto de conocimientos. En su formación orgánica, la estructura material se complementa con una estructura socio-histórica. Lo sustancial ya no es lo constante sino lo variable; se parte entonces del particularismo cultural como fundamento para comprender la construcción social de los cuerpos (Lara, 2016). Esta perspectiva pretende desnaturalizar lo corporal para abordarlo como un elemento dependiente de la cultura desde donde se le mire. Por lo tanto, le resulta necesario replantear la comprensión del cuerpo humano como una constante desligada de la sociedad y del momento histórico (Le Breton, 2002). Todo el arsenal de significados, técnicas y conocimientos que confluyen en él, evidencian formas culturales de fabricarlo (Détrez, 2017). En consecuencia, ya no se problematiza el cuerpo humano en general, se afirman muchos cuerpos humanos en particular. Si para los materialistas la etnología de las culturas devela una continuidad, para los constructivistas revela diversidad.

Siguiendo esta postura, Marcell Mauss (1979b) propuso un abordaje teórico imprescindible para el análisis etnográfico del cuerpo kankuamo. A partir de ejemplos concretos estudió la movilidad, gesticulación y posturas de algunos grupos militares e indígenas, dotándolas de un carácter colectivo y cultural externo al individuo. Hasta las maneras de caminar, nadar y sentarse no eran, en ningún sentido, naturales o innatas (ni siquiera algo tan elemental como el bipedismo). Es decir que los infantes, para este caso kankuamo, necesitan especializarse en determinadas destrezas motrices, experimentando, asimilando y repitiendo todo un cúmulo de

conocimientos corporales preexistentes a ellos mismos. Con todo, Mauss vertió el “hecho social” durkheimniano sobre el cuerpo y devino así en el concepto de “técnica corporal”, es decir, la forma en que los humanos, sociedad por sociedad, hacen uso de su cuerpo en una forma tradicional. Además, se establece que, valiéndose del habitáculo corporal, toda técnica es un acto culturalmente eficaz en tanto sea transmitida por generaciones a través de procesos tácitos de imitación y procesos manifiestos de enseñanza.

Por otro lado, desde una perspectiva menos práctica y más simbólica del constructivismo, próxima al *habitus* bourdesiano, Le Breton (2002) afirma que el cuerpo es el lugar y el tiempo en el que el mundo (Sierra) se hace humano (Kankuamo). Así lo aborda como constructo social y establece que este “no es solamente una colección de órganos y de funciones coordinadas según las leyes de la anatomía y de la fisiología; en primer término, es una estructura simbólica, una superficie de proyecciones sociales y culturales amplias.” (Le Breton, 2002: 15). Lo único natural en un neonato es el raudal de sus disposiciones antropológicas que, solamente inmersas en un campo simbólico, se despliegan. Igualmente, Le Breton (1992) le imprime un carácter histórico a su conceptualización al distinguir, entre otras, una noción moderna del cuerpo, en donde este se separa de sí (o de su portador-persona-mente), de su grupo social (individualizándose como propiedad privada) y de la naturaleza que lo circunda (diferenciándose del cosmos). Esta triple división corporal, como bien argumenta el autor, tambalea en las sociedades premodernas o no occidentales.

Partiendo de un ámbito mucho más específico, la perspectiva holística entra a discutir el asunto del cuerpo ya no desde sus condiciones materiales o simbólicas, sino desde su experiencia sensible, en juego relacional con ambas posturas (Turner, 1989). Desde este enfoque se afirma que el estudio antropológico de los cuerpos resulta fructífero si, por un lado, se comprenden las limitaciones epistémicas del materialismo y el constructivismo corporal como “metarrelatos estructurales”, y por el otro, se abandona la idea cartesiana del cuerpo (espíritu/materia, alma/carne, mente/portador) que termina inevitablemente cosificándolo y desconociendo la premisa básica de que los cuerpos son seres humanos, es decir, de que el ser y el cuerpo constituyen indisolublemente lo humano (Trilles, 2004). No es que se hable de un cuerpo-objeto constante y maleable, sino de un ser humano constante y maleable y, por lo tanto, con capacidad de agencia y decisión. En palabras de Merleau-Ponty (2000), no tenemos un cuerpo, somos un cuerpo vivido. Aquí se resalta la experiencia biográfica como puerta de entrada para la comprensión de lo corporal en una sociedad. En efecto, no sobra subrayar que, bajo condiciones personales e históricas particulares, los cuerpos kankuamo son seres humanos que piensan, hacen y sienten.

Ahora bien, el análisis aquí propuesto también requiere de una problematización del concepto de memoria. Como se expuso anteriormente, en el cuerpo reposan conocimientos históricamente aprendidos y socialmente transmitidos, por lo que este se constituye como uno de los principales lugares de residencia para las tradiciones humanas. De hecho, se puede establecer que el conocimiento técnico del cuerpo responde a

procesos acumulados, dinámicos y colectivos de asimilación (de sí mismo y del entorno)⁶. Al respecto, Le Breton (1992) aporta una conclusión verdaderamente reveladora, afirmando que, en consecuencia, la memoria de una sociedad humana no reside solamente en su tradición oral o en sus documentos escritos, sino que también se teje en lo efímero de sus gestos eficaces y hábitos corporales. En este caso, el cuerpo no solo se concibe como un escenario concreto de conocimiento cultural, también de conocimientos históricos. Por lo tanto, no se puede negar la existencia, previa al neonato kankuamo, de un espectro de saberes referentes al cuerpo que han sido contruidos por su sociedad a lo largo del tiempo. Ciertos elementos del pasado se experimentan y se trasladan constantemente al presente (Halbwachs, 2002), y por medio del despliegue corporal colectivo, se prolongan y reactualizan; esto es memoria corporal.

Por su parte, T. Fuchs (2001) delimita con mayor precisión este concepto, llegando a comprobar seis tipos de memoria específicamente corporal⁷. En términos generales, el

⁶ La adquisición de técnicas corporales, por ejemplo, es posible bajo procesos de aprendizaje por imitación relativamente formales. El entorno que rodea a los espacios de transmisión de conocimiento corporal muchas veces se instaura intencionalmente. Se puede deducir que a través de la muerte y vida de individuos que enseñan e imitan, el conocimiento técnico corporal perdura en el tiempo, aunque como todo constructo social no está exento de transformaciones o abandonos. Cuando las condiciones de existencia de cierto tipo de prácticas humanas desaparecen, entonces ellas también lo hacen. Siguiendo a Mauss, la técnica cambia o se olvida cuando deja de considerarse necesaria, eficaz o tradicional.

⁷ La procedimental, la situacional, la intercorpórea, la incorporada, la del dolor y la del trauma. (Fuchs, 2001)

filósofo alemán establece que el cuerpo recuerda saberes y experiencias más allá de sus capacidades racionales y, acudiendo a Polanyi (1967), le atribuye una sabiduría motriz táctica, la cual se nutre de hábitos gestuales que se han formado a partir de repeticiones y automatizaciones. En este sentido, se constata la presencia de una forma de memoria que no depende estrictamente del pensamiento (por lo que no llega a ser plenamente consciente), sino que se hace manifiesta a través del despliegue corporal o, como lo plantea A. Luria (1973), una memoria que poco a poco se graba dentro del cuerpo a manera de melodía kinestésica, conformando una cadena de impulsos motrices que, tras su mecanización, termina por inscribirse en los individuos. Parece ser que algunas expresiones técnicas, tras ser aprendidas, resultan incorporadas físicamente por los individuos. De la imitación se transita a la repetición, hasta que, dependiendo de la rigurosidad del caso, los movimientos eficaces y tradicionales se automatizan. Le Breton plantea que “una técnica corporal alcanza su mejor nivel cuando se vuelve una suma de reflejos y se impone de entrada a su actor sin esfuerzo de adaptación o de preparación por su parte.” (2002: 45). En este orden de ideas, finalmente Fuchs subraya que la memoria corporal es más sentida que sabida, pues todo “aprendizaje corporal significa olvidar lo que hemos aprendido o hecho de manera explícita, y permitir que caiga en un saber implícito, inconsciente.” (2003: 3; traducido por Panhofer, 2012).

En suma, trasladar estas ideas a un marco colectivo serrano permite preguntarse por la existencia de un conocimiento corporal específico entre los kankuamo, una gama variada de técnicas que se han transmitido históricamente,

apropiado socialmente y desplegado individualmente, y que no por ser irreflexivas dejan de existir.

Finalmente, resulta de gran utilidad entender el cuerpo Kankuamo como concreción material, simbólica y sensible de la vida indígena. El cuerpo claramente no es un monolito universal ni un todo homogéneo. En él convergen los individuos kankuamo, con sus biografías, experiencias y contradicciones propias, converge la sociedad indígena con su historia y su memoria, converge la Sierra Nevada con sus matices, conflictos y territorios fecundos, converge la especie humana con sus procesos particulares de evolución. Dux afirma que, “el organismo es organizado en un sentido literal a través de la cultura. La cultura literalmente requiere del organismo” (2017: 92) y, en medio de este contrapunteo, el ser humano emerge para concretar la síntesis entre lo material y lo simbólico.

2. Breve historia del contacto cultural kankuamo y sus consecuencias corporales

Puede que para muchos no resulte sencillo comprender el estado cultural de los kankuamo contemporáneos sin incurrir en juicios de valor o en comparaciones étnicas fatalistas. A primera vista, y en términos estrictamente superficiales, su situación corporal no dista mucho de la sociedad campesina caribeña. Algunas de sus prácticas y estéticas más evidentes configuran una especie de espejismo que se erige como barrera, impidiendo el acceso a otros conocimientos y despliegues corporales realmente reveladores. El propósito aquí no es calcular los niveles de indigenidad entre los kankuamo, por el contrario, se parte de la idea de que para entender su con-

dición actual, llena de transformaciones, primero es necesario entender lo que se transformó. O, dicho en otras palabras, comprender su reetnización desde una arista corporal requiere una previa consideración de su proceso de desetnización en los mismos términos.

Así las cosas, tal vez la primera fuente literaria que describe las condiciones geográficas y sociales de la región kankuama se encuentra en el documento que relata la expedición, en 1691, de Fray Francisco Romero al suroriente serrano: *Llanto Sagrado de la América Meridional* (1955). Esta crónica etnohistórica, además de enaltecer la exitosa destrucción de algunas *kankurwas* o templos indígenas, brinda imágenes inaugurales de los cuerpos moros⁸ (antiguos indios no bautizados), que para finales del siglo XVII constituían la gran mayoría de la población kankuama. Allí, Romero narra su llegada al “Sitio de los Atanques”, describiendo el recibimiento ofrecido por el “cacique” de la zona, de quien podría decirse era el mamo del lugar. Sorprenden, dentro del relato, los detalles revelados sobre las características corporales de aquel líder “pagano”:

Este era un indio de ochenta años al parecer. Traía pendiente de las narices, que traía horadadas y tres argollas de oro que lo distingue de los vasallos. El cuello y las pulseras de las manos adornaban unas piedras labradas con buen orden

⁸ Entre los kankuamo contemporáneos es frecuente utilizar el término *moro* cuando se quiere especificar algún comportamiento o práctica antigua. Por ejemplo, la expresión “comiendo como moro” hace referencia a una dieta sin sal y sin alimentos foráneos, tradicionalmente vinculada con los ancestros, aquellos que existieron en “el tiempo de la morisca”.

de diversos colores. Su gala era de dos mantas o ropas de algodón. La barba en extremo crecida, pero el rostro agradable. Los que le acompañaban venían armados de flechas y de otros géneros de armas que hacen de fuerte madera, que, de unas y de otras, traje a Europa. (Romero, 1955: 58)⁹.

En general, estas primeras imágenes coinciden con muchos de los elementos estéticos que las proyecciones arqueológicas han ubicado en el período del complejo cultural Tairona. Dicho modelo estético se compone principalmente de artefactos cerámicos, líticos y orfebres que, o bien son ornamentos corporales, o bien evidencian en sus formas la presencia de estos. De los hallazgos de este tipo se distinguen dos categorías: los adornos cotidianos y los ceremoniales, entre los que se encuentran algunos de los empleados por el cacique en mención. En los primeros aparecen collares de cuentas, orejeras, narigueras, bezotes (ornatos labiales), pectorales, brazaletes y chagualas, la gran mayoría de oro (Oyuela, 2003; Reichel-Dolmatoff, 1997). En los segundos, se destacan decoraciones con piedras semipreciosas, conchas marinas, huesos, grandes diademas de plumas de aves (o bonetes), máscaras de madera, bastones de mando e inclusive, según Reichel-Dolmatoff (1953) atuendos con piel de jaguar¹⁰.

⁹ Langebaek (2007) ha indicado la presencia de un documento adicional que también relata lo acontecido en esta expedición: un inédito sin título de Melchor Espinosa, párroco de Riohacha. En este texto la descripción del cacique es bastante similar a la del *Llanto Sagrado*, sin embargo, se indica que su nombre es “Serveme Guaimazo” y que lleva consigo un “bonete de plumas de diversos colores”; detalles que no son incluidos por Romero.

¹⁰ Por su parte, el mayor kankuamo Hermes Basilio Arias [Entrevista personal en 2015] clarifica que los moros no practicaban la perforación corporal y que, ornamentos preuropeos como argollas y aretes, eran hechos especial-

Con todo, la visita de Romero sería circunstancial y las incursiones religiosas al suroriente no serían la regla durante la primera mitad del siglo XVIII. Más adelante, sin embargo, el contacto entre los kankuamo y las poblaciones foráneas aumentaría súbitamente; la expansión colonial se haría sentir con fuerza a partir de 1770, en lo que Seather llamaría la “segunda conquista de América” (2012:119). Fue entonces cuando se emprendió en la región el proyecto territorial más importante para la corona española en el “nuevo” continente: la fundación y consolidación de poblados donde reunir y controlar a las sociedades nativas. En este sentido, Fals Borda (1979) señala que, en la Provincia del Valle de Upar, los intentos de repoblamiento de los grupos de la Sierra Nevada y la Serranía del Perijá (Chimila, Pampanilla, Tupe, Iku y Kankuamo) fueron la principal estrategia de ordenamiento político en la agenda europea del siglo XVIII. Con esto se buscaba someter a las poblaciones “sin control” hacia la influencia unificadora del régimen tributario y el catolicismo. La agrupación de los clanes kankuamo en zonas específicas cumplía un requerimiento eclesiástico y uno imperial (ambos complementarios): la evangelización y la explotación mercantil de la población india. Congregados se prestaban más al adoctrinamiento, congregados concentraban sus manos para obrar.

Como bien lo muestran Pumarejo y Morales (2003), el cura doctrinero Joseph Pacheco fue determinante en el afianzamiento del naciente pueblo kankuamo de San Isidro de los Atánquez, promoviendo, en primera instancia, la construc-

ción de una iglesia católica sobre un reconocido sitio de pago indio¹¹ y, posteriormente, la instauración estratégica de trapiches cañeros en sus inmediaciones¹². Esto tuvo tres consecuencias en términos corporales. Primero, se inició un progresivo tránsito de la trashumancia montuna a la congregación sedentaria; segundo, esta situación posibilitó que los indios empezaran a asistir a las ceremonias religiosas impartidas en la iglesia, con todo lo que eso implica¹³; y tercero, tal vez el impacto más formidable, un cambio en el modo de producción, facilitando la inserción del cuerpo indígena al sistema mercantil como mano de obra y fuerza de trabajo (que no es otra cosa que fuerza corporal). En este sentido, el trabajo nativo se convirtió en una mercancía más dentro de la

¹¹ Los kankuamo contemporáneos afirman que debajo de la iglesia católica de Atánquez se encuentre enterrado el mamo *Tutaka*, un antiguo moro reconocido por sus grandes poderes espirituales.

¹² Las investigaciones de Dussán y Reichel-Dolmatoff (2011) y Morales (2011) evidencian que los trapiches de caña fueron espacios privilegiados para potenciar el cambio en el modo de producción kankuamo. El fin del tiempo de los moros se caracteriza por la sutil implantación de una lógica laboral asociada a un cuerpo cada vez más disciplinado y productivo, a una fuerza de trabajo rentable. Los kankuamo abandonaron lentamente la morisca, no tanto por los bautismos católicos impuestos, sino por su progresiva inserción a la sociedad de mercado regional.

¹³ Esto pudo provocar desconcierto entre los kankuamo, más aún cuando los españoles, siguiendo las pautas protocolarias del catolicismo, prohibían o reprochaban ciertos rasgos físicos y posturas corporales dentro del templo. La insistencia del clérigo y sus feligreses en persignarse, en orar con las palmas acopladas, postrados en sus rodillas, susurrando extrañas súplicas, fue probablemente todo un descubrimiento para los indígenas que, sentados en algún rincón del santuario, observaban en silencio, decodificando todo ese nuevo repertorio gestual, escuchando ya no al mamo sino al cura. La tensión entre el ser y el deber ser a nivel corporal, en el marco del proceso de transculturación kankuamo, parece emerger con este tipo de condiciones históricas.

sociedad capitalista encaminada a integrarlo (Marx, 1977). Los kankuamo debían ser funcionales a un sistema regido por la intensa tributación, por lo cual, en cierto grado, pasaron de asumir la tierra como productora de vida, a asumirla como medio de producción (reversando el pensamiento telúrico planteado por Vasco), envolviendo a sus cuerpos bajo ese mismo manto. El trabajo, como actitud corporal, pasó de ser un modo de subsistencia para los indígenas a una posibilidad de acumulación para los españoles (y después para los indígenas). Probablemente, en los cañaduzales se impusieron reglas laborales que privilegiaban la constancia, la rapidez y la optimización productiva, instaurándole un carácter funcional y comercial a la motricidad.

Aún hoy, los kankuamo recuerdan cómo estos hechos “empezaron a cambiarlo todo en la vida”, y con orgullo comentan cómo se produjo su última gran expresión migrante que llevó a la fundación, monte arriba, de Chemesquemena y Guatapurí, dos poblados que simbolizan la resistencia de una fracción de los antiguos moros¹⁴.

¹⁴ Las estrategias de repoblamiento de los curas doctrineros fueron inusualmente efectivas dentro de los kankuamo (en contraste con los iku del suroccidente), particularidad que, en parte, se puede explicar acudiendo a la hipótesis sustentada al inicio del capítulo, donde se expone su predisposición cultural al contacto y al intercambio. Así mismo, es oportuno indicar que, como lo sugiere el fracaso de la colonia de San Sebastián de Rábago (Delgado y Mejía, 2003), la congregación no caló de manera uniforme entre las poblaciones indígenas de la Sierra meridional. Es probable que las condiciones geográficas del suroriente (distintas a las del suroccidente) afectaran esta diferenciación, pero creo que el factor decisivo ha de buscarse en el estado en que se encontraban para entonces las competencias cognitivas (Dux, 2012) de las sociedades nativas. Es muy dicente que para

En definitiva, durante el siglo XVIII se fue consolidando una explotación utilitarista de los cuerpos indígenas por parte de las autoridades europeas. En diferentes regiones del Caribe colombiano, incluyendo la Sierra Nevada, se transitó de un exterminio radical de sociedades prehispánicas, con auge en el siglo XVII (Bischof, 1983; Dussán y Reichel-Dolmatoff, 2011; Langebaek, 2007), a un sutil proceso de explotación corporal y mercantil con la fundación de pueblos como bandera (Díaz, 1984).

Posteriormente, a principios del siglo XIX y como fruto de las guerras independentistas, se produjo un cese de las misiones religiosas dentro del macizo. No obstante, en las últimas décadas de la centuria, dentro del marco de la reestructuración nacional, se dio inicio a una serie de políticas integracionistas y de control institucional que tenían como objetivo ampliar la soberanía del naciente gobierno en las zonas de frontera. En este sentido, se delimitó un territorio especial al norte del país nombrado “Nevada y Motilones”, que incluía la Sierra Nevada y la Serranía del Perijá. Como lo subraya Morales (2011), no fue coincidencia que Atánquez fuera destinada como su capital política durante 20 largos años. Su carácter de pueblo congregado y mestizo, ya evidente para 1870, posibilitó su escogencia y su promoción como centro receptor para migrantes y colonos.

el pensamiento iku no hiciera sentido la vida en grandes poblados concentrados, mientras que para el kankuamo sí. Clarificar esta divergencia en las formas de asumir las políticas europeas amerita una investigación seria que lógicamente excede los alcances de este documento.

Esto abrió definitivamente las compuertas de la transculturación en la región. En primer lugar, gracias a la instauración de la educación formal, con la construcción de la escuela pública de Atánquez y, en segundo lugar, por la llegada de las misiones capuchinas que trajeron consigo los orfelinatos indígenas. Estas dos grandes instituciones condensaron estrategias directas de disciplinamiento de los cuerpos indígenas, en especial el de los neonatos e infantes, que se presentaban como escenarios paganos de domesticación y regulación, lugares que debían ser prontamente perfeccionados bajo el yugo constante del control civilizatorio.

Diferentes documentos religiosos, especialmente las detalladas descripciones del Vicario Apostólico Vicente Soler en su *Misión de la Goajira, Sierra Nevada y Motilones* (1915), relatan cómo los padres capuchinos, conscientes de la importancia de los infantes en los procesos de transmisión de conocimiento, emplearon un mecanismo de asilamiento consumado en internados que separaban al pequeño de su entorno familiar, cultural y geográfico. Una vez raptados y recluidos en las edificaciones dispuestas, eran divididos por sexo y edad, y aquellos que presentaban rasgos todavía “muy indios” pasaban por un invasivo proceso de despojo, bien fuera de sus atuendos y ornamentos o de partes de sí como el pelo y las uñas. Adentro, los castigos corporales eran sistemáticos, procurando la restricción de la indigenidad y la promoción de la compostura e higiene “civilizada”. La virtud se asociaba al autocontrol de sí como serrano y a la extensión de sí como criollo. Damiana Crespo, anciana indígena y exalumna del orfelinato de Nabusimake, asegura que:

Ellos [los capuchinos] eran muy exigentes en todo. Quien hablara lengua era castigado. También nos prohibían tejer mochilas y uno no entendía los motivos de ellos. Los castigos eran impuestos según las faltas cometidas, y consistían en permanecer arrodillados sobre la arena, o nos daban latigazos con rejo. Si la falta era mayor nos aislaban del grupo de niñas o nos amarraban o encerraban. (Citada por: Zhigonezhi , 2012).

Imagen 2. Vinalesa, J. (1952). “Madre e hijo muestran lo que son. Sobre su ser de arhuacos llevan una nueva modalidad, la del vestido, fondo es el pedestal de serranía nevada...Seriedad profunda, impassibilidad rocosa. El rictus de la alegría se heló en sus labios y la dulzura de la bondad no brilla en sus ojos pardos.”



En su meticuloso estudio sobre el acontecer capuchino en la Sierra, Schlegelberger (2016) evidencia que no solo se mecanizaban en forma de rutina, como en los trapiches de la

congregación, movimientos, actitudes y funciones corporales (como defecar u orinar), sino que incluso se intervenía la carne de los cuerpos, constituyendo el orfelinato como una fábrica totalizadora de moldes humanos (Détrez, 2017), una verdadera central de disciplina y modificación ontogenética. En otras palabras, los capuchinos ejecutaron un minucioso ejercicio de anatomía política (Foucault, 2003), donde los cuerpos infantiles se desarticulaban y recompusieron siguiendo estéticas, gestos y modales específicos¹⁵.

Así, tras su visita en 1886, el padre Rafael Celedón, principal promotor de las misiones capuchinas para la región kankuama, anotaba en su diario:

Al final, estos naturales vestían del todo a la española; desde la cabeza hasta los pies, aprisionados estos con las medias y botines, y no libre en aquella la melena volando por la espalda, sino recortada, ungida con pomada y prensada por el peine. Ni les falta en las bocas su cigarro, en lugar del ayo y el poporo, que ya solo se ven en las manos de los viejos, como una cáustica protesta contra la intrusión de costumbres que no conocieron sus mayores. (Organización Indígena Kankuama [OIK], 2010: 10).

¹⁵ En los orfelinatos serranos, la conducta del indígena, más allá de sus rasgos fenotípicos, se fundamentaba en el respeto y en la obediencia como valores necesarios para alcanzar la disciplina productiva con base en la docilidad corporal. Como plantea Foucault, en los dispositivos disciplinarios, cuanto más obediente es un cuerpo más útil resulta, y al revés: “La disciplina aumenta las fuerzas del cuerpo (en términos económicos de utilidad) y disminuye esas mismas fuerzas (en términos políticos de obediencia).” (2003: 127).

Ya en el siglo XX, con la liquidación de Nevada y Motilones, Atánquez se convirtió en un corregimiento del municipio de Valledupar y se consolidó como receptor poblacional de colonos. Su relación con aquella ciudad se acentuaría con el tiempo, configurando al pueblo, hasta el día de hoy, como centro comercial intermedio entre la sabana y la serranía, y a su población como mediadora entre vallenatos e indios. En las primeras décadas de este siglo se produjo una abrupta recomposición demográfica dentro del territorio kankuamo, propiciando la llegada de nuevos elementos de cultura material foránea que potenciaron numerosas transformaciones sociales.

Para la década del 1950, Alicia Dussán y Gerardo Reichel-Dolmatoff arribaron al suroriente y, tras una estancia etnográfica prolongada en la región kankuama, escribieron *La Gente de Aritama, la personalidad cultural de una aldea mestiza* (2012), un verdadero clásico de la antropología colombiana. En términos generales, allí se describe un panorama en donde el prestigio y el desprestigio, asociados a la exaltación criolla y a la inferioridad indígena, determinaban el carácter social de un poblado en permanente tensión cultural¹⁶. Para los autores, la complejidad del proceso de contacto en *Aritama* (pseudónimo de Atánquez) se condensaba en el conflicto indio-civilizado o lomero-placero; este, consistía en la negación de los valores indios por parte de los criollos

¹⁶ Como lo afirma Morales: “el panorama narrado por los esposos Dolmatoff es desolador. Los habitantes del pueblo siempre deben dominar su manera de reír o hablar, adoptando constantemente una postura fría y artificial. Hay demasiadas cosas por controlar, y la tensión es permanente.” (2011: 18).

que producía una orientación de los lomereros hacia el modo de vida de los placeros, quienes se sentían superiores física y culturalmente (Dussán y Reichel-Dolmatoff, 2011).

Lo interesante aquí es contemplar la emergencia de un cuerpo legítimo y de un cuerpo ilegítimo, es decir, la existencia contrastante entre un cuerpo real (físico) y un cuerpo ideal (social). La violencia simbólica entre las partes en cuestión desembocó en que los indios se sintieran avergonzados de sí mismos, incluso orgánicamente. Al respecto, Bourdieu afirma que “la probabilidad de sentirse incómodo en el cuerpo de uno (forma por excelencia de la experiencia del cuerpo alienado), el malestar, la timidez o la vergüenza son tanto más fuertes en la medida en que es mayor la desproporción entre el cuerpo socialmente exigido y la relación práctica con el cuerpo que imponen las miradas y las reacciones de los demás.” (1999: 85). La desigualdad del orden social en Aritama produjo un correlato de distribuciones desiguales en los rasgos corporales de los diferentes sectores sociales (criollos-indígenas, ricos-pobres). La posición relativamente dominante de los placeros devino en que sus cuerpos (rasgos, ornamentos y conductas) se instaurasen como modelo a seguir; consecuentemente, la posición secundaria de los lomereros generó un desprecio hacia el cuerpo que revelara en público cualquier elemento de tradición serrana.

Pero la orientación de los indios hacia el modelo corporal criollo era en gran medida infructuosa y la búsqueda por aparentar las maneras civilizadas posibilitaba escenarios performáticos en donde, por ejemplo, se empleaban trajes y zapatos al revés o en donde bolsos y sombreros de mujer

eran utilizados por hombres. La llegada y permanencia de los inmigrantes criollos activó una serie de flujos comerciales provenientes de Valledupar, colmados de nuevos ropajes y accesorios, necesarios para los placeros, deseables para los lomereros. Esta remembranza del mayor Basilio Arias, protagonista de los tiempos de Aritama, retrata con claridad dicha mixtura textil:

Imagen 3. Reichel-Dolmatoff, G. (1952). Martina Martínez, una de las últimas kankuamas de la Loma en utilizar manta y descalzarse. Recordada, hoy en día, como símbolo de resistencia. (Fotografía donada a la OIK).



La ropa sí cambió. Aquí se vestía mucho de blanco, algodón blanco, manta blanca, lo tradicional. Pero ya ellos comenzaron a traer la camisa roja, camisa de cuadros, pantalón azul, la falda. Yo conocí aquí la gente vistiendo de blanco, mujeres de manta, pero cuando ellos comenzaron a traer esas cosas la gente le fue metiendo gafas, sombreros confeccionados, pañuelos, cosas que no eran vestido propio, pero lo mezclaban con eso... y ya después los hijos dejaron de usar lo tradicional. [Entrevista personal en 2015]

Muchas veces, el miedo y la vergüenza a un pasado indígena demasiado evidente determinaban el aspecto y el comportamiento de los lomereros. Sin embargo, no solamente las posturas y maneras de reír, bailar, vestir y caminar debían controlarse, también ciertos rasgos físicos tenían que disimularse o, de ser posible, eliminarse. El tipo de pelo y su longitud, la forma de la nariz y los labios, la estatura y el color de piel, decretaban la posición social de una persona en el pueblo. Según Dussán y Reichel-Dolmatoff, “raza y estatus” estaban profundamente ligados en el campo sociocultural de Aritama, propiciando que “los temas de origen étnico, de fenotipo o de la supuesta herencia de los rasgos deseables o indeseables de la persona aun constituyan un fuerte problema emocional para los aldeanos.” (2011: 168-173).

En este contexto, para gran parte de la población se tornó indeseable el cuerpo indígena en cuanto era un elemento socialmente condenable. Así las cosas, no es casualidad que en ese momento histórico se abandonara el poporo, el vestido y el idioma kankuamo. Para los Reichel-Dolmatoff

era evidente que la síntesis de contradicciones se direccionaba irremediablemente hacia lo criollo. La integración de los últimos rezagos indígenas a la sociedad nacional parecía no tener marcha atrás; la posterior electrificación y conexión vial de la región, en un marco de conflicto armado que produjo cientos de kankuamo desplazados y asesinados (OIK, 2009), aparentaron confirmarla.

Si bien, este breve recorrido histórico privilegia el cambio y el contacto cultural (materializado en el cuerpo moro del siglo XVII, el cuerpo congregado del XVIII, el cuerpo disciplinado del siglo XIX y el legítimo de mitades del XX), es claro, para quien examine la documentación citada, que ni el cronista religioso más optimista ni el antropólogo más pesimista desconocieron la existencia de prácticas, estéticas o artefactos que constataban la presencia de una tradición específicamente kankuama. De hecho, como se observará más adelante, el cuerpo humano, en tanto escenario simbólico y material, resultó ser el habitáculo de muchos atributos indígenas que, reactualizados y transformados en el tiempo, avivaban dicha tradición.

Es ineludible subrayar que la flexibilidad del ser humano no da para reinventarse absolutamente; es decir, que la transmisión histórica de conocimientos, en este caso compuestos de memorias corporales, no puede ser decididamente olvidada por una persona. A pesar de las escuelas y de las iglesias, de los ejércitos españoles y de las misiones, y, sobre todo, a pesar de la vergüenza incorporada, el acervo genético, gestual y técnico desbordaba a los kankuamo:

Nuevas preocupaciones y ansiedades se generaron entre la gente de la Loma, al percibir que la adopción de algunos de estos valores del nuevo ethos no los convertía en absoluto en nuevos sujetos; el lazo con su pasado era imborrable, innegable su fisionomía, indudable la genealogía indígena de su familia. (Pumarejo y Morales, 2003: 86).

3. La concepción del cuerpo en el Renacer Kankuamo

Mucho se ha dicho y escrito sobre el proceso de reetnización Kankuamo; en favor de la pertinencia, solo se abordará este importante momento desde su arista corporal.

Simplificando los hechos, en las últimas décadas del siglo XX, con el evidente estímulo de la constitución política de 1991, un grupo de líderes atanqueros decidió reconocerse como kankuamo. Este movimiento renacentista, como lo llamaría Reichel-Dolmatoff (1953), se produjo al calor de dos circunstancias precisas: La primera responde a un conflicto de tierras con la sociedad Iku que fomentó la organización de aquellos dirigentes bajo el marco del Primer Congreso Kankuamo en 1993. La segunda situación, fundamental para este trabajo, fue la realización paralela del I Festival Folclórico de la Sierra Nevada, con sede en Atánquez. Allí, los aldeanos empezaron a reconocer con mucha más claridad la presencia de un pasado compartido con las sociedades vecinas. Las posturas al bailar y tocar música, las maneras y los tipos de tejido, las herramientas manufacturadas, las prácticas de mambeo y de cocina, eran todas muy similares y, por primera

vez en mucho tiempo, de modo público y colectivo, se empezó a discutir sobre la presencia de una tradición propia de los atanqueros:

Con este proceso de reconocimiento cultural en el festival, los Kankuamo comprendimos que había unas raíces que no venían de otros lugares, sino que había unas raíces que estaban sembradas en un territorio que se llama la Sierra Nevada de Santa Marta [...] El reconocimiento de algunas manifestaciones culturales hace que ese pasado esté vigente en el presente, en las formas de cultivar, en la transmisión de generación en generación de la enseñanza del tejido de la mochila, la danza y música de gaita y chicote y en las maneras de sanar las enfermedades. (OIK, 2010: 8-11)

En el terreno práctico del folclor los atanqueros reconocieron que algunas de sus habilidades eran, en realidad, mucho más afines a tradiciones corporales *iku*, *wiwa* o *kogi* que a competencias corporales vallenatas. Cierta tipo de conocimiento indígena, aunque evidentemente sincrético, se materializaba en la vida atanquera. Es por esto que, más allá de los discursos identitarios y las motivaciones políticas, es posible reconocer el cuerpo humano como uno de los primeros escenarios concretos que posibilitó el Renacer Kankuamo. A pesar de que gran parte de la población se identificara como colona o atanquera, con un pasado indígena ya superado, la herencia serrana se expresaba en movimientos, gestos y posturas que precisaban una memoria técnica innegable; memoria que, no por ser inconsciente o difícil de verbalizar, dejó de existir.

Imagen 4. Rafael Andrés Carrillo, líder kankuamo, médico tradicional y legendario capitán del Palenque, danzando en la celebración del Corpus Christi en la plaza de Atánquez. (Archivo personal, 2018)



Hoy, dentro del resguardo kankuamo, el cuerpo se concibe simultáneamente como elemento de reivindicación indígena y como prueba fehaciente de cambio cultural; el cuerpo está en medio de las tensiones históricas que implican identificarse como “indio” o como “civilizado”. Para aquel que se reconoce kankuamo el cuerpo sirve como argumento de indigenidad, mientras que para el atanquero que se reconoce como colono es un argumento de mestizaje. Para el primero, la sangre y la destreza técnica manifiestan su raigambre serrana; para el segundo, el color de piel y de ojos, la vestimenta y el pelo corto, comprueban su herencia occidental. Am-

bos, el kankuamo y el atanquero, quienes muchas veces solo se distinguen en el plano discursivo de la identidad, revelan los complejos resultados históricos de la transculturación en la Sierra meridional.

En este contexto, quien visite el resguardo encontrará que las personas que se auto reconocen indígenas, en especial las que hacen parte formal de la Organización Indígena Kankuama (OIK), han resuelto construir su corporalidad partiendo de la aceptación de los cambios culturales ocasionados por el contacto, dejando a un lado los ideales estéticos y físicos del indio serrano prístino: el pelo largo, la piel cobriza, las mantas, el gorro blanco, las embarcas de cuero, la mochila de lana, etc. Sin embargo, la concepción del cuerpo entre los kankuamo permite observar la existencia de ciertas tensiones que por momentos cuesta elaborar.

Por ejemplo, es muy extraño toparse con un hombre kankuamo que lleve el pelo largo. Aunque bien saben que dejarlo crecer legitimaría su posición ante las otras etnias, los colonos, el Estado y la academia, resulta problemático tomar la decisión. Al respecto, Daniel Maestre, reconocido líder Kankuamo, afirmaba con tenacidad que:

Esto que usted ve me ha tomado tiempo. No ha sido fácil llevar este pelo largo. A uno le dicen dizque marica y lo ven diferente. Es algo muy difícil. Para la gente ya es una tradición llevarlo corto y pensar en dejárselo crecer es complicado, a veces da hasta pena. Pero vea, de a poco la cosa va cambiando. [Entrevista personal en 2015].

De igual manera, la férrea estigmatización que ha circundado a la estética indígena permite comprender con mayor complejidad este tipo de situaciones. Mientras en el tiempo de Aritama cualquier rasgo propiamente serrano era motivo de un grave desprestigio social, en décadas recientes los grupos paramilitares han señalado con deshonra a los hombres que portan abundantes cabelleras; en muchas ocasiones esto ha tenido consecuencias fatales. En un álgido contexto de guerra, narcotráfico, haciendas feudales y megaproyectos, la asociación entre el pelo largo y el liderazgo político – aquel que reclama tierras y derechos indígenas – ha sido notoriamente peligrosa para quienes resisten desde estas trincheras corporales.

Igualmente, la práctica del mambeo pone en evidencia la complejidad con que se concibe y se experimenta la existencia corporal entre los kankuamo. Bien es sabido que el consumo regular de *ayo* (hoja de coca tostada) hace que progresivamente la dentadura tome un color verdoso oscuro. Para algunos hombres, más que el disgusto por su amargo sabor, la afectación de la condición dental es lo que impide su mascado cotidiano. Cuando se les preguntó a algunos sobre su decisión de no consumirla respondían que “eso mancha feo y tumba los dientes” o que “los dientes quedan negros como los de los otros indios”. De golpe se impone un distanciamiento corpóreo con las etnias serranas, que no implica un señalamiento discriminatorio sobre la base de apariencias físicas, sino que implica el reconocimiento de otro tipo de actitudes respecto al mantenimiento corporal.

Imagen 5. Fabio Cáceres, kankuamo de Atánquez. Trabaja como jornalero y como productor de carrumbas para el tejido de mochilas. (Archivo personal, 2015)



Incluso, observando rápidamente la interpretación local de la higiene, se puede establecer que los kankuamo ni funcionan sobre la base del cuidado y la prevención de las gentes de Valledupar, ni funcionan sobre la base del mantenimiento corpóreo de las gentes de la Sierra. Aunque la mayoría evita el ayo por la presión que ejerce el principio estético de los dientes blancos, paralelamente expresan cierta flexibilidad en relación con la limpieza estricta de la ropa, el cuidado minucioso del peinado e incluso la ducha cotidiana. Por cierto, en ninguna de las comunidades del resguardo se

pueden encontrar salones de belleza o peluquerías. Parece ser que estos aposentos de la estética y la transformación corporal todavía son prescindibles en la vida de los kankuamo. De hecho, una de las formas de diferenciación corporal entre vallenatos e indígenas es la forma y el color del pelo. Es común para la gente del resguardo, así como para los foráneos, tener la capacidad de diferenciar a simple vista quién viene de la ciudad y quién no. Mientras que para los kankuamo es prácticamente inexistente la necesidad de amoldar o teñir el cabello, para los no indígenas (turistas, comerciantes, visitantes de las tierras bajas) es llamativamente ineludible su cuidado minucioso.

Otro elemento de análisis corporal bastante sugerente es el ropaje. Hoy, el uso del atuendo tradicional (mantas cruzadas, pantalones y camisas de algodón) valida el proceso de reetnización. Aunque es común observar algunas autoridades y miembros de la OIK vistiendo de esta manera, la gran mayoría de personas dentro del resguardo no utilizan esta vestimenta. Se podría decir, por lo tanto, que el carácter performático del vestuario observado por los Reichel-Dolmatoff a mediados del siglo XX se ha trastocado por completo. Antes, según los antropólogos, las personas que empezaban a adaptar los ropajes y ornamentos europeos lo hacían en días festivos, ceremonias religiosas o eventos públicos, reservando su atuendo aborígen para la vida diaria. Ahora, para una parte de la población Kankuama, la preocupación de rescatar el vestido tradicional no emerge en la cotidianidad sino en eventos rituales y políticos específicos que para ellos involucran elegancia o formalidad: matrimonios, misas, primeras comuniones, procesiones, danzas rituales, reuniones en los

sitios sagrados, visitas de delegados estatales o de ONG, encuentros del Consejo Territorial de Cabildos, entre otros.

Durante un evento de grado al interior del resguardo, en la Institución Educativa San Isidro Labrador, unos 70 asistentes indígenas se encontraron impecablemente vestidos de blanco, enaltecendo y celebrando la elegancia de los demás. La reflexividad que implica revestir los cuerpos con los atuendos tradicionalmente serranos, sugiere que la belleza y la formalidad que evocan son producto del respeto y la apropiación con que algunos individuos han empezado a asumir su pasado ancestral. No obstante, para otros el ropaje blanco puede llegar a ser motivo de burla, sanción, o críticas. Por ejemplo, Rafael Carrillo, médico tradicional y mayor kankuamo, cuestionaba que “el vestido ese se usa casi siempre en actos serios fuera del resguardo, como si fuera un disfraz hacia afuera de la comunidad, adentro se deja guardado.” [Entrevista personal en 2015]. En definitiva, puede que todo este tipo de tensiones expresen los tiempos pasados de disciplinamiento y discriminación corporal que en algunos espacios prevalecieron y, como es evidente, en algunos otro no.

Uno de los aspectos cognitivos que se debe considerar dentro de la concepción del cuerpo humano en el renacimiento kankuamo es el significado orgánico que se le ha otorgado a la geografía circundante, es decir, la representación de la Sierra como gran cuerpo viviente:

La Sierra es una madre, una mujer y por ende si se le hace un daño, con un megaproyecto de represa,

eso es un brazo de nuestra madre, como cuando en tu cuerpo te puyan en la punta de un dedo a ti te duele hasta la punta del pelo. Cuando se extrae el carbón, es como cuando a la mujer le hacen una cesárea y le meten una cantidad de cosas al cuerpo, le meten cuchillos para sacarle la sangre, porque la verdad lo que se está extrayendo de nuestra madre Sierra es eso, la sangre que se está acabando siempre que le cortan las venas y los tejidos. [Delvis Estrada, consejera kankuama. Entrevista personal en 2016].

No cabe duda de que este tipo de recursos, muchas veces retóricos, bien pueden ser descartados como estrategia política, repetición mecánica de pensamiento *kogi*, *iku* o *wiwa*, o como simple lugar común. Es más, una convivencia permanente con los pobladores del resguardo permite evidenciar que esta idea resulta ser, en muchos casos, contradictoria con las condiciones ambientales de sus territorios¹⁷. No obstante, luego de tres décadas de proceso organizativo y con todo el peso de su experiencia y tradición histórica, es innegable reconocer que la actual sociedad kankuama empieza a consolidar una apropiación de la Sierra un tanto más sostenible y en relación indisoluble con el cuerpo indígena.

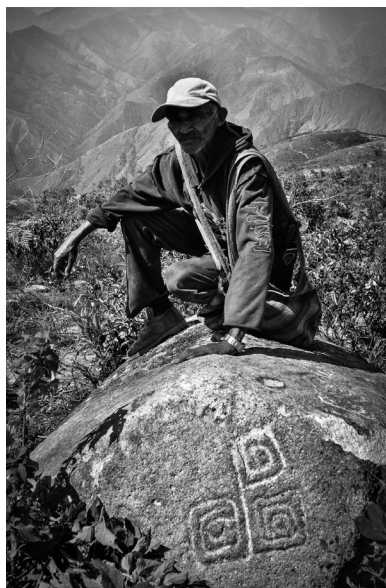
Es así como se ha desarrollado una proyección del organismo humano hacia la naturaleza, generando una correspondencia entre la fisiología y la sensibilidad del cuerpo con los fenómenos del medio natural. Por lo tanto, la Sierra es

¹⁷ El precario tratamiento y manejo de basuras dentro del resguardo, así como el lamentable cuidado de algunas fuentes hídricas lo comprueban.

un organismo que, aunque no sea antropomorfo, posee las mismas fragilidades, necesidades y fortalezas de aquellos seres humanos que la habitan. Es aquí donde elementos mágico-religiosos propios como el pago, el poporeo en *kankurwas* o la botánica nativa, pero también el catolicismo contenido en la celebración del Corpus Christi o en la veneración a San Isidro Labrador (patrono de Atánquez), empiezan a cobrar sentido concreto para las nuevas generaciones indígenas. En tanto son consideradas prácticas rituales que inciden en el equilibrio, el bienestar y el comportamiento del cuerpo femenino serrano (y de las partes que lo componen), su ejecución, casi cotidiana, perpetúa el vínculo entre los indios y su tierra, posibilitando la progresiva aparición de unos muy particulares cuerpos telúricos¹⁸.

¹⁸ Algunos kankuamo contemporáneos, justificados en su mitología, interpretan la tierra como un gran organismo humano y se interpretan a sí mismos, corporalmente, como una parte integral de aquel. Así, “el cuerpo se asimila a un campo de fuerza en resonancia con los procesos vitales que lo rodean. El cuerpo está unido al mundo, es una parcela inseparable del universo que le proporciona su energía. Es una condensación del cosmos.” (Le Breton, 1992: 27).

Imagen 6. Como médico tradicional y protagonista de los primeros reclamos de tierras, Segundo Arias ha sido fundamental para el proceso indígena kankuamo. Finca La Finlandia, Sierra Nevada. (Archivo personal, 2015).



En su mayoría, estas representaciones convergen claramente en la medicina tradicional kankuama. Las nociones del cuerpo humano que manejan los médicos indígenas aparecen ligadas a las mismas nociones que se manejen del cuerpo de la Sierra. Para ellos, la estructura orgánica, al ser indisociable de la Madre, comparte ciertas características propias de los comportamientos de la naturaleza: cambios de clima, desequilibrios, marchitamientos, renovaciones, producción y reducción hidrográfica, fuerzas, flujos, interconexiones, etc. Al igual que la Sierra, el cuerpo kankuamo maneja un delicado

equilibrio maniqueo entre componentes duales de orden y desorden, fuerza y debilidad, calidez o frialdad. Desde luego, la alteración de este balance orgánico, bien sea del cuerpo humano o del cuerpo serrano, implica la aparición de enfermedades. Un individuo, por ejemplo, puede contraer gripa por afectaciones termostáticas en su organismo, pero también por haber alterado algún sitio sacro de pagamento.

Con todo, es en el tratamiento de la enfermedad donde se materializa con mayor claridad la interdependencia conceptual entre ambas corporalidades:

Hay una conexión entre las plantas y el ser humano, porque hay plantas que tienen un contacto muy original con nosotros... Hay algunas que la forma de la hoja, de la raíz o de la fruta significan una parte del cuerpo y eso sirve pa' curar esa parte. Esta se parece al cabello, esta al estómago, esto se parece a los dedos, este se parece a tal órgano, pa' eso sirve esa planta. Pero también depende del arrancado y de lo que uno le pida a la planta, si estoy concentrado dentro de la naturaleza de pronto a esta le pido un favor pa' fulano de tal, o pa' tal enfermedad, pero tengo que preguntarle antes de sacarla pa' que sirva bien." [Diógenes Segundo Arias, médico, líder y mayor kankuamo. Entrevista personal en 2018].

4. Técnica y memoria corporal kankuama

En esta última sección se abordarán etnográficamente algunas expresiones de la corporalidad kankuama contemporánea, empleando como derroteros teóricos los conceptos

corporales de técnica (Mauss, 1979b) y memoria (Fuchs, 2001) antes descritos.

Tal vez la técnica corporal más destacada en la actualidad kankuama sea el tejido, específicamente el de mochilas¹⁹. Es sorprendente la constancia con que se teje dentro del resguardo, casi toda la población sabe tejer y gran parte lo hace durante varias horas al día. En las calles de Atánquez es habitual toparse con hombres, mujeres y niñas que, sin detener sus puntadas, avanzan por empinadas calles empedradas, incluso durante la noche, sin más luces que su memoria. En los pueblos es frecuente observar hilos de fique que atraviesan los caminos, esperando ser atrapados por las *carrumbas* (husos) de las tejedoras.

Toda mochila empieza por el *chipire*, una pequeña base inicial que se va expandiendo en sentido circular. Quien teje realiza un nudo que se rodea de puntadas (el acto de pasar completamente la aguja por los hilos entretejidos) hasta que se hace una vuelta en forma de espiral. Luego, por cada puntada se hacen otras dos y así sucesivamente, ensanchando la base hasta donde se considere necesario. De manera inmediata se “hila la puntada” atesando el hilo o cabuya sobrante. Para esto se lleva la mano que sostiene la aguja hacia arriba

¹⁹ La mochila en la Sierra varía en tamaño, tipo de tejido, diseño, material y color, pero la tradicional del suroriente, particular de los kankuamo, es aquella trabajada en fique o maguey. Aunque hoy en día este artefacto se ha resignificado, obteniendo una doble dimensión en tanto producto cultural pero también producto artesanal (Vasco, 1994), algunos estudios permiten observar una continuidad material en los tipos de tejido y de diseño que emplean las indígenas (Dussán, 1960; Echavarría, 1999).

y luego, con notoria destreza, se utiliza la parte externa del codo para jalar velozmente el hilo restante hacia afuera. Entre más rápida y fuerte sea la hilada, mucho más compacto resulta el tejido. Posteriormente, se trabajan las “paredes”, la estructura cilíndrica principal en donde se elabora el diseño, o como algunos kankuamo lo llaman el “cuerpo” de la mochila. Es en este punto donde se despliegan los movimientos más sutiles que, según Aura Montero [Entrevista personal en 2015], reconocida artesana indígena, “se diferencian en el cruce de la cabuya, en el manejo de los dedos, en el metido de la aguja, en la habilidad, no tanto en la fuerza, en la fuerza va es el apretado de la mochila.” Para finalizar, se teje la “boca”, el límite superior del cuerpo, donde usualmente se diseñan unas pequeñas guirnaldas que sirven para cerrarla con una cuerda. El último paso, y tal vez el más complejo, viene con la confección de la “gasa” o correa de la mochila. Este es el único momento de la producción que se realiza sin aguja, únicamente con los dedos. Por lo general, las mujeres ejecutan la técnica de trenzado estando sentadas, aunque hay quienes reemplazan el pulgar del pie (eje principal del entretejido) con una puntilla en la pared, lo que les permite pararse para elaborar la gaza. No obstante, muchas afirman que la técnica del pulgar permite un mayor control y verificación de los hilos. Una vez la gaza se termina, se entrelaza a la boca de la mochila utilizando una aguja capotera.

Imagen 7. El hilado, el corchado y el empatado son destrezas que se adquieren con el manejo eficaz de la carrumba. Aura Montero, artesana kankuama, es experta en el uso de esta herramienta. (Archivo personal, 2017)



A lo largo de todo el proceso creativo, que ha sufrido algunas variaciones técnicas y materiales²⁰, los kankuamo despliegan conocimientos corporales muy concretos que se reconocen por su antigüedad. No es fácil establecer con precisión desde cuando tejen, pero según su mitología y algunos resultados arqueológicos, parece ser que es una técnica pro-

²⁰ Elementos europeos como la aguja de metal, la anilina, la carrumba de balineras e incluso el chivo de donde se extrae la lana, han sido rápidamente asimilados e incorporados en la producción de mochilas

veniente de los tiempos del complejo Tairona (Langebaek, 2007; Reichel-Dolmatoff, 1953; 1997). Es así como los gestos implicados en el “macaneo”, el “hilado”, el “corchado”, el “empatado”, la “puntada” y la “trenzada” se identifican con destrezas manuales de larga data, correspondientes a una tradición específicamente serrana. Estas habilidades son aprendidas en la ontogénesis temprana en tanto son consideradas altamente vitales y eficaces por la sociedad; por eso, se promocionan juegos entre infantes que empleen los instrumentos e imiten los movimientos antes descritos.

Cuando se interroga a la gente del resguardo por las formas de aprendizaje del tejido, muchos afirman haber nacido con eso. Para la gran mayoría estas habilidades son gestos “naturales” al indígena, conocimientos que “se llevan en la sangre”, melodías kinestésicas inherentes al cuerpo. Es por esto que, siguiendo a Fuchs, las técnicas que envuelven a la mochila terminan siendo saberes tácitos, tan mecanizados que se tornan radicalmente espontáneos. Dentro del resguardo dos situaciones específicas asociadas con el tejido denotan la presencia de una memoria corporal *kankuama*. Es muy común, por ejemplo, observar mujeres que suben al “monte” mientras van haciendo su *chipire*. Los *kankuamo* caminan y tejen:

No’ombe, yo me levanto cojo la aguja y salgo pa’ la casa de la vecina a caminar, o pa’ la plaza, uno teje caminando, en la calle, en la casa... y ni se acuerda que va tejiendo, no es difícil porque eso lo hace la práctica, la práctica de la persona pa’ tejer.” [Aura Montero. Entrevista personal en 2015].

Además, es extraordinario contemplar cómo el tejido colectivo de una planta serrana, cuyo proceso de diseño resulta ser bastante complejo, termina siendo algo inmanente a la cotidianidad india. Los kankuamo tejen sin ver:

Imagen 8. Mama Carmen, indígena que en vida fue reconocida por sus muy tradicionales tejidos en fique. (Archivo personal, 2015)



La vista también es un problema, a uno se le achica, se le agota por la edad y por tanto meter la puntada. A hace años que me dataron gafas, pero yo le digo, yo sé tejer sin ver, tejo los diseños de memoria... [Obdulia Fuentes. Entrevista personal en 2015].

Por otro lado, el chicote, música propia de los kankuamo, ha variado poco en términos materiales; sus instrumentos siguen siendo prácticamente los mismos desde hace siglos. El carrizo, una especie de flauta hecha de madera nativa, mide medio metro de largo y posee una cabeza de cera negra de abeja que atrapa la pluma hueca de un pato o pavo. Mientras el carrizo macho cuenta con un orificio en la parte baja, el carrizo hembra tiene cinco, a unos cuatro centímetros de distancia el uno del otro. Para tocar la hembra, que es la que impone la melodía, se necesitan las dos manos, por lo general la izquierda encima de la derecha. Para tocar el macho, que es el que marca el ritmo, se necesita una, pues con la otra mano se agita lentamente una maraca hecha de totumo y semillas. Este tipo de música, inspirada por el canto de aves serranas como el “toche” o el “cuivaro”, y que fue descrita siglos atrás por expedicionarios como “lastimera y melancólica” (Sievers, 1986), apenas ha sufrido transformaciones. Las incorporaciones ocasionales de cantos en décima y verso, o de cajas y tamboras, son las únicas modificaciones evidentes.

Imagen 9. Rafael Alvarado, uno de los más importantes músicos de chicote kankuamo. Aprendiz del legendario carricero Bernabé Arias. (Archivo personal, 2016).



El chicote, además, se baila siempre de manera grupal, entre varias parejas de hombres y mujeres que llevan puesto el atuendo tradicional. En este caso, los danzantes tomados de las manos avanzan en círculo de derecha a izquierda, o a veces en dos ruedas concéntricas, alrededor de un grupo de músicos o de un fogón. Llevan el compás al levantar y dejar caer los brazos, y al alzar el pie sosteniendo la rodilla flexionada, dando un paso adelante que rápidamente vuelve hacia atrás; movimientos que dependen del son en ejecución. Este baile, que generalmente se ejecuta en eventos rituales precisos del calendario kankuamo, tampoco ha variado mucho.

Otro elemento sobresaliente en términos de técnica y memoria es el poporeo. De los ejemplos aquí descritos, esta práctica es la única que realmente “renació” bajo el contexto de la reetnización. Como ya se argumentó, debido a la influencia colonial, para mediados de siglo XX ya se había abandonado por completo. Tanto el *ayo* como el poporo, un calabazo seco contenedor de cal obtenida de conchas marinas pulverizadas, guardan simbologías muy complejas y encierran, desde su producción hasta su consumo, un conjunto de técnicas corporales bastante amplio que se restringe únicamente a los hombres. Dentro de los poblados del resguardo es usual encontrarse a varios *kankuamo* poporeando, por lo general en reuniones del “consejo de mayores”, en los sitios de los *mamos* o en las *kankurwas*. Pareciera como si siempre lo hubieran hecho y resulta sorprendente saber que es una habilidad apenas reincorporada.

Imagen 10. Palito y calcificación circular en la cabeza del poporo. Yo’sagaka, Resguardo Arhuaco, Sierra Nevada. (Archivo personal, 2017).



En estos espacios, los hombres toman el poporo con su mano menos hábil y el palito que lo complementa con la mano dominante, introducen el palito hasta el fondo del calabazo buscando cal, y luego lo llevan a la bola de ayo que mascan en su boca. La mezcla de saliva, cal y coca se concentra en la punta del palito y se traslada hasta la cabeza del poporo. Sosteniéndolo suavemente entre el dedo del medio y el índice, el palito se frota varias veces sobre el calabazo, formando así una pasta compacta de color amarillento. El movimiento de fricción comienza en el codo del poporero, pues la muñeca permanece estática y solo lo direcciona. La calcificación uniforme de la mezcla, llena de presagios impresos²¹, que para los indios serranos simboliza pensamiento materializado o “escrito”, depende en gran medida del ritmo y la fluidez del gesto.

El renacer de este tipo de conocimientos corporales, muy difíciles de verbalizar y transmitir, solo pudo ser posible porque la reetnización se produjo en la Sierra. “Después de dos años trabajando con esos mamos Kogi, cuando por fin recibí el poporo parecía que ya sabía cómo era todo,” afirma el mayor Isaac Gutiérrez [Entrevista personal en 2015]. La precisión y experticia en la manipulación del artefacto que despliegan los kankuamo comprueba la existencia de una mnemotécnica, una memoria corporal latente que, tras siglos de observación y relación con las etnias vecinas, se fue

²¹ Algunos mamos serranos utilizan las manchas húmedas que reposan en el poporo como mecanismos de adivinación. Mientras se reflexiona sobre un asunto específico las diferentes figuras salivadas que aparecen, responden y clarifican dudas. Si esta pasta se llegase a fracturar su poseedor deberá aguardar la llegada de una enfermedad

condensando hasta finalmente cristalizarse cuando las condiciones lo permitieron. En este sentido, Patrick Morales, académico que participó activamente en los procesos de reorganización política, confiesa:

Algo que me impresionó estando en el proceso de reetnización fue el tema de la memoria asociada al poporo. Cuando llegué a Atánquez nadie poporeaba e incluso estaba mal visto. Pero en el momento en que se reactiva todo ese tema de la reetnización y se habla de recuperar las tradiciones, me impresionó cómo rápidamente las personas que decidieron volver al poporo tenían una memoria muy marcada en su uso, en una manera de manipularlo muy claramente. [Entrevista personal en 2015].

Un último escenario de técnica y significado corporal, trabajado precisamente por Morales en su libro *Los idiomas de la reetnización* (2011), es el ritual del Corpus Christi kankuamo. Llevado a cabo en Atánquez durante el solsticio de verano, este evento puede interpretarse como una gran procesión católica que consagra la importancia de la transustanciación (manifestación del cuerpo y sangre de Cristo), y donde los promeseros se ofrecen para pagar sus deudas al “santísimo”. Sin embargo, también se puede abordar como una gran celebración india, una ofrenda festiva y colectiva llena de danzantes y cantores que rinden tributo a los cuerpos de sus ancestros —*siconyane*— y donde los promeseros se ofrecen a pagar sus deudas a la Sierra misma. En definitiva, el corpus kankuamo, en tanto verdadero espacio de transculturación y corporalidad, resulta ser ambos.

Los grupos que conforman la festividad, Cucumbas, Diablos y Negros, guardan en sus movimientos coreográficos conocimientos rituales y corporales de marcado acento histórico. Los aleteos y giros concéntricos de las cucumbas, el agite de castañuelas y los rápidos zapateos de los diablos, así como los saltos flexibles y pasos inclinados de los negros, denotan formas kankuamas de un sofisticado despliegue técnico incorporado desde la infancia temprana. Históricamente, cada grupo cuenta con un capitán que se encarga, más allá de sus responsabilidades oratorias, de posibilitar espacios expresamente destinados al aprendizaje práctico de los nuevos integrantes. De esta manera, se gestionan ensayos en diferentes partes del pueblo, principalmente concentrados alrededor de los infantes, a quienes se les orienta para que sincronicen los pasos correctos y reconozcan las posturas correspondientes a cada cambio de ritmo instrumental. Gracias a esto los bailes han variado muy poco desde su consolidación.

Algo realmente sorprendente es el complejo lenguaje corporal que expresan los grupos danzantes en el marco festivo. A medida que la celebración avanza, las actitudes de los bailarines cambian, los movimientos se intensifican o se suavizan:

Los negros tenemos una manera de bailar. A veces bailamos en el día de una forma y en la noche de otras formas diferentes. Depende del momento y del lugar. La cucamba va adelante, los diablos en el medio bailando y ahí seguimos nosotros. Todos los bailes son distintos de acuerdo a los ritmos. [Rafael Andrés Carrillo, mayor kankuamo y capitán del Palenque. Entrevista personal en 2015].

El baile de los Diablos se estremece y parece más amenazante en tanto se acercan al altar de la iglesia, las Cucambas agitan sus alas con mayor vigorosidad en ciertos lugares de pagamento indio, el Palenque blande sus machetes con más concentración al llegar a la plaza central. Dependiendo de los “sitios” en el pueblo, el comportamiento de los grupos varía, a veces drásticamente, a veces de maneras casi imperceptibles (incluso para los mismos danzantes). Como argumentan Morales (2011) y Pumarejo (2000), esto parece constatar la existencia de una memoria ritual y espacial contenida en los cuerpos danzantes.

Con todo, el Corpus Christi kankuamo refleja fielmente cómo un largo proceso de contacto cultural puede confluír sincréticamente en la manifestación de una realidad bastante original; realidad que fractura con atrevimiento los esquemas sociales propios de la Sierra y los esquemas propios del Valle, engendrando escenarios corporales realmente desconocidos y novedosos.

Imagen 11 y 12. La fotografía de la izquierda, capturada por Reichel-Dolmatoff en 1952 (donada a la OIK), muestra a un danzante de cucamba acompañado por un tamborero en el Corpus Christi. La fotografía de la derecha, capturada en 2016 por Daniel Maestre (líder kankuamo), muestra, sin proponérselo, la misma situación 64 años después.



Conclusiones

En repetidas ocasiones, la producción institucional y académica preocupada por entender la Sierra comprime la historia de la sociedad kankuama a su mitología y, por consiguiente, reduce su memoria colectiva a un plano meramente discursivo. No en vano, buena parte de la información sobre los kankuamo (incluyendo la producida por ellos mismos) resulta redundante alrededor de la “Cosmovisión”, la “Línea Negra”, la “Ley de origen” y la “Madre Tierra”; sin que se explique realmente cuáles son sus implicaciones objetivas ni cuáles sus posibles contradicciones en la cotidianidad. En este sentido, abundan investigaciones que abordan el mundo serrano preocupándose por la ideología y el discurso de sus gentes, centrando su atención exclusivamente en mamos o líderes políticos, dejando de lado aspectos concretos de

la existencia mundana, no tan idílicos, que en su minucia encierran una gran riqueza antropológica (como es el caso del cuerpo humano). Todo esto no quiere decir que el pensamiento kankuamo opere en un plano ajeno al de la materialidad, es evidente que ambos se funden al calor del proceso indígena (Godelier, 1989; Harris, 1994); no obstante, dichas perspectivas, en su gran mayoría, reducen al indio serrano a un ser meramente reflexivo, armónico y prístino (Uribe, 1988), generando así caminos trillados y superficiales que desorientan la interpretación de la historia y la memoria indígena, bien como verdades invariables o bien como simples estrategias políticas. Por ende, es una dificultad epistemológica el hecho de que la cosmovisión aparezca y se reafirme por sí misma, como si no proviniera de humanos que, con sus (inter)acciones, la reproducen, la contradicen y la actualizan; en últimas, y esto es clave, como si no tuviera una base material objetiva (Vasco, 2002).

De ahí que, como se sugirió en el recorrido histórico esbozado, no solo sea posible sino oportuno analizar el proceso de transculturación kankuamo desde el cuerpo humano, considerándolo como elemento cultural objetivo. Entenderlo, en tanto residencia de significados, gestos, movimientos y expresiones tradicionales, es entender a la sociedad que lo produce. En consecuencia, siguiendo a Le Breton (2002), es posible afirmar que el cuerpo metaforiza lo social, pues encierra un sinnúmero de conocimientos que constatan la memoria colectiva del grupo.

La lectura propuesta permitió observar un ir y venir flexible de los kankuamo entre los marcos de tradición serra-

na y los marcos de tradición del valle. Su capacidad plástica se presenta de maneras tan sorprendentes que incluso para los mismos indígenas resulta difícil reconocerse y explicarse como tal: “No somos ni tan campesinos ni tan indígenas, pero existimos” afirma el mayor Rafael Carrillo (citado por Pumarejo y Morales, 2003). Es por esto que en un plano discursivo resulta problemático concretar definiciones en torno al ser kankuamo. En las conversaciones con la gente del resguardo, la excusa de la complejidad termina por difuminar toda sensatez y el kankuamo, desbordándolo todo, termina por ser nada. Es allí donde, en parte, se justifica la disposición etnográfica hacia una base material concreta que no por escapar al discurso político y a la reflexión inmediata pasa a ser ilusoria o irreal. Es en este sentido que la antropología del cuerpo, en tanto observatorio privilegiado, adquiere sentido y valor para la comprensión de los grupos humanos que componen nuestra especie.

Finalmente, se observa cómo, a pesar de siglos de violencias y políticas colonizadoras, diferentes elementos de la cultura kankuama se prolongaron resignificándose en términos simbólicos y actualizándose en términos técnicos, mientras que otras manifestaciones culturales retornaron del abandono y el olvido. Bajo este panorama, las relaciones con las etnias vecinas y las discusiones sobre la tradición desempeñaron un papel fundamental. Por su parte, el cuerpo indígena, distante de toda esencia pura y monolítica, emergió como escenario social que posibilitó muchas de las transformaciones que hoy le permiten ser a los kankuamo lo que son: una amalgama histórica de reminiscencias indias, vallenatas y españolas en las faldas montañosas de la Sierra meridional.

De las páginas anteriores es posible extraer una última idea. Es claro que la transmisión de destrezas motrices, bajo un panorama transcultural, se sustentó en escenarios cotidianos de enseñanza-aprendizaje que posibilitaron, extendieron y actualizaron la existencia de una particular memoria corporal entre los kankuamo. Ahora bien, es probable que, con sus modificaciones y permanencias, todas esas técnicas del cuerpo sobrevivieran a la represión y a la violencia sistemática de los invasores por el simple hecho de no ser orales. Si bien las generaciones de indígenas contemporáneos no accedieron plenamente al enigmático idioma kankuamo, ni a los ropajes originales de los antiguos, ni a los conocimientos especializados del pagamento o el poporeo, sí pudieron sentarse con sus mayores a observar, imitar, jugar y memorizar. Así, la corporalidad indígena pudo evocar en el presente cúmulos colectivos de movimientos y gestualidades que, en algunos casos, se remontaban incluso al periodo formativo Tairona. El cuerpo, en tanto manifestación social y depósito de sabiduría tácita, recuerda.

Para cerrar, resulta irresistible acudir a las palabras del mayor kankuamo Segundo Arias [Entrevista personal en 2019]:

Usted nos ve diferente a los otros indios, pero usted nos ve que nosotros también hacemos esto y lo otro, que caminamos ligero y que la mochila y que el poporo y que el baile, y eso puede ser algo indígena muy antiguo, porque eso no es otra cosa que raza y costumbre, pura raza y costumbre...

Referencias

- Arenas, J. (2016). *Sembrando vidas, la persona i'ku y su existencia entre lo visible y lo invisible*. Tesis doctoral. Departamento de Antropología. Universidad de Brasilia.
- Bischof, H. (1983). Indígenas y españoles en la Sierra Nevada de Santa Marta, siglo XVI. *Revista Colombiana de Antropología*, (24), 75-124.
- Bourdieu, P. (1999). Comprender. En: *La miseria del mundo* (pp. 527-543). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Chaves, A. y Zea, L. (1977). *Los Ijca. Reseña Etnográfica*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Colectivo audiovisual Zhigonezhi. (2012). *Nabusímake: Memorias de Una Independencia*.
- Darwin, C. (1982). *El origen del hombre*. Barcelona: Edición comunicada.
- De Brettes, J. (1987). Donde los indígenas del norte de Colombia. Bogotá: *Revista de Antropología*, Vol III, No.1. Universidad de los Andes.
- Détrez, C. (2017). *La construcción social del cuerpo*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- Díaz, F. (1984). Estado, Iglesia y desamortización. En: Jaramillo, J. (Ed.). *Manual de historia de Colombia*. Tomo

II (pp. 413-439). Bogotá: Procultura - Instituto colombiano de Cultura.

Dussán, A. (1960). *La mochila de fique. Aspectos tecnológicos, socioeconómicos y etnográficos*. Bogotá, Colombia.

Dussán, A. y Reichel-Dolmatoff, G. (2011). *La gente de Arimatama. La personalidad cultural de una aldea mestiza*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Dux, G. (2017). *Teoría histórico-genética de la cultura*. Bogotá: Ediciones Aurora.

Echavarría, C. (1999). *La mochila "rayá": del símbolo a la subsistencia*. Boletín cultural y bibliográfico. Vol. 36. Núm. 52.

Ereira, A. (Director). (1992). *From the Heart of the World: The Elder Brothers' Warning – Kogi Message to Humanity*. [Video Documental]. BBC.

Escobar, D. (2017). *Dolores en el Corazón del Mundo. Conflictos socioambientales y pueblos indígenas en la Sierra Nevada de Santa Marta*. Editorial Académica Española.

Fals Borda, O. (1979). *Mompox y Loba. Historia doble de la Costa*. Bogotá, Carlos Valencia Editores.

Ferro, M. (2012) *Makruma. El don entre los iku de la Sierra Nevada de Santa Marta*. Bogotá: Ediciones Uniandes.

Figuroa, J. (2001) *Del nacionalismo al exilio interior*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.

Foucault, M. (2003). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Fuchs, T. (2003). *The memory of the body*. Recuperado de: https://www.traumasensitives-yoga.de/uploads/7/7/6/8/77686656/fuchs_2_.pdf

_____. (2001). The tacit dimension. *Philosophy, Psychiatry, & Psychology*, 8(4): 323-326.

Giraldo, S. (2010). *Lords of the Snowy Ranges: politics, place, and landscape transformation in two tairona towns in the Sierra Nevada, Colombia*. Universidad de Chicago. Doctorado de Filosofía.

Godelier, M. (2000). *Cuerpo, Parentesco y Poder: perspectivas antropológicas y críticas*. Quito: Ediciones Abya-Yala.

_____. (1989). *Lo ideal y lo material. Pensamiento, economías, sociedades*. Madrid: Altea, Taurus, Alfaguara.

Halbwachs, M. (2002). Fragmentos de la memoria colectiva. *Athenea digital*, (2). Recuperado de: <https://atheneadigital.net/article/view/n2-halbwachs/52-pdf-es>

Harris, M. (1994). *El materialismo cultural*. Madrid: Alianza Editorial.

- Hertz, R. (1990). *La muerte y la mano derecha*. México: Conaculta.
- Lara, W. (2016). *Los estudios sociales del cuerpo: un estudio de sus supuestos epistemológicos*. Inédito
- Langebaek, C. (2007). *Indios y españoles en la Antigua Provincia de Santa Marta*. Bogotá: Universidad de los Andes-CESO.
- Le Breton, D. (2002). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva visión.
- _____. (1992). *La sociología del cuerpo*. Tucumán: Ediciones Nueva Visión.
- Leenhardt, M. (1997). *Do Kamo. La persona y el mito en el mundo melanesio*. Buenos Aires: Paidós.
- Luria, A. R. (1973). *The Working Brain: An Introduction to Neuropsychology*. Middlesex: Penguin Books.
- Marx, K. (1977). *El capital. Crítica de la economía política*. Madrid: Akal.
- Mason, G. (1938). *The culture of Taironas*. Tesis doctoral. Departamento de Antropología. University of Southern California.
- Mateus, D. (2016). *El cuerpo indígena Kankuamo: proceso, flexibilidad y memoria*. Trabajo de grado. Sociología, Pontificia Universidad Javeriana.

Mauss, M. (1979a). *Sociología y antropología*. Madrid: Tecnos.

_____. (1979b). *Técnicas y movimientos corporales*. En *Sociología y Antropología*.

Mendoza, E. (1988). Cambio de Mentalidad y Colonización del Territorio Arhuaco: 1820-1920. *Revista de Antropología*, IV (1).

Merleau-Ponty, M. (2000). *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Ediciones Península.

Mogollón, D. (2018). *El acto de tejer como acto cosmogónico*. Introducción a través del análisis interpretativo de tutu (mochila) y muku (manta) al pensamiento del grupo humano Ika de la Sierra Nevada de Santa Marta. Tesis de maestría. Escuela de filosofía. Universidad Industrial de Santander.

Morales, P. (2011). *Los idiomas de la reetnización: Corpus Christi y pagamentos entre los indígenas Kankuamo de la Sierra Nevada de Santa Marta*. Bogotá: Centro Editorial Facultad de Ciencias Humanas Universidad Nacional de Colombia.

Organización Indígena Kankuama —OIK. (2010). *Los Kankuamos: Nuestra historia e identidad*. Bogotá: CORCAS Editores.

_____. (2009). *Hoja de cruz, memoria histórica de los impactos del conflicto armado en el pueblo indígena Kankuamo 1985-2008*. Valledupar: Imagen Visual.

- Panhofer, H. (2012). La sabiduría y la memoria del cuerpo. En: Giménez, . (Ed). *La investigación en danza en España 2012*. Valencia: Mahali Ediciones.
- Paternina, H. (1999). Los pueblos indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta: una visión desde el cuerpo, el territorio y la enfermedad. En: Vigoya, M. y Garay, G. (Comp.). *Cuerpo, diferencias y desigualdades* (pp. 271-296). Bogotá: Editorial de la Universidad Nacional de Colombia.
- Pineda, R. (2012). La aventura de ser antropóloga en Colombia: Alicia Dussán de Reichel-Dolmatoff y la antropología social en Colombia. En: *Maguaré*, 26 (1).
- Polanyi, M. (1967). *The tacit dimension*. New York: Doubleday.
- Pumarejo, A. (2000). *Le pagamento: Manifestations religieuses et revendications politiques des indiens Kankuamo de la Sierra Nevada*. Mémoire de D.E.A, inédite. E.H.E.S.S. Paris.
- Pumarejo, A. y Morales, P. (2003). *La recuperación de la memoria histórica de los Kankuamo: un llamado de los antiguos. Siglos XX-XVIII*. Bogotá: Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- Ortiz, J. (1997). *Universo Arhuaco*. Medellín: Prometeo.
- Oyuela, A. (2002). El surgimiento de la rutinización religiosa: La conformación de la elite sacerdotal Tairona-Kogui. *Revista de Arqueología del Área Intermedia* (4), 12-45.

- _____. (1986). De los Taironas a los Kogi: una interpretación del cambio cultural. *Boletín del Museo del Oro* (17), 32-43. Recuperado de: <https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/bmo/article/view/7229>
- Reichel-Dolmatoff, G. (1997) *Arqueología de Colombia: un texto introductorio*. Bogotá: Presidencia de la República. Biblioteca Digital de Bogotá.
- _____. (1991) *Los ika, Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia: notas etnográficas 1946 - 1966*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- _____. (1953). *Contactos y cambios culturales en la Sierra Nevada de Santa Marta*. *Revista Colombiana de Antropología*, 1(1), 15-122.
- Rodríguez, J. V. (2010). *Espacios rituales y cotidianos en el Alto río Ranchería, la Guajira, Colombia*. *Arqueología del sureste de la Sierra Nevada de Santa Marta*. Bogotá: Icoder, Universidad Nacional de Colombia.
- Romero, F. (1955). *Llanto sagrado de la América meridional*. Bogotá: Editorial ABC.
- Schlegelberger, B. (2016). *Los arhuacos en defensa de su identidad y autonomía. Resistencia y sincretismo*. Berlín. CEJAS.
- Serje, M. (2008). La invención de la Sierra Nevada. *Antípoda* (7), 197-229.

- Sievers, W. (1986). Los indígenas arhuacos en la Sierra Nevada de Santa Marta. *Boletín Museo del Oro* (16). Recuperado de: <https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/bmo/article/view/7243>
- Soler, V. (1915). *Misión de la Goajira, Sierra Nevada y Motilones, a cargo de los Reverendos Padres Capuchinos*. Exposición del vicario apostólico. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Talco, J. (1995). *Un pueblo indígena en reconstrucción*. Inédito.
- Trilles, K. (2004). El cuerpo vivido. Algunos apuntes desde Merleau-Ponty. *Thémata. Revista de Filosofía*. (33).
- Turner, B. (1994). Los avances recientes en la teoría del cuerpo. *Reis* (68), 11-39.
- _____. (1989). *El cuerpo y la sociedad. Exploraciones en teoría social*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Uribe, C. A. (1988). De la Sierra Nevada de Santa Marta, sus ecosistemas, indígenas y antropólogos. *Revista de Antropología*, IV (1).
- Vasco, L. (2006). *Recolección de información bibliográfica sobre prácticas de intervención del cuerpo en sociedades indígenas actuales de Colombia*. Bogotá: Museo del Oro.

_____. (2002). *Entre Selva y Páramo*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

_____. (1994) *Del Barro al Aluminio*. Bogotá: Producción cultural Embera y Waunaan. Inédito.

Vinales, J. (1952). Indios Arhuacos de la Sierra Nevada de Santa Marta. Bogotá: *Revista del Instituto Etnológico Nacional*. Editorial Iqueima.

Capítulo 6.

“UNA MACHETE”: Mapas parlantes, luchas indígenas historias y memorias emblemáticas¹

Jaime E. Londoño M.

Universidad Icesi

Introducción

Las memorias siempre en plural tienen historias y se desarrollan en muchas temporalidades. Surgen como recuerdos, como silencios o como huellas en momentos históricos específicos, en función de escenarios y las luchas sociales propios de cada coyuntura. Lo que es silenciado en determinada época puede emerger con voz fuerte después; lo que es importante para cierto período puede perder relevancia en el futuro [...] Escenarios cambiantes, actores que se renuevan o persisten, temas

¹ El artículo es resultado del proyecto de investigación *Memorias e historias del movimiento indígena: Víctor Daniel Bonilla y los solidarios*, realizado en el Centro de investigación de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Icesi, Grupo Nexus, línea Estudios históricos y regionales. Orcid <https://orcid.org/0000-0002-2128-727X>

hablados o silenciados dan a la memoria su aspecto dinámico. Los sentidos del pasado y su memoria se convierten [...] en objeto de luchas sociales y políticas. (Elizabeth Jelin, 2012).

Los mapas parlantes (en adelante MP) no han sido una preocupación de los estudiosos del movimiento indígena del departamento del Cauca. Víctor Daniel Bonilla (en adelante VDB) —intelectual y académico contrahegemónico—, gestor de la iniciativa de los solidarios con las luchas de Páez y Guámbianos, dejó pocos escritos sobre su origen y particularidades conceptuales y metodológicas. Recientemente se ha reavivado el interés por su análisis, esfuerzos cristalizados en una ponencia y en una tesis de maestría. Los MP, como metodología su generis, construida en diálogo con la Investigación Acción Participación (en adelante IAP), fue uno de los múltiples repertorios de lucha usado por las comunidades indias para defender sus derechos. Después de la promulgación de la Constitución de 1991, su uso perdió importancia. En la actual coyuntura de la sociedad colombiana, asociada con el posconflicto, el establecimiento de la verdad, la restitución de la tierra y el fortalecimiento de la democracia, conocer experiencias, que involucren procesos alternativos de trabajos con las memorias y la búsqueda de la paz, es más que relevante. El objetivo del artículo es preguntarse por el origen, sentido y significado de los MP. La respuesta es construida con base en las nociones de historias conectadas, colonialidad del poder, cuestión indígena, adaptación en resistencia y memorias e historias emblemáticas. Asimismo, exige trajinar con recursos bibliográficos escasos y con un corpus documental limitado y disperso que reposa en fondos privados. Estas par-

ticularidades dificultan realizar estados del arte y trabajos de síntesis; más útil, es emprender una labor de rastreo, seguir huellas dejadas en ponencias y capítulos de libros, y complementarlas con testimonios y bibliografía de contexto.

Estas huellas son difusas por varios factores; uno es el sentido académico y político que orientaba la acción de VDB y los solidarios que acompañaron las luchas de los Páez y Guámbianos. Intelectualmente, este grupo estimulado por la IAP resignificó la función social del conocimiento y exploró praxis “alternativas” a las de los partidos hegemónicos e izquierdas colombianas. Su prioridad no era la reflexión conceptual y metodológica sobre los MP, las coyunturas políticas de las décadas de los años setenta y ochenta del siglo XX impuso otras tareas. Los MP eran un recurso inacabado, se configuraban al calor de la acción; en coyunturas, era necesario caracterizarlos, buscar financiación o presentarlos como experiencias. Mauricio Caviedes argumenta que fueron marginales, no impactaron al “conjunto del pensamiento social y antropológico en Colombia” (Caviedes, 2013: 40).

El artículo consta de cuatro secciones; la primera, con base en las nociones de historias conectadas, cuestión indígena y colonialidad del poder, aborda el contexto general del desarrollo de los MP. La segunda analiza su origen desde un rastreo bibliográfico e incluye el testimonio de VDB. La tercera responde qué son los MP, sin plantear una definición cerrada. La última sección, explica el uso, sentido y significado de los MP.

1. Mapas parlantes e historias conectadas

La gestación, desarrollo y uso de los MP hace parte de un proceso tejido por un sin número de hilos; la noción de historias conectadas es más que pertinente para su comprensión, pues su énfasis está puesto en la interfaz “entre lo local y regional” (el nivel micro) y el “suprarregional (nivel macro), a veces incluso global” (Subrahmanyam, 1997: 745). Los niveles macro y micro ponen en contacto territorialidades, evidencian circuitos no reducibles al ámbito económico; por sus contornos e interiores fluyen funcionarios, élites, gentes del común, ideas y conocimientos en variadas formas (Subrahmanyam). La conexión aprovecha las enseñanzas de una historia mundial, “saludable en tiempos de repliegue, pero sin tomar maquinalmente sus vías, en la medida en que sus aproximaciones macrohistóricas sacrifican el estudio en profundidad de las situaciones y de los seres que nos interesan”. (Gruzinski, 2010: 43).

Desde las historias conectadas, el origen, sentido y significado de los MP está asociado con procesos que conectan territorialidades locales o micro —resguardos y municipios ubicados en el departamento del Cauca— con territorialidades suprarregionales —Colombia y el mundo polarizado de la Guerra Fría y el desarrollo—. La conexión posibilitó el encuentro de nasas y Misak con diversos actores sociales: 1) funcionarios públicos: autoridades civiles, policiales y militares; 2) Representantes de la Iglesia, comunidades y grupos religiosos; 3) Militantes de los partidos políticos Liberal y Conservador, organizaciones de izquierda y grupos alzados en armas; 4) Integrantes y simpatizantes de movimientos so-

ciales, solidarios, líderes y miembros de base de las comunidades indígenas, funcionarios de ONG, etc. Con estos actores e instituciones circularon discursos y prácticas alrededor de la cuestión indígena que engendraron múltiples conflictos con distintas formas de resolución.

León Zamosc asocia la cuestión indígena al “estatuto ciudadano de las poblaciones nativas, [...] al conjunto específico de derechos y obligaciones que definen su inclusión como miembros de la comunidad política” (2009: 14). Este estatuto determina la política y la acción indigenista, que no puede reducirse a una política oficial, pues incluye el “conjunto de acciones de la sociedad envolvente” identificada “con la situación concreta de los indios dentro del sistema nacional correspondiente” (Bonfil, 1972: 22); asimismo, está determinado por los intereses dominantes en las sociedades nacionales, configurando el colonialismo interno (24).

La relación entre cuestión indígena, situación colonial e historias conectadas, está dada por lo que Aníbal Quijano denominó colonialidad del poder: “la imposición de una clasificación racial/étnica de la población del mundo” (Quijano, 2000: 342), derivada de la constitución histórica del poder capitalista mundial y colonial moderno. El resultado de esta taxonomía fue la estructuración de nuevas identidades sociales, la clasificación y diferenciación de la población mundial en “inferiores y superiores, irracionales y racionales, primitivos y civilizados, tradicionales y modernos”. (342-343).

Desde la colonialidad del poder, la cuestión indígena no es homogénea, no posee una dirección única —arriba-ab-

jo— en la que los indios actúan pasivamente; por el contrario, los indígenas se han adaptado en resistencia (Stern, 1990). Bajo estas consideraciones, el origen, sentido y significado de los MP, está asociado con la tensión y conflictividad entre los procesos de resignificación del indígena y del ser indio y los discursos/prácticas hegemónicas, relacionadas con la cuestión indígena derivada de los ideales de la modernidad decimonónica de civilización/progreso y de la modernidad de mediados del siglo XX relacionada con los ideales del desarrollo y de la Guerra Fría.

En el nivel macro, a mediados del siglo XX, los ideales de la modernidad asociada con el desarrollo y la Guerra Fría pusieron en circulación, desde la lógica de la colonialidad del poder, unos discursos y unas prácticas que orientaban la cuestión indígena por tres rutas distintas: 1) El desarrollismo; 2) La perspectiva de clase de las nuevas y viejas izquierdas (Gros, 1991: 126-167); 3) La Doctrina de la Seguridad Nacional. Los indios fueron representados negativamente y vinculados a una condición de inferioridad: campesino subdesarrollado, escasamente integrado al mercado, potencial militante y potencial subversivo y revolucionario. Estas imágenes legitimaban el deber ser de las políticas y acciones indígenas para su modernización; es decir, para ser asimilado e integrado, iniciativas que determinarían su desaparición.

En el nivel micro, los ideales de la modernidad relacionados con el desarrollo y la Guerra Fría se imbricaron con los discursos y prácticas de la cuestión indígena decimonónica, expresada a través de lo que se ha denominado “el deseo civilizador”. Este deseo comprendió, además de iniciativas

económicas, “ideales religiosos y educativos [...] costumbres y hábitos de vestir [...] el sueño de una ‘civilización mestiza’ en la que se daría un blanqueamiento de la herencia negra e indígena” (Rojas, 2001: 36-37). Para ello, se necesitaba una política y una acción indigenista orientada hacia una “hipotética ‘unidad nacional’, basada en una quimérica homogenización de raza, lengua, religión y cultura de toda la población colombiana”. (Bonilla, 1972: 66 y 69).

La cuestión indígena decimonónica negó a los indios su historia; historicidio orientado a legitimar los preceptos constitucionales de 1886 y a ocultar los procesos productores de “jerarquías raciales, étnicas y de clase que prevalecen hasta hoy día” en Colombia y América Latina” (Hill y Staats, 2002: 15). Discurso alocrónico que denegó a los indígenas su contemporaneidad, fueron ubicados “en un tiempo anterior” (16), que permitió clasificarlos social y culturalmente como inferiores, salvajes a ser civilizados o eliminados.

En el nivel micro, la imbricación de la cuestión indígena decimonónica con la cuestión indígena asociada con el desarrollo y la Guerra Fría, enfrentó a Paeces y Guámbianos a un cara-cara simultáneo; de un lado, terratenientes, miembros de la Iglesia católica, maestros, grupos de poder local, funcionarios públicos municipales y departamentales y, del otro, profesionales y promotores que integraban oficinas de organismos multilaterales, ONG, militantes de organizaciones de izquierda y agentes de seguridad del Estado y de la fuerza pública. Todos con una misión: implementar la política y la acción indigenista; en unos casos, para seguir con su explotación y continuar con su proceso de “civilización”,

sin olvidar su utilización como votantes potenciales. En otras situaciones, para modernizarlos, convertirlos en campesinos productivos e integrados al mercado, para vincularlos como “militantes” de grupos de izquierda, incluyendo los alzados en armas o para reprimirlos por subversivos.

En este cara-cara no se gestó una relación dialógica, la representación negativa del indio impidió el diálogo. Funcionarios públicos, profesionales, promotores del desarrollo, agentes de seguridad del Estado, miembros de la fuerza pública y militantes, llegaron con un diagnóstico que no necesitaba validación. Todos arribaron a los resguardos con funciones preconcebidas, proyectos con protocolos y rutas metodológicas definidas, con ítems de informes casi inalterables, con la tarea de efectuar “investigaciones aplicadas”, con conclusiones conocidas de antemano, con procedimientos estandarizados y con estrategias delineadas para el trabajo político y la lucha armada. Así, se diligenciaron reportes, se efectuaron talleres, se realizó el seguimiento de proyectos, se capturó, torturó, violó, desapareció o se procedió a la ejecución extrajudicial de miembros y dirigentes de las comunidades indígenas. En nombre del cambio revolucionario, se configuraron células, escuadras o frentes con militantes indios, pero también se amenazó, asesinó y fusiló a los indígenas que se opusieron a estos requerimientos.

Como en el pasado colonial y decimonónico, los indios se adaptaron en resistencia, buscaron alianzas con propuestas contrahegemónicas, fueron escuchados por defensores de la Teología de la Liberación, por académicos descontentos con la apropiación acrítica de los modelos de ciencia social

norteamericanos y europeos, por estudiantes universitarios que cuestionaban las prácticas de las izquierdas y por una serie de intelectuales, funcionarios, profesionales, etc., formados al tenor de las luchas sociales de mediados del siglo XX.

En este punto, es necesario dejar el escenario estructural de la macro historia y comenzar a “embarrar nuestras botas en los pantanos de la microhistoria” (Subrahmanyam, 1997: 750). La acción indigenista, derivada tanto de la cuestión indígena decimonónica como del desarrollo y de la Guerra Fría, puso en alerta a las comunidades indias, quienes comenzaron a adaptarse en resistencia. Aprovecharon las fisuras del nuevo marco institucional para reanudar sus luchas por el territorio, autoridad y cultura. Este contexto permitió a VDB, en sus labores de acompañamiento y solidaridad con los indígenas del departamento del Cauca, identificar la búsqueda de una comunidad Páez del resguardo indígena de Tacueyó, quienes querían una herramienta que les permitiera “recuperar” sus historias y sus memorias, la querían usar en sus reivindicaciones y apuestas de futuro. Este artefacto, por las competencias de lectoescritura, tenía que ser gráfico e incluir su entorno territorial: el resultado fueron los MP. En su elaboración, además del levantamiento documental en archivos de Cali, Bogotá, Popayán y Quito, participaron las colectividades indias, sus testimonios y memorias —individuales y colectivas— fueron fundamentales, como lo fue su retroalimentación a lo largo del proceso.

Las historias/memorias que subyacen en los MP pueden calificarse de emblemáticas porque ofrecieron un contexto referencial que organizó y otorgó significado a la experiencia

humana de los Paeces, les permitió superar los impases de la historia y la memoria oficial (Stern, 2009: 146), derivados de la cuestión indígena decimonónica y de la modernidad del desarrollo y de la Guerra Fría que los reconocía negativamente. Los Páez, solidarios y acompañantes de las luchas indias, construyeron una historia en las que los indios eran protagonistas de un largo proceso de explotación y despojo de sus territorios, autoridad y cultura, pero también de resistencia y de lucha por sus derechos; historia que sirvió de cimiento para la construcción de una contra memoria (146). El uso de los MP fue un trabajo de la memoria (Jelin, 2012), con esta labor, la memoria suelta quedó inserta en una gran carpa o memoria colectiva, que circuló tanto en la esfera pública como semipública (Stern, 2009: 147): cursillos, asambleas, marchas, recuperaciones de tierra, alrededor del fogón, etc. Así, las luchas llevadas a cabo por Paeces y, posteriormente, Guámbianos —durante los años setenta y ochenta del siglo XX—, por la defensa de sus derechos, quedaron legitimadas.

2. ¿Qué son los mapas parlantes?

Para responder este interrogante es necesario comenzar con el ejercicio de rastreo y caracterización de los MP. Para ello, identificamos tres coyunturas. La primera: 1980-1982, asociada con tres ponencias presentadas en Colombia, Perú y México. Durante el II Congreso de Antropología de Colombia en Medellín, 1980, VDB concibió los MP como un soporte material, “más material que la palabra hablada o escrita”, debería “ser apropiado y manejado libremente” por los indígenas “en las precarias condiciones de existencia

cotidiana” (Bonilla, 1983: 383). El soporte era una representación mixta: dibujo-mapa que permitía a los indios “no solo situar los conocimientos transmitidos y los suyos propios [...] para retransmitirlos en función de su interés inmediato” (384). No desarrolló la relación MP-territorio, únicamente presentó indicios: el derecho a la territorialidad Páez “resurgía con toda su fuerza al ver las montañas y pueblos dibujados en el mapa. De ahí que lo usaron para afirmar ante terratenientes y militares la veracidad de sus títulos y la justicia de sus derechos” (383384).

Identificado el soporte se inició la tarea de materializarlo, fue una labor de ensayo y error, investigación en archivos, recorridos por el territorio en compañía de la comunidad, socialización de hallazgos, diseño y graficación. Los MP debían: 1) “Ser visual y para uso en comunidad”; 2) “Reconstruir la realidad objetiva y totalizante de los indígenas”; 3) “Adaptarse a la visión geográfico-espacial del nativo”; 4) “Servir de hilo conductor al relato y al análisis”; 5) “Que tome en cuenta las coyunturas históricas claves, en forma que permita captar el proceso e incluir historia oral de la comunidad” (Bonilla, 1983: 384).

En diciembre de 1980, en Lima, VDB relacionó los MP con procesos de IAP destinados a un “programa de educación de adultos y promoción de las comunidades indígenas del departamento del Cauca” (Bonilla, 1982: 147). Cambió la idea dibujo-mapa por la de murales realizados con la activa participación de los paeces (149). No se trataba de “producir ayudas visuales, o simples materiales pedagógicos para uso repetitivo” (161), su uso era oral por la naturaleza de la

población a la que estaban destinados; particularidad que les otorgaba un doble carácter, “soportes materiales a la vez que materia prima, para la continua producción de conocimiento entre las comunidades paeces”, pues facilitaban la “tarea de investigar en forma continua su propia realidad y la del mundo que los rodea” (161).

En su presentación complejizó la perspectiva temporal y territorial que subyacía en los MP, la periodización comprendía procesos ocurridos entre el siglo XVI y la década de los años setenta del siglo XX, divididos en cuatro coyunturas: 1) “Vida de las comunidades al llegar los colonizadores españoles y durante la conquista”; 2) “Vida y transformaciones operadas durante la época colonial, comienzos del siglo XVII-cuando ocurre la formación del actual pueblo Páez”; 3) “Implicaciones sobre las comunidades caucanas de la formación de la nación colombiana (s. XIX)”; 4). “Periodo contemporáneo” (Bonilla, 1982: 153). La territorialidad, comprendía el nudo andino entre los ríos Cauca y Magdalena, fue definida a partir de cuatro premisas: 1) Las “dimensiones físicas del mundo páez”; 2) Por “constituir un eje central de su concepción del mundo, siempre referido a sus montañas, ríos, lagunas, etc.”; 3) “Por ser el vehículo con los antepasados y con las comunidades de hoy”; 4) Por “brindar un espacio que permitiera globalizar la representación de su existencia en toda su diversidad (social, económica, cultural)” (153).

Dos años después, en México, 1982, los MP fueron asociados con un material pedagógico y método de educación permanente utilizado en pequeña escala y en fase experimental. Su eficacia fue relacionada con el apoyo de un

proceso de “producción de conocimientos sobre su propia realidad {[por]} parte de la comunidad indígena que lo utiliza llevándolo necesariamente a dinamizar su acción” (Bonilla, 1983: 97). La cartilla “Historia política de los paeces”, permitió “definir” la perspectiva temporal y territorial de los MP, seleccionar “períodos y coyunturas históricas determinantes en la evolución del pueblo Páez” (97). Los siete murales representaban en un espacio regional, aproximadamente, el actual departamento del Cauca, las “transformaciones de la vida, el territorio, la economía, la sociedad, las creencias, etc., de los pueblos indígenas que habitaban en el siglo XVI y en particular los paeces que todavía lo pueblan hoy en día” (97). Los MP se han erigido en un “soporte material al trabajo de reconstrucción de su realidad, investigación y análisis continuo” (99). La experiencia ha demostrado que se prestan a múltiples lecturas, “determinadas por las necesidades del grupo que los utiliza en el momento en que los utiliza” (99). Para los indígenas, han sido una herramienta que podían manejar “en su propia lengua, no solo para repetir y transmitir los conocimientos acumulados por otros, sino para producir los nuevos conocimientos que necesitan” (99).

En la segunda coyuntura (1985-1986), los MP fueron repensados y complejizados. En 1985, VDB desarrolló en Lima una caracterización más acabada, los siete murales representaban en “forma global la vida de la actual región caucana entre 1535 y 1970 [...] Sobre la base unificadora de un tiempo natural cuyas transformaciones se pueden seguir” temporalmente (Bonilla, 1987: 152). Para los indígenas eran una herramienta que facilitaba “su tarea de investigar en forma continua su propia realidad y la del mundo que

los rodea” (153). Los MP constituían un “referente global, siempre presente, que permite la ubicación en el tiempo y en el espacio”; en unos casos eran puntos de partida; en otros, puntos de llegada “según el lugar y el momento en que los utilizan las comunidades, se presentan para el desarrollo y análisis en cualquier campo del saber. Son herramientas y no metas en sí” (154). En conjunto los MP:

[...] reproducen la vida en un territorio, en sus múltiples aspectos: historia, derecho, economía de las comunidades indígenas, recursos naturales, flora, fauna. Las relaciones con la naturaleza, la ciencia de la tierra y la medicina están representadas junto con la historia y el funcionamiento de la sociedad global, colonial o nacional. No aparecen como “materias” dentro de un pensar o disciplinas especializadas. La expresión generalizante de lo político, lo económico y lo físico, que es la recreación de la vida misma en su diversidad, posible gracias al sistema gráfico adoptado, se aviene perfectamente al sentido globalizante del conocimiento indígena. (Bonilla, 1987: 152- 153).

En un documento inédito, VDB y María T. Findji diferenciaron los MP del muralismo, especialmente del mexicano, su función no era plasmar las gestas de los indígenas Páez, tampoco eran un estudio etnográfico o sociológico y mucho menos buscaban mostrarles a los indios “el lugar que las sociedades capitalistas o socialistas le tenían reservado” (1986: 2, 7). Los definieron como una herramienta de trabajo, usada en procesos de educación-acción y/o educación investigación, destinada al acompañamiento de un “proceso de reafirmación social y cultural que se apoya en una reactivación de la memo-

ria colectiva, una recuperación histórica” (2). Estaban insertos “en una estrategia no-formal de educación comunitaria [...] de educación de adultos” (3), con el propósito de:

[...] ayudar a los paeces a reconstruir —desde su punto de vista— el proceso por el cual han atravesado, así como su relación real que hoy tienen con la sociedad global. Clarificación fundamental para analizar y dirigir su acción colectiva. Pero que no podía ser adelantada por el investigador ni por las comunidades separadamente: tenía que ser un trabajo conjunto. (Bonilla y Findji, 1986: 7).

Los MP no fueron el resultado de una iniciativa planificada, se configuraron en el entrelazamiento de la acción y la investigación. El propósito de su gestor no era “describir”, “explicar” o “racionalizar”, sino realizar una inmersión con el propósito de contribuir “directamente con sus capacidades y conocimientos al desarrollo de esa visión y de ese actuar. Y, en segundo término, en adelantar esa búsqueda en forma realmente conjunta con las comunidades (Bonilla y Findji, 1986: 13). En la estructuración de los MP participaron de forma “directa e indirectamente miembros de las comunidades indígenas, grupos de personas de los sectores populares: artistas y hombres de acción junto con investigadores universitarios”, pero el producto final y su forma de producción “obedecieron a los requerimientos de los protagonistas, actores en su vida cotidiana y usuarios de dicha herramienta” (3).

La tercera coyuntura (1991-2016) es la menos homogénea de todas, las reflexiones fueran hechas por María T. Findji, Luis Guillermo Vasco y Natalia Barragán, todos son

deudores de los aportes realizados por VDB. María T. Findji aclaró que los MP no eran un texto letrado ni para niños, los definió como una herramienta integrada por “siete murales graficados destinados a ser utilizados en una región trilingüe por poblaciones cuyas lenguas recién están empezando a tener escritura” (Findji, 1994: 125). Estas poblaciones habían “desarrollado sistemas orales de producción de conocimiento, de acumulación y transmisión del mismo”; por este motivo, solamente podían usarse en forma oral, “en condiciones similares a las que tradicionalmente fueron propicias para la generación o transmisión de conocimientos en estas comunidades” (125). No podían reducirse a una simple representación gráfica del espacio, en su diseño se incluyó toda la territorialidad Páez, guámbiana y no indígena redescubierta con el propósito de “facilitar la visión comparativa de las transformaciones que ha sufrido a lo largo del tiempo” (132).

La idea de territorio desarrollada en los MP está asociada con un concepto construido por el pensamiento y no por límites cartográficos; así, el MP proporciona los “elementos que permiten que los videntes los trabajen para elaborar su propio pensamiento” (Findji, 1994: 132). En su graficación, se utilizó la noción de las huellas que siguen los caminantes, esta premisa posibilita “automáticamente el paso del registro del espacio físico al del espacio temporal [...] permite al indígena ‘entrar’ de lleno y tranquilamente en el texto, recorrerlo libremente y pensar con su propia cabeza” (133). Las huellas representan el camino recorrido, muchos de estos andantes no sabían leer en castellano, pero sabían rastrear: “leer las huellas en el camino, huellas de animales, huellas humanas, huellas de los duendes. La huella

es la materialidad a partir de la cual el pensamiento humano construye su conocimiento” (133).

Según María T. Findji la noción de huellas diferenciaba los MP, impedía reducirlos a una “escritura sagrada” o una “versión oficial”, eran un “espacio lleno [...] de detalles materiales, que se pueden ver y a partir de los cuales se construyen lecturas, análisis, comparaciones en el tiempo y en el espacio. Sin esas operaciones la mente humana no se desarrolla” (1994: 135). Los MP tampoco defendían la oposición binaria: historia indígena/historia blanca, su contenido se materializó en una secuencia de escenas espaciales y temporales que recuperaban la “historia de todos los pobladores sucesivos de la región [...] como un espacio histórico. Común y multicultural. En el que los conflictos existen. Hoy como ayer” (137). Lo que estaba en juego no era ejercicio académico, sino un uso de la historia que posibilitaba “ubicarse en el presente, en cuanto permite que el pensamiento se desarrolle recorriendo el espacio temporal” (137-138).

Luis Guillermo Vasco asoció los MP con una “herramienta pedagógica-organizativa” orientada al acompañamiento de procesos de “reafirmación social y cultural”, fundamentada en la “reactivación de la memoria colectiva y una recuperación histórica que muestra la transformación ocurrida en la vida, el territorio, la economía, la organización, la sociedad, las creencias” (Vasco, 2012: 14-15).

Natalia Barragán asumió los MP como una representación donde puede observarse “el espacio social en escenas de vida cotidiana”, recrean el “movimiento del territorio ha-

bitado, vivido, reproducido”, facilitando su comprensión y conceptualización, “desde el quehacer de la vida de los pueblos en su relación con la tierra, que incluye costumbres, saberes, rituales, etc.”. El “valor” e “importancia” de los MP es vital para “contribuir al reconocimiento identitario, recuperar parte de la memoria del movimiento y la organización indígena”, en la lucha continua por la recuperación del territorio (Barragán, 2016: 79).

El rastro seguido permite plantear algunas conclusiones: 1) Los MP fueron una herramienta que surgió a mediados de los años setenta en resguardos paeces ubicados en los municipios de Tacueyó, Toribío y Jambaló, como respuesta a la colonialidad del poder derivada de la cuestión indígena decimonónica y del desarrollo y la Guerra Fría, que clasificaba a los indios como inferiores, en unos casos para civilizarlos —blanquearlos— e integrarlos a la nación colombiana y, en el otro, para convertirlos en campesinos insertos en redes de mercado. 2) Como herramienta los MP son producto de procesos de IAP y recurso para la educación acción y/o educación investigación, relacionados con un método de formación permanente. 3) Los MP hicieron parte de los procesos de adaptación en resistencia, fueron uno de los múltiples repertorios de las luchas indígenas y posibilitaron la construcción de historias y memorias colectivas emblemáticas (Stern, 2009).

3. El origen de los mapas parlantes

La bibliografía sobre los MP es escasa y de difícil consecución, en estos trabajos subyace una versión estandarizada sobre su origen y con información fragmentaria. Los

acontecimientos de referencia básicos fueron plasmados por VDB en 1980. Esta interpretación fue reproducida sin mayores modificaciones en un documento inédito que escribió en coautoría con la socióloga María T. Findji en 1986. El interés por esta problemática desapareció durante un cuarto de siglo, las sinuosidades del acompañamiento y solidaridad con las luchas indígenas previas y posteriores a la expedición de la nueva Constitución de la República de Colombia en 1991, no dejaron espacio para reflexionar y sistematizar la experiencia.

En 2012 el antropólogo Luis Guillermo Vasco abordó nuevamente el origen de los MP, pero no se distanció de la versión presentada por VDB en 1980, la reforzó y amplió con conversaciones informales producto de su amistad con el gestor de la iniciativa y su experiencia como solidario y acompañante de las luchas indígenas. Igual aconteció con la geógrafa Natalia Barragán (2016), quien entrevistó a VDB, a María T. Findji y a varios solidarios, además tuvo acceso al archivo de la Fundación Colombia Nuestra. Ambos identificaron la cartilla *Historia política de los páeces* y resaltaron la importancia de dos mapas —titulados El País Páez y Las Guerras de Liberación Indígenas, 1538-1623— impresos en la contraportada y detrás de la carátula como los detonantes de la iniciativa, pero difieren en los pormenores de este proceso.

En la ponencia presentada en el II Congreso de Antropología de Colombia, en Medellín, 1980, VDB relacionó el origen de los MP con tres pedidos de colaboración de dos por comunidades Páez y uno por la dirigencia del Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC). El primer pedido data

de 1973, cuando dirigentes de una parcialidad Páez, “reducidos al mínimo territorial por la oleada terrateniente, solicitaron una colaboración aparentemente banal: estudiar el título de su resguardo para ver de qué forma podían servirse de él para materializar su anhelo ancestral de recuperar sus tierras” (Bonilla, 1983: 375). La segunda solicitud ocurrió tres años después, en 1976, una comunidad Páez reunió a sus “ancianos y pidió que les fueran grabados los relatos sobre la violencia que ha tenido que soportar desde el año 1940” (376). El propósito de los mayores era la elaboración de un documento que sirviera para “trasmitir a los jóvenes el proceso de disgregación de la comunidad, el valor y el sentido de sus existencias” (376).

La tercera solicitud ocurrió en 1977, la dirigencia del CRIC pidió un material que sirviese de ayuda para educar políticamente a los indígenas, los discursos y la propaganda nacional e internacional no “llegaba a la población indígena, se detenía en unos pocos dirigentes. La masa indígena sólo asimilaba o se interesaba en los planteamientos que rondaban en torno a su propia realidad” (Bonilla, 1983: 377). La solicitud se materializó en la investigación y redacción de la cartilla *Historia política de los paeces*; una vez entregada, los indios señalaron el camino para la “invención” de los MP, pidieron una copia ampliada del mapa del país Páez que ilustraba la cartilla y por su propia iniciativa comenzaron a utilizar esta ampliación “como elemento de convicción en su lucha de recuperación de tierras” (383). Los pedidos de las parcialidades indias estaban relacionados con una búsqueda política: 1) De una “interpretación propia y de nuevas directrices a su acción colectiva, que fueran acordes con su

desarrollo histórico”; 2) De “herramientas apropiadas, que les permitieran educar a sus miembros dentro de la realidad, intereses e ideales comunes”; 3) La búsqueda no podía ser “adelantada por nosotros ni por ellos, separadamente” (377).

En la ponencia presentada en Lima en diciembre de 1980, VDB reiteró algunos de sus argumentos iniciales y estableció ligeras modificaciones. Asoció su relación con los Páez a la publicación en 1971 de la obra de Manuel Quintín Lame, colaboración que facilitó el pedido de nuevas investigaciones. Una solicitada por un grupo de mayores que querían grabar sus relatos sobre la violencia; otro requerimiento, fue la elaboración de la cartilla de educación política por parte de la dirigencia del CRIC (Bonilla, 1982: 149-150). Esta versión fue recogida sin cambio alguno en el documento inédito escrito en coautoría con María T. Findji en 1986 (Bonilla y Findji 1986, 6-7).

Luis Guillermo Vasco vinculó el origen de los MP al mandato otorgado a VDB por los mayores del resguardo de Jambaló para hacer una cartilla que permitiera a los jóvenes entender la violencia que sufrían en aquel momento. Según los mayores paeces, la violencia no era un fenómeno reciente, “era la misma de la conquista, prolongada a través de la colonia y de toda la república [...] la conquista no había terminado todavía” (Vasco: 2012: 4). El resultado del pedido se plasmó en la *Historia política de los paeces*; el título, fue “una bomba que estremeció los medios intelectuales relacionados con el movimiento indígena y a los historiadores de la academia, pero también a los dirigentes” del CRIC (4). La cartilla fue presentada en el IV Congreso del CRIC en Coco-

nucu, 1978. VDB fue expulsado del evento, “pese a las protestas de un buen número de los participantes indígenas, en especial de los paeces de Jambaló y de los guámbianos” (6).

Luis Guillermo Vasco destacó la inclusión de dos mapas en la *Historia política de los paeces*; el primero, *Las Guerras de Liberación Indígena*, ubicado detrás de la carátula, ilustraba “las principales acciones militares de los indígenas de la región en contra de los españoles, con la intención de expulsarlos de sus tierras” (2012: 7). El segundo, *El País Páez*, situado en la contraportada, es una ilustración del título de los cinco pueblos obtenido de la administración española por el cacique Juan Tama. Los dos mapas estaban inspirados en un principio identitario básico de paeces y guámbianos:

[...] la historia está contenida, impresa en el territorio [...] el territorio contiene y muestra el proceso histórico mediante el cual la sociedad se relacionó y se relaciona con él, constituyéndolo y comunicándole, a la vez, su historicidad [...] el territorio no existe sin la gente que lo hizo y lo habita. (Vasco, 2012: 7).

Los mapas cobraron importancia en 1979, cuando los mayores regresaron donde VDB y le solicitaron nuevos ejemplares, le pidieron que “fueran más grandes y estuvieran protegidos contra la humedad y el polvo”; le contaron que era “lo único que habían utilizado de la cartilla” (Vasco, 2012: 9). El analfabetismo dominante en la comunidad impedía la lectura; pero con los mapas los dirigentes: 1) Habían “motivado y fortalecido la conciencia de su gente acerca de su capacidad de lucha y acerca de su propiedad sobre las tierras que estaban recuperando”; 2) Habían “encontrado y plan-

teado acciones tendientes” a la solución de dichas problemáticas; 3) Los utilizaban como un instrumento de defensa en las recuperaciones de tierras, se los mostraban a jueces y policías como prueba de la legitimidad de sus reclamaciones; en ocasiones los funcionarios “optaban por retirarse ante la simple vista de los mapas”. La experiencia inspiró la idea de convertir la cartilla en “dibujos territorializados”, en mapas que contaran la historia “de un modo que fuera accesible al grueso de las comunidades, más cercano a “su manera de pensar y conocer” (9).

Natalia Barragán relacionó el origen de los MP con la solicitud de la dirigencia del CRIC para elaborar un manual de formación política, pedido que VDB materializó en la *Historia política de los paeces*, (Barragán, 2016: 57-58). La publicación de esta cartilla y la decisión de VDB —comunicada al CRIC— de seguir con las investigaciones, “marcaron el camino hacia la búsqueda de otras formas y metodologías que permitieran trabajar con comunidades ágrafas” (63-64). El acontecimiento determinante en este cambio de rumbo fue la identificación por parte de los Páez “de uno de los dibujos de la contraportada de la cartilla [...] lo llamaron La Mapa [...] los indígenas vieron dibujos que para ellos tenían más sentido que las letras [...] pidieron pasar esa cartilla a dibujos” (64).

¿Qué podemos concluir de este rastreo? Las huellas encontradas son tenues, sin mayores elementos contextuales e interpretativos, con inconsistencias en la información. Sobre sale el pedido de la dirigencia del CRIC sobre la elaboración de un manual de educación política, la importancia de los mapas que ilustraban la *Historia política de los paeces* y la so-

licitud de los mayores de Jambaló para testimoniar sobre los procesos de violencia de mediados del siglo XX. Sin embargo, un elemento planteado por VDB en Medellín, en 1980, ha pasado desapercibido; en esa oportunidad, relacionó los pedidos de colaboración de las parcialidades indias con una búsqueda política. En esta idea subyace la clave para la construcción de una interpretación sobre el origen, sentido y significado de los MP, pero debe abordarse en plural: búsquedas políticas, tanto la del gestor de la iniciativa como las de los indígenas.

¿Cómo recuerda VDB el origen de su búsqueda política que lo condujo a los MP? Una vez graduado como Licenciado en Filosofía y Letras de la de la Universidad Nacional de Colombia en 1958, decidió interrumpir sus estudios de Derecho en la Universidad Externado de Colombia y se vinculó como reportero al semanario *La Calle*, publicación del Movimiento Revolucionario Liberal. Durante varios años del Frente Nacional se dedicó a conocer “la Colombia profunda”. Esta experiencia se vio interrumpida por la presión del Departamento Administrativo de Seguridad; al enterarse de ello sus compañeros del semanario le sugirieron salir del país: “tenía pendiente una beca con la Universidad Nacional, porque había sido el mejor de mi promoción, decidí irme para Francia”. (Víctor Daniel Bonilla, entrevistado por Jaime E. Londoño M., 9 de enero de 2014).

El propósito de VDB era cursar estudios de posgrado, pero las exigencias del gobierno francés modificaron su proyecto inicial. En 1962 obtuvo en la Sorbona el Diploma de Estudios de Civilización francesa; conoció el mundo académico, intelectual y cultural parisino, y vivió de primera mano

los procesos de descolonización de África. Al regresar a Colombia, volvió a vincularse al semanario *La Calle*; posteriormente, al Instituto Colombiano de la Reforma Agraria (Incora), editó la revista de economía agraria *Tierra*, realizó una investigación sobre las misiones capuchinas en el Putumayo y publicó los resultados en el libro emblemático *Siervos de Dios y amos de indios*. Con este trabajo, VDB encontró la senda más importante de su búsqueda política, su solidaridad y acompañamiento estaría del lado de los indígenas colombianos. Las denuncias sobre las masacres de Planas y la Rubiera, la creación —junto a Orlando Fals Borda, Gonzalo Castillo Cárdenas y otras personas— del Comité de defensa del indio, su participación como ponente en la primera reunión de Barbados (1971) y la firma de la Declaración por la liberación del indígena, denotan la convicción y firmeza de su determinación. Adicionalmente, junto a Orlando Fals Borda y Augusto Libreros fundó *La Rosca de Investigación y Acción Social*.

Por otro lado, las comunidades indias en el departamento del Cauca enfrentaban sus propios retos, ¿cómo se configuró la búsqueda política Nasa que posibilitó su resignificación como indígenas y originó los MP? Después de la Quintinada y las Ligas Campesinas, los Páez perdieron gran parte de sus espacios de autonomía y negociación política, la autoridad del cabildo fue menguada por los terratenientes y quedó sujeta al poder de la Iglesia y de los jefes políticos locales (Rappaport, 2000: 173; Sandt, 2012: 57). Los Páez y Guámbianos encontraron nuevamente los resquicios para adaptarse en resistencia e iniciar una nueva fase de movilización por sus derechos. Una de las opciones fue abierta por el gobierno central en el marco del Frente Nacional y su interés

por implementar una serie de reformas asociadas con la cuestión indígena del desarrollo y la Guerra Fría; la otra, surgió del interior del mundo indio, de la respuesta de los terrazgueros ante las demandas crecientes de la hacienda.

Las reformas impulsadas por la configuración de la cuestión indígena del desarrollo y la Guerra Fría: programas de acción comunal (Ley 19 de 1958), la creación de la División de Asuntos Indígenas (Decreto 1634 de 1960) y la expedición de la Ley de Reforma Agraria (Ley 135 de 1961), abrieron una coyuntura favorable para la apertura de una nueva etapa de luchas indígenas (Jimeno y Triana 1985: 78-10; Sandt, 2012: 58). Según Joris J. van de Sandt, las comunidades accedieron a recursos estatales en infraestructura económica y servicios sociales, lograron su reconocimiento como campesinos indígenas y se configuró una nueva generación de dirigentes indios; pero también resistieron a estas iniciativas, la tensión se trenzó alrededor de la identidad, los derechos de propiedad comunal y el reconocimiento de la territorialidad y autonomía india, los sindicatos agrarios y las cooperativas agrícolas desempeñaron un rol estelar en estos procesos (59).

Las respuestas desde el interior del mundo indígena comenzaron con la recuperación de la hacienda de Zumbico (Jambaló), este proceso arrancó a mediados de la década de los cuarenta y fue interrumpido por La Violencia partidista de mediados del siglo XX. La llegada de los evangélicos a Jambaló y el acompañamiento de funcionarios de la División de Asuntos Indígenas abrió otra fase de lucha, la Ley de Reforma Agraria facilitó la creación de una cooperativa y la

recuperación de la tierra. Casi paralelamente, terrazgueros Guámbianos crearon la Cooperativa Agrícola de las Delicias, terrazgueros jambalueños, ante el deterioro de sus condiciones de vida, decidieron no pagar el terraje y recuperar el territorio perdido a manos de las haciendas. Estos grupos entraron en contacto, establecieron relaciones con otras organizaciones sociales: la Federación Agraria nacional (Fanal), el Frente Social Agrario (Fresagro), la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC); el resultado fue una serie de conflictos y recuperaciones de tierras en los municipios de Toribío, Silvia y Popayán (Sandt, 2012: 60-72).

En este contexto se fundó el CRIC y se encontraron las búsquedas políticas de VDB y de los Páez. VDB no asistió a la asamblea de fundación del CRIC, se encontraba participando en la reunión de Barbados I. Al regresar a Colombia, viajó al Departamento del Cauca y continuó con su trabajo de solidaridad con las comunidades indígenas. Esta labor la realizó por dos vías. La primera: en apoyo a la institucionalización del CRIC, recorrió los resguardos presentando la nueva organización, intervino en las reuniones de su Comité Ejecutivo, ayudó con la redacción y edición de cartillas educativas, en la organización de asambleas, marchas y actos públicos realizados en varias ciudades de Colombia. La segunda: prestó asesoría jurídica a los miembros del cabildo del resguardo de Toribío, detenidos por ser sede la asamblea de creación del CRIC; informó y denunció el desconocimiento y violación de los derechos indígenas, especialmente, la represión terrateniente y policial desatada en Tacueyó, Toribío y Jambaló.

El acompañamiento y la solidaridad le otorgaron a VDB un lugar de enunciación respecto al futuro del CRIC, miembros del Comité Ejecutivo defendían una posición clasista y chocaban con sectores partidarios de seguir los lineamientos comunitarios y culturales. En este contexto realizó y publicó la *Historia política de los paeces*, atendió el pedido de los mayores de Tacueyó para contar sus historias y en julio de 1977 escribió la reflexión presentada en la segunda reunión de Barbados. Esta fue guiada por una pregunta: “¿Qué se ha avanzado en cuanto a la idea principal de la historicidad indígena y de su capacidad política de ser agente de su propio destino?”. Su respuesta fue contundente: “muy poco”; ¿la razón?, no se había llegado al fondo de las “amplias masas latinoamericanas”, la dirigencia, incluyendo “a los progresistas”, definía a los indios como “precapitalistas” condenados a su “desaparición”, la izquierda eludía el problema y los reducía a la categoría de “proletarios o campesinos pobres” (Bonilla 1979 326).

En este punto ocurrió el encuentro definitivo entre las búsquedas políticas de VDB y los paeces, confluencia que según VDB dieron origen a los MP. Son estas historias conectadas las que nos llevan de vuelta a dos acontecimientos ya reseñados. El primero, es el pedido de los mayores de Tacueyó para testimoniar sobre la violencia soportada por la comunidad desde los años cuarenta, invitación cursada por Álvaro Valencia, el encuentro se realizó el lunes 6 de diciembre de 1976. VDB asistió a la reunión con su libreta de apuntes, grabadora y cámara fotográfica, esperaba relatos sobre eventos violentos, tomas y recuperaciones de tierras; el motivo real de la invitación lo sorprendió, los mayores querían “elaborar

un documento que les sirviera para transmitir a los jóvenes el proceso de disgregación de la comunidad, el valor y el sentido de sus existencias” (Bonilla, 1983: 376). Los jóvenes estaban abandonando los resguardos, las niñas se iban a “trabajar a las casas de familias de terratenientes de Cali o a los pueblos del plan, los muchachos se van a trabajar en los ingenios o a recoger café, no hay jóvenes, la comunidad se está acabando. ¿Qué podemos hacer?” (Víctor Daniel Bonilla, entrevistado por Jaime E. Londoño M., 24 de octubre de 2014).

VDB se desconcertó y se conmocionó. Los mayores tenían una búsqueda profunda y compleja. Preguntó por el pasado de la colectividad, por los procesos de violencia de mediados del siglo XX; las respuestas, revelaron la usurpación de las tierras de los resguardos realizada por terratenientes —la mayor parte residente en Cali, pero también del Cauca— y por colonos, muchos de ellos procedentes de Antioquia, que además querían cobrarles el terraje. Los testimonios eran enriquecedores, más no suficientes para el objetivo propuesto. Indagó por las Ligas Campesinas, por Quintín Lame, por la guerra de los Mil Días. Los recuerdos eran superficiales, las preguntas se repetían, las contestaciones no eran esclarecedoras. La conversación se prolongó, se hizo frustrante, situación que se intensificó con el paso de las horas y la falta de alimentos, café o gaseosa.

Cansado y fatigado, VDB pidió la palabra, quería hablar poco, ser preciso, orientar la conversación hacia el objetivo propuesto: “¿Qué es lo que quieren? ¿Se les ocurre algo más en que pueda ayudarlos?”. Las preguntas quedaron en el vacío, muchos asistentes se silenciaron, otros murmuraban.

Uno de los mayores se levantó, caminó hacia el lugar donde se encontraba, lo encuelló y zarandéó, fue enfático: “Compañero, lo que necesitamos de ayuda, es como una machete”. La idea hizo eco en VDB, “pero estaba tan alterado, tan fatigado y tan sorprendido, que no hice más preguntas. Regresé, hice algunas denuncias, hice lo que pude y me quedó sonando la idea de *la machete*” (Víctor Daniel Bonilla, entrevistado por Jaime E. Londoño M., 24 de enero de 2014).

El objetivo de la reunión con los mayores de Tacueyó no se logró, la “médula del relato” se perdió; en unos casos, “la comunidad tenía interiorizada la interpretación de la violencia como producto de las luchas partidistas de ese período de la historia de Colombia”. En otros, asumió “el discurso clasista llevado hasta ellos por la izquierda [...] era evidente que buscaban otra cosa, algo más cercano a su realidad, pero ni ellos ni el investigador sabían exactamente de qué se trataba” (Bonilla, 1983: 376; Bonilla y Findji, 1986: 6-7).

Un machete es una herramienta multiusos, imprescindible en el mundo rural colombiano, sirve para cortar, picar, cavar, escarbar, desmontar, talar, podar, segar, tronchar, rasparse, castigar y defenderse. Los mayores de Tacueyó querían una herramienta “equivalente” para utilizarla en actividades distintas al uso tradicional en labores domésticas y agropecuarias, era un uso imbricado a su esfera simbólica, a sus acciones afirmativas y de hecho. Era una herramienta “desconocida”, pero la sabían “usar”, tenían rudimentos parciales de cómo podía ser. El problema era materializarla, manejarla como *la machete* para legitimar la lucha por sus derechos y fortalecer sus lazos comunitarios, etc.

El segundo acontecimiento referido es el uso dado por los indígenas a la *Historia política de los paeces*. VDB repartió algunos ejemplares en Toribío y Jambaló, quería escuchar la opinión de los miembros de la comunidad sobre su trabajo. Pasaron casi tres meses sin retroalimentación, preguntó a los miembros del Cabildo de Jambaló, se enteró del poco avance en la lectura —unas 10 de un total de 36 páginas— y de la importancia otorgada por la comunidad a los mapas que ilustraban la cartilla. Estas respuestas inspiraron una propuesta: “compañeros, les gustaría tener los mapas de la cartilla más grande y coloreados”, la proposición fue aceptada, comprendió que no era posible seguir con la escritura, “tenía que ser una cosa oral, que pasara por encima de las diferencias lingüísticas, que la pudieran manejar, cómo qué, como *la machete*”. (Víctor Daniel Bonilla, entrevistado por Jaime E. Londoño M. 9 de enero de 2014).

VDB agrandó y plastificó algunos ejemplares de los mapas, los entregó a la comunidad. Intrigado por su uso preguntó “¿qué hicieron con los mapas?”. No hubo respuesta, insistió en el interrogante, los cabildantes le confiaron su secreto, “nos sirven para hacer retroceder a la policía, dos veces nos han servido”. Sorprendido, interpeló “¿y cómo es eso?”. Para responderle lo invitaron a ser testigo de su uso en la recuperación de una hacienda. Salieron de madrugada, al amanecer comenzaron a picar la tierra”, sobre las 8 a.m., llegó un inspector con un piquete de policías, el terrateniente y su abogado. El Gobernador indígena mostró los títulos del resguardo, no fueron aceptados; la situación se hizo tensa, mostró el mapa, el inspector lo rechazó. El sargento lo “observó, fijó su mirada donde había tenido el cuidado de

poner, Cacicazgos en tiempos del Cacique Juan Tama, tomado de acuerdo con los parámetros del Instituto Geográfico Militar Agustín Codazzi”; lo dobló y exclamó: “inspector, esto tenemos que consultarlo, súbbase al carro y nos vamos. Los indígenas se habían dado cuenta de ese detalle”. Una vez regresaron, VDB propuso, medio en broma, medio en serio, “compañeros, ¿les parece si las historias de la cartilla las hacemos dibujadas como en el mapa?”. (Víctor Daniel Bonilla, entrevistado por Jaime E. Londoño M, 9 de enero de 2014).

4. Uso, sentido y significado de los mapas parlantes

Con la propuesta de convertir la *Historia política de los paeces* en una “historieta ilustrada”, VDB comenzó a descubrir el significado del pedido hecho por el mayor Páez de Tacueyó en 1976. Los indios se adaptaban en resistencia, desafiaban las taxonomías negativas derivadas de la colonialidad del poder de la cuestión indígena decimonónica y del desarrollo y la Guerra Fría, pero eran sabedores de que el “éxito” de su lucha no dependía única y exclusivamente de la recuperación de tierras, del no pago del terraje, de las marchas, asambleas y denuncias. Para evitar al máximo ser reprimidos, criminalizados y asesinados bajo las supuestas acusaciones de bandidos, guerrilleros y comunistas, contrarrevolucionarios y delatores; pero, también, para detener la ofensiva de la Iglesia y los evangélicos, maestros, funcionarios públicos y agentes del desarrollismo, necesitaban legitimar sus reivindicaciones por el territorio, la autoridad y la cultura, no única y exclusivamente en las acciones de hecho: precisaban de sus historias y sus memorias. VDB comprendió

que los mayores de Tacueyó y en general los indígenas en el departamento del Cauca querían una herramienta multiusos como *la machete*, para poder desmontar y desbrozar el pasado de la colectividad y para escarbar en sus memorias; el objetivo de estas labores era la construcción de una representación de su historia que, además de factor de cohesión, sirviera como artefacto para legitimar su lucha por su territorio, autoridad y cultura. También necesitaban *la machete* para labrar el presente y el futuro de la comunidad, debía servir en las tareas de picar, cavar y sembrar las semillas destinadas al fortalecimiento de lazos comunales; y una vez germinaran y crecieran, era menester desyerbarlos y cuidarlos para recoger sus frutos y repetir el ciclo. De la cosecha dependía una labor muy importante: pensarse como pueblo, pensar su territorio, imaginarse sin la opresión de terratenientes e Iglesia, imaginarse sin el pago del terraje. Para que esto fuera posible, *la machete* debía servir como un instrumento de defensa y ataque inspirado en la historia y la memoria, en el ejercicio paciente de cultivar el presente para imaginar el futuro.

Como *la macheta*, los MP cumplen una función de defensa y ataque, se oponen a la historia colonizada de la Academia Colombiana de Historia, predominante en los manuales de historia aprobados por el Ministerio de Educación Nacional. En estas narrativas —desde la colonialidad del poder y la cuestión indígena decimonónica—, los indios figuran como seres a ser “redimidos”, discursos alocrónicos que niegan su contemporaneidad. Las historias desarrolladas en los MP defienden una “historia propia, necesaria para explicar su presente y fundamentar su futuro”, para liberarse y recuperar el “derecho a conducir su propio destino” (Bonfil, 1980: 234).

Tabla 1. Los Mapas Parlantes

Mapa	Temporalidad	Mapa	Temporalidad
Así era nuestra tierra	1533	El país Páez	Hacia 1700
Las guerras de liberación indígena	1538-1623	Cuando nace Colombia	Siglo XIX
Bajo la dominación extranjera	Siglo XVIII	La Quintinada	1910-1920
		Mientras crece Colombia	1920-1970

La machete no fue utilizada solamente para oponerse a la historia colonizada, fue usada en la estructuración de una historia contrahegemónica; en su narrativa, los paeces son actores protagónicos de procesos sociales ocurridos entre los siglos XVI y XX (Véase tabla 1), protagonismo referenciado en un triple registro: primero, asociado con una situación de despojo que los privó de su territorio, autoridad y cultura, sometiéndolos a una condición de explotación permanente. Segundo, el despojo y la explotación no impidió su adaptación en resistencia (Stern, 1990) y la lucha permanente por sus derechos. Tercero, las historias no se reducen al ámbito local, están conectadas con procesos regionales e internacionales, y en el caso de los MP dedicados a los siglos XIX y XX, la conexión incluye procesos nacionales. Triple registro, que cimentaba y legitimaba sus luchas por la tierra, la defensa del cabildo y de sus prácticas culturales; por su derecho a vivir como indios.

Las historias de los MP pusieron en juego una propuesta de futuro relacionada con el “mantenimiento y el reforzamiento de la identidad étnica” como fundamento de su “con-

tinuidad histórica” como un “pueblo”, que tiene derecho a construir su propio futuro (Bonfil, 1980: 237). El trabajo con estas historias servía de manera “directa” y “explícita” de “ejemplo y guía para la acción”, y de forma indirecta, “mediante la traducción de la experiencia histórica en datos que refuerzan o debilitan un determinado código normativo” (237). El relato escenificado en los MP no respondía a una narrativa canónica, admitía múltiples posibilidades de significación y reelaboración, relacionadas con las experiencias de interpretación de un “lector” que caminara temporal y territorialmente cada uno de los murales.

Como *la machete*, producto de la IAP y recurso para la educación acción y la educación investigación, los MP posibilitaron la configuración de historias y memorias emblemáticas (Stern, 2009), que pueden denominarse de legitimidad, resistencia y lucha. Con el ejercicio de adentrarse y recorrer temporal y territorialmente los MP, cada caminante en colaboración con los demás andantes, pudo situar en procesos históricos de largo aliento —cinco siglos—, la situación de despojo, explotación y resistencia que padecieron sus antepasados y padecían sus comunidades en el presente. Este saber, actuaba como uno de los factores de legitimación de sus luchas por el reconocimiento de sus derechos y la recuperación del territorio, la autoridad y la cultura.

El uso de los MP ocurrió en un contexto con altos niveles de acción política (Tilly y Wood, 2010: 22), junto a las recuperaciones de tierra, marchas, asambleas, denuncias, acciones de solidaridad, se configuró como un repertorio de acción. El triple registro de las narrativas de los MP, además

de legitimar el carácter de las luchas indias, demandaba una solución estructural no reducible a un problema policial y a la represión indiscriminada, la lucha armada tampoco era una alternativa. La resolución del conflicto exigía un cambio radical de la cuestión indígena, el diseño de una política y una acción indigenista dirigida al reconocimiento de los derechos de las comunidades indias.

El ejercicio de recorrer temporal y territorialmente los MP dota de sentido las experiencias tejidas alrededor de las luchas por los derechos y agencia un trabajo de la memoria; la acción de recordar y olvidar, silenciar y callar, estructura “procesos de transformación simbólica y de elaboración de sentidos del pasado” (Jelin, 2012: 48), sin caer en el “doble peligro” de la “repetición ritualizada” y en un “olvido selectivo, instrumentalizado y manipulado” (48). Lo que está en juego es un trabajo de elaboración de memorias personales, su incorporación en memorias colectivas y su posicionamiento en el marco de memorias emblemáticas; es decir, en un “contexto que organiza el significado, la selectividad y la contra memoria [...] proporciona un amplio significado interpretativo y un criterio de selección para la memoria personal” (Stern, 2009: 146-147). Así, la praxis del actor queda articulada a una “gran experiencia colectiva” (147), tanto histórica como contemporánea. Histórica porque la inserta en un pasado caracterizado por el despojo, la explotación y la resistencia; contemporánea, porque ese pasado legitimaba —en el presente— la lucha por el territorio, la autoridad y la cultura.

Finalmente, Mauricio Caviedes (2013) tiene razón al afirmar la marginalidad de este tipo de propuestas en el pen-

samiento antropológico colombiano. Sin embargo, VDB y los solidarios que trabajaron con los MP, no buscaban el reconocimiento de los poderes dominantes en las universidades colombianas. Su propósito sigue vigente, se necesitan muchos *machetes* para que, parafraseando a García Márquez, las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan otra oportunidad sobre la faz de la tierra, para tejer el reconocimiento de múltiples ciudadanías, que contribuyan a desarraigar la desigualdad, la discriminación y la exclusión social en Colombia.

Referencias

- Barragán León, N. (2016). *Mapas Parlantes: memoria y territorio en el pueblo Nasa-Páez. Cauca -Colombia*. (Tesis de maestría). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Bonfil Batalla, G. (1980). Historias que no son todavía historias. En Pereyra, C. *et al.*, *Historia para qué* (pp. 227-245). México D.F.: Siglo XXI.
- _____. (1972). El indio y la situación colonial: contexto de la política indígena en América Latina. En Grünberg, G. (coord.). *La situación del indígena en América del Sur. Aportes al estudio de la fricción Inter-étnica en los indios no-andinos*. (pp. 21-28). Montevideo: Tierra Nueva.
- Bonilla, V. D. (1997). Itinerario de una militancia paralela: lucha por los derechos indígenas y la lucha por la democracia en Colombia. En Grünberg, G. (coord.). *Articu-*

lación de la diversidad. Tercera reunión de Barbados (pp. 323-345). Quito: Ediciones Abya-Yala.

_____. (1987). Nuevas experiencias con el método de investigación “mapas parlantes”. En Zúñiga, M.; Ansión, J. y Cueva, L. (eds.). *Educación en poblaciones indígenas. Políticas y estrategias en América Latina* (pp. 151-158). Santiago de Chile: Unesco, Orealc.

_____. (1983a). Proyecto de utilización experimental multiplicada de los “mapas parlantes”. En Rodríguez, N.; Masferrer, E. y Vargas, R. (eds.). *Educación, etnias y descolonización en América Latina. Una guía para la educación bilingüe intercultural, Volumen I* (pp. 97-102). México D.F.: Unesco.

_____. (1983b). Experiencia de la investigación, educación en comunidades paeces. *Boletín de Antropología*, 5 (17, 18, 19), 373-386.

_____. (1982a). Algunas experiencias del proyecto “Mapas Parlantes”. En García Huidobro, J. E. (ed.). *Alfabetización y educación de adultos en la región andina* (pp. 145-161). Patzcuaro: Crefal, Unesco.

_____. (1982b). *Historia política de los paeces*. Cali: Fundación Colombia Nuestra.

_____. (1979). ¿Qué política buscan los indígenas? En Grupo de Barbados (ed.) *Indianidad y descolonización en América Latina. Documentos de la Segunda reunión de*

Barbados (pp. 325-356). México D.F.: Editorial Nueva Imagen.

_____. (1972). La destrucción de los grupos indígenas colombianos. En Grünberg, G. (coord.). *La situación del indígena en América del Sur. Aportes al estudio de la fricción Inter-étnica en los indios no-andinos* (pp. 65-84). Montevideo: Tierra Nueva.

Bonilla, V. D. y Findji, M. T. (1986). *En el camino de la investigación acción solidaria: la invención de los mapas parlantes y su utilización como herramienta de educación*. Documento inédito. Fundación Colombia Nuestra.

Caviedes Pinilla, M. (2013). Metodologías que nos avergüenzan: propuesta de una investigación en doble vía y su efímera influencia en la antropología. *Universitas Humanística* (75), 37-61.

Findji, M. T. (1994). Movimiento indígena y “recuperación” de la historia”. *Historia y Espacio*, (15), 123-142.

_____. (1993). Movimiento social y cultura política: apuntes para la historia del Movimiento de Autoridades Indígenas de Colombia. En Guerrero Rincón, A. (comp.). *Cultura política, movimientos sociales y violencia en la historia de Colombia* (pp. 329-349). Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander.

Gros, C. (1991). *Colombia indígena. Identidad cultural y cambio social*. Bogotá: Fondo Editorial Cerec.

- Gruzinski, S. (2010). *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Hill, J. y Staats, S. (2002). Redelineando el curso de la historia: Estados euro-americanos y las culturas sin pueblos. En Boccara, G. (ed.). *Colonización, resistencia y mestizaje en las américas (Siglos XVI-XX)* (pp. 13-26). Quito: Ediciones Abya-Yala, Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Jelin, E. (2012). *Los trabajos de la memoria*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Jimeno, M. y Triana, A. (1985). *Estado y minorías étnicas en Colombia*. Bogotá: Cuadernos del Jaguar y Fundación para las Comunidades Indígenas.
- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder y clasificación social. *Journal of World-Systems Research*, 6 (2), 342-386.
- Rappaport, J. (2000). *La política de la memoria. Interpretación indígena de la historia en los Andes Colombianos*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Rojas, C. (2001). *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*. Bogotá: Grupo Editorial Normal, Universidad Javeriana.
- Sandt, J. J. van de. (2012). *Detrás de la máscara del reconocimiento. Defendiendo el territorio y la autonomía indí-*

gena eCxab Wala Kiwe (Jambaló, Colombia). Popayán: Editorial Universidad del Cauca.

Stern, S. (2009). *Recordando el Chile de Pinochet. En vísperas de Londres 1998*. Santiago de Chile: Editorial Universidad Diego Portales.

_____. (comp.). (1990). *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los Andes. Siglos XVIII al XX*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Subrahmanyam, S. (1997). Connected Histories: Notes towards a Reconfiguration of Early Modern Eurasia. *Modern Asian Studies*, 31 (3), 735-762.

Tilly, C. y Wood, L. J. (2010). *Los movimientos sociales, 1768-2008. Desde los orígenes a Facebook*. Barcelona. Editorial Crítica.

Vasco, L. G. (2012). Lucha indígena y mapas parlantes. Ponencia presentada en el Foro internacional Mapeo Participativo, Rosario, Argentina.

Zamosc, L. (2009). Ciudadanía indígena y cohesión social en América Latina. En Ospina, P.; Kalmeier, O. y Buschges, C. (eds.). *Los Andes en movimiento. Identidad y poder en el nuevo paisaje político* (pp. 13-39). Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Universidad de Bielefeld y Corporación Editora Nacional.

Capítulo 7.

FOTOHISTORIAS: Método para investigar memorias usando fotografía participativa¹

Ricardo Gómez

Universidad de Washington

Introducción

Los métodos de investigación visual están ganando interés en las ciencias sociales (Margolis y Pauwels, 2011). Si bien se han utilizado en ciencias de la información (CI) en las últimas dos décadas, su uso aún es limitado. Los estudios visuales en CI tienden a ser publicados en la literatura de estudios visuales en lugar de publicaciones especializadas de este campo. Además, no existe un consenso claro sobre qué criterios llevar a su proceso de revisión, cómo o por quién

¹ Una versión anterior de este texto apareció en inglés como Gómez, R. (2020). Photostories: A participatory photo elicitation visual research method in Information Science. *Qualitative and Quantitative Methods in Libraries*, 9(1), 47-63.

deberían ser evaluados, y cómo abordar los matices éticos de los enfoques participativos en los estudios visuales. Por ejemplo, en 2012, Hartel y sus colegas convocaron a un panel de académicos que comenzaron a experimentar con métodos visuales en la investigación de prácticas de información (Hartel, Lundh, Sonnenwald y Foster, 2012), y en 2016 Matusiak y sus colegas convocaron a un grupo de académicos para discutir cómo los usuarios buscan, seleccionan y organizan información visual (Matusiak, Rorissa, Albertson y Yoon, 2016). Ambos paneles señalaron la relativa escasez de investigación visual en CI.

Las tendencias principales que utilizan métodos visuales en CI incluyen estudios de búsqueda de información visual (Kairam, Riche, Drucker, Fernández y Heer, 2015), recuperación de información (Enser, 2008) y análisis visual (Keim, Mansmann, Schneidewind, Thomas y Ziegler, 2008; Sun, Wu, Liang y Liu, 2013), la mayor parte de los cuales tienden a centrarse en la dimensión técnica del objeto visual y su recuperación o manipulación. Por ejemplo, algunos académicos han explorado la representación visual como práctica comunicativa (Snyder, 2014) y las oportunidades que ofrecen los enfoques visuales en el diseño (Feinberg, 2017; Snyder et al., 2014). Otros estudios utilizan métodos de ciencias sociales más convencionales para estudiar el uso de imágenes, por ejemplo, por artistas (Hemmig, 2008) o por jóvenes (Given et al., 2016).

Pocos estudios han explorado la contribución potencial de los enfoques cualitativos y participativos a la investigación visual en CI. Pollak (2017) realizó una revisión de los métodos visuales que se utilizan en las ciencias sociales, ayudando

a que estos sean más accesibles para los investigadores; esta autora sugiere una tipología que distingue entre métodos visuales participativos y no participativos, diferencia el uso, creación e interpretación de las imágenes, y contrasta las ventajas, limitaciones y consideraciones éticas de los métodos visuales. En su análisis, Pollak sugiere que los métodos visuales tienen las siguientes ventajas: ofrecen datos más completos y más precisos, construidos desde una relación de mayor cercanía y confianza con los sujetos, revelan una perspectiva émica desde el punto de vista de los participantes, apoyan análisis de tipo inductivo o emergente, contribuyen a una mejor difusión de los hallazgos, contribuyen al empoderamiento de los participantes, aprovechan formas de expresión no-verbales, facilitan el tratamiento de temas difíciles o sensitivos, y facilitan la inclusión de poblaciones diversas como sujetos de investigación (Pollak, 2017).

Pollak invita a los investigadores de CI a adoptar métodos visuales, argumentando que “tanto los métodos visuales participativos, como los no participativos, ciertamente tienen un futuro en la investigación en CI. Se adaptan bien a un campo interdisciplinario como CI y, en particular, a investigadores cualitativos que se sienten cómodos, incluso entusiasmados, explorando mundos de información llenos de vaguedad, contradicción, fluidez y movimiento.” (Pollak, 2017: 17, traducción propia). Para Pollak, la distinción entre métodos participativos y no participativos en la investigación visual es el factor de diferenciación más importante entre los diferentes métodos de investigación visual, ya que determinan la posibilidad de generación de conocimiento ético (no-participativo) o émico (participativo).

En nuestra experiencia, el espacio entre enfoques participativos y no participativos es un terreno fértil para la investigación visual, especialmente cuando se quieren explorar las dimensiones fluidas, contradictorias, a veces vagas, y en general profundas del comportamiento humano en CI y en estudios de memoria. Desde 2014 hemos estado utilizando un método de investigación visual que se basa en enfoques participativos y no participativos de investigación visual. Llamamos a nuestro enfoque Fotohistorias, para enfatizar cómo se obtiene y se profundiza el sentido y significado de las experiencias personales y colectivas a través de una combinación de imágenes e historias. Fotohistorias se basa en las prácticas de Fotovoz y Foto Elicitación (ver definiciones más abajo), dos enfoques que han sido utilizados en ciencias sociales (aunque menos en CI). En algunos casos, la Foto Elicitación ha utilizado imágenes generadas por los participantes, lo que desdibuja aún más las diferencias entre los dos enfoques. Para aclarar las distintas contribuciones de estos dos enfoques, introducimos el concepto de Fotohistorias, que utiliza imágenes generadas por los y las participantes (al estilo de Fotovoz), e inserta el uso de las fotografías en la entrevista (al estilo de Foto Elicitación) como una manera de explorar más profundamente significados y experiencias de las personas participantes. De esta manera, las Fotohistorias aprovechan el poder de la fotografía participativa para generar imágenes que son significativas para los participantes de una investigación, así como el poder de la exploración visual para conversar sobre experiencias vividas y sus significados de maneras que son difíciles de acceder solo con entrevistas.

Nuestras investigaciones (Barón y Gómez, 2017; Beltrán et al., 2018; Gómez, 2016, 2017a, 2017b; Gómez, Guajardo, Newell, y Vannini, 2016; Gómez, Moreno Tafurt, Berwick e Iribe, 2017; Gómez y Vannini, 2015, 2017; Gómez, Zubair, Berwick, y Morales, 2017; Gómez M., Gómez y Vannini, 2017; Newell, Gómez y Guajardo, 2016; Vannini, Gómez y Guajardo, 2016; Yefimova, Neils, Newell y Gómez, 2015) han utilizado la perspectiva de las Fotohistorias para indagar prácticas de información, sentido de identidad y memorias con comunidades marginadas como migrantes, refugiadas, jornaleros y comunidades indígenas. De manera similar, investigadoras como Hicks y Lloyd (2018) discuten el uso de Fotovoz para entender las necesidades de información y alfabetización informacional de jóvenes refugiados, con el fin de proporcionar conclusiones al gobierno y a otros grupos comunitarios que apoyan a estas poblaciones. Las autoras argumentan que tanto la Foto Elicitación como la Fotovoz ofrecen a los investigadores la posibilidad de hacer investigaciones con comunidades que pueden ser difíciles de alcanzar. Además, por su naturaleza visual, estos métodos hacen que sea más fácil para los participantes representar sus experiencias y prácticas de información, ya que pueden complementar visualmente las descripciones verbales. Las prácticas de Fotovoz y Foto Elicitación también “capacitan a los participantes para que representen su propia comprensión de lo que la información significa para ellos” (Hicks y Lloyd, 2018: 234).

En este texto argumentamos que las Fotohistorias, con su combinación de métodos visuales participativos y no participativos, no solo complementan las descripciones verbales con lo visual, sino que ahondan la comprensión y el sentido,

permitiendo que salgan a la luz temas e interpretaciones que de otro modo permanecerían bajo la superficie. Por ejemplo, dos fotos muy parecidas tomadas por dos participantes diferentes en un mismo proyecto de investigación mostraban una cancha de básquet con un cementerio detrás. Para uno de los participantes la foto representaba su gusto por el básquet y las ganas que tenía de jugar, pero no había pelota; para el otro la imagen representaba la ventaja de tener una tumba en un cementerio en lugar de ser un muerto anónimo en el desierto, como los que había visto días antes en su travesía cerca de la frontera entre México y EEUU.

Las Fotohistorias ofrecen una herramienta poderosa y fácil de usar para estudiar experiencias e interpretaciones del sentido de las memorias y los comportamientos. Como método de investigación visual, las Fotohistorias se pueden aplicar de manera efectiva en la investigación en CI, en estudios de memoria y en otras disciplinas. Las Fotohistorias combinan el poder de la fotografía participativa y el empoderamiento, característicos de la Fotovoz, con el poder del uso de imágenes para obtener significados de experiencias de vida, característicos de Foto Elicitación. El resultado es una forma relativamente rápida y fácil de generar conocimiento y obtener significados y experiencias más profundas. Las historias y las ilustraciones visuales se complementan y enriquecen mutuamente, ofreciendo una rica colección multimedia de evidencias que pueden usarse en el análisis, la documentación y la difusión de resultados. Con frecuencia, los participantes de las Fotohistorias indican que sienten una sensación de empoderamiento a través de su participación en este tipo de proyectos. Este empoderamiento es el

foco principal de la Fotovoz y es un subproducto valioso de las Fotohistorias.

El resto de este artículo está estructurado de la siguiente manera: en primer lugar, presentamos una visión general de la Fotovoz y la Foto Elicitación, en el contexto más amplio de los métodos de investigación visuales, indicando de qué maneras las Fotohistorias difieren de los anteriores y justificando su ubicación como método propio de investigación. A continuación, se discuten los procedimientos para usar las Fotohistorias como parte de un proyecto de investigación, incluyendo el reclutamiento de participantes, las instrucciones para la gestión de la fotografía participativa, la manera de conducir las entrevistas y los posteriores procesamiento y análisis de datos, incluyendo consideraciones éticas particulares a tener en cuenta. Luego hacemos una breve descripción de ejemplos de investigación utilizando Fotohistorias, atendiendo algunas de las variaciones en los métodos empleados y del tipo de resultados que produjeron. Concluimos con una discusión sobre la credibilidad y confiabilidad de las Fotohistorias como método de investigación, y su futura aplicabilidad como método de investigación visual en CI y en estudios de memorias.

1 Investigación Visual: lugares de la Fotovoz, la Foto Elicitación, y las Fotohistorias

1.1. Descripción general de los métodos visuales de investigación

Los métodos de investigación visual se han basado en estudios de cultura, representaciones, visualidad, cultura vi-

sual, materialidad y afecto, y exploran el campo de lo visual. En *Ways of Seeing*, Berger (2008, originalmente publicado en 1972) estableció que nunca observamos solo una imagen, sino que observamos la relación entre la imagen y quien la observa. En otras palabras, la audiencia aporta sus propias interpretaciones al significado de las imágenes. Basándose en Berger (y en muchos otros investigadores visuales), Rose (2016) sugiere un enfoque crítico para interpretar imágenes visuales, o una metodología visual crítica, basada en tres principios: tomar las imágenes en serio; pensar en las condiciones sociales, los efectos de las imágenes y sus modos de distribución; y considerar la forma de ver las imágenes por parte de quien las observa (22). Construyendo sobre estos principios, Rose ofrece un marco para analizar material visual que se puede utilizar en diferentes disciplinas. Sugiere cuatro lugares o sitios para analizar imágenes: 1) el sitio de producción (cómo la imagen está hecha, por quién, cuándo, para quién, por qué); 2) el sitio de la imagen en sí (efectos visuales, composición y significados visuales); 3) el sitio de circulación (cómo circula la imagen, por quién, por qué); y 4) el sitio de las audiencias (cómo se muestra, dónde y cómo es interpretada, por quién, por qué) (Rose, 2016).

Además de considerar cada uno de estos cuatro sitios anteriores, Rose (2016) propone que el análisis visual puede adoptar diferentes modalidades en cada iteración: tecnológica, compositiva o social. La modalidad tecnológica se refiere a las tecnologías usadas para crear o difundir la imagen; la modalidad compositiva se refiere a las cualidades y estrategias formales de contenido, color y organización espacial de la imagen; y la modalidad social se refiere al rango de relacio-

nes, instituciones y prácticas sociales, económicas y políticas que rodean la imagen y su uso.

Pollak (2017) describe una variedad de métodos visuales útiles en la investigación en CI, divididos según sean participativos o no participativos. La fotografía no participativa incluye fotografía y video documental, de rescate, doméstica, ordinaria, de repetición, encuesta o de inventario. La fotografía participativa incluye actividades de Foto Elicitación, autoconducción, Fotovoz, foto-proyectiva, foto-entrevista, auto-fotografía, foto-ensayo /novela /narrativa /diario, y otros métodos de imagen, arte y sensoriales. Rose aborda la documentación fotográfica, la obtención de fotografías y la fotografía participativa en el mismo capítulo sin mucha distinción entre ellos. Otros autores también utilizan estas etiquetas de forma intercambiable, creando cierta confusión o superposición entre la fotografía participativa y aspectos no participativos de los métodos de investigación visuales.

Por lo anterior es necesario diferenciar más claramente estos métodos visuales, en particular, establecer las diferencias entre los más comúnmente usados, como Fotovoz y Foto Elicitación, para entender mejor sus contribuciones, limitaciones y complementariedades, así como su relación con el método visual propuesto, las Fotohistorias. Los tres métodos de investigación visual se ocupan principalmente de la modalidad social del sitio de producción, el sitio de la imagen en sí, y el sitio de circulación, en la tipología de Rose (2016). Los tres métodos tienen sentido solo en el contexto del sitio de audiencias, o “el proceso por el cual una imagen visual tiene sus significados renegociados, o incluso rechazados, por

audiencias particulares que miran en circunstancias específicas” (Rose, 2016: 38, traducción propia). Las modalidades tecnológicas y de composición son secundarias a la modalidad social (incluido el individuo) en el sitio de interpretación. Además, los tres métodos de investigación visual hacen referencia a las relaciones de poder en la producción, uso, y distribución de imágenes. Desde el marco de Rose, es claro que quien investiga juega un papel clave como facilitador y mediador en el proceso de comprensión de los sitios de producción, circulación, y audiencia de las imágenes. El investigador o investigadora juega un papel clave en el uso de objetos visuales como datos de investigación (la imagen como documentación subjetiva desde la perspectiva del participante), ya que se trata del uso de imágenes como herramientas para obtener, entender y elaborar significados también desde la perspectiva del participante, a través de la tarea de investigación misma.

1.2. Relaciones entre Fotohistorias, Fotovoz y Foto Elicitación

Para entender el lugar de Fotohistorias y su uso de imágenes generadas por los participantes en procesos de generación de sentido, elaboramos en esta sección las diferencias y similitudes entre los tres métodos principales en cuestión: Fotovoz, Fotohistorias, y Foto Elicitación. Para una referencia rápida, la siguiente tabla resume las diferencias claves entre los tres métodos.

Tabla 1: Comparación entre Fotovoz, Fotohistorias y Foto Elicitación como métodos de investigación visual

	Fotovoz	Fotohistorias	Foto Elicitación
Objetivos	Empoderar y transformar a las comunidades a través de la participación en el proceso de investigación	Generar datos de investigación ricos en información, con fotos e historias generadas por los participantes	Enriquecer la entrevista de investigación insertando imágenes para elicitación nuevas perspectivas
Creación de imagen	Por los participantes	Por los participantes o los investigadores, guiados por participantes	Principalmente por investigadores o terceros
Uso de imagen	Para el empoderamiento y la transformación de la comunidad	Para una comprensión más profunda y rica, documentación en contexto	Para una mejor comprensión

1.3. Fotovoz

El método de Fotovoz se definió por primera vez por Wang y Burris (1994) (Wang, Burris y Ping, 1996) en su trabajo con mujeres chinas en el cual utilizaron la fotografía participativa dentro de procesos de educación y empoderamiento en salud pública comunitaria; inspiradas por el educador brasileño Paulo Freire y su noción de *conscientização* o educación para la conciencia crítica (Freire, 1970). Inicialmente llamaron el método novela fotográfica o fotonovela, pero luego cambiaron la etiqueta a Fotovoz, para describir una práctica participativa “en la cual las personas pueden identificar, representar y mejorar su comunidad a través de una técnica fotográfica específica. En esta técnica, se ponen las cámaras en las manos de las personas para que puedan actuar como grabadoras y catalizadores potenciales del cam-

bio en sus propias comunidades” (Wang y Burris, 1997: 369, traducción propia). Según los autores, el método tiene tres objetivos principales: “(1) permitir a las personas registrar y reflejar las fortalezas y preocupaciones de su comunidad, (2) promover el diálogo crítico y el conocimiento sobre temas importantes a través de la discusión de fotografías en grupos grandes y pequeños, y (3) llegar a los hacedores de políticas públicas” (Wang y Burris, 1997: 370, traducción propia).

Aunque se centra en el uso de la fotografía participativa, el objetivo principal de la Fotovoz no son las imágenes, sino la participación, el diálogo y la transformación de la comunidad. En la Fotovoz, “las fotografías no son importantes por sí mismas, sino que son importantes por su papel en la vida de quienes las hacen” (Harper, 2012: 202, traducción propia). El procedimiento, por lo tanto, no se centra en la producción, composición, circulación o audiencia de las imágenes (en la tipología de Rose, 2016), sino en el empoderamiento y la transformación comunitaria que el proceso participativo puede facilitar. Las fotografías no son importantes en sí mismas, pero pueden ser importantes para la función que desempeñan en la transformación de la vida de las personas que las crean.

El método de la Fotovoz se contrapone a veces como alternativa a la fotografía documental, la cual es acusada con frecuencia de explotar o “espectacularizar” a los pobres y a los débiles en la sociedad (Harper, 2012). Aunque la Fotovoz comenzó en el campo de la salud pública, desde entonces se ha extendido su uso a campos en trabajo social, desarrollo comunitario, sociología y antropología, entre otros. Harper

ofrece una tipología de diferentes prácticas de Fotovoz enfocadas hacia: 1) empoderamiento; 2) salud comunitaria; 3) adaptación y recuperación de enfermedades; 4) comunidad, clase y pobreza; 5) educación y juventud; 6) cultura, identidad, trabajo; y 7) revisiones de literatura e implicaciones éticas (Harper, 2012).

Fotovoz tiene importantes limitaciones, algunas de las cuales fueron identificadas desde la primera implementación y descripción de Fotovoz. En sus primeros trabajos, Wang y Burris (1997) mencionan la necesidad de reconocer las relaciones de poder en las que operan los proyectos de Fotovoz, el juicio personal de los participantes, y el control de los recursos utilizados en el proyecto. Estos factores plantean preocupaciones importantes en relación con la participación de los sujetos, su empoderamiento, y la transformación de sus realidades.

En una revisión más reciente de proyectos en materia de salud pública que usan Fotovoz, Catalani y Minkler (2010) dan cuenta de tres limitaciones comunes: 1) los métodos para evaluar proyectos de Fotovoz tienden a ser vagamente descritos, 2) no hay prácticas consistentes para informar sobre diferentes niveles de participación comunitaria, y 3) aunque concebidos como proyectos de intervención comunitaria, el impacto real de los proyectos de Fotovoz a nivel comunitario no está bien descrito o evaluado. Además, hay consideraciones éticas importantes en la implementación de proyectos Fotovoz tales como la explotación y la intrusión en las poblaciones vulnerables (Joanou, 2009), y el avance limitado de las voces de los participantes (Evans-Agnew y Rosemberg,

2016). La erradicación del desequilibrio de poder entre investigadores y participantes es buscado y deseado por investigadores críticos, tal erradicación no es una característica o un resultado automático de los enfoques participativos como Fotovoz. El empoderamiento y la transformación comunitaria no son necesariamente resultados automáticos del trabajo participativo, y el poder todavía puede ser cooptado.

Ejemplos recientes de Fotovoz en investigación en CI incluyen su uso como método para examinar necesidades, percepciones y comportamientos de usuarios y usuarias en bibliotecas públicas (Luo, 2017), o como un método para evaluar la alfabetización digital de estudiantes en transición entre la escuela secundaria y la universidad (Given, Opryshko, Julien y Smith, 2011).

1.4. Foto Elicitación

La Foto Elicitación, a diferencia de Fotovoz, se basa en la idea de insertar una o más imágenes como parte de una entrevista de investigación, con el fin de ayudar a elicitar (producir) diferentes tipos de respuestas más allá de lo que se obtiene a través de la entrevista a solas (Clark-Ibáñez, 2004). Las imágenes pueden ayudar a evocar elementos más profundos de la conciencia que las palabras solas, y pueden involucrar diferentes tipos de sensorialidades. La entrevista resultante no solo proporciona más información, sino también información diferente. La Foto Elicitación no se limita al uso de fotos: puede incorporar pinturas, dibujos, garabatos, objetos, etc. No obstante, es más frecuentemente hacerla con fotografías.

La Foto Elicitación como método fue descrita primero en un artículo del canadiense John Collier en 1957, al presentar un estudio usando fotografías para ayudar a clarificar las categorías relacionadas con la calidad de la vivienda en Canadá. Collier comparó los resultados obtenidos a través de entrevistas a solas con los resultados obtenidos con la ayuda de fotografías, y concluyó que:

Las características de los dos métodos de entrevista pueden ser descritos con sencillez. El material obtenido con fotografías fue preciso y, a veces, incluso enciclopédico; las entrevistas de control fueron menos estructuradas, más incoherentes, y más libres en asociaciones. Las declaraciones en las entrevistas fotográficas respondían directamente a las preguntas sondeo visual, y diferían en carácter a medida que el contenido de las imágenes variaba, mientras que el carácter de las entrevistas de control parecía regirse más bien por el estado de ánimo de los informantes. (Collier, 1957: 856, traducción propia)

A pesar de estos primeros informes del trabajo de Collier, las técnicas de Foto Elicitación no se utilizaron ampliamente hasta los años ochenta. Harper (2002) describe la lenta adopción de Foto Elicitación durante las décadas de 1960 y 1970, la cual llevó a la publicación de Wagner en 1978 de “fotografías como estímulos de entrevista” (Wagner, 1978, citado en Harper: 15). Harper rastreó la posterior adopción de Foto Elicitación como “una de las cuatro formas en que los investigadores podrían usar fotografías en técnicas de investigación estándar” (Harper, 1987, 1988, citado en Harper, 2002: 15, traducción propia). Por último, ofrece una descripción más reciente de Fotos Elicitación como una técnica que

pone las imágenes y la investigación visual en la vanguardia de la agenda de investigación en el campo de la sociología visual, demostrando la utilidad de las imágenes sobre la base de la autoridad de los sujetos en lugar de la autoridad de los investigadores (Harper, 2002). Foto Elicitación ha llegado lentamente a otros campos de investigación. En el capítulo sobre Foto Elicitación en su libro *Visual Sociology* (2012), Harper ofrece una tipología que indica que la investigación mediante Foto Elicitación se ha centrado en: 1) estudios aplicados de salud; 2) enseñanza; 3) comportamiento cultural; 4) definiendo cultura; 5) conexión a lugar/cosas (cultura); 6) culturas en el trabajo; y 7) Foto Elicitación como método. Ofrece además ejemplos de la amplia variedad de temas y disciplinas donde se ha utilizado Foto Elicitación.

Según la metodología visual crítica de Rose (2016), Foto Elicitación no se interesa por el sitio de producción, el sitio de la imagen en sí o el sitio de distribución de la imagen; todo el énfasis está en la cuarta dimensión: el sitio de audiencias de la imagen y, en particular, su modalidad social, cómo se interpreta la imagen, por quién y por qué, con poca atención a la modalidad tecnológica de audiencias (cómo se muestra y dónde), o a la modalidad compositiva de la audiencia (qué posturas de visualización se ofrecen y su relación con otros textos). Foto Elicitación se centra en el uso de las fotografías como parte del proceso de la entrevista y, específicamente, en los significados que suscitan en los participantes. Las fotografías pueden ser tomadas por el investigador o por un fotógrafo profesional independiente del investigador, o pueden provenir de un contexto completamente diferente y sin relación con la investigación, como revistas y

periódicos, bancos de fotografías u otras fuentes de imágenes visuales no creadas para los fines de la investigación, pero que son llevadas a la entrevista con el propósito de suscitar conversación. En algunos casos, los estudios que usan Foto Elicitación han utilizado imágenes generadas por los participantes. Como veremos, el método en estos proyectos puede denominarse con mayor precisión Fotohistorias.

Más allá de las primeras observaciones de Collier mencionadas anteriormente sobre la diferencia entre las entrevistas con y sin fotografías, Harper ofrece una descripción más matizada y profunda del poder de Foto Elicitación:

Creo que Foto Elicitación extrae las sombras más profundas en una parte diferente de la conciencia humana que las entrevistas con solo palabras. Esto se debe en parte a cómo las fotografías amplían el recuerdo y, en parte, a la calidad particular de la propia fotografía. Las fotografías parecen capturar lo imposible: una persona ausente; un evento pasado. Esa sensación extraordinaria de recuperar algo que ha desaparecido pertenece solo a la fotografía, y conduce a una conversación profunda e interesante. (Harper, 2002: 22–23, traducción propia).

Las limitaciones de Foto Elicitación incluyen el reconocimiento de que hay muchas maneras diferentes en que se pueden realizar las entrevistas de Foto Elicitación, y que las fuentes de las imágenes utilizadas en el proceso de la entrevista pueden variar mucho. Las diferencias generadas por estas variaciones en el guion de la entrevista y la procedencia de la imagen no están bien mapeadas, y su uso exitoso

depende en gran medida de la habilidad y el talento de los investigadores. En algunos casos, los investigadores indican que el uso de imágenes en Foto Elicitación cierra en lugar de abrir la comunicación, especialmente cuando los participantes tienen dificultades para expresar sus ideas o sensaciones en lo que perciben como algo evidente en las imágenes (Meo, 2010). Hay también importantes desafíos para lograr hacer preguntas realmente abiertas en lugar de preguntas que implican un tipo de respuesta deseada.

Las preguntas tendenciosas, basadas en interpretación o significados atribuidos a la imagen por parte de los investigadores, pueden influir —a veces dramáticamente— en los resultados de la investigación con Foto Elicitación. Finalmente, muchos investigadores usan Foto Elicitación para ayudar a disminuir el desequilibrio de poder entre investigador y sujeto; sin embargo, conseguir esto no es inherente a la Foto Elicitación sino a las actitudes y capacidades del investigador. Sin el cuidado adecuado, la autoconciencia, el verdadero respeto y la escucha, los desequilibrios de poder entre investigadores y participantes pueden perpetuarse o incluso amplificarse usando Foto Elicitación.

Ejemplos recientes de Foto Elicitación en CI incluyen la comprensión de las percepciones sobre los espacios de la biblioteca por parte de usuarios (Haberl y Wortman, 2012), el mapeo de mundos de información de participantes (incluyendo mapeo de relaciones institucionales e interpersonales) (Greyson, 2013) y explorar representaciones sociales de centros comunitarios multimedia (Vannini, Rega, Sala y Cantoni, 2015).

1.5. *Fotohistorias*

Las Fotohistorias son un método de investigación visual que se encuentra justo en el espacio entre la Fotovoz y la Foto Elicitación. Las Fotohistorias utilizan el poder de la fotografía participativa, en la cual los sujetos crean o suministran sus propias imágenes, y de la Foto Elicitación, donde se utilizan imágenes como parte de la entrevista de investigación para explorar memorias, experiencias y significados de manera más profunda de lo que se hace habitualmente solo a través de entrevistas.

Aunque el propósito principal de Fotohistorias no es empoderar a las comunidades para la transformación social, tal empoderamiento es con frecuencia un subproducto del proceso participativo de crear imágenes y reflexionar sobre su importancia. Debido a que se basa en imágenes generadas por participantes, el proceso de creación de fotos de Fotohistorias está más profundamente conectado con las experiencias vividas por ellos, lo que resulta en hallazgos de investigación que con frecuencia están emocionalmente cargados, son significativos desde la experiencia y la memoria, y son visualmente fuertes. Al igual que en Fotovoz, las imágenes que se crean en el proceso participativo de Fotohistorias no tienen gran valor en tanto registro documental; al igual que en la Foto Elicitación, las imágenes ganan su significado a partir de las interpretaciones obtenidas en la entrevista de investigación. Las imágenes brindan un poderoso apoyo visual y un contraste con las historias que se cuentan, lo que ayuda a la comprensión visual de las experiencias vividas, ofrece materiales visuales ricos para acompañar la difusión de los

resultados y, a menudo, resultan en un sentido de empoderamiento entre los participantes.

Construyendo sobre nuestro trabajo anterior con fotografía y video, introdujimos Fotohistorias por primera vez en 2014 como método de investigación para explorar los comportamientos de información de migrantes latinos en la frontera entre México y EEUU (Gómez et al., 2016; Gómez y Vannini, 2015; Newell et al., 2016; Yefimova et al., 2015). Usando cámaras digitales de bajo costo, invitamos a migrantes en albergues humanitarios en el lado mejicano de la frontera (deportados recientes o recién llegados a la región fronteriza desde el interior de México o Centro América) a tomar fotos de su vida cotidiana, para luego hablar con nosotros acerca de las fotos que tomaban. La transitoriedad extrema y la precariedad de la vida cotidiana entre los migrantes en la frontera estaba marcada por dormir al aire libre o en refugios humanitarios, comiendo en comedores de caridad o en salas de la iglesia, cargando todas sus pertenencias en una mochila o una bolsa plástica, y viviendo con incertidumbre constante acerca de dónde ir o qué hacer en seguida. Algunos participantes nunca habían tomado fotos antes y debíamos enseñarles aspectos muy básicos sobre cómo utilizar las cámaras, mientras que otros se sentían a gusto con los aparatos y manejaban las cámaras con facilidad. Unos pocos estaban felices de tener fotos para añadir a sus cuentas de Facebook antes de devolvernos las cámaras y participar en la entrevista de seguimiento.

Mientras que en nuestro proyecto la creación participativa de imágenes no estaba destinada a empoderar partici-

pantes o transformar sus realidades, muchos de ellos dijeron ganar un mayor sentido de autoestima a través de su participación en la toma de imágenes y reflexión sobre su propia realidad. Además, varias participantes indicaron también que el hecho de ver que sus imágenes e historias importaban y eran tomadas en serio por investigadores universitarios era una fuente de afirmación y auto estima, incluso si no se beneficiarían directamente de los resultados de la investigación. Las colecciones de imágenes producidas por participantes fueron sugestivas, y las conversaciones generadas o inspiradas por las imágenes fueron elocuentes, ofreciendo una comprensión profunda y sutil sobre las experiencias de transitoriedad e impermanencia de la migración en el punto de transición al cruzar la frontera.

Otros estudios han usado Fotohistorias como método, combinando fotografía participativa para la creación de imágenes y el uso de esas imágenes para guiar la entrevista de investigación. Además, estos trabajos han contribuido valiosa investigación en el campo de CI, ofreciendo análisis y una rica comprensión de fibras profundas en historias e imágenes en torno a la experiencia humana en relación con sus de información, participación comunitaria y sentido de pertenencia, entre otros (Barón y Gómez, 2017; Gómez, 2017a, 2017b; Gómez, Moreno, et al., 2017; Gómez y Vannini, 2017; Gómez, Zubair, et al., 2017; Vannini et al., 2016)

En un estudio que recuerda la pionera comparación de entrevistas con y sin fotografías de Collier (1957), se analizaron (con y sin entrevistas) un total de 215 imágenes generadas por participantes en dos contextos diferentes de trabajo

de campo. Este estudio “investiga la distancia entre el contenido visual y la interpretación de los participantes de las imágenes que crearon [...] inspiradas en la distinción de Pauwels [(2010)] entre ‘representado’ y ‘representación’” (Gómez M. et al., 2017). El estudio encuentra que en el transcurso de la entrevista, los participantes a veces ofrecen interpretaciones literales o intrínsecas de las imágenes, pero en otros casos añaden contexto y detalles. En otros casos, las imágenes ayudaron a suscitar significados adicionales, sentimientos o memorias durante la entrevista de investigación, reafirmando que “la fotografía participativa puede ayudar a los investigadores en la obtención de información y obtener una mejor comprensión del contexto de los participantes [...], proporciona información detallada sobre la visión del mundo de los participantes de manera profunda e inesperada, y también ofrece una oportunidad para que los participantes reflexionen sobre la técnica misma” (Gómez M. et al., 2017).

En Fotohistorias, la producción de fotografías participativas y su uso en la entrevista de seguimiento se centran, siguiendo la tipología de Rose (2016), en la modalidad social del sitio de producción de la imagen: quién, cuándo, para quién y por qué; se analizan también los significados visuales de la imagen misma y, más importante, el sitio de audiencia de la imagen (principalmente lo social: cómo es interpretado, por quién, por qué). Se ofrecen también oportunidades para la difusión de imágenes en combinación con historias como parte del proceso de investigación.

Las limitaciones y consideraciones éticas de Fotohistorias incluyen cuestiones ya planteadas en Fotovoz y Foto

Elicitación, particularmente en relación con cuestiones de confidencialidad y privacidad con imágenes generadas por los participantes, especialmente en situaciones vulnerables (por ejemplo, al trabajar con inmigrantes indocumentados); cuestiones de poder (exacerbando vs. minimizando las diferencias de poder entre investigador y sujetos); y voz (cuál y de quién es la voz que se amplifica). Desafíos adicionales incluyen las dificultades de formular preguntas realmente abiertas y no tendenciosas, las variaciones en el guion de preguntas durante la entrevista de seguimiento, y el peligro de que las imágenes cierren en lugar de abrir la conversación. Por último, se presentan consideraciones éticas sobre temas de autoría y uso de imágenes e historias, especialmente cuando los sujetos ya no están accesibles.

Fotohistorias es diferente de Fotovoz en que Fotohistorias no se ocupa principalmente de la participación como herramienta para el empoderamiento y la transformación social (aunque puede contribuir a ella), sino de la generación de resultados de investigación. En Fotovoz, las fotos no son un fin en sí mismas, sino un instrumento para promover la conciencia (*conscientização*) y la transformación social. En Fotohistorias, las fotos tampoco son un fin en sí mismas; en lugar de ser principalmente instrumentos para la toma de conciencia, las fotos son generadas de manera participativa, y son utilizadas principalmente como instrumentos para sondear, provocar y elicitare memorias, experiencias y sentidos durante la entrevista de investigación.

Fotohistorias difiere de Foto Elicitación en que Fotohistorias usa imágenes generadas por participantes en vez

de imágenes generadas por el investigador o por terceras personas. De este modo, las imágenes usadas en la entrevista de investigación están más cerca de las experiencias de los participantes y ayudan al investigador a explorar significados más profundos o inesperados, los cuales con frecuencia son más difíciles de obtener usando solo la entrevista. Como se discutió anteriormente, algunos estudios de Foto Elicitación han utilizado imágenes generadas por participantes, lo cual convierte este tipo de estudios en algo más cercano al método de Fotohistorias.

Algunos ejemplos de Fotohistorias en investigaciones en CI incluyen: uso de Fotohistorias para explorar prácticas de información entre migrantes latinos en EEUU (Barón y Gómez, 2017; Gómez, 2016; Gómez y Vannini, 2017) y entre comunidades indígenas de México (Beltrán et al., 2018; Gómez, Moreno, et al., 2017; Gómez, Zubair, et al., 2017). Por su parte, Guajardo usó Fotohistorias para investigar prácticas de información de estudiantes indocumentados en la Universidad de Washington (Guajardo, 2018) y Carrera Zamanillo usó Fotohistorias para investigar comportamientos alimentarios y cultura entre inmigrantes latinos en el Estado de Washington (Carrera, 2017).

2. Investigar con Fotohistorias

A continuación, presentamos unas pautas más detalladas para utilizar las Fotohistorias como método de investigación visual.

(1) *Entrada al campo y reclutamiento los participantes (desafío de ganar confianza)*

Como en toda investigación, se debe ingresar al terreno para trabajo de campo y construir la confianza necesaria para el reclutamiento exitoso de participantes. En nuestra investigación, trabajamos en asociación con organizaciones locales de confianza para ganar esta entrada, y luego nos tomamos el tiempo para construir y desarrollar la relación y la confianza para que los participantes sientan que es seguro participar. Con frecuencia, una vez que participan los primeros participantes, se hace más fácil para otros seguir su ejemplo. Tomar fotos puede ser visto como algo divertido o entretenido, lo que ayuda con el reclutamiento de participantes.

(2) *Instrucciones y guías (desafío de obtener consentimiento informado)*

Una vez que los sujetos están dispuestos a participar, es particularmente importante obtener consentimiento informado, incluyendo el consentimiento y autorización para el uso de las imágenes como parte de los resultados de investigación. Los y las participantes pueden usar su propia cámara o teléfono, o usar uno provisto por el equipo investigador. El creciente uso de teléfonos móviles con cámaras y la disponibilidad de cámaras digitales de bajo costo hacen de este aspecto de la creación de la imagen algo relativamente fácil y barato. Si usa cámaras digitales proporcionadas por la investigación, es importante ofrecer instrucciones básicas sobre su uso, especialmente si los sujetos no las han usado antes. En nuestra práctica aprendimos a no centrarnos en enseñar la técnica o composición fotográfica, sino apenas el funcionamiento bá-

sico del equipo, enfatizando en que no hay fotos “malas”. Cualesquiera que sean las imágenes que tomen las participantes, serán buenas y útiles. Además, vale la pena recordarles que siempre pueden eliminar imágenes que no desean incluir. Por último, es útil dar a los sujetos una idea de la cantidad de fotografías que se espera usar al final (recomendamos entre 3 y 10), con el fin de limitar la posible inundación si cada participante proporcionara demasiadas imágenes.

Dos consideraciones adicionales son importantes: ofrecer pautas éticas para tomar fotos, que deben incluir: a) pedir permiso antes de tomar fotos de personas, especialmente menores; b) evitar tomar fotografías que pueden poner en peligro o poner en aprietos al fotógrafo o a las personas que son fotografiadas; c) recordar la posibilidad de ocultar las identidades de los sujetos al no incluir sus rostros u otras características personales identificables. En segundo lugar, es útil sugerir ideas de fotografías para tomar, no como una lista de temas a seguir, sino como sugerencias y posibles ideas. Hemos encontrado que dar indicaciones vagas o abstractas puede ser desconcertante para participantes, por lo que es importante encontrar un balance entre sugerir cosas específicas (por ejemplo, tomar fotos de cosas que le gusta comer) y cosas más generales o que representan una idea (por ejemplo, tomar fotos de algo que representa el hogar o su lugar de pertenencia). Mientras que las indicaciones vagas pueden ser confusas (por ejemplo, es mejor evitar pedir tomar fotos de su vida en general), las indicaciones que son demasiado específicas pueden cerrar las oportunidades para que surjan cosas creativas o inesperadas.

(3) *Generación de fotos (desafíos de obtener imágenes en contexto)*

Este es el punto en el que se crean o generan las imágenes. Los participantes toman fotos durante unas horas o durante varios días, también pueden elegir imágenes preexistentes en su teléfono o cámara, en sus cuentas de Facebook u otras redes sociales o en álbumes de fotos. Debe tenerse en cuenta que no todas las imágenes deben ser fotos, también pueden incluir objetos, dibujos, pinturas, etc. En algunos casos, los participantes describen lo que quieren mostrar, y luego piden a alguien más en la comunidad o en el equipo de investigación que tome las fotografías en su nombre. Finalmente, en algunas circunstancias extraordinarias, hemos ensayado algo que llamamos imágenes imaginarias: en la entrevista surge algún tema, pero no hay a mano una imagen que lo represente, y después de la entrevista los participantes buscan imágenes que ayuden a entender el tema del que se habló en la entrevista. Teniendo en cuenta que el objetivo principal de la investigación no es la imagen en sí, sino su significado para los participantes, la creación de las imágenes puede tomar muchas formas diferentes dependiendo del contexto de la investigación.

(4) *Selección de imágenes y entrevista de seguimiento (desafío de preguntas verdaderamente abiertas)*

Cuando los participantes regresan para la entrevista de investigación, hay que seleccionar las imágenes de las que quieren hablar. Lo más probable es que ya las hayan visto todas antes de llegar a la entrevista (a diferencia de las fotos análogas, donde es necesario revelar la película e imprimir las

fotos antes de la entrevista). Sin embargo, es mejor dedicar unos momentos a ver todas las fotos aportadas por el sujeto, y pedirle que seleccione cuáles quiere incluir en la entrevista. En esta fase, el uso de tabletas en lugar de teléfonos facilita la escogencia debido al mayor tamaño de la pantalla; también se pueden transferir los archivos del teléfono o cámara a una computadora portátil para su visualización y almacenamiento. Es útil que el audio de la entrevista se grabe en un aparato aparte, no en el mismo teléfono o tableta utilizado en la visualización, y que se identifique claramente cuál es la foto de la que se está hablando, para mantener el vínculo entre la foto y su historia. El investigador debe hacer preguntas verdaderamente abiertas, sin suponer que sabe lo que representa la imagen o por qué fue tomada; preguntar acerca de lo que hay en la imagen y también lo que no está en ella, por qué la tomó, qué otras cosas hubieran querido fotografiar pero no se hizo, etc., e indagar sobre sentimientos, recuerdos o emociones relacionadas con la imagen en cuestión. Este es el espacio rico en información donde se obtienen los significados, interpretaciones y experiencias vividas por los participantes, utilizando las fotos como pretextos de conversación.

(5) *Transcripción, traducción y codificación*
(*desafío de mantener el vínculo entre*
imágenes e historias; distancia de la voz original)

Se puede preparar una transcripción literal —*verbatim*— o no de la grabación de la entrevista, según sus necesidades y recursos, y traducir si la investigación se realiza en varios idiomas. Hemos encontrado que los testimonios son más útiles cuando se editan para mayor claridad y brevedad, siempre que se mantengan fieles a la voz original de los y

las participantes. Asegúrese de mantener el vínculo entre la imagen y su historia en el texto correspondiente. La codificación cualitativa, si es oportuna, se puede hacer a partir de las transcripciones, preferiblemente con las imágenes enlazadas para mantener completo el contexto y sus detalles. Consulte guías de uso general para codificación cualitativa, como la que ofrece Saldaña (2015).

(6) *Análisis y difusión (desafíos de validación y resultados útiles para participantes)*

Analice los textos con sus imágenes relacionadas para encontrar temas emergentes o predeterminados. Si lo desea, tiene la oportunidad de realizar un análisis visual de las imágenes recopiladas, aunque las imágenes son por naturaleza incompletas y no fueron creadas con el fin de ser independientes; su significado depende de la interpretación asignada por participantes en la entrevista. Prepare resultados preliminares de manera comprensible y útil para sus participantes y, si es posible, compártalos con ellos y ellas para recibir críticas y comentarios antes de cerrar el proceso de análisis. A menudo olvidado, este paso es muy importante para la validación de los resultados, para encontrar matices adicionales en el contenido y el análisis, y para dar un mayor sentido de apropiación de los resultados por parte de los participantes. Por último, la difusión de resultados puede incluir exhibiciones visuales acompañadas de textos, informes escritos con combinaciones de historias con imágenes, y también trabajos académicos más tradicionales. La difusión en línea ofrece oportunidades adicionales para la presentación y organización de hallazgos y resultados con textos e imágenes de maneras creativas y útiles.

Fotohistorias ofrece un conjunto de herramientas flexible y versátil para recoger y examinar experiencias vividas desde la perspectiva de los participantes, mejoradas y aumentadas por el poder de las imágenes generadas por ellos mismos. Estas prácticas pueden ser de utilidad para ahondar investigaciones en CI, en estudios de memoria, y en otros temas relacionados con sociedad, identidad y cultura. Estas pautas están diseñadas para ayudar a investigadores a adaptar y ajustar, según sea necesario para implementar con éxito, las Fotohistorias como método de investigación visual.

3. Conclusiones: aportes de las Fotohistorias

Fotohistorias es un método de investigación visual rico en información y poderoso en contenidos, se basa en Fotovoz y Foto Elicitación. Mientras que Fotovoz se ocupa principalmente del proceso participativo en la generación de imágenes para el empoderamiento de la comunidad, y Foto Elicitación se ocupa principalmente de insertar fotos en la entrevista de investigación, Fotohistorias utiliza imágenes generadas por los participantes (como en Fotovoz) y las inserta como parte de la entrevista de investigación (como en Foto Elicitación). Esto genera resultados de investigación desde el punto de vista de los participantes, aportando gran riqueza informativa, profundidad y sensibilidad, de maneras que no son fáciles de lograr solo con entrevistas, solo con fotografía participativa o con entrevistas que usan fotografías creadas por terceros.

Los métodos visuales son valiosos en la investigación relacionada con comportamientos humanos, incluyendo CI, memorias, identidad, y cultura. Otras disciplinas han hecho

amplio uso de métodos visuales, tales como Fotovoz (originado en la salud pública) y Foto Elicitación (originado en la antropología). Ambos métodos tienen hoy un uso más extendido en otras disciplinas y ofrecen un gran potencial de contribución en la investigación en CI. Existe cierta confusión en el borroso límite entre Fotovoz y Foto Elicitación, y los nombres son a veces usados de manera intercambiable, lo que lleva a una mayor confusión. Fotovoz se centra en la generación de imágenes participativa como parte de un proceso de educación crítica y empoderamiento para la transformación social. Foto Elicitación se centra en el uso de imágenes (creadas por el investigador o por terceros) insertadas en el marco de entrevistas de investigación.

Nuestro enfoque, Fotohistorias, combina el poder de las imágenes generadas por los participantes con el poder del uso de esas imágenes en la entrevista de investigación. A diferencia de Fotovoz, Fotohistorias no se centra principalmente en el empoderamiento y la transformación social, sino en contribuir con hallazgos ricos en información al proceso de investigación. A diferencia de Foto Elicitación, Fotohistorias utiliza imágenes generadas por los participantes para obtener nuevos y más profundos conocimientos sobre sus experiencias y significados vividos, en lugar de imágenes generadas por investigadores o por terceros. De esta manera, Fotohistorias combina el poder de las imágenes con el significado de la narrativa y el testimonio. A través de Fotohistorias, el equipo investigador puede desentrañar y obtener nuevos significados y experiencias que no son fáciles de conseguir a través de entrevistas solamente, así como obtener múltiples perspectivas, percepciones y sentimientos relacionados con

las experiencias y sus memorias. Por otra parte, a través de Fotohistorias, los participantes con frecuencia se sienten empoderados y tienen un sentido renovado de agencia y autoestima, similar al que se consigue a través de Fotovoz.

Los métodos de investigación visual como Fotohistorias tienen un gran potencial para mejorar y profundizar la comprensión del comportamiento humano en la investigación en ciencias de información, memoria, identidad y cultura.

Referencias

- Barón, L. F., y Gómez, R. (2017). Living in the Limits: Migration and Information Practices of Undocumented Latino Migrants. *International Conference on Social Implications of Computers in Developing Countries* (pp. 147-158). Springer.
- Beltrán, M., Oleta, D. P., Tafurt, M. del M., Iribe, Y., Vergara, G., Gómez, R., y Berwick, J. (2018). *Radio Ach' Lequic'op: Voice of Tseltal Maya Communities in Chiapas*. One Equal Heart.
- Berger, J. (2008). *Ways of seeing* (Vol. 1). Penguin UK.
- Carrera Zamanillo, M. (2017). *Cultivando Comunidad: A Community-Based Approach to Study the Link between Cultural and Environmental Identities in Latinxs Living in the Seattle Metropolitan Area* (Doctoral Dissertation). University of Washington, Seattle, WA.

- Catalani, C., y Minkler, M. (2010). Photovoice: A Review of the Literature in Health and Public Health. *Health Education & Behavior*, 37(3), 424-451. <https://doi.org/10.1177/1090198109342084>
- Clark-Ibáñez, M. (2004). Framing the Social World With Photo-Elicitation Interviews. *American Behavioral Scientist*, 47(12), 1507-1527. <https://doi.org/10.1177/0002764204266236>
- Collier, J. (1957). Photography in anthropology: A report on two experiments. *American Anthropologist*, 59(5), 843-859.
- Enser, P. (2008). The evolution of visual information retrieval. *Journal of Information Science*, 34(4), 531-546. <https://doi.org/10.1177/0165551508091013>
- Evans-Agnew, R. A., y Rosemberg, M.-A. S. (2016). Questioning Photovoice Research: Whose Voice? *Qualitative Health Research*, 26(8), 1019-1030. <https://doi.org/10.1177/1049732315624223>
- Feinberg, M. (2017). Material Vision. *Proceedings of the 2017 ACM Conference on Computer Supported Cooperative Work and Social Computing*, 604-617. ACM.
- Freire, P. (1970). *Pedagogy of the Oppressed*. Bloomsbury Academic.

- Given, L. M., Opryshko, A., Julien, H., y Smith, J. (2011). Photovoice: A participatory method for information science. *Proceedings of the American Society for Information Science and Technology*, 48(1), 1-3.
- Given, L. M., Winkler, D. C., Willson, R., Davidson, C., Danby, S., y Thorpe, K. (2016). Watching young children “play” with information technology: Everyday life information seeking in the home. *Library & Information Science Research*, 38(4), 344-352. <https://doi.org/10.1016/j.lisr.2016.11.007>
- Gómez, R. (2017a). Ni aquí ni allá: Nociones de hogar y sentido de pertenencia en el contexto de la migración. *Anuario electrónico de estudios en Comunicación Social “Disertaciones,”* 11(1), 169-194.
- _____. (2017b). Raíces y ramas al viento: Experiencias colombianas de migración y prácticas de información. *Revista CS*, (22), 33-53.
- _____. (2016). Vulnerability and Information Practices Among (Undocumented) Latino Migrants. *The Electronic Journal of Information Systems in Developing Countries*, 75. Retrieved July 21, 2016, from <http://144.214.55.140/Ojs2/index.php/ejisdc/article/view/1696>
- Gómez, R., Guajardo, V., Newell, B., y Vannini, S. (2016). Mobile phones and information practices among undocumented migrants at the US-Mexico border. *Pro-*

ceedings of 4S-EASST Conference. Presented at the 4S, Barcelona.

Gómez, R., Moreno Tafurt, M. del M., Berwick, J., e Iribe, Y. (2017). *Women's Words—Women's contribution to living fully among Tseltal Mayan communities in Chiapas*. One Equal Heart.

Gómez, R., y Vannini, S. (2017). Notions of home and sense of belonging in the context of migration in a journey through participatory photography. *The Electronic Journal of Information Systems in Developing Countries*, 78(1), 1-46.

_____. (2015). *Fotohistorias: Participatory Photography and the Experience of Migration*. Charleston, SC: CreateSpace.

Gómez, R., Zubair, C., Berwick, J., y Morales, M. (2017). *Living Fully - Vivir Plenamente - Lekil Cuxlejalil: Lekil Cuxlejalil among Tseltal Mayan Communities in Chiapas - Lekil Cuxlejalil en las comunidades Tseltal Maya en Chiapas*. One Equal Heart Foundation.

Gómez M., L., Gómez, R., y Vannini, S. (2017). The power of Participatory Photography in ICTD programs: Freedom to explore beyond images. *Proceedings of HICSS 50*. Hawaii.

Greyson, D. (2013). Information world mapping: A participatory, visual, elicitation activity for information practice inter-

views. *Proceedings of the 76th ASIS&T Annual Meeting: Beyond the Cloud: Rethinking Information Boundaries*, 106. American Society for Information Science.

Guajardo, V. (2018). *UndocuLives: Understanding the Information Behavior, Needs, and Networks of UndocuStudents in Higher Education* (Doctoral Dissertation, University of Washington, Information School). Retrieved from https://digital.lib.washington.edu/researchworks/bitstream/handle/1773/41811/Guajardo_washington_0250E_18245.pdf?sequence=1&isAllowed=y

Haberl, V., y Wortman, B. (2012). Getting the picture: Interviews and photo elicitation at Edmonton Public Library. *LIBRES: Library and Information Science Research Electronic Journal*, 22(2), 1.

Harper, D. (2012). *Visual sociology*. Routledge.

_____. (2002). Talking about pictures: A case for photo elicitation. *Visual Studies*, 17(1), 13-26. <https://doi.org/10.1080/14725860220137345>

Hartel, J., Lundh, A., Sonnenwald, D., y Foster, N. F. (2012). State of the art/science: Visual methods and information behavior research. *Proceedings of the American Society for Information Science and Technology*, 49(1), 1-4. <https://doi.org/10.1002/meet.14504901009>

Hemmig, W. S. (2008). The information-seeking behavior of visual artists: a literature review. *Jour-*

nal of Documentation, 64(3), 343-362. <https://doi.org/10.1108/00220410810867579>

Hicks, A., y Lloyd, A. (2018). Seeing information: Visual methods as entry points to information practices. *Journal of Librarianship and Information Science*, 50(3), 229-238. <https://doi.org/10.1177/0961000618769973>

Joanou, J. P. (2009). The bad and the ugly: ethical concerns in participatory photographic methods with children living and working on the streets of Lima, Peru. *Visual Studies*, 24(3), 214-223. <https://doi.org/10.1080/14725860903309120>

Kairam, S., Riche, N. H., Drucker, S., Fernandez, R., y Heer, J. (2015). Refinery: Visual Exploration of Large, Heterogeneous Networks through Associative Browsing. *Computer Graphics Forum*, 34(3), 301-310. <https://doi.org/10.1111/cgf.12642>

Keim, D. A., Mansmann, F., Schneidewind, J., Thomas, J., y Ziegler, H. (2008). Visual Analytics: Scope and Challenges. In S. J. Simoff, M. H. Böhlen, & A. Mazeika (Eds.), *Visual Data Mining: Theory, Techniques and Tools for Visual Analytics* (pp. 76-90). https://doi.org/10.1007/978-3-540-71080-6_6

Luo, L. (2017). Photovoice: a creative method to engage library user community. *Library Hi Tech*, 35(1), 179-185.

- Margolis, E., y Pauwels, L. (2011). *The SAGE handbook of visual research methods*. Retrieved from <http://public.eblib.com/EBLPublic/PublicView.do?ptiID=786862>
- Matusiak, K. K., Rorissa, A., Albertson, D., y Yoon, J. (2016). How is image seeking and use studied: theoretical models and research methods. *Proceedings of the 79th ASIS&T Annual Meeting: Creating Knowledge, Enhancing Lives through Information & Technology*, 10. American Society for Information Science.
- Meo, A. I. (2010). Picturing Students' Habitus: The Advantages and Limitations of Photo-Elicitation Interviewing in a Qualitative Study in the City of Buenos Aires. *International Journal of Qualitative Methods*, 9(2), 149-171. <https://doi.org/10.1177/160940691000900203>
- Newell, B., Gómez, R., y Guajardo, V. E. (2016). Information seeking, technology use, and vulnerability among migrants at the United States–Mexico border. *The Information Society*, 32(3), 176-191.
- Pauwels, L. (2010). Visual Sociology Reframed: An Analytical Synthesis and Discussion of Visual Methods in Social and Cultural Research. *Sociological Methods & Research*, 38(4), 545-581. <https://doi.org/10.1177/0049124110366233>
- Pollak, A. (2017). Visual research in LIS: Complementary and alternative methods. *Library & Information Science Research*, 39(2), 98–106. <https://doi.org/10.1016/j.lisr.2017.04.002>

- Rose, G. (2016). *Visual methodologies: an introduction to the interpretation of visual materials* (4th ed). London; Thousand Oaks, Calif.: SAGE Publications.
- Saldaña, J. (2015). *The Coding Manual for Qualitative Researchers* (3rd edition). Los Angeles; London: SAGE Publications Ltd.
- Snyder, J. (2014). Visual representation of information as communicative practice. *Journal of the Association for Information Science and Technology*, 65(11), 2233-2247.
- Snyder, J., Baumer, E. P., Volda, S., Adams, P., Halpern, M., Choudhury, T., y Gay, G. (2014). Making things visible: Opportunities and tensions in visual approaches for design research and practice. *Human-Computer Interaction*, 29(5-6), 451-486.
- Sun, G.-D., Wu, Y.-C., Liang, R.-H., y Liu, S.-X. (2013). A survey of visual analytics techniques and applications: State-of-the-art research and future challenges. *Journal of Computer Science and Technology*, 28(5), 852-867.
- Vannini, S., Gómez, R., y Guajardo, V. (2016). Security and Activism: Using participatory photography to elicit perceptions of Information and Authority among Hispanic migrants in the U.S. *Proceedings of iConference 2016*. Presented at the iConference 2016, Philadelphia, PA.
- Vannini, S., Rega, I., Sala, S., y Cantoni, L. (2015). Using Photo-Elicitation to Explore Social Representations of

- Community Multimedia Centers in Mozambique. *The Electronic Journal of Information Systems in Developing Countries*, 67(0). Retrieved from <http://www.ejisdc.org/ojs2/index.php/ejisdc/article/view/1297>
- Wang, C., & Burris, M. A. (1997). Photovoice: Concept, Methodology, and Use for Participatory Needs Assessment. *Health Education & Behavior*, 24(3), 369-387. <https://doi.org/10.1177/109019819702400309>
- _____. (1994). Empowerment through photo novella: Portraits of participation. *Health Education Quarterly*, 21(2), 171-186.
- Wang, C., Burris, M. A., y Ping, X. Y. (1996). Chinese village women as visual anthropologists: A participatory approach to reaching policymakers. *Social Science & Medicine*, 42(10), 1391-1400. [https://doi.org/10.1016/0277-9536\(95\)00287-1](https://doi.org/10.1016/0277-9536(95)00287-1)
- Yefimova, K., Neils, M., Newell, B., y Gómez, R. (2015). Fotohistorias: Participatory Photography as a Methodology to Elicit the Life Experiences of Migrants. *Proceedings of HICSS 48*. Hawaii.

Capítulo 8.

MIGRACIONES, COMUNICACIÓN Y TECNOLOGÍAS. Historias en el Pacífico colombiano

Luis Fernando Barón
Universidad Icesi

Lo más difícil de la migración es luchar contra la incompreensión de la gente, la soledad y el silencio. (Testimonio de mujer migrante).

Introducción: Estudios de Migraciones y Comunicación

La migración y la comunicación son fenómenos fundamentales en la historia humana, ambos han estado fuertemente vinculados con dinámicas políticas, culturales y sociotécnicas. La comunicación y la migración representan, además, dos campos interdisciplinarios de estudio que se han consolidado en las últimas décadas. Sin embargo, solo desde principios del siglo XXI sus relaciones se han convertido en un tema central de las agendas sociales, periodísticas y académicas. De la misma manera, a pesar de que las Tecnologías de Información y Comunicación (TIC) se han convertido en componentes vitales de las experiencias de muchos migran-

tes, solo hasta hace unos pocos años se ha empezado a poner atención a este aspecto desde el mundo académico.

El campo de los estudios que analizan las relaciones entre comunicación, información y migración muestra muy diferentes enfoques teóricos y metodológicos, entre los que se destacan, de lejos, los estudios de caso. Las investigaciones en comunicación, lingüística, antropología, sociología y, más recientemente, ciencias de la información, son las que más han contribuido a este campo.

La mayoría de los estudios de comunicación se inscriben dentro de una tradición investigativa procedente de los estudios de los medios masivos con énfasis en los efectos de los discursos y en las funciones y los usos de los medios masivos entre los inmigrantes. Por su parte, los Estudios Culturales, que tienen una trayectoria muy importante en este campo, han analizado asuntos relacionados con la raza, el género y el poder; además, han hecho importantes contribuciones en temas relacionados con la globalización y las identidades.

En un trabajo pionero que analiza la relación entre la modernidad y la globalización, Appadurai (1996) estudia la relación entre los procesos de migración y comunicación y las dinámicas de información. Este autor presta especial atención a las relaciones entre los medios electrónicos y la promoción de nuevos ideales en el mundo, así como a las tensiones contemporáneas generadas por el “trabajo de la imaginación”, como una fuerza peculiar en la vida social; ya que, como nunca antes, muchas personas en más partes del mundo consideran un conjunto mucho más amplio de posibles vidas para sí mismos y para los demás.

Appadurai también sostiene que los medios de comunicación ofrecen nuevos recursos y nuevas “disciplinas” (ordenes) para la construcción de imaginarios sobre sí mismos y sobre otros mundos posibles. Además, estas tecnologías contribuyen al cambio en la vida cotidiana de los migrantes debido a las posibilidades de información y comunicación en tiempo real que ofrecen, favoreciendo la transformación de los límites entre la vida pública y la privada. De igual manera Appadurai introduce el concepto de “comunidad de sentimiento” para referirse a un grupo que comienza a sentir e imaginar en forma conjunta, pasando de la imaginación colectiva a la acción compartida (Appadurai, 1996).

Autores como Navarrete y Huerta (2006) han acuñado términos como el de “comunidad transnacional de inmigrantes” para referirse a las comunidades que surgen a partir de la intercomunicación en medios virtuales. Se trata de grupos dispersos de individuos de una misma nacionalidad que, a pesar de encontrarse fuera de su país de origen, mantienen un sentido de pertenencia e identidad hacia este. El concepto de “transnacionalismo” implica, por lo tanto, un vínculo permanente de los inmigrantes con sus países, el cual se manifiesta mediante la consolidación de redes de comunidades agrupadas en el exterior que buscan mantener relaciones con sus familiares y conocidos cuya base se fundamenta en una identidad cultural y lingüística común (González, Castro, y Rodríguez, 2009) Este tipo de nociones dan lugar a que una red como Internet o las plataformas tecnológicas que funcionan como parte de la misma, sean vistas no solo como herramientas que permiten acortar distancias o ahorrar tiempo y dinero, sino como espacios sociales en sí mismos, donde

las relaciones se hacen presentes (Rheingold 2004; Gómez, Pabón y Maya, 1999).

King y Wood (2001) sostienen que las TIC pueden intervenir en la experiencia individual y colectiva de los inmigrantes en tres formas principales: 1) como fuente importante de información para los migrantes potenciales; 2) en las construcciones de las representaciones sobre los migrantes en los países de destino, que condicionan la experiencia de la inclusión o exclusión de los inmigrantes; y 3) los medios de comunicación de los países emisores de migrantes, juegan un papel dinámico en la identidad cultural y política de las comunidades en diáspora. Sin embargo, las TIC no han sustituido las antiguas formas de comunicación, sino que han incrementado considerablemente la gama de opciones disponibles para los migrantes para informarse y comunicarse. Los migrantes utilizan las TIC, principalmente, para mantener las relaciones familiares; para conservar sus identidades culturales y para apoyar a sus familias desde el extranjero (Hamel, 2009).

Otras investigaciones (Barón, Neils, y Gómez, 2013; Dekker y Engbersen, 2012) muestran que los medios sociales, como Facebook, Twitter e Instagram, están transformando las redes de los migrantes y sus vínculos con personas e instituciones de los países de origen y de acogida. Estos medios contribuyen a cambiar sus procesos de integración, así como sus oportunidades para informarse y ser informado, y favorecen su participación en el intercambio de conocimientos, así como en los procesos de inclusión económica, política y social. Por otra parte, ayudan a la construcción de diferentes formas de capital social y a transformar la percepción

de la distancia física, el aislamiento social, aumentando el sentido de pertenencia. (Fortunati, Pertierra, y Vicente, 2012; Komito & Bates, 2009).

En esta línea, Oiarzabal, Aretxabala, Maiztegui y Riezu, (2013) observan que las TIC ofrecen magníficas herramientas para el empoderamiento que amplían su capital. De manera particular, Albrow (2007) muestra que las nuevas ciudades globales son receptoras de un sinnúmero de inmigrantes que se constituyen como tales gracias al acceso a las TIC. El autor argumenta que las ciudades globales son, en últimas, no-lugares, pues en ellas los migrantes se mantienen ligados a sus comunidades a través de las cultura locales (Albrow, 2007), en otras palabras, a la permanencia del espacio físico a través del tiempo y la permanencia de los habitantes en un mismo lugar.

Por todo lo anterior, este texto busca aportar a la mejor comprensión de las relaciones entre migración, comunicación y tecnologías. Para ello presenta los resultados de una investigación sobre migraciones desde el Pacífico colombiano hacia otros países, haciendo énfasis en la importancia de las TIC en las trayectorias que viven migrantes nacionales e internacionales de esta región. El eje central de esta investigación está en la recolección y análisis de más de 100 historias de migración elaboradas a partir de entrevistas en profundidad con migrantes de la región Pacífica colombiana. Los resultados de este estudio muestran que el destino de los migrantes de este estudio está o ha sido primordialmente los Estados Unidos y España. Además, Estados Unidos, es el país más utilizado por los emigrantes de la región Pacífica para tratar de ir a

otros lugares como Canadá o los países europeos; mientras, México representa un lugar de paso, principalmente, para los migrantes indocumentados. Se observa un incremento de migraciones en América Latina, destacándose el caso de Chile.

La comunicación y la información, y de manera particular las TIC, ayudan a los migrantes, no solo a tomar las decisiones de migrar y a definir sus lugares de destino, sino también son una herramienta fundamental para la sobrevivencia y la integración en los lugares a los que llegan. De la misma manera son definitivos para conectar espacios, tiempos, ciclos y experiencias entre los lugares de origen y aquellos a los que migran, haciendo de esta una experiencia “liminal”, es decir, de permanente tránsito y conexión entre diferentes mundos. Estas tecnologías son convertidas en un soporte emocional, cultural y sociotecnológico que les permite a los migrantes mantenerse “conectados” con sus familias, con sus barrios y con el país, así como con la situación sociopolítica de la nación y con tradiciones y prácticas culturales de sus lugares de origen, mientras enriquecen sus vidas cotidianas en otros lugares del mundo.

En lo que viene de este capítulo se hace una presentación de características destacadas del Pacífico colombiano, seguida de una exposición de los datos de las migraciones en América Latina, con especial atención a las migraciones de Colombia y del Pacífico colombiano. Paso seguido se argumenta la importancia de la metodología adoptada, centrada en el desarrollo de entrevistas en profundidad que se realizaron con el objeto de producir crónicas o trayectorias de migración para luego presentar los hallazgos cuantitativos

y cualitativos de esta iniciativa. Al final, se discuten y analizan los resultados de este trabajo, haciendo énfasis en la importancia tanto de medios tradicionales de comunicación (televisión y radio), como de otros más contemporáneos (Internet, medios sociales), en la construcción de imágenes del mundo que movilizan y motivan las migraciones; así como el carácter central que tienen las redes sociales (de familiares y amigos) en los procesos de migración y el carácter liminal de las experiencias migratorias, es decir, transitorio, cíclico, y del papel que las TIC tienen en este tipo de experiencias.

1. Migraciones en las Américas: Latinoamérica en crecimiento

Entre todos los migrantes internacionales del mundo, de acuerdo con el Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola (2017), América Latina y el Caribe aportan aproximadamente el 5 % de su población, unas 33 millones de personas, que corresponden con el 18 % del total global. De igual forma, según esta institución, estos países recibieron por este tiempo unos 73.100 millones de dólares en remesas internacionales.

Históricamente, Estados Unidos ha representado el principal destino de las migraciones latinoamericanas y del Caribe. Esto ha sido explicado por la proximidad geográfica, por la demanda laboral, por el atractivo que suscita su nivel de vida, por la persistencia de fuertes desigualdades económicas y conflictos en el continente, así como por la formación de redes sociales tras décadas de intercambios migratorios (Bayona-i-Carrasco, Pujadas y Tàpies, 2018). Los mayores

porcentajes de esta población migrante corresponden a población económicamente activa (Clark, Hatton y Williamson, 2004). De acuerdo con el Instituto de Política de Migración (MPI, sigla en inglés), en 2014 el número de la población nacida en el extranjero en Estados Unidos ascendía a 42,4 millones de personas. Más de 11,7 millones de los inmigrantes que residen en este país son de origen mexicano, lo cual hace a México el país con más migrantes en los tiempos recientes (Zong y Batalova, 2016a).

En 2014, el MPI señalaba que el número de suramericanos en Estados Unidos había crecido de 90.000 en 1960 a 2,9 millones en 2014. Los cinco países de origen de Sur América más destacados en las migraciones de las últimas décadas son Colombia, con un 25 % de todos los inmigrantes suramericanos; Perú, con un 16 %; Ecuador, con un 15 %; Brasil, con un 12 %; y Guyana, con un 10 %. Estos cinco países representan más del 77 % de todos los migrantes de Sur América (Zong y Batalova, 2016b) De acuerdo con la División de Población de Naciones Unidas, a mediados de 2015 el total de migrantes suramericanos en todo el mundo, calculados en 11,6 millones, más del 35 %) reside en otro país suramericano. El resto está distribuido entre Europa y Norte América. Estados Unidos es el principal destino, representando el 25 % del cálculo global, seguido de España (16 %), Argentina (15 %), y Venezuela (10 %) (Zong y Batalova 2016b).

La Organización Mundial para las Migraciones (OIM), así como diversos estudios, ha mostrado que Europa, después de los Estados Unidos, es uno de los principales

destinos de los migrantes de los países de Latinoamérica y el Caribe (LAC). En un estudio que incluye datos entre 1998 y 2015, Bayona *et al.* (2018) muestran que de las 61 millones de entradas a los países europeos en este período de tiempo, 4,6 millones de inmigrantes corresponden con personas de LAC, siendo España su principal receptor. “Su presencia en Europa corresponde a un flujo transatlántico de rápido e intenso crecimiento desde el año 2000, aunque frenado por la crisis económica de 2008, con severos efectos en los países europeos meridionales.” (Bayona *et al.*, 2018: 2).

Sin embargo, las migraciones latinoamericanas intra-regionales han tenido menor atención, a pesar de su incremento y de su relevancia numérica. Estas han aumentado considerablemente en las últimas décadas, formando subsistemas migratorios y mayor diversificación en lugares de origen, destinos y perfiles (Bayona *et al.*, 2018). El deterioro de la situación socioeconómica, la profunda desigualdad y las crisis y conflictos políticos en los países de origen, representan los principales motivos de los procesos migratorios en la región, que se ven estimulados por las historias comunes, la fluidez de las fronteras y las similitudes culturales. Además, procesos de integración económica, como el Mercosur, generaron espacios para la libre circulación de personas, lo que ha estimulado la migración intrarregional. Chile y Colombia, países miembros de la Alianza del Pacífico, fueron dos de los países con el mayor porcentaje de migrantes interregionales en el 2010: el 44 % de los migrantes chilenos y el 40 % de los colombianos vivían en otro país de la región.

2. Migraciones en Colombia

En Colombia, los desarrollos investigativos en temas de migración son recientes. Varios autores sostienen que esto se debe a que los flujos de migración internacional se han acelerado significativamente desde mediados de los años 90, principalmente por las crisis económicas, el escalamiento del conflicto armado y los altos niveles de violencia en el país (Cárdenas y Mejía, 2006). Colombia, a diferencia de otros países de las Américas, no es un país caracterizado por tener flujos migratorios de entrada y solo hasta hace poco enfrenta una movilización masiva de migrantes procedentes de Venezuela. En su historia, Colombia no ha tendido a ser un país receptor, sino más bien expulsor, entre otras cosas, como consecuencia del conflicto armado interno. Asimismo, se trata de un país de paso que representa un tramo migratorio costoso y peligroso, ya que sus políticas migratorias son restrictivas y los grupos armados y la criminalidad organizada ejercen control sobre la movilidad de los migrantes mediante delitos relacionados con el tráfico de migrantes o la trata de personas. (Ocampo y Arboleda, 2016).

De acuerdo con la oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (Acnur, 2019), Colombia ocupa el primer lugar con mayor número de desplazados internos del mundo. De manera complementaria, según información del Banco Mundial (2020), los datos de desplazamiento interno en Colombia producidos por el conflicto armado y diferentes tipos de violencia muestran un vertiginoso ascenso desde 2009, con su mayor pico en 2016, y un descenso muy significativo hasta 2019. De acuerdo con la OIM en

diferentes reportes durante la última década la migración de colombianos ha sido motivada por factores económicos, por la búsqueda de un mejor empleo y el aumento de ingresos, por tener una mejor calidad de vida, o como opción para huir del conflicto armado.

A diferencia de países como México, hasta hace poco Colombia no había experimentado flujos migratorios de carácter masivo. Sin embargo, la información del Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia, en 2019 cerca de 4,7 millones de colombianos, más del 10 % del total de la población, vivía en el exterior. La mayoría de ellos **ubicados en Estados Unidos (34,6 %), España (23,1 %), Venezuela (20 %), Ecuador (3,1 %) y Canadá (2 %)**. En cuanto a su origen, corresponde en su mayoría a **Bogotá 18,27 %, Antioquia 13,79 %, Valle del Cauca 10,16 %, Cundinamarca 5,56 %, Santander 4,72 % y Atlántico con el 4,47 %**. De manera complementaria, en 2018 los flujos de remesas hacia Colombia alcanzaron los 6.338,8 millones de dólares, representando el mayor incremento de 33 países en América del Sur (Dinero, 4/2/2019).

En los últimos años, Colombia también se ha caracterizado por tener la mayor cantidad de emigrantes en Suramérica. Por ejemplo, del total de los inmigrantes del 2014 el 33 % se dirigía a diferentes países de Suramérica, entre los cuáles Chile ocupaba el quinto lugar de los destinos más populares (Migración Colombia y Grupo de Estudios Institucionales sobre Migración, OPLA, 2015). Información de 2019 mostraba que los grupos más numerosos de residentes colombianos en Sudamérica estaban ubicados, en su orden,

en Ecuador (191.537), Chile (120.626), Perú (9.027) y Argentina (8.791). (Expansión, s.f.)

Hasta hace pocos años, Colombia se había caracterizado por ser un país expulsor (Ocampo y Arboleda, 2016), especialmente a partir de mediados del siglo XX, hacia países como Venezuela, Ecuador, Estados Unidos y España (Mejía, 2012). Sin embargo, desde inicios del siglo XXI, y como producto de la masiva migración desde Venezuela (Palma, 2015; Vidal, 2020). Particularmente desde 2015, la situación migratoria en Colombia se ha agravado debido a la llegada masiva de refugiados y migrantes desde Venezuela a Colombia (Acnur, 2018). De acuerdo con estimados de Migración Colombia (2019), al 31 de diciembre de 2019, cerca de 1.771.237 venezolanos se encontraban en Colombia, de los cuales 352.431 estaban en Bogotá D.C. como la zona con mayor concentración (19,9 %). La región Suroccidente de Colombia sumaba 115.193 venezolanos (6,5 %), distribuidos así: Valle del Cauca 92.530 (5,22 %), Nariño 11.750 (0,66 %), Cauca 7.455 (0,42 %) y Putumayo 3.458 (0,2 %). Cali, particularmente, contaba con 62.414 venezolanos que representan el 3,52 % a nivel nacional¹.

¹ Estos datos corresponden a valores cruzados de registros oficiales de la migración regular. Lo cual significa que se trata de una cifra que en la práctica es más elevada, en tanto no incluye una gran cantidad de migrantes irregulares que no forman parte de los registros oficiales. (Ver mas en Vidal, 2020).

3. Migraciones en el Pacífico colombiano

En el Pacífico colombiano las migraciones también han ido en aumento en las últimas dos décadas. El fenómeno tiene entre sus causas principales la integración de la región a nuevos procesos económicos y productivos (regionales, nacionales e internacionales), como al desarrollo de plantaciones de palma africana, la presencia de empresas camaroneras y la extracción, legal e ilegal, de minerales y madera². De igual manera, son importantes los procesos de violencia y conflicto armado que desde comienzos del presente siglo han convertido a este en un territorio de disputa entre diferentes grupos armados, procesos que se han agudizado después del acuerdo de paz entre el gobierno del presidente Santos y la guerrilla de las FARC en 2016.

Datos de organismos nacionales de estadística y de Naciones Unidas (Migración Colombia y Grupo de Estudios Institucionales sobre Migración, OPLA, 2015) muestran que desde el inicio de la segunda década de este siglo, las migraciones de colombianos hacia Sudamérica se han incrementado, y que una buena parte de la población que migra hacia esta región del continente proviene de la región Pacífica colombiana. Por ejemplo, el Censo Nacional de Chile de 2017 muestra que en este país habitaban 108.001 colombianos, la mayoría mujeres, 57.956, y los restantes 50.045 hombres. La mayoría de ellos estaban ubicados en Santiago de Chile, 62.330, y en Antofagasta, 16.211 (INE, 2017). Adicional-

² Ver más sobre el inicio y desarrollo de los procesos de migración en la región en Barbary, Ramírez y Urrea (2004).

mente de tiempo atrás se sabe que Buenaventura, es uno de los municipios del que proviene la mayor cantidad de migrantes colombianos en Antofagasta (El Mercurio de Antofagasta y Connectas, 2012).

Las informaciones más recientes del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE, 2018), muestran que en la región los departamentos que generan más migraciones internas pero al mismo tiempo reciben más migrantes de otros lugares del país son Valle del Cauca y Cauca, el primero con 5,6 % de emigrantes internos y 6,4 % como receptor; y el segundo con 2,1 % y 2,9 %, respectivamente. Lamentablemente, los datos de migración internacional son muy escasos, pues el DANE y los investigadores que se nutren de sus fuentes, siguen utilizando como referencia el Censo de 2005, debido a problemas con los subsiguientes. Por lo anterior, la información que brindamos a continuación proviene principalmente del Censo de 2005 del DANE.

Según el Censo de 2005, se puede establecer que de los departamentos de la región Pacífico, si se incluye a Putumayo, este último tenía mayor inmigración interna, con un 48,7 % de personas nacidas en otros municipios; seguido por Valle con 39,8 %; Cauca con 24,5 %; Chocó con 22,8 %; y Nariño con 16,8 %. La causa más común del cambio de residencia en estos departamentos se atribuye a “Razones familiares”, y el Valle del Cauca se destacaba de lejos en este ítem con un 46,4 %. “La dificultad para conseguir trabajo” oscilaba entre el 15 % y el 20 % en todos los departamentos de esta región; se mostraba Putumayo el más alto con un 19,5 %. Putumayo también tenía el nivel más alto en la causa

atribuida a las “Amenazas para su vida” con 16,5 %; seguido por Chocó con 14,8 %; Cauca con 8,1 %; Nariño con 7,8 %; y Valle con 3,6 %. “La necesidad de educación” es la causa más importante del cambio de residencia en el Chocó con un 13 %; seguido por Putumayo con 11,5 %; Cauca con 7,5%; Nariño con 7,4 %; y Valle con el 3,1 %.

Información de 2005 y más reciente, muestra que el Valle del Cauca ha sido el principal receptor de migrantes en la región Pacífica y Suroccidental y uno de los departamentos que más recibe población interna, también es la zona con mayores tasas de migración internacional. De la experiencia migratoria del Valle vale la pena resaltar que cerca de 66.684 hogares tienen un miembro o más fuera de Colombia; desde el 2001 hasta el 2005, 48.722 personas han emigrado. Aproximadamente 50 % de los emigrantes vallecaucanos reside en España y la cuarta parte reside en Estados Unidos. De acuerdo con Khoudour-Castéras (2007) el departamento tenía mayores tasas de migración por el nivel socioeconómico de sus migrantes, por el deterioro de las condiciones de vida y el incremento de los costos de protección, que convertían la emigración en una forma de protegerse contra la violencia.

El peso de las migraciones de los vallecaucanos se refleja también en su contribución a las remesas que se reciben en Colombia de los nacionales radicados en el extranjero. Entre el 2011 y 2014, la parte de las remesas respecto al Producto Interno Bruto (PIB) estaba entre 1,1 % y 1,2 % (World Bank, s.f.). En el primer semestre del 2015 se totalizaron 2.087 millones de dólares en remesas, es decir el 1,4 % del PIB acumulado durante el semestre y el 7 % de los ingresos corrientes

de la balanza de pagos (Banco de la República, 2015). Es importante destacar que en el caso del Valle del Cauca después de España y Estados Unidos, en lo corrido en los años 2013, 2014 y 2015 las remesas de los trabajadores en Chile tienen el tercer mayor aporte. (Banco de la República, s.f.).

Por su parte las migraciones en el departamento del Cauca han tenido matices diferentes de acuerdo con el destino su población. Así prevalece la emigración interdepartamental sobre la internacional. Según el Censo del DANE, 2005, la tasa de emigración internacional para el departamento del Cauca fue del 2,99 %, bastante más baja del promedio nacional (7,88 %), convirtiéndolo en uno de los seis departamentos con menor emigración en el país (Khoudour-Castéras, 2007). En contraste, los índices de emigración interdepartamental son altos; desde comienzos de la década del año 2000, una proporción significativa de su población estaba viviendo fuera del Cauca, convirtiéndolo en el departamento de la región Pacífica con la más alta proporción de población nativa emigrante (330.000 personas), que residían principalmente en Valle del Cauca (58,7 %), en Bogotá (12,4 %) y en Quindío (10,8 %).

De acuerdo con estudios académicos, las altas tasas de salida del Cauca están relacionadas con las condiciones de orden público y la precariedad socioeconómica, principalmente en las áreas rurales de municipios como Timbiquí, Patía, López y Santa Rosa.³ Ahora bien, los flujos migratorios en el

³ Ver más en: <http://repository.urosario.edu.co/bitstream/handle/10336/8681/1020763251-21.pdf?sequence=21&isAllowed=y>

departamento no solo son de carácter nacional o transnacional, también merecen especial atención la movilidad humana entre lo rural y lo urbano al interior del departamento.

En el caso del Chocó, un estudio de la Universidad Pedagógica mostraba un alto porcentaje de emigración, pues el atraso de la región ofrece pocas oportunidades para vivir decorosamente y el sistema de educación no entrena a la juventud para desarrollar sus capacidades. Los datos del Censo de 2005 explican los movimientos poblacionales en el Departamento a la disputa del control de la tierra, la búsqueda de mejores condiciones de vida, y desplazamiento forzado. Cali es el destino más común, dadas las redes de familiares y amigos que hay en la ciudad. Bogotá, es otro destino significativo por la diversidad de sus habitantes.⁴

Los flujos migratorios entre Chocó y Antioquia merecen atención especial. No solo hay una migración Chocó-Antioquia, sino también Antioquia-Chocó. Sin embargo, mientras la mayoría de los migrantes del Chocó que van a Antioquia se ubican en los estratos bajos de la sociedad antioqueña, los que van de Antioquia al Chocó son comerciantes, capitalistas y algunos campesinos pobres, que en términos generales, se ubican en los estratos medios y altos de la sociedad chocoana. Según datos del DANE, entre el 2001 y el 2005 Antioquía fue el departamento hacia el cual migraron la mayoría de jóvenes del Chocó, de los cuales un 30 % lo hizo para conseguir trabajo, un 25 % por razones familiares y un 21 % para estudiar.

⁴ http://www.pedagogica.edu.co/storage/rce/articulos/2_5ens.pdf

En el caso de Nariño, la información del 2005 mostraba que un gran número de familias e individuos de este departamento migró a Putumayo por las sucesivas “bonanzas” del departamento, incluidas las del petróleo, del hule y también de la cocaína. De hecho, se estima que el 70 % de la población actual en el Putumayo tiene sus raíces en Nariño. El nivel de migración y desplazamiento se agudiza a partir de 1997, cuando se intensifican los conflictos en el Putumayo. Estos patrones migratorios explican en gran parte el creciente número de familias de desplazados que han llegado a Pasto, Ipiales, Taminango y otros municipios, luego del incremento del conflicto y las actividades de fumigación en Putumayo (Corponariño, 2002-2012).

Las principales causas del desplazamiento y migración están en el conflicto armado.⁵ La ubicación geográfica y ambiental de Nariño ha propiciado que gran parte de su territorio se haya dedicado a cultivos ilícitos y por ende a la presencia de grupos armados al margen de la ley. Para 2010, según el información elaborada por Codhes, Nariño alcanzó el 56 % del total de desplazados por eventos masivos a nivel nacional, siendo después de Chocó, uno de los departamentos más afectados por éxodos indígenas.

Como se vio mas atrás, Putumayo se caracterizaba por tener un alto índice migratorio e históricamente fue considerado como una región receptora, debido al auge de la busca

⁵ Ver más en: https://www.icesi.edu.co/congreso_sociologia/images/ponencias/1-Garzon-Migracion%20forzada%20del%20pueblo%20ind%C3%ADgena%20Los%20Pastos.pdf

de oro y petróleo. Sin embargo, en los últimos años, se ha caracterizado por ser un departamento expulsor, debido a los desplazamientos forzados propiciados por la presencia y enfrentamiento entre grupos armados ilegales, principalmente de las FARC. En 2012 se estimaba un número de alrededor de 6.260 emigrantes de este departamento, aunque en los últimos años el Putumayo ha presentado una marcada reducción en sus tasas expulsoras, estas siguen siendo altas⁶.

4. Metodología: más de 100 trayectorias de migrantes

Como se mencionó mas arriba, este estudio tiene como fuente principal las trayectorias migratorias de más de 100 personas de la región Pacífica que fueron recogidas y trabajadas entre 2015 y 2018. En las ciencias sociales, particularmente en sociología, antropología y en los estudios de comunicación e información, ha resurgido el interés por las “narrativas” como actos sociales y como formas de construcción de identidad, así como herramientas de explicación de fenómenos sociopolíticos y culturales. El “contar historias” es entendido como un proceso social, y las “historias y trayectorias de vida” se conciben como objetos sociales de investigación (Davis, 2012; Davis, Elin y Reeher, 2002). Davis argumenta que el actual giro narrativo es parte de un renovado énfasis en la agencia humana, en los contextos y en el entrecruzamiento de estas dos dimensiones en las experiencias humanas. De igual manera, esta perspectiva tiene su origen

⁶ Ver más en: <http://www.cjyiracastro.org.co/attachments/article/500/Informe%20de%20Desplazamiento%201985-2012%20092013.pdf>

en la importancia del lenguaje para la negociación de sentidos y la construcción de identidades en la vida cotidiana. En esta perspectiva, el concepto de narrativas contribuye a dar luz a la interrelación entre agencia, estructuras sociales y la actividad de narrar historias.

Para el levantamiento de la información y su organización, utilizamos la noción de “trayectorias de vida” de Bourdieu (1989), con personas y grupos que han experimentado de diversas formas, y en momentos diferentes, las experiencias de migración. Noción que ha sido enriquecida con aportes de la Teoría del Actor Red y la socio materialidad (Barón, 2016; Latour, 2007; Law, 2009), que permiten comprender las interacciones de agentes humanos, con otros naturales y tecnológicos, así como las redes que ellos configuran en tiempos y lugares específicos.

Bourdieu propuso la noción de “trayectoria”, desde mediados de los años 80, haciendo una fuerte diatriba a la apropiación acrítica de las historias de vida en las ciencias sociales y la filosofía de la historia, presuponiendo “que la vida es una historia” e inseparablemente es el conjunto de los acontecimientos de una existencia individual concebida como relato de esa historia. El autor interpela a los científicos que han convertido las historias de vida en una especie de artefacto socialmente irreprochable con el poder de producir sucesiones longitudinales y cronológicas de acontecimientos de la vida, como si esta constituyera un todo, un conjunto coherente y orientado que puede y debe ser aprehendido como expresión unitaria (también totalitaria) de intenciones subjetivas y objetivas de unos proyectos.

Para Bourdieu (1989) este tipo de prácticas no solo convierten las historias de vida en una ilusión retórica sino en una representación común de la existencia. Así, pone en cuestión la tendencia de algunos investigadores y de sus testimoniantes a organizar sus historias en secuencias ordenadas según relaciones inteligibles, aceptando el “postulado del sentido de la existencia contada (e, implícitamente, de toda existencia)”, en el deseo de dar sentido y razón, de extraer lógicas retrospectivas y prospectivas que dan consistencia y constancia a los sucesos ordenados a la luz de un desarrollo necesario.

De todas formas, es muy importante tener en cuenta que, las historias no solo configuran el pasado a la luz del presente y del futuro, sino que también crean experiencias que requieren ciertas reacciones de quienes escuchan, leen, observan las mismas. Las historias son fundamentalmente transaccionales (o mejor interactivas), y ellas además de las operaciones de organización que producen en los fenómenos sociales, importan por su poder discursivo.

Esta investigación utiliza el valor de las historias construidas a partir de entrevistas en profundidad a migrantes desde y hacia la región Pacífica de Colombia. Se utilizaron entrevistas en profundidad considerando esta como una técnica diseñada para producir unas imágenes más nítidas de las trayectorias de los participantes de la migración. Siguiendo a (Spradley, 1979), las entrevistas en profundidad, buscan establecer una relación de humano a humano con los participantes y el deseo de comprender en lugar de explicar. Para las entrevistas se utilizó una guía que contiene las preguntas

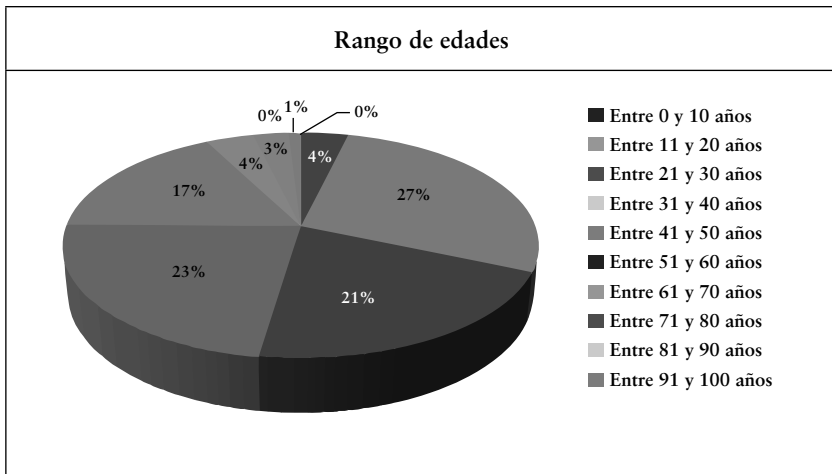
o cuestiones que aclaran e iluminan la importancia de las prácticas de comunicación e información dentro de las trayectorias de migración de los participantes.

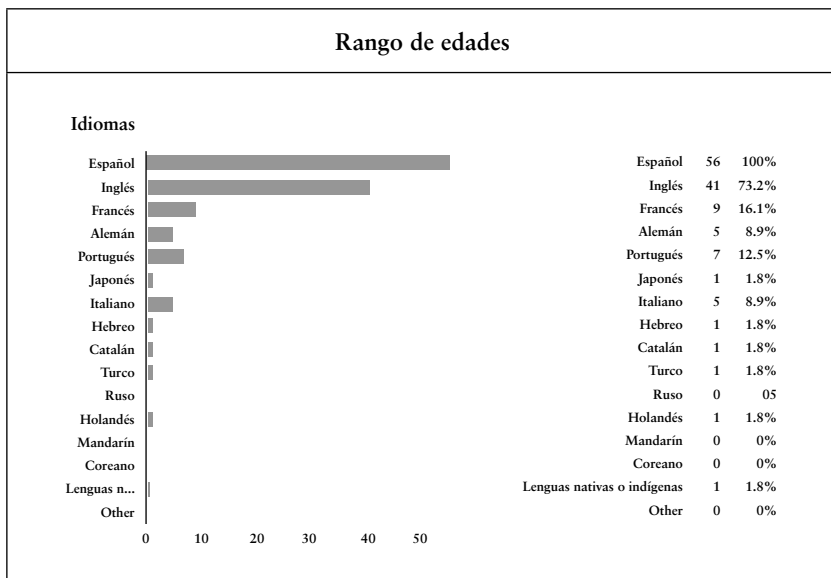
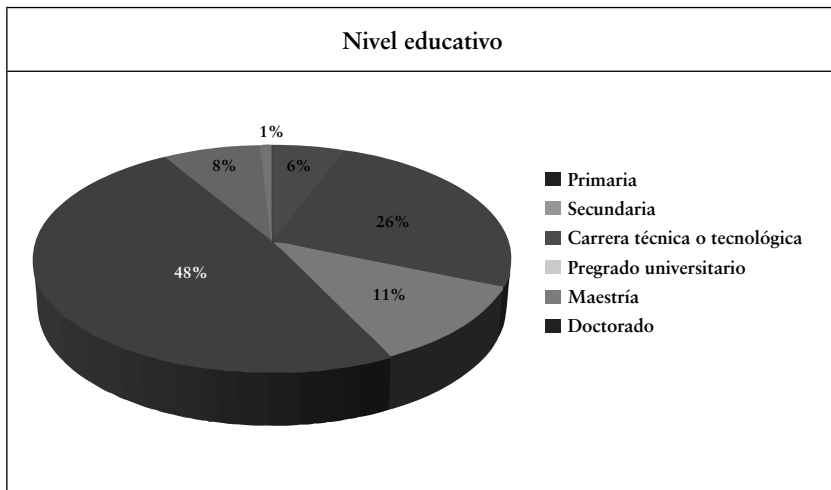
Las entrevistas realizadas sirvieron de base para la elaboración de crónicas que ofrecen información tanto cualitativa como cuantitativa, y que apuntan a generar insumos y datos que permitan entender mejor diferentes perspectivas individuales, como asuntos colectivos del fenómeno de la migración en relación con la comunicación, las tecnologías y el cambio social. Las entrevistas son convertidas en crónicas que permiten observar las particularidades y diferencias de las experiencias migratorias, y la suma de las mismas es analizada de manera colectiva, ayudando a identificar patrones y singularidades de las prácticas recientes de colombianos migrantes (el Anexo 1, presenta las dimensiones trabajadas en las entrevistas).

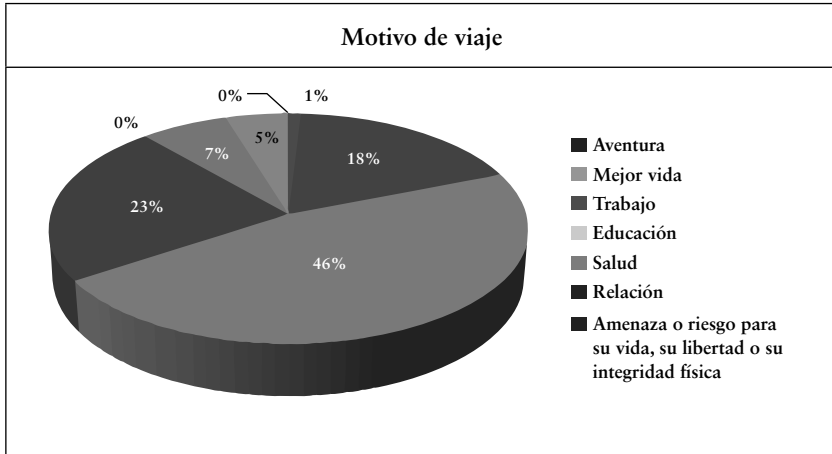
Después de recoger información e historias este estudio utiliza un método de análisis de contenido, que incluye los siguientes pasos: a) la transcripción del material recogido de fuentes de audio y visuales; b) la división del material textual en unidades para su posterior análisis; c) la clasificación, en la que fueron desarrolladas y revisadas las categorías correspondientes a las preguntas de investigación a través de un proceso interactivo de análisis; y d) la codificación, en el que las unidades fueron asignadas a categorías relacionadas con cuestiones de investigación (ver más en Nastase, Koeszegi y Szpakowicz, 2007).

5. Hallazgos

Hace unos días estaba trabajando y con mi mujer. Hoy estoy encerrado en una casa hogar de inmigrantes. Estoy aquí porque la policía me cogió conduciendo el carro de ella y, por supuesto, yo no tenía papeles ni de conducción ni de ser residente de este país. Acá no me han tratado tan mal como esperaba, pero hay demasiados inmigrantes, estamos hacinados y lo peor de todo es que no sé cuándo pueda salir de aquí, ya que necesito pagar 1.300 dólares como multa, por haber entrado de manera ilegal al país; dinero que no tengo y que mi familia está tratando de conseguir. (Testimonio de hombre migrante transnacional).





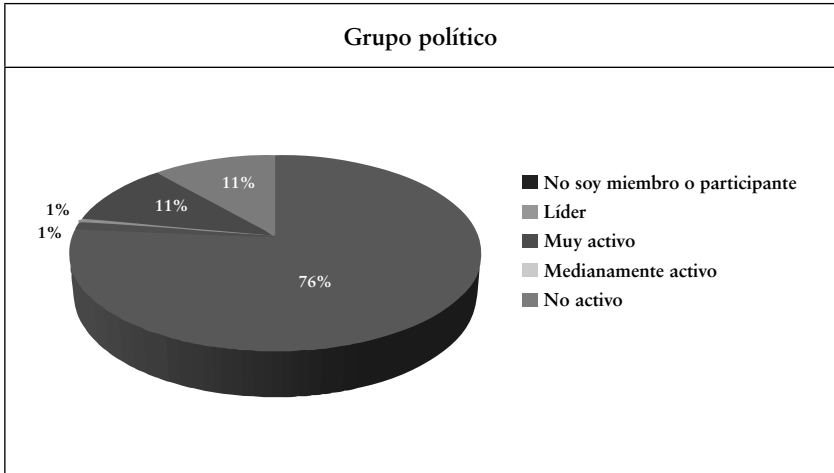
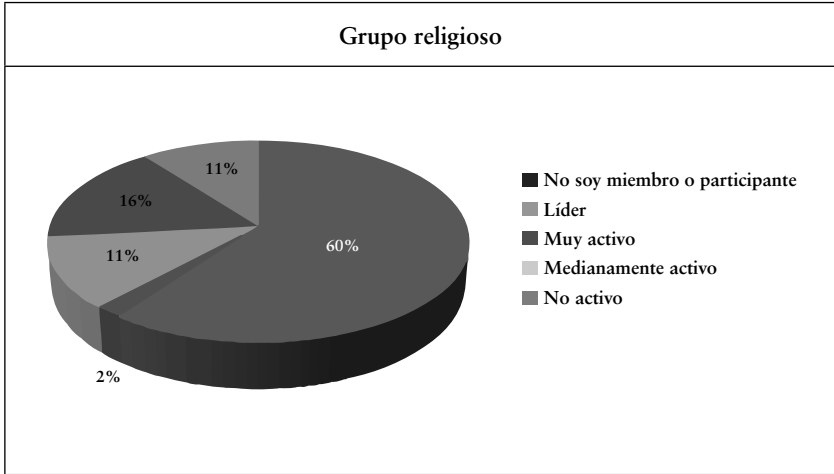


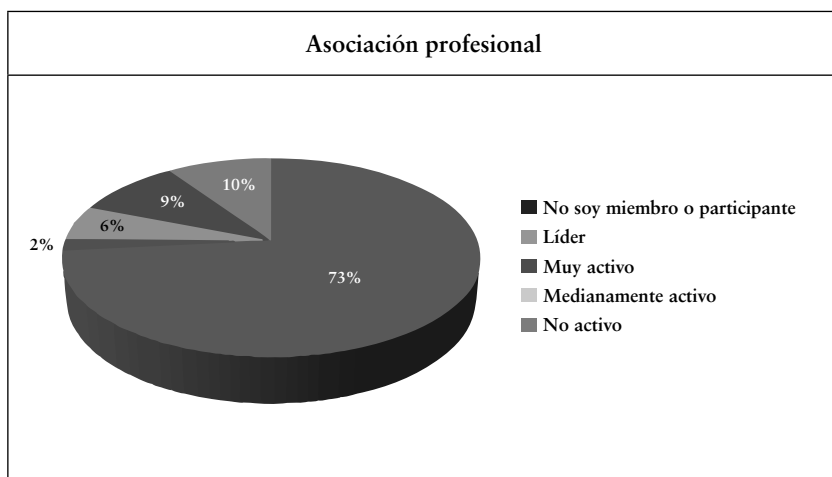
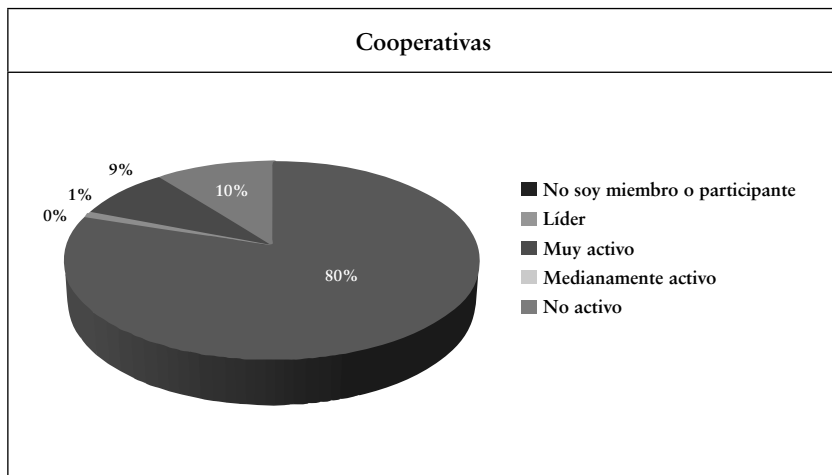
Ver las noticias, y ver a la gente que obtiene mucho dinero con trabajos sencillos, y que envía remesas a sus países de origen, sí influye en la decisión. Pero la mitad de las cosas que dicen son alejadas de la realidad, las personas no dimensionan lo arduo que es conseguir lo que se tiene, porque acá en U.S.A. se trabaja diferente, los latinos inmigrantes subvaloran el precio de lo que hacen. (Testimonio de mujer migrante transnacional).

La **información cuantitativa** básica recogida de las 105 personas entrevistadas muestra lo siguiente: de ellos, el 70 % se encontraba entre los 20 y los 50 años en el momento de la entrevista. El 44 % eran solteros y el 39 % eran casados. Más de la mitad viajaron solos (55 %) y el 42 % viajaron con sus familias. Casi la mitad de los entrevistados (46 %) migraron principalmente por motivos laborales; 23 % lo hizo en búsqueda de mejores niveles de educación; el 18 % en busca de una vida mejor y el 7 % motivado por una relación afectiva o amorosa. A diferencia de lo que sucede con

la información nacional y regional son pocos (5 %) quienes migraron por motivos de violencia y por los riesgos para su vida. Sin embargo, hay casos muy dolorosos, como el de una mujer de origen indígena que tuvo que migrar, primero, por la violencia familiar y, después, por la política. En la segunda, su hijo, que prestaba servicio militar con la Policía, fue secuestrado y asesinado por las Farc.

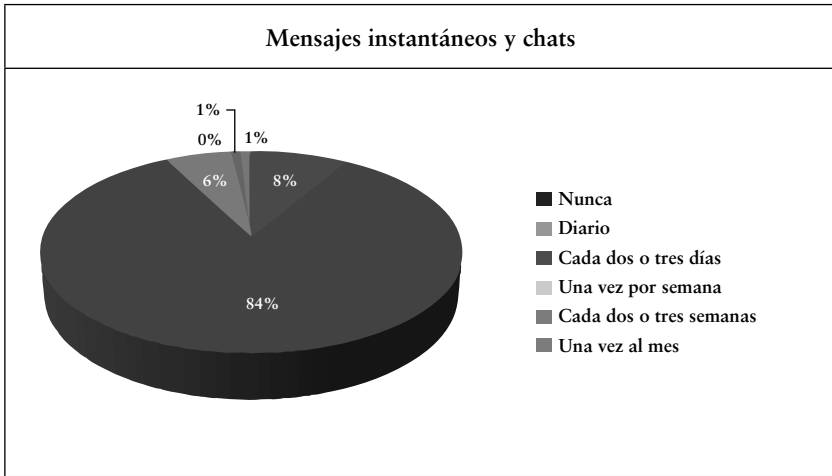
Casi la mitad de los entrevistados ha cursado estudios de pregrado; el 11 % ha cursado una carrera técnica, y aproximadamente la cuarta parte (26 %) terminó la secundaria. El destino mayoritario de este grupo de migrantes fue Estados Unidos, seguido por España, y luego por Chile (en crecimiento), y países como Francia y Alemania. Estados Unidos también representa el país en el que varios de ellos han hecho una escala temporal antes de ir o a Canadá o a países europeos. La participación de los migrantes en organizaciones sociales, culturales y políticas es bastante baja, destacándose su vinculación con agrupaciones religiosas, políticas, cooperativas y asociaciones de profesionales.

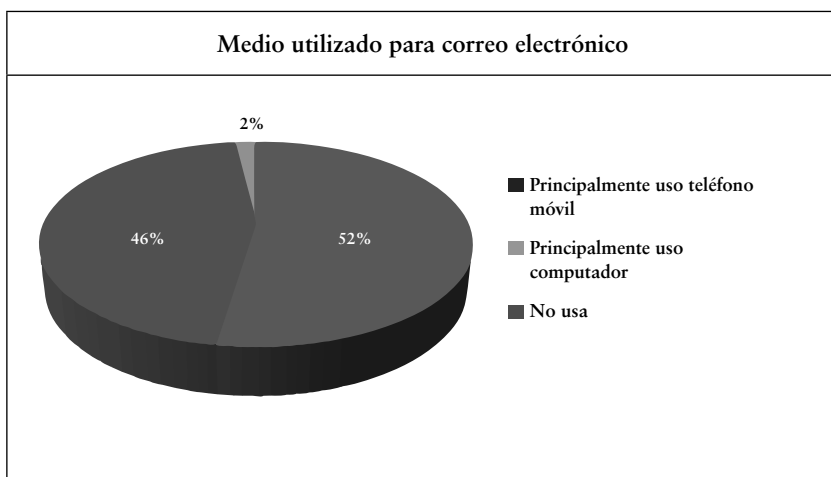
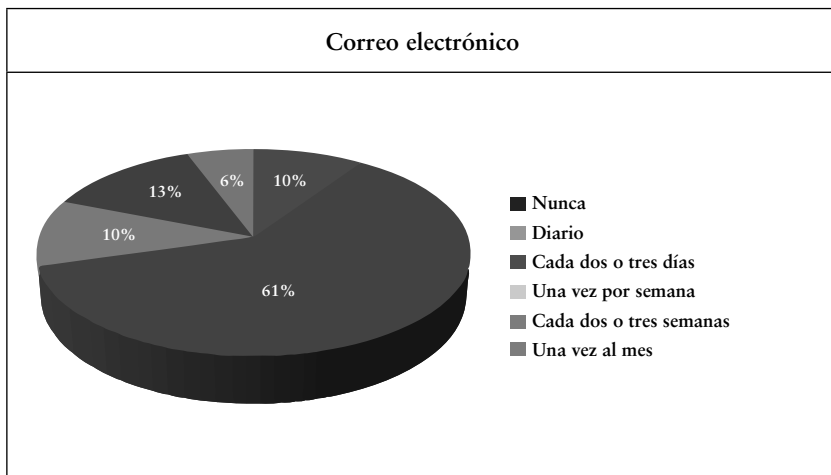


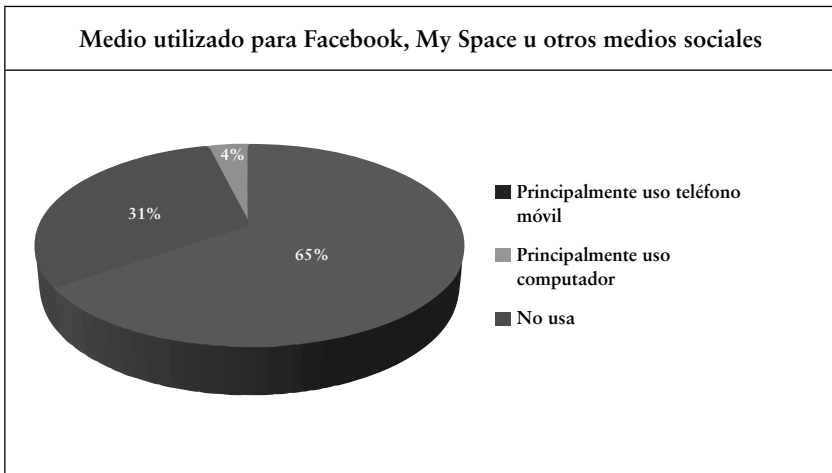
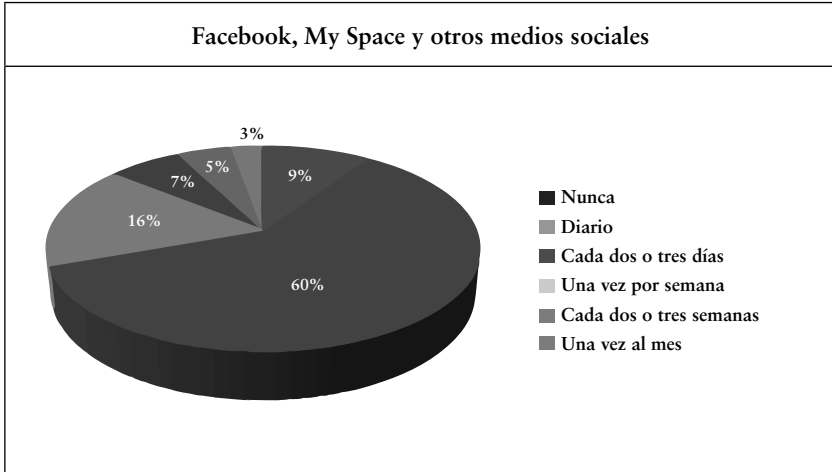


El 6% tiene maestría y solo una persona tiene título de doctorado. Casi la mitad (41 %) de los entrevistados trabaja como empleado asalariado y la cuarta parte es trabajador independiente. Un bajo porcentaje de los mismos trabaja en el campo (8 %) o realiza trabajos manuales (4 %). Tres cuartas

partes de los entrevistados tiene mayores ingresos ahora o después de su proceso de migración y el 46 % habla inglés; hay un número importante de entrevistados que hablan más de dos idiomas.

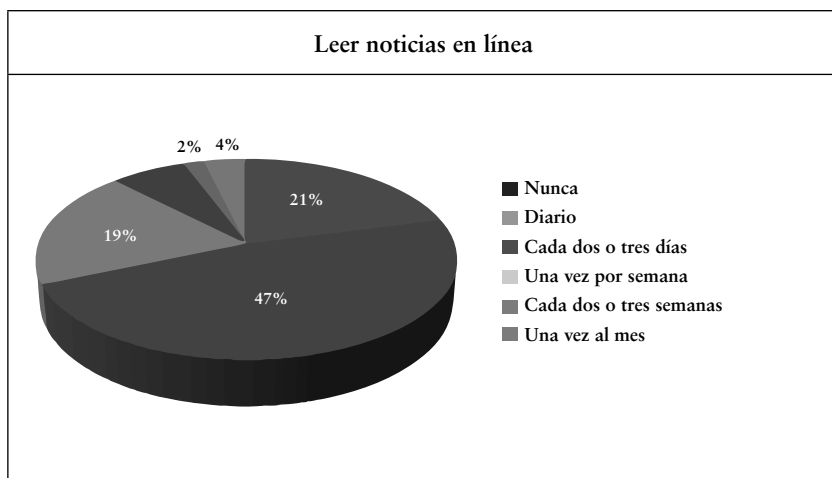


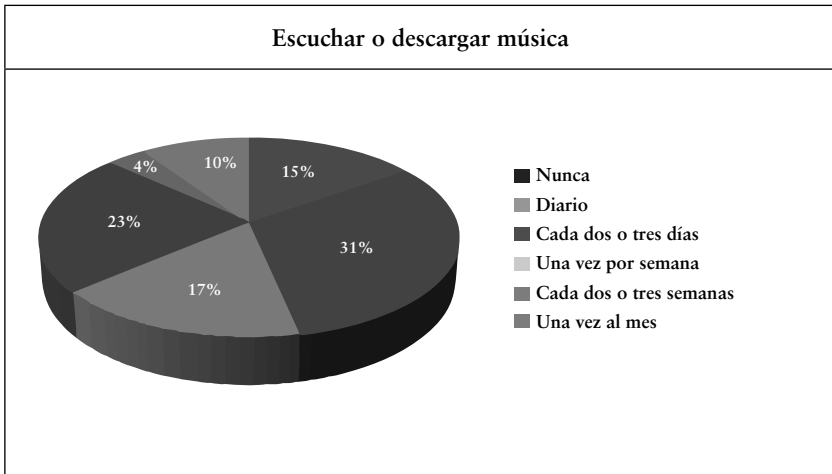
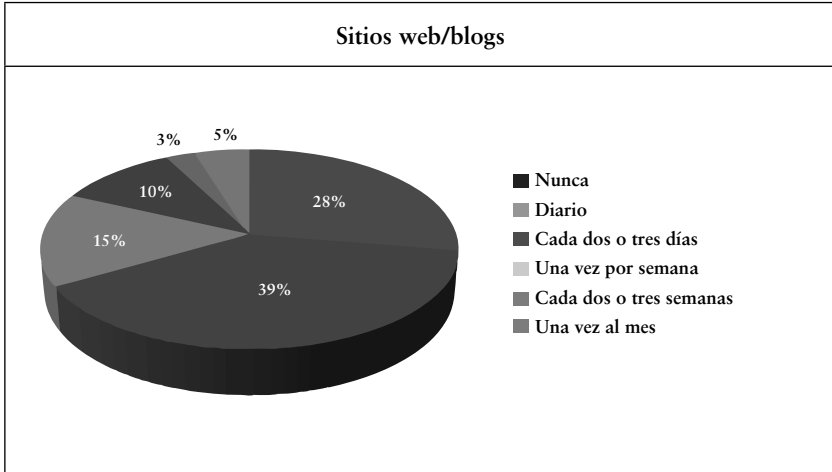




En relación con el uso cotidiano de las TIC, el más alto porcentaje lo tienen los mensajes instantáneos y los chats, con un muy alto 84 % (vía teléfonos móviles, principalmente), seguido por el correo electrónico (61 %, con mayor porcentaje en el uso del computador) y los medios sociales como Face-

book (60 %), con predominancia en su uso en los teléfonos móviles. La lectura de noticias en línea, la visita de páginas web y blogs, y escuchar y descargar música en línea ocupan un lugar secundario pero importante en la vida cotidiana de un grupo significativo de los entrevistados, mientras que los juegos en línea y el Twitter tienen lugares poco significativos en las actividades diarias de los migrantes, con usos y regularidades bastante menores. Por ejemplo, Twitter es utilizado por el 49 % de los entrevistados, pero el 15 % de estos lo utiliza diariamente, mientras el 42 % de los mismos accede a juegos en línea y solo el 5 % lo hace diariamente.





La **información cualitativa** de las trayectorias muestra que los migrantes de este estudio, tal y como los registran las tendencias nacionales, tiene una leve prevalencia en las mujeres (51 %). Los **motivos** para migrar, expresados por los más jóvenes, los más educados y sin hijos, son la búsqueda

da de mayor educación y de mejores condiciones de trabajo y ejercicio profesional que les asegure una vida buena: tranquila, con buenos ingresos y facilidades para mantenerse y gozar de los niveles de desarrollo de los países, ciudades o regiones a las que van. La mayoría de ellos están buscando o radicarse en otros países o utilizar su experiencia migratoria como trampolín para ir a otro país, principalmente Norte América o Europa.

Los menos jóvenes, los menos educados y con hijos, migran buscando asegurar un mejor presente y un mejor futuro para sus familias, principalmente para sus hijos, que, generalmente, dejan en sus lugares de origen (con abuelos, tíos o primos), o que van llevando progresivamente a los países de destino. La mayoría de los migrantes transnacionales de este grupo no ven su futuro en los países a donde van, y por lo general esperan que una vez cumplidos los propósitos de sacar adelante a sus familias, puedan regresar. Aquellos que experimentan experiencias de retorno, de otros países u otras regiones del país, experimentan fuertes choques culturales y emocionales, sobre todo por los referentes que construyen sobre calidad de vida, orden, aseo, alimentación y respeto de las diferencias.

Las historias de migrantes que se dirigen a Chile muestran niveles de educación bajos, prevalencia de trabajos manuales, como construcción o servicios (doméstico, restaurantes, limpieza), y son personas que viajan solas dejando sus familias e hijos en Colombia. Los casos de experiencias en México son de migraciones temporales de personas que no lograron obtener su visa legal e intentan entrar a los Estados

Unidos con la ayuda de “coyotes”. Para los más recientes las condiciones son más complicadas e incluso crueles. Para quienes lo hicieron hace unos años, a pesar de las dificultades y penurias, resultó menos arduo.

Llegué a Santiago en pleno invierno, con temperaturas de 7 grados bajo cero, acostumbrado a los 38 grados de Cali. Por eso me fui a Antofagasta, que está en la costa, pero al final regresé a Santiago, pues era el lugar donde más y mejor trabajo podía conseguir. (Testimonio de hombre migrante transnacional).

La mayoría de las trayectorias presentan como uno de los motivos principales de la migración la búsqueda de una mejor vida. Para la mayoría de los jóvenes (hombres y mujeres) esto significa formación y experiencia (no necesariamente formal o escolarizada) para lograr obtener un buen trabajo, que les permita una vida cómoda y tranquila. Las historias dan a entender que para los hombres mayores de 40 años y con familias, esto significa asegurar mejores ingresos para el sostenimiento de sus familias, incluido el estudio de sus hijos e hijas. Para las mujeres mayores de 40 y con familia, esto significa, además, tener mayores libertades (menos sanciones sociales), y poderse desarrollar laboral y profesionalmente.

Los **capitales** económicos, culturales y de información se ven como determinantes en las rutas y destinos escogidos por los migrantes. Aquellos con menores capitales tienden a quedarse en el país o a decidir ir a países suramericanos. En relación con los **contextos** que estos migrantes identifican, se destacan la pobreza, el desempleo y las violencias (tanto política como familiar) de sus lugares de origen. Es importante

destacar que este tipo de percepciones sobre las situaciones (locales) son fomentadas por las informaciones que tienen de medios nacionales y locales, principalmente la televisión y la radio.

Aquí en Colombia nos acostumbramos a la violencia, a los muertos, y nos convertimos en un país sin memoria. Por eso estamos luchando nosotros, para que no se nos olvide la historia, lo que pasó. (Testimonio de hombre migrante transnacional).

En el año 1998, debido a la recesión económica, mi papá perdió su empleo, pues la empresa en la que trabajaba se vendió a otra empresa y cerraron la fábrica en Cali. Por eso decidieron que mi mamá, mi hermano y yo migráramos a los Estados Unidos. Mi papá estaba viviendo en la finca y era peligroso y no quería que fuéramos a vivir allá. (Testimonio de mujer migrante transnacional).

De manera complementaria, el cine, la televisión e internet aparecen como los medios que más alimentan las imágenes que los potenciales o actuales migrantes tienen sobre los países y ciudades de destino, que son confrontadas con la información y las historias que estos obtienen de sus redes de familiares y amigos. Entre los más jóvenes la información que circula y es producida mediante las TIC se destacan los medios sociales (Facebook, Instagram o WhatsApp), y para los más de mayor edad los teléfonos, y más recientemente Skype, son las fuentes más importantes de información y comunicación. Estos medios no solo han ayudado a los migrantes a tomar las decisiones de migrar y a definir sus lugares de origen, sino también se convierten en una herramienta fundamental

tanto para la sobrevivencia y la integración en los lugares a los que llegan. Además, representan un soporte emocional y cultural que les permite mantenerse “conectados” con sus familias, barrios y países en la cotidianidad.

En general es importante destacar que las **decisiones** individuales o colectivas frente a la migración son resultados de análisis y discusiones generalmente de carácter familiar. En la mayoría de los casos se presentan como decisiones *racionales*, en las que se ponderan diferentes asuntos como idioma, oportunidades de trabajo y estudio, redes sociales, clima, y ubicación. Así las familias adquieren un papel fundamental, y participan de maneras diferentes, tanto en la toma de decisiones iniciales como en todos los eventos y en el proceso de la migración. Sin embargo, las historias también muestran que las mujeres son, en la mayoría de los casos, las que más lideran las iniciativas y decisiones de migrar.

Los medios de comunicación masiva, así como las TIC, no parecen tener influencia directa en las decisiones de migrar. Pero sí se ven como espacios sociales importantes en la construcción de imaginarios y representaciones que las personas se han hecho de los lugares a los que buscan ir, así como las condiciones y características de la vida en otros lugares del país o del mundo. La información y las historias de otros familiares, amigos, y personas cercanas parecen ser una de las fuentes primordiales en los procesos para decidir tanto por migrar como por los destinos a tomar.

De manera particular, en una cuarta parte (25 %) de las historias se reconoce la importancia de la información

provista por diferentes instituciones y países, por medios informativos en Internet, para la búsqueda de alternativas y de medios que favorezcan las trayectorias de migración. Sin embargo, medios tradicionales (como el teléfono, la prensa, la radio y la televisión) así como los más contemporáneos e interactivos (desde Internet hasta Facebook, Instagram y Skype), sí evidencian tener una incidencia fuerte en los modelos de desarrollo, democracia, superación o progreso que han construido los migrantes.

El teléfono no solo nos permitió mantener contacto con un ser muy querido en Colombia, sino que le permitió a mi madre comunicarse con sus empleadores y viceversa, utilizándonos a mi hermano y a mí como intérpretes. Cuando los empleadores llamaban y dejaban mensajes en el buzón de voz, los escuchábamos con ella y se los traducíamos, luego mi mamá nos decía a uno o al otro que llamara al jefe o jefa y les dijera algo de su parte. Sin el teléfono esta comunicación entre empleada y empleador sería imposible, pues mi mamá no sabía hablar inglés. (Testimonio de hombre migrante transnacional).

Los medios de comunicación masiva, así como las TIC, tampoco parecen tener gran centralidad durante la migración, salvo en algunos casos particulares, sobre todo de procesos de migración ilegal, donde estos se convierten en herramientas esenciales o para sobrevivir o para mantener el apoyo y comunicación con las familias durante los recorridos que implica la migración. Por ejemplo, el uso de teléfonos celulares fue fundamental para el seguimiento y ubicación de los migrantes por parte de sus familias o en algunos

casos el tener la posibilidad de llamar a familiares y amigos para obtener apoyo económico o emocional fue definitivo para algunos migrantes.

6. La “trashumancia” de los migrantes transnacionales

Los testimonios de los migrantes internacionales ponen en evidencia asuntos de carácter transversal. En primer lugar, y sin el interés de establecer relaciones de causalidad, se puede evidenciar que son muy pocas, casi inexistentes, las migraciones que se realizan sin algún conocimiento previo sobre el lugar de destino por parte del migrante. Antes de emprender el viaje, los migrantes han recibido información (como situación económica, costo de vida, cultura de sus habitantes) sobre el lugar de destino a través de las redes de familiares y amigos de las que hacen parte, así como de distintos medios de comunicación: radio, internet, televisión o prensa.

Llegar a un lugar totalmente diferente, no saber el idioma, ni la dinámica propia de la ciudad. Por ende nuestra primera meta fue aprender inglés, para acceder a la oportunidad de mejores trabajos y poder conseguirlos por nuestra cuenta. Para darle las cosas básicas a nuestro hijo. No voy a negar que es difícil al principio, porque del mismo modo como se tiene, se trabaja sin descanso. (Testimonio de hombre migrante transnacional).

La información recibida a través de las redes sociales resulta determinante a la hora de tomar la decisión de partir hacia el país de destino. Esto debido a que son las personas

que ya se encuentran allá las que no solo parecen conocer mejor la situación desde la vida cotidiana, sino que son quienes más alientan a las personas a viajar, mediante testimonios o demostraciones de “prosperidad económica” o de “mejores oportunidades de vida”.

Me radiqué en Madrid con otros seis compañeros y trabajé con una contratista hotelera. Tuve que falsificar mis papeles para conseguir trabajo con un abogado español que hacía estos tramites a colombianos, pero cuando empezó la crisis económica y la persecución intensa a migrantes, me fui a un pueblo a dos horas de Madrid donde unos familiares. Luego a Barcelona a trabajar en una Goya, un grupo de agricultores moros, musulmanes y de otras nacionalidades cultivando naranjas, espárragos y olivos, y después fui a Valencia. Allí distribuía productos colombianos, y con mis conocimientos en administración empecé a vender casas a colombianos en España. (Testimonio de hombre migrante transnacional).

En segundo lugar, pudimos observar que los procesos de adaptación e integración de los nuevos migrantes en sus lugares de destino se encuentran mediados por la ayuda proveniente de sus redes sociales. Asuntos como la consecución de comida y vivienda, la búsqueda de trabajo o estudio, o de una escuela para los hijos, resultan definitivos en las experiencias de los inmigrantes. La información recolectada muestra que la comunicación regular con familiares, amigos y allegados en sus lugares de origen son determinantes para la adaptación e integración de los migrantes. El uso de las TIC, principalmente de teléfonos móviles, de los mensajes de

texto (como WhatsApp) y de Skype, se destacan en la vida cotidiana de los migrantes, que establecen rutinas bien definidas de comunicación e información con sus países.

Todos los días mi mamá se gasta dos horas al teléfono con su hermana y yo cada día hablo con mis abuelos y mis tíos por Skype, además mi tía publica todo por Facebook, entonces yo por ahí me doy cuenta de todo y me comunico con ellos. (Testimonio de mujer migrante transnacional).

En tercer lugar, los relatos también permiten observar que un número significativo de migrantes se movieron desde la ciudad a la cual arribaron inicialmente a otra dentro del mismo país. Dichos viajes atendieron a la consecución de mejores oportunidades laborales y económicas o de una mejor calidad de vida, surgidas principalmente de las redes sociales construidas por los inmigrantes que incluyen personas e instituciones de sus países de origen o del continente, como del país destino.

Los migrantes transnacionales con más altos niveles educativos, bilingüismo e ingresos económicos, tienden a privilegiar la migración a Estados Unidos, Canadá y otros países de Europa diferentes a España, mientras que aquellos con menores niveles educativos, bilingüismo y menores ingresos tienden a viajar a países del continente como Venezuela (principalmente en décadas pasadas), a Ecuador y Perú, y de manera creciente a Chile. La gran mayoría de migrantes transnacionales afirman tener o haber tenido mejores ingresos y condiciones de vida en los países de destino, destacando el acceso a educación o a servicios de salud.

Mi relación con los chilenos, en general es muy buena, exceptuando las discriminaciones hacia personas de piel oscura o hacia otros colombianos que deben vivir con el estigma de ser de un “país de narcotraficantes”. Para colmo de males, las narco novelas en vez de reivindicar al país, revive esos tiempos de angustia y dolor de tantas personas, proyectando una cruel imagen del colombiano; creando incluso leyendas que perduran en el tiempo, como la de Pablo Escobar. (Testimonio de mujer migrante transnacional).

7. Migraciones de colombianos en “su propia tierra”

Me dieron asilo político para irme a Canadá, pero yo me quedo acá porque este es mi país, acá están los huesos de mi hijo y acá es donde me tienen que decir la verdad sobre su secuestro; y si por eso me van a matar pues que lo hagan porque yo no voy a dejar de reclamar. (Testimonio de mujer migrante nacional).

Los testimonios de experiencias migratorias nacionales tienen varias particularidades. Una de ellas es que los trayectos de las personas que decidieron salir de su lugar de origen son relativamente cortos, migrando hacia ciudades que geográficamente se encuentran cerca de sus hogares, pero que para ellas han resultado viajes largos y difíciles por el hecho de tener que irse a un lugar distinto, con nuevas culturas y formas de vivir.

Aunque las ciudades y municipios de migración se encuentran relativamente cerca, entre dos o cinco horas en un bus de transporte público, en la mayoría de los casos, los mi-

grantes las describen como lugares distantes de sus hogares. En algunos casos, principalmente de los municipios ubicados sobre el Océano Pacífico o en sus ríos afluentes, los costos de retorno, temporal o permanente, resultan muy altos, pues hay lugares a los que solo se puede llegar en lancha o en avión. Esto, por supuesto, incrementa el sentido de lejanía.

Estos migrantes nacionales también mantienen comunicación permanente con sus familiares y amigos, pero no tan “rituales” y constantes como sucede con los transnacionales. Las tecnologías preferidas por los migrantes para comunicarse con sus lugares de origen, son los celulares y computadores, utilizando aplicaciones como Facebook, WhatsApp y Skype, pero en la vida cotidiana estos no tienen un uso tan intenso como los migrantes transnacionales.

Como muchos de los migrantes nacionales vienen de zonas rurales o de municipios con alta ruralidad, ellos expresan mayores retos y dificultades de adaptación e integración a las ciudades de destino, principalmente Cali. Sin embargo, también anotan la existencia de mayores redes y colonias de familiares y amigos en estos lugares de destino.

Me fui de casa a los 22 años. Para ese entonces no sostenía una buena relación de convivencia con mi madre que, desde muy pequeña, le tocó trabajar y pasar diferentes necesidades, como el abandono de su madre y la crianza de sus hermanos. Mi madre no era una persona agradable con la cual vivir, solo oía gritos, porque según ellas las mujeres no podían estar sentadas si querían tener un marido, por lo cual decidí salir de casa e

irme a un pueblo cercano en donde vivía una tía y mi abuelo. (Testimonio de mujer migrante nacional).

La mayoría de los entrevistados migraron solos y las principales causas de migración de las historias recolectadas hablan de maltrato y violencia intrafamiliar (principalmente contra las mujeres), de búsqueda de posibilidades de educación, de nuevas oportunidades laborales y de sobrevivencia, y de aventuras y violencia política. Entre las nuevas oportunidades laborales y de sobrevivencia expresadas por algunos de los entrevistados está la vinculación a organizaciones armadas legales e ilegales. La mayoría de quienes salieron en busca de mejores oportunidades laborales y de vida, declaran que no lo lograron o no lo han conseguido, salvo quienes lograron realizar carreras universitarias. Sin embargo, todos reconocen que a pesar de la condiciones de pobreza y de marginación de varias de sus zonas de origen, valoran la tranquilidad, la solidaridad y buena vida de estos lugares, representada principalmente en la buena alimentación.

Yo salí de Tuluá en el 2000, después de trabajar en turismo y de verme involucrada con unos paras que tuvieron una caída. No estaba amenazada de muerte, nada por el estilo, pero consideré que esto era lo mejor para mi hija. (Testimonio de mujer migrante transnacional).

Las historias de mujeres con bajos niveles de educación e ingresos resultan las más duras. La mayoría de ellas empezaron a trabajar desde muy jóvenes (10-13 años), con serias dificultades para seguir sus estudios e incluso para “vivir su infancia”. Desde jóvenes también se enfrentaron a la vida urbana, en algunos casos encontrándose con tecnologías a

las que no estaban habituadas como neveras, hornos y estufas eléctricas o los mismos televisores y teléfonos. Una de las entrevistadas no conocía el dinero pues en su comunidad todo se hacía mediante trueques. Se trata de historias de mujeres humildes y luchadoras, con un propósito muy claro en la vida: sacar adelante a sus familias. La mayoría de ellas fueron a Cali como prestadoras de servicio doméstico, con ingresos y condiciones de seguridad social bastante precarias.

8. Análisis y conclusiones

Las migraciones en América Latina se han transformado significativamente en las últimas dos décadas como producto de la globalización económica, de políticas nacionales de emigración e inmigración y por representaciones y patrones culturales de orden local y global. Este texto presenta resultados de una investigación sobre migraciones en el Pacífico colombiano. Se centra en la región Pacífica colombiana, haciendo énfasis en historias de migrantes nacionales y transnacionales de esta región, y enfocándose en la importancia de las Tecnologías de Comunicación e Información (TIC) en sus trayectorias de migración.

En Latinoamérica, desde hace un par de décadas, instituciones y organizaciones gubernamentales y no gubernamentales han aumentado sus esfuerzos por investigar y teorizar los fenómenos relacionados con los procesos migratorios, tanto en los países de origen como en los de destino. Esto se explica por el incremento en los procesos migratorios desatados por los desbalances que se producen desde los años 90 en el crecimiento económico de las regiones en el

ámbito global, con efectos en la calidad de vida, en los niveles de endeudamiento y pérdida de capitales, por las altas tasas de interés que mantenía Estados Unidos, y que afectaron la inflación, el empleo y el dinamismo de las economías latinoamericanas. Estas situaciones no solo incrementaron la migración en América Latina, sino que generaron impactos significativos en los países de destino, propiciando mayor demanda de trabajadores, e importantes cambios culturales y políticos. Además, significaron mayores ingresos por concepto de remesas en los países de origen de los migrantes con efectos en la calidad de vida de sus hogares y territorios. (Gómez y Román, 2010).

Los resultados de esta investigación muestran la articulación de procesos de migraciones internas y externas en las que las búsquedas de mejores condiciones de vida, así como el conflicto político armado, se han entrelazado con procesos transnacionales de construcción de redes sociales, facilitados por las TIC, que estimulan y hacen más efectivos y certeras las experiencias de migración de los colombianos del Pacífico. Paradójicamente, en un mundo cada vez más globalizado, con impresionantes movimientos de información, mercancías, capitales y servicios, la libre movilidad de las personas es cada vez más restringida, generando aumentos en la migración irregular, así como discursos y prácticas, por parte de países receptores (primordialmente del Norte), según las cuales las migraciones representan un riesgo y amenaza a la seguridad de las naciones (González, 2017).

Las historias de migración trabajadas en este estudio evidencian que la comunicación y la información que circula

en redes sociales de familiares y amigos son las formas que más inciden en los procesos de decisión y tránsito hacia otros lugares y países. De igual manera muestra que las TIC no solo ayudan a los migrantes a definir los recorridos y lugares de destino, sino también son una herramienta fundamental para la sobrevivencia y la integración, pero principalmente para las co-construcciones que favorecen en los lugares a los que llegan para estar temporal o permanentemente. Estas tecnologías son convertidas en un soporte emocional y cultural que les permite a los migrantes mantenerse “conectados” con sus familias, con sus barrios y con el país, así como con la situación sociopolítica, y con tradiciones y prácticas culturales de y en diferentes tiempos. Este trabajo de investigación recoge más de 100 historias de migración elaboradas a partir de entrevistas en profundidad con migrantes.

Kymlicka (2015) nos recuerda que las categorías de “migrante” o “extranjero” no son hechos brutos, sino que son contruidos socialmente, y estos conceptos también son un reflejo de las sociedades que los formulan y de cómo se entienden la “otredad”. También sostiene que muchos investigadores han analizado la migración de formas muy limitadas, considerando los migrantes como aquellos que no han sido naturalizados en un país o incluyendo cualquier persona que no es nacida en una nación (independientemente de su situación jurídica). Otros estudiosos solo se concentran en las primeras generaciones de la población nacida en el extranjero; otros asumen que la segunda generación de nacidos en un país también cuenta; otros incluyen a los migrantes de todos los países extranjeros; otros solo cuentan las personas que no son europeos o de América del Nor-

te, considerando que estos no son realmente “otros”; y así sucesivamente. (Kymlicka 2015).

Este autor también señala que las políticas de migración y la multiculturalidad enfrentan a las naciones contemporáneas a un dilema entre la solidaridad y la diversidad. Sin embargo, teniendo en cuenta que los inmigrantes están contribuyendo con diferentes formas de pertenencia, comportamiento cívico, de reciprocidad y solidaridad, sugiere la necesidad de desarrollar políticas de multiculturalismo que permitan a los inmigrantes expresar sus culturas e identidades como modos de participar y contribuir a las naciones y sociedades a las que pertenecen.

Nuestro estudio de las historias de migración y los contextos en los que éstas se producen confirman que la variedad de migrantes del Pacífico colombiano tiende a ir a los Estados Unidos y España como los destinos transnacionales más importantes, tal y como sucede con las tendencias nacionales. La mayoría de ellos son personas entre los 20 y 50 años, con altos niveles de educación tecnológica y universitaria, así como con altos porcentajes de bilingüismo. En las historias de estos migrantes de espacios urbanos, predominan los deseos de bienestar y de formación educativa y profesional con el interés de mantenerse en otros países del mundo, considerando que en las percepciones que ellos tienen de Colombia y sus territorios locales se privilegian las bajas posibilidades de empleo y desarrollo profesional, pobreza, inseguridad y violencia.

De igual manera, los datos analizados muestran un incremento significativo de la movilidad humana de perso-

nas del Pacífico colombiano hacia Ecuador, Perú y Chile, con predominio de este último. Los motivos principales de estas migraciones son la combinación entre, por una parte, la búsqueda de mejores condiciones de vida (mejores trabajos, mejores ingresos, mejor calidad de vida, incluida mayor tranquilidad), para los migrantes y sus familias, y por otra parte, los impactos del conflicto armado y las acciones de grupos criminales en la región, que muchos de ellos y ellas han vivido de forma cercana. La mayoría de estos migrantes tienen niveles educativos y de bilingüismo bajos, con más altos niveles de pobreza y marginación social y laboral. Aquellos en peores condiciones económicas, culturales, y educativas optan por migrar a otros sitios del país o de sus departamentos donde se destacan ciudades como Cali, Bogotá y la misma Buenaventura.

Las experiencias de los migrantes nacionales y transnacionales incluidas aquí, comprueban que sus trayectorias no son lineales ni pasan por estadios o fases, como a veces son presentadas por algunas teorías sociales o versiones periodísticas. Las migraciones y los migrantes están en ciclos permanentes de transición y de conexión entre mundos sociales, políticos y económicos diferenciales. Esto implica una vivencia cotidiana de diferentes tiempos, lugares y lenguas (códigos), así como de prácticas y normas culturales, institucionales y tecnológicas diferentes y mezcladas. En esta perspectiva, las comunicaciones y particularmente las TIC tienen un papel de conectividad, conectan los discursos de los medios con la información e historias de producción propia; conectan las redes sociales con tecnologías como las plataformas de mensajes de texto (principalmente WhatsApp), y con medios sociales

como Facebook e Instagram, y conectan prácticas rurales y urbanas, así como imágenes locales y territoriales con otras de carácter global.

En este sentido, este estudio confirma que los medios y tecnologías de comunicación e información sí impactan el “trabajo de la imaginación” de los migrantes o posibles migrantes, tal y como lo entiende Appadurai. Por supuesto, no solo el acceso a la comunicación y la información, sino a la producción y acción de información y comunicación, están generando un conglomerado de historias que amplían las nociones de posibles vidas para las personas mismas y para los demás. Incluso en medio de las pugnas por la construcción de hegemonías simbólicas y de representaciones colectivas, muchas de las imágenes que se producen y circulan por estos medios están contribuyendo a sedimentar nociones y valores profundos para las personas sobre lo que significa la calidad de vida y el buen vivir, la libertad, la política y la democracia, incrementando los deseos e intereses de salir o quedarse en un lugar.

Pero también es importante tener en cuenta que los medios y tecnologías de comunicación e información están teniendo un impacto enorme en la trayectorias de los migrantes no solo al permitirles la construcción de espacios sociales, de encuentros, de disputas y de intercambios con gente y comunidades muy disimiles, sino también al brindarles la posibilidad física, emocional y mental de moverse y vincularse con múltiples lugares y tiempos. Además, estos medios y espacios tecnológicos han abierto a los migrantes la posibilidad de vivir y participar de variadas experiencias en lugares y tiempos

diversos, así como de experimentar, de manera simultánea, diferentes formas de territorialidad y de comunidad.

En esta perspectiva, los migrantes existen en mundos de *in-betweenness*, negociando formas culturales e identidades en el cruce entre los Estados-Nación y las diásporas globales (Srinivasan y Pyati, 2007). Sin embargo esta experiencia “liminar”⁷ contribuye a crear o disolver o órdenes (institucionales y culturales) que crean situaciones fluidas y cambiantes que permiten el establecimiento de nuevas instituciones y costumbres (Szakolczai, 2007), y que pueden llegar a transformar las nociones mismas de los estados nacionales y de las identidades, así como las nociones de justicia, libertad y diversidad en los mundos en los que se mueven los migrantes.

Siguiendo las reflexiones de Albrow (2007) sobre globalización y la importancia de las TIC, es necesario reconocer los encuentros entre múltiples espacios o esferas sociales, que son compartidas por los migrantes y que no necesariamente están físicamente en el lugar de acogida o de destino, pero sí pueden estar de manera *virtual*, a través del contacto con otros, o través de otros residentes en el lugar, o a través de experiencias narradas mediante plataformas sociotecnológicas. Incluso, una persona que está presente físicamente en un lugar puede estar en distintas partes de manera simultánea en

⁷ El concepto de liminalidad es una noción desarrollada por Arnold Van Gennep, tomada posteriormente por Victor Turner, y alude al estado de apertura y ambigüedad que caracteriza a la fase intermedia de un tiempo-espacio tripartito (una fase preliminar o previa, una fase intermedia o liminal y otra fase posliminal o posterior).

vista de que comparte diálogos, narraciones y experiencias con otras personas y espacios desde otros lugares.

Las historias recogidas en este estudio muestran que las prácticas, movilizaciones y movimientos de los migrantes, desde hace tiempo están desafiando las nociones y formas de los Estados contemporáneos, así como las formas de vida colectiva y comunitaria, así como diferentes formas de experimentar y vivir las ciudadanías. Y las tecnologías de la comunicación y la información no solo han sido catalizadores de estos procesos sino que se han convertido en espacios, tiempos y códigos fundamentales de los procesos de transición y transformación de un mundo con mayor interacción y comunicación, en el que sin embargo siguen siendo importantes los referentes y vínculos territoriales y de comunidad, aunque múltiples, flexibles, mixtos, veloces y complejos.

Referencias

- Albrow, M. 2007. "Situating Global Social Relations." Pp. 317-332 in *Frontiers of Globalization Research: Theoretical and Methodological Approaches*, edited by Ino Rossi. New York: Springer.
- Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. (2019). Tendencias globales. Desplazamiento forzado en 2018. Recuperado de: <https://www.acnur.org/5d09c37c4.pdf>
- _____. (2018). Refugiados y migrantes venezolanos. Recuperado de: <https://www.acnur.org/5c36248a4.pdf>

- Appadurai, A. (1996). *Modernity At Large: Cultural Dimensions of Globalization*. Univ Of Minnesota Press.
- Banco de la República. (2015). *Evolución de la Balanza de Pagos y Posición de Inversión Internacional. Enero-Junio de 2015*. Bogotá: Banco de la República. Recuperado de: http://www.banrep.gov.co/sites/default/files/paginas/ibp_ene_jun_2015.pdf
- Banco de la República. (s.f.). Remesas de trabajadores. Recuperado de: <http://www.banrep.gov.co/remesas>
- Banco Mundial. (2020). Internally displaced persons, total displaced by conflict and violence (number of people) - Colombia. Recuperado de: <https://datos.bancomundial.org/indicador/VC.IDP.TOCV?locations=CO>
- Barbary, O., Ramírez, H. F. y Urrea, F. (2004). *Identidad y ciudadanía afrocolombiana en el Pacífico y Cali. Gente negra en Colombia: dinámicas sociopolíticas en Cali y el Pacífico*. Medellín: Lealón, CIDSE, Universidad del Valle, IRD y Colciencias.
- Baron, L.F. (2016) Comunicación, Audiencias y Estado-nación. Violencia e in-seguridad en los medios de Colombia. In, *Focas, B. (Ed.) Inseguridad, medios y miedos: una mirada desde las prácticas y las experiencias en América Latina*”, Buenos Aires, FES, Icesi, Cali.
- Barón, L. F., Neils, M. y Gomez, R. (2013). Crossing new borders: computers, mobile phones, transportation and

English language among Hispanic day laborers in Seattle. *Journal of the American Society for Information Science and Technology - JASIST*.

Bourdieu, P. (1989). *La ilusión biográfica*. Historia y Fuente Oral No. 2, Memoria y Biografía pp. 27-33

Bayona-i-Carrasco, J. Pujadas, I , Tàpies, A., (2018) Europa como nuevo destino de las migraciones latinoamericanas y caribeñas. *Revista bibliográfica de geografía y ciencias sociales. Universidad de Barcelona*, 23 (1.242)

Cárdenas, M. (2006). Migraciones internacionales en Colombia: ¿ qué sabemos?

Cárdenas, M. y Mejía C. (2006). Migraciones internacionales en Colombia: ¿qué sabemos? *Working Papers Series*, (30), 4-48.

Clark, X., Hatton, T. J. y Williamson, J. G. (2004). What explains emigration out of Latin America? *World Development*, 32(11), 1871-1890.

Córdova Alcaraz, R. (2012). Migratory Routes and Dynamics between Latin American and Caribbean (LAC) Countries and between LAC and the European Union.

Corponariño. (2002-2012). Plan de gestión ambiental regional. Recuperado de: <http://corponarino.gov.co/expedientes/pgar20022012/pgar2002-2012.pdf>

- Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas, DANE. (2018). Censo Nacional de Población y Vivienda 2018. Infografía migración interna interdepartamental. Recuperado de: <https://www.dane.gov.co/files/censo2018/infografias/12meses-region-pacifica.gif>
- Davis, S., Elin, L., y Reeher, G. (2002). *Click on democracy: the Internet's power to change political apathy into civic action*. Boulder, Colo.: Westview Press.
- Dekker, R. y Engbersen, G. (2012). How social media transform migrant networks and facilitate migration. *The IMI Working Papers Series*. Recuperado de: <http://www.imi.ox.ac.uk/pdfs/imi-working-papers/WP-64-2012>
- Dinero. (4/2/2019) ¡Hora de aprovechar la diáspora colombiana! Recuperado de: <https://www.dinero.com/pais/articulo/cifras-sobre-los-colombianos-en-el-externo/269096>
- El Mercurio de Antofagasta y Connectas. (s.f.). Especial el nuevo éxodo latino. Recuperado de: <http://www.connectas.org/exodo/index.html#rostros>
- Expansión. (s.f.) Colombia - Emigrantes totales. Recuperado de: <https://datosmacro.expansion.com/demografia/migracion/emigracion/colombia>
- Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola. (2017), *Sending Money Home: Contributing to the SDGs, one family at a time*. Roma.

- Fortunati, L., Pertierra, R., y Vincent, J. (2012). *Migration, diaspora, and information technology in global societies*. New York: Routledge.
- Gómez, H. N., Pabón, H. V. y Maya, H. (1999). El Suroccidente de Colombia en la Comunidad Andina. Ponencia presentada por profesores de la Universidad del Cauca en el VII Encuentro latinoamericano de geógrafos. San Juan de Puerto Rico, Marzo de 1999. Recuperado de: <http://observatoriogeograficoamericalatina.org.mx/egal7/Geografiasocioeconomica/Geografiaeconomica/02.pdf>
- Gómez, S. L. B. y Román, P. G. (2010). Una revisión a los estudios sobre migración internacional en Colombia. *Revista Facultad de Ciencias Económicas: Investigación y Reflexión*, 18(1), 195-204.
- Gonzalez, V. M., Castro, L. A. y Rodríguez, M. D. (2009). Technology and connections Mexican immigrants in the U.S. *IEEE Technol Soc Mag IEEE Technology and Society Magazine*, 28(2), 42-48.
- González, Á. (2017). Securitización de las migraciones y externalización de fronteras en España y la Unión Europea: ¿es eficaz y lícito el modelo español? Invierno 2017, N° 127, I. Las migraciones y el desarrollo. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6829473>
- Hamel, J. Y. (2009). *Information and Communication Technologies and Migration* (Human Development Reports).

United Nations Development Programme. Recuperado de: http://hdr.undp.org/en/reports/global/hdr2009/papers/HDRP_2009_39.pdf

Khoudour-Castéras, D. (2007). ¿Por qué emigran los colombianos?: Un análisis departamental basado en el Censo de 2005. *Revista de economía institucional*, 9 (16), 255-271.

King, R., y Wood, N. (2001). *Media and migration: constructions of mobility and difference*. London; New York: Routledge.

Komito, L. y Bates, J. (2009). Virtually local: social media and community among Polish nationals in Dublin. *Aslib Proceedings*, 61(3), 232-244

Kymlicka, W. (2015). Solidarity in diverse societies: beyond neoliberal multiculturalism and welfare chauvinism. *Comparative Migration Studies*, 3(4), 1-19.

Latour, B. (2007). *Reassembling the social: an introduction to actor-network-theory*. Oxford/Nueva York: Oxford University Press.

Law, J. (2009). Actor network theory and material semiotics. En: B. Turner (Ed.), *The new Blackwell companion to social theory*. Chichester: John Wiley & Sons. Recuperado de <http://public.eblib.com/EBLPublic/PublicView.do?ptiID=416539>

- Mejía, W. (2012). Colombia y las migraciones internacionales. Evolución reciente y panorama actual a partir de las cifras. *Rev. Inter. Mob. Hum., Brasilia*, XX (39), 185-210. Recuperado de: <http://www.scielo.br/pdf/remhu/v20n39/v20n39a10>
- Migración Colombia y Grupo de Estudios Institucionales sobre Migración, OPLA. (2015). *Boletín Anual de Estadísticas 2014*. Recuperado de: <http://migracioncolombia.gov.co/phocadownload/Bolet%C3%ADn%20Anual%20de%20Estad%C3%ADsticas%202014%20-%20Migraci%C3%B3n%20Colombia.pdf>
- Navarrete, C & Huerta, E. 2006. Virtual Bridges to Home: the Use of the Internet by Transnational Communities of Immigrants. *International Journal of Communications Law and Policy*. Special Issues, Virtual Communities, Autumn, 2006: 1-20.
- Nastase, V., Koeszegi, S. y Szpakowicz, S. (2007). Content Analysis Through the Machine Learning Mill. *Group Decision and Negotiation*, 16(4), 335-346.
- Oiarzabal, P. J., Aretxabala, M. E., Maiztegui, C. y Riezu, X. (2013). Asociaciones de inmigrantes y nuevas tecnologías: apuntes preliminares para el estudio de la integración social e inclusión digital de la inmigración en España. XI Congreso Español de Sociología “Crisis y Cambio: Propuestas desde la sociología,” Grupo nº 35.

- Ocampo, M. y Arboleda, S. (2016). Colombia y los flujos mixtos de migrantes en el derecho internacional de los refugiados. *Opinión Jurídica*, 15 (30), 93-108 . Recuperado de: <http://www.scielo.org.co/pdf/ojum/v15n30/1692-2530-ojum-15-30-00093.pdf>
- Palma, M. (2015) ¿País de emigración, inmigración, tránsito y retorno? La formación de un sistema de migración colombiano. *Oasis*, (21), 7-28. Recuperado de: <https://revistas.uexternado.edu.co/index.php/oasis/article/view/4278/4799>
- Rheingold, H. (2004): *La comunidad virtual. Una sociedad sin fronteras*. Barcelona: Gedisa.
- Spradley, J. P. (1979). *The ethnographic interview*. New York: Holt, Rinehart and Winston.
- Srinivasan, R. y Pyati, A. (2007). Diasporic information environments: Reframing immigrant-focused information research. *Journal of the American Society for Information Science and Technology*, 58(12), 1734-1744.
- Szokolczai, A. (2007). Image-magic in A Midsummer Night's Dream: power and modernity from Weber to Shakespeare. *History of the Human Sciences*, 20(4), 1-26.
- Vidal, J.D. (2020). Transformaciones del Estado desde arriba y desde abajo. Retos de la migración venezolana para las instituciones y la sociedad de Cali (2015 a

2019). Tesis de Grado Programas de Derecho y Ciencia Política, Universidad Icesi, Cali.

World Bank. (s.f.). Personal remittances paid (current US\$) | Data | Table. Recuperado de: <http://data.worldbank.org/indicator/BM.TRF.PWKR.CD.DT>

Zong, J. y Batalova, J. (2015). Central American Immigrants in the United States. Retrieved from <http://www.migrationpolicy.org/article/central-american-immigrants-united-states>

Zong, J. y Batalova, J. (2016a). Mexican Immigrants in the United States. Retrieved from <http://www.migrationpolicy.org/article/mexican-immigrants-united-states>

Zong, J. y Batalova, J. (2016b). South American Immigrants in the United States. Retrieved from <http://www.migrationpolicy.org/article/south-american-immigrants-united-states>

Anexos:

Anexo 1: Matriz de dimensiones consultadas

	Antes	Durante	Después
TIC	Incidencia/utilidad de los medios en la decisión	Importancia de los medios durante el proceso	Importancia de los medios durante la instalación
Migración	<p>Principales motivos, razones, motivaciones para migrar (salir de su lugar de origen)</p> <p>Qué o quiénes influyeron (ayudaron-impidieron) en su decisión.</p> <p>Objetivos, expectativas, anhelos</p>	<p>Ciclo-trayectoria de migración (viaje)</p> <p>Qué o quiénes ayudaron-impidieron su proceso</p>	<p>Instalación, adaptación</p> <p>Qué o quiénes ayudaron-impidieron su proceso de llegada</p>
Cambio social	<p>Situación, contexto socioeconómico, cultural, político del entrevistado y de comunidad, ciudad, país.</p> <p>Tu visión de qué te veas haciendo en el país o contribuyendo en el mismo. Capacidades iniciales</p> <p>Sentido de pertenencia; identidad con la ciudad, región, país</p>	<p>Situación, contexto socioeconómico, cultural, político de ciudad, país de llegada</p> <p>Qué haces (contribución social, económica, cultural a la comunidad, ciudad, país).</p> <p>Sentido de pertenencia; identidad con la ciudad, región, país</p>	<p>Situación, contexto socioeconómico, cultural, político de ciudad, país de llegada</p> <p>Qué haces (contribución social, económica, cultural a la comunidad, ciudad, país). Capacidades ganadas</p> <p>Sentido de pertenencia; identidad con la ciudad, región, país</p>

Sobre los autores

Juan Gabriel Gomez Albarello

Profesor de la Universidad Nacional. Abogado, Universidad Externado de Colombia. Ph D en ciencia política, Washington University, in St. Louis, EE.UU.

Correo: jggomez@unal.edu.co

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9097-763X>

Gloria María Gallego García

Abogada de la Universidad de Antioquia y Doctora en Derecho por la Universidad de Zaragoza (España). Profesora de Derecho penal de la Universidad de Antioquia durante varios años. Actualmente es profesora de Filosofía del Derecho en la Universidad Eafit, directora del Grupo de Investigación Justicia & Conflicto y directora de la Cátedra de la Paz, la Memoria y la Reconciliación de la misma Universidad.

Correo: ggalleg3@eafit.edu.co

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2316-2929>

Enrique Jaramillo Buenaventura

Director del Programa de Antropología y profesor del Departamento de Estudios Sociales de la Universidad Icesi (Cali, Colombia). Antropólogo de la Universidad de los Andes, DEA en Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, Maestría en Antropología Cultural y Ph.D. en Antropología ambas de la Universidad de Rutgers, EE.UU. Ha sido becario del programa Fullbright de desarrollo Universitario y de la beca Colfuturo. Actualmente, es miembro del Grupo de Investigación Nexos (A1-Minciencias) de la Universidad Icesi.

Correo: ejaramillo@icesi.edu.co

Guido Germán Hurtado Vera

Profesor Asociado. Universidad Autónoma de Occidente. Historiador. Universidad del Valle. Magíster en Estudios Políticos. Universidad Javeriana.

Correo: gghurtado@uao.edu.co

Daniel Mateus Arciniegas

Sociólogo de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Magíster en antropología social de la Universidad Nacional de Colombia. Investigador del Instituto de Estudios Interculturales, Pontificia Universidad Javeriana.

Correo: dmateusa@unal.edu.co

Jaime E. Londoño M.

Licenciado en historia de la Universidad del Valle, Especialista en la Enseñanza de las Ciencias Sociales, Historia de Colombia de la Universidad del Valle, Magíster en Historia de la Universidad Industrial de Santander, Doctor en Historia de América Latina de la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Quito Ecuador. En la actualidad es profesor de tiempo completo del departamento de Estudios Sociales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Icesi (Cali, Colombia).

Correo: jelondono@icesi.edu.co

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2128-727X>

Ricardo Gómez

Profesor asociado de la Universidad de Washington. Doctor en Comunicación de la Universidad Cornell, y magíster en Comunicación de la Universidad de Quebec en Montreal.

Correo: rgomez@uw.edu

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4878-660X>

Luis Fernando Barón

Doctor en Ciencias de la Información con estudios en Comunicación y Antropología. Profesor del Departamento de Estudios Políticos e investigador vinculado al Grupo de Investigación Nexos (A1-Minciencias) de la Universidad Icesi (Cali, Colombia). Sus investigaciones se han enfocado en

movimientos sociales, tecnologías de comunicación e información, memorias sobre conflicto y paz, procesos de reconfiguración territorial, migraciones e información. En la actualidad dirige un estudio nacional de memoria histórica sobre el sector palmero, conflicto armado y paz.

Correo: lfbaron@icesi.edu.co

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4724-8869>

Adolfo A. Abadía

Político y magíster en Estudios Sociales y Políticos de la Universidad Icesi (Cali, Colombia). Actualmente es coordinador editorial e investigador junior vinculado al Grupo de Investigación Nexos (A1-Minciencias) en la Universidad Icesi.

Correo: aaabadia@icesi.edu.co

ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-9034-2156>

tirant
online[®]
Colombia

La **base de datos jurídica** más completa del mercado

- **Toda la jurisprudencia
y legislación** de forma
fácil e intuitiva
- **Biblioteca virtual**
con todo el fondo
editorial de Tirant
a un click
- **La actualidad jurídica**
al momento para estar
siempre actualizado



tirantonline.com.co



**tirant
tech**

Tecnología e
innovación jurídica



Más información: atencionalcliente@tirantonline.com